

La sociedad civil popular
del poniente y sur de Rancagua
(1930-1998)

GABRIEL SALAZAR

Colección Estudios Sociales
Ediciones SUR



© Gabriel Salazar, Santiago, 2000

© De esta edición y maqueta: Ediciones SUR, Santiago, 2000
J. M. Infante 85, Providencia, Santiago de Chile
edicionesur@sitiosur.cl

Inscripción RPI n° 117.131
ISBN n° 956-208-059-5

Edición de texto:	Paulina Matta
Diseño portada colección:	Allan Browne, Manuel F. de la Maza, Salvador Verdejo Pocuro 2016, of. 31. Providencia, Santiago Fono: (56-2) 269 8489 • Fax: (56-2) 269 0798 ver@entelchile.net
Fotografías interior:	© Paula Rodríguez M.
Diseño y composición:	Paula Rodríguez M. / Ediciones SUR Fono: (56-2) 235 8143
Corrección de pruebas	Edison Pérez
Gestión editorial:	Luis Solís D.
Impresión:	LOM Ediciones Concha y Toro 25, Santiago Fono (56-2) 672 2236 • Fax (56-2) 673 0915 impresos@edicioneslom.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Contenido

PREFACIO, 9

CAPÍTULO I

LA MEMORIA FUNDANTE: NIÑOS Y JÓVENES DE AYER (1930-1965), 15

- Memoria social y sociedad civil, 15*
- La memoria de la tierra, 18*
- La memoria de los ‘fundadores’, 20*
- La memoria del agua, 23*
- La memoria de los juegos, 25*
- La memoria de los deberes, 26*
- La memoria mágica, 28*
- La memoria pública, 29*
- La memoria de la fiesta, del amor y de la época, 31*

CAPÍTULO II

LA MEMORIA CÍVICA DE LOS NUEVOS “FUNDADORES” (1965-1998), 34

- La memoria empeorada de las generaciones emergentes, 34*
- El emparejamiento, 36*
- La dramática memoria del “proveedor” y la memoria cívica de la autogestión comunitaria, 40*
- La memoria del liderazgo autogestionario, 51*
- El desafío infinito de las “nuevas nidadas”, 56*

CAPÍTULO III

DE LA MEMORIA CRÍTICA Y DE LA RED SOLIDARIA
DE LOS “CABROS CHICOS” (1983-1998), 59

- Crisis neoliberal y “malestar privado”, 59*
- Crisis y violencia doméstica: la memoria de los colegios populares, 61*
- La red solidaria de los “cabros chicos”, 66*
- La breve memoria autónoma de Juan Machuca, 14 años, 71*
- La memoria dual de Marcela: trabajadora y estudiante, 73*
- Entre la memoria de la crisis y la memoria de la solidaridad, 75*

CAPÍTULO IV

LA RED SOCIAL DE LOS “CABROS JÓVENES”:
IDENTIDAD Y SOSPECHA (1973-1998), 77

- De ‘cabro chico’ a ‘cabro joven’ o la memoria de los que sobran, 77*
- De la ruptura del vínculo vecinal al acecho policial, 81*
- De los grupos esquineros: amistad, tiempo libre, espacio, identidad, 86*
- Participación juvenil: de la “onda show” a la “onda comunal”, 96*
- La ideología del “estar ahí”: utopía y crítica, 102*
- Ideología y práctica del “no estar ni ahí”, 104*
- ¿Qué trascendencia histórica tiene la lucha de las incesantes “nidadas” de jóvenes pobladores?, 111*

CAPÍTULO V

RED, ORGANIZACIÓN Y AUTORIDAD

EN LA SOCIEDAD CIVIL POPULAR, 113

- Red y dirigencia en la sociedad civil popular, 113*
- Las redes asociadas a la dirigencia femenina, 118*
- Las redes asociadas a los actores masculinos, 132*
- La sociedad civil popular como entretejido de redes y transición ciudadana, 156*

CAPÍTULO VI

LAS ESCUELAS, LAS PROFESORAS:

¿ACTORES DE LA SOCIEDAD CIVIL POPULAR?, 158

- ¿Para quién trabajan las escuelas 'sociales'?, 158*
- Las escuelas de los sectores Sur y Poniente de Rancagua, 162*
- Los profesores como sujetos y actores sociales en la comunidad marginal, 170*

CAPÍTULO VII

SOCIEDAD CIVIL POPULAR Y SISTEMA POLÍTICO FORMAL:

¿RELACIONES EN TRANSICIÓN?, 180

- Bases de la 'forma vecinal' de hacer política, 180*
- La política nacional: ¿una preocupación desechable?, 184*
- El 'nuevo' municipio: ¿agente estatal o actor cívico local?, 188*

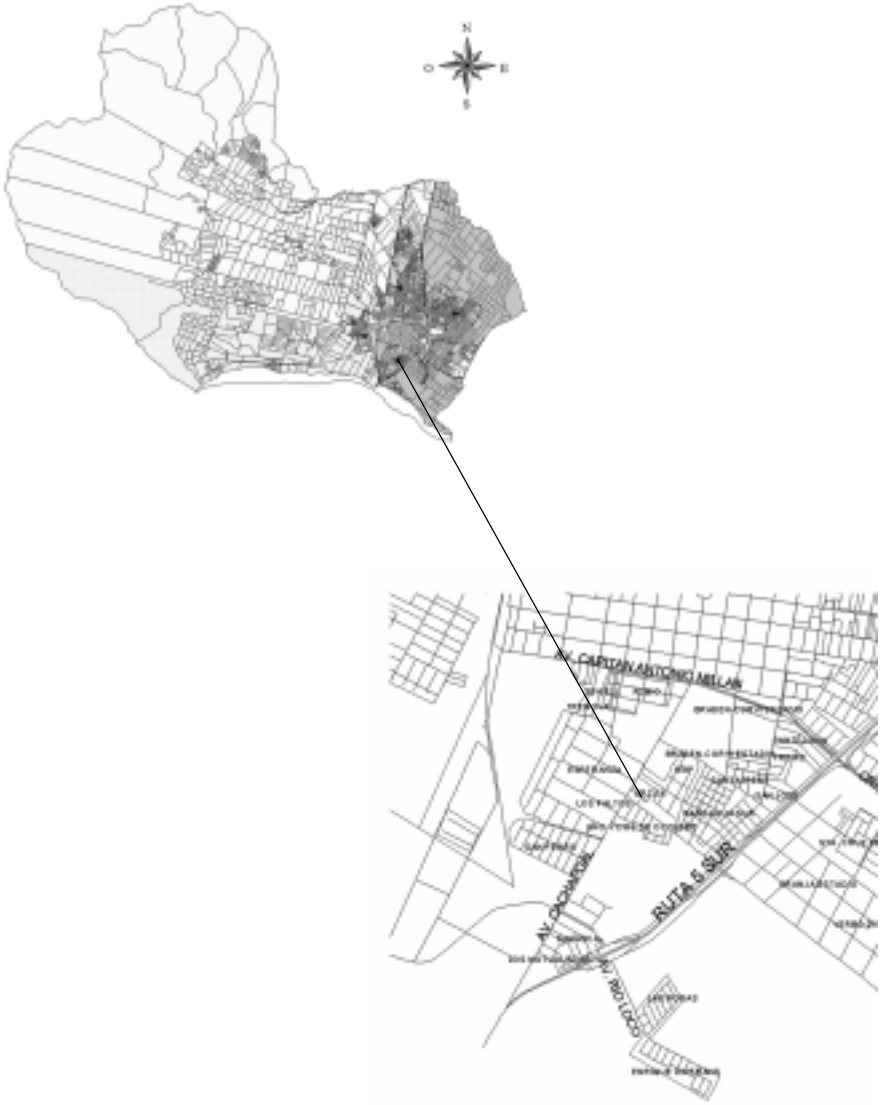
CONCLUSIONES, 197

Plano de la comuna de Rancagua



Fuente: Dirección de Desarrollo Comunitario, Departamento de Estudios y Proyectos, I. Municipalidad de Rancagua

Zona sur de Rancagua



Fuente: Dirección de Desarrollo Comunitario, Departamento de Estudios y Proyectos, I. Municipalidad de Rancagua

Zona poniente de Rancagua



Fuente: Dirección de Desarrollo Comunitario, Departamento de Estudios y Proyectos, I. Municipalidad de Rancagua

Prefacio

Se trataba de recuperar la memoria social de los pobladores del poniente y sur de Rancagua.

Para el Municipio (y en particular para su alcalde, Darío Valenzuela), se trataba de un estudio importante, porque la Corporación necesitaba y necesita conocer a cabalidad la 'identidad histórica' de ese sector de la comunidad ranca-güina, a fin de co-gestionar mejor, con *participación* efectiva de los pobladores mismos, sus políticas de desarrollo local.

Para SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación, que coordinó y ejecutó el estudio, éste formaba parte de un proyecto institucional de fortalecimiento de las bases culturales que busca maximizar la participación popular en los asuntos públicos, a fin de profundizar en el país el poder de los ciudadanos y el proceso global de democratización*.

Para los historiadores que asumieron profesionalmente la tarea de diseñar y realizar el estudio en terreno (el que suscribe y su colaboradora, María Stella Toro), se trataba de que los mismos pobladores, en tanto sujetos y actores de su propia historia, pudieran no sólo 'recuperar' su memoria y su pasado (perfilando mejor, así, su identidad), sino también, al

* El trabajo de investigación que dio origen a este libro contó con el financiamiento de Cordaid (Holanda) y del Programa Andino de Fortalecimiento Municipal y ONG para el Manejo Ambiental hacia el año 2000 (PANA 2000), patrocinado por IEPALA (España) y KATE (Alemania), con fondos de la Unión Europea.

‘sistematizar’ sus recuerdos, sistematizar también sus opiniones y aun decisiones respecto a su situación actual y futura. Interesaba que ellos construyeran por sí mismos —en lo posible, colectivamente— un diagnóstico histórico de su pasado, de su situación presente, como también de su proyección futura. En el entendido de que ese diagnóstico debería serles útil, sobre todo, para potenciar su propia acción, y la autonomía cultural de la misma.

Sólo los pobladores mismos no manifestaron, de antemano, fines u objetivos para semejante proyecto (aunque, desde mucho tiempo atrás, y de manera espontánea, habían estado recordando juntos). De modo que no conocieron el proyecto en sí hasta el día en que fueron ‘invitados’ a participar en él. Se les informó que el estudio se concentraría selectivamente en el gran archivo de sus propios recuerdos. Que, en virtud de eso, como no se iba a trabajar ni en los archivos públicos del Estado ni en los del Municipio, la perspectiva iba a ser, *sólo*, la de ellos mismos. La de ellos, en tanto que sujetos y actores de la historia local. Que no se iba a adoptar aquella clásica perspectiva ‘desde la Ciencia’ o ‘desde el Estado’ que los asumía como fríos objetos de estudio o pasivos “beneficiarios” (cuando no, como meros números o porcentajes). Al contrario: que la perspectiva que se iba a usar era la que se afincaba en ellos mismos, en ‘sus’ recuerdos, en ‘sus’ miradas, ‘su’ voz y ‘su’ opinión general sobre las cosas. Que, por tanto, era indispensable recoger y sistematizar esos recuerdos y opiniones, tarea que no podía hacerse sino por medio de la metodología llamada de la *historia oral*, lo que implicaba programar una serie de diálogos, conversaciones y entrevistas individuales y de grupo. Y, además, varios talleres o grupos de discusión para que ellos pudieran participar no sólo en la ‘recolección de sus testimonios’, sino también en la fase de ‘interpretación y sistematización’ de su memoria colectiva. Porque, en último análisis, el estudio debía ser una actividad interna, orgánica, del *mismo* proceso de desarrollo cultural de las poblaciones consultadas, y no algo ajeno o externo a él. Pues es dentro de ese proceso donde la nueva y emergente ‘ciudadanía popular’ está madurando y auto-potenciándose. En las poblaciones de Rancagua, como también a todo lo largo y ancho de Chile.

Los pobladores acogieron positivamente la idea, porque —según dijeron— en muchos sentidos, los interpretaba. Se formó así un equipo de trabajo (de entrevistadores y coordinadores), en el que formaron parte grupos voluntarios de pobladores, profesoras del sector, funcionarios del Municipio, y los historiadores mismos. Era un equipo de trabajo, pero, al mismo tiempo, una muestra que intentaba ser representativa de la comunidad local.

El proyecto era, sin duda, vasto y ambicioso: los sectores sur y poniente de Rancagua constituyen casi un tercio de lo que es, en rigor, una ciudad intermedia. El proceso de entrevistas (grupales e individuales) y de transcripciones de entrevistas avanzó, pues, lentamente, alargándose entre mayo de 1998 hasta comienzos de 1999. Se entrevistó a jóvenes, profesores, niños, autoridades locales y funcionarios municipales, dirigentes de Juntas de Vecinos y también de clubes deportivos, grupos de tercera edad, Cen-

tros de Madres, Talleres Productivos, etc. En este sentido, se procuró explorar todas las hebras de la densa madeja que constituye la comunidad popular de esos sectores. Así se llegó a reunir una masa de recuerdos de volumen considerable, variada, en muchos casos complaciente y placentera, pero en otros, también, tensa, angustiada y crítica.

No fue posible, sin embargo, llegar a todos los rincones, ni conversar con todos los actores importantes del sector. Las profundidades históricas de una comunidad popular son tales y de tal naturaleza que necesitan, para ser adecuadamente exploradas, no sólo de mucho más tiempo del que habitualmente se dispone para realizar 'un proyecto', sino de un equipo totalmente dedicado a esa tarea. El esfuerzo realizado fue notable, pero, sin duda, no suficiente. De este modo, al cabo de un año y más de trabajo, se llegó a disponer de una enorme y respetable masa de recuerdos y testimonios directos de los pobladores, pero no del tiempo ni del equipo necesario para completar, según fue planificada, la etapa de 'sistematización colectiva' del material reunido. O sea, precisamente aquella en la que los pobladores deberían haber participado no sólo en calidad de entrevistados o informantes, sino también en calidad de sistematizadores y, sobre todo, de 'intérpretes' de su propia historicidad.

¿Es el destino de los 'micro-proyectos' de investigación (de desarrollo y/o de consultoría) acoplarse con dificultad, de modo poco orgánico, a los procesos culturales internos, profundos de la comunidad popular?

Como quiera que eso sea, a la altura de marzo de 1999, no le quedó otro camino al historiador encargado que sistematizar por sí mismo el conjunto de recuerdos y testimonios recogidos; en el estricto entendido de que esa tarea sólo podía realizarla si —y sólo si— asumía la *misma* perspectiva de los pobladores, su misma lógica y, no lo menos, sus mismos sentimientos. No podía, por tanto, actuar como si se tratara de un mero académico: neutro, distante y objetivo, sino como un historiador que hubiera estado viviendo —lo que, en último término, será siempre una ficción metodológica— en sí mismo los procesos testimoniados por los pobladores. Como si todo hubiese sido, en él, una experiencia propia. Es esa sistematización (sustitutiva) la que, en este texto, se entrega.

Debe asumirse, por tanto, que esta síntesis —hecha en la ficción de que el historiador es 'otro' poblador— es una síntesis 'de trabajo', y no una 'verdad histórica' absoluta, categórica, última y definitiva. Una síntesis que, deseablemente, debería ser tomada como un *material de trabajo* para *continuar* desarrollando el proceso cultural dentro del cual se incubaba, madura y crece el nuevo tipo de ciudadano popular que se observa en Rancagua y en otros lugares del país. Debería asumirse como lo que es; es decir: como un 'insumo' para ser utilizado en el avance de un proceso social mucho más complejo que está, aún, en una fase inicial de desarrollo. Como una 'acción científica' de nuevo tipo, que se valida como tal en la medida en que vuelve y retorna, como otra materia prima, al proceso histórico que la inspiró.

Con todo, es preciso señalar que, al redactar la síntesis, se hizo evidente que el peso histórico de los testimonios era, por sí mismo, tal, que el historiador no podía sino dejarse ‘arrastrar’ hacia ciertas conclusiones. La obvia simpatía del historiador por los actores entrevistados sólo sirvió, por tanto, para ‘acompañar’ (no para imponer) el desenvolvimiento lógico de la interpretación, dado que los recuerdos se combinaban unos con otros llevados por su propio peso. La simpatía del investigador por los pobladores investigados (que en la ciencia histórica positivista daría lugar a una acusación por delito de subjetividad), por tanto, tendió a convertirse en una cierta dosis de ‘retórica’ literaria y/o teórica, o, incluso, en un cierto ‘entusiasmo interpretativo’, sobre todo cuando la lógica interna de los testimonios hacía posible iluminar no sólo los procesos de la historia local, sino también los de la sociedad chilena como conjunto.

12

Lo anterior ocurrió, sobre todo, cuando fue necesario identificar el concepto central o la matriz interpretativa que permitiera dar un sentido *global* a la muchedumbre de recuerdos particulares e individuales con que se trabajaba. Pues pronto quedó claro que el concepto de ‘identidad local’ era algo vago y además se hacía estrecho; que el concepto de ‘participación’ o de ‘ciudadanía’ eran, o bien muy político-instrumentales o demasiado evasivos. La riqueza de los recuerdos no reconocía ninguna horma de ningún zapato teórico de moda, o pre-establecido. Es por eso que, finalmente, se optó por utilizar un concepto de marco ancho y dinámica profunda: el de ‘sociedad civil’; pero con un apellido más que obvio: ‘popular’. Porque, a fin de cuentas, el verdadero argumento de esta historia es cómo los pobladores entrevistados fueron construyendo la sociedad civil popular de los sectores sur y poniente de la ciudad de Rancagua; proceso central, a cuyos costados aparecieron, como subproductos, casas, poblaciones, pavimentos, luminarias, alcantarillados, escuelas, etc.; es decir, la ciudad o la materialidad de una sociedad que se fue formando a sí misma. A pulso. Colonizadora y casi heroicamente. Pues los testimonios revelan que los pobladores, pese a sus carencias (muchos analistas optan, a veces, por identificarlos únicamente como ‘pobres’ o, peor aún, como ‘beneficiarios’), son, sobre todo, *constructores* de ciudad e incansables *tejedores* de comunidad. Tanto así que —como se verá—, teniendo a la vista la patente demostración de ese poder constructivo, el rol específico del Mercado, del Estado, del Municipio y de otras agencias parece ser sólo un rol instrumental, lateral y meramente coadyuvante. Que en muchos casos —es preciso decirlo— el rol de esas agencias ha sido francamente marginal. Y que, respecto a los “cabros chicos” y a los “cabros jóvenes”, no sólo ha sido marginal, sino también contraproducente. Casi letal.

Los trabajos de construcción histórica de los pobladores del sur y poniente de Rancagua merecen ser recordados. No sólo por ellos mismos, sino por lo que significan para todos los chilenos. Por la enorme *sinergia social* empleada por los pobladores en esos ‘trabajos’, en contraposición a las grandes dificultades que encontraron y aún encuentran para hallar el justo reconocimiento y el debido apoyo ‘estructural’ a esas realizaciones.

Por eso, no deben ser ‘recordados’ únicamente como algo del pasado, sino asumidos también como un ‘capital social’ que puede y debe ser potenciado como un factor de desarrollo y de cambio sociales, en perspectiva de futuro. Como un poder cívico emergente, que, por ser eso, tiene mucha historia adicional todavía por construir. Y no sólo en lo local, sino también en lo nacional. La proyección histórica de los trabajos llevados a cabo por los pobladores entrevistados es de tal envergadura y significado, que requiere de una categoría o concepto que recoja interpretativamente todo su pasado, toda su profundidad humana y el conjunto de su proyección futura. Sobre todo, como ejercicio espontáneo de ‘sinergia soberana’, que es lo que late a borbotones entre ellos mismos. Es en reconocimiento a esa sinergia que nos decidimos a utilizar el término de ‘sociedad civil popular’.

La historia de la Sociedad Civil Chilena, como se sabe, no ha sido escrita. Estamos tapados con historias sobre el ‘poder’ del Estado, tanto en lo nacional como en lo local. También hay muchos estudios teóricos y descriptivos sobre los ‘neurálgicos’ vaivenes del Mercado. Y no se puede negar que existen, también, no pocas historias ‘políticas’ del conflicto de clases (que tienen por centro, en definitiva, el Estado y las clases dirigentes), pero no hay estudios sobre las relaciones privadas y *comunitarias* entre civiles (en la casa, la calle, el trabajo y las esquinas), que es donde, de hecho, se fragua el auténtico poder ciudadano. Donde circula la verdadera sinergia soberana. Donde está radicada la verdadera sociedad civil.

La sistematización de los testimonios recogidos en los sectores sur y poniente de Rancagua es, en este sentido, un primer y localizado intento por llenar ese vacío. Para mostrar, en un caso local, cómo se va tejiendo la red social de las comunidades, cómo se va estratificando y configurando la memoria social, y cómo se tensan los tiempos pasados y presentes y los ciclos de desarrollo y crisis (que son los que fracturan la memoria y los vínculos inter-generacionales de la comunidad). Es por eso que, en esta síntesis, la ‘sociedad civil popular’ (y su memoria) se expone según vinieron superponiéndose los distintos recuerdos, los cambios de época, los giros continuos de la crisis y la cada vez más difícil inserción de las “nuevas nidadas” generacionales en el ya gastado proceso constructivo iniciado, tres o cuatro décadas atrás, por los ya legendarios “fundadores” de la comunidad local.

Éstas son, en resumen, las claves utilizadas para escribir este texto, que deberían ser las mismas que pueden servir para iniciar su lectura. Habida cuenta de que, para su discusión, muchas otras claves son igual o mayormente válidas. Sólo resta reconocer el enorme aporte de los pobladores y del grupo de jóvenes que contribuyeron con tiempo e ideas en la fase de realización de las entrevistas; la colaboración espontánea y plena de cariño de las profesoras y profesores insertos en las comunidades estudiadas; la decidida e inteligente ayuda de los “monitores todo terreno” del Centro de Desarrollo Comunal del Sector Poniente (de todos, pero, en modo especial, de Jéssica y Hernán) y, por cierto, el profesionalismo de la historiadora María Stella Toro, sin cuya participación no se habría podido completar el ciclo mínimo de entrevistas que

se había programado. Por último, cabe señalar que el estimulante marco institucional proporcionado por SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación, y por la propia Municipalidad de Rancagua, permitió superar las dificultades que se encontraron en la realización de este estudio.

Queremos también disculparnos por no haber podido recoger los testimonios vivos de varios actores populares que, siendo de gran relevancia local, no quedaron incorporados en estas páginas. Entre otros, los vinculados a las redes religiosas, y los que están conectados a las 'redes críticas' (tráfico de droga, infractores de ley, etc.). No hubo tiempo ni equipo disponible para trabajar adecuadamente con esos sectores. Lo que en este texto se dice al respecto está, en todo caso, matizado por el hecho de que nuestro punto de vista (que es nuestra opción epistemológica) es el de los pobladores mismos, cualquiera sea el tenor de sus actitudes y de sus acciones. Esta opción, como puede comprenderse, deja fuera, por razones de método, el punto de vista oficial, estatal y el de la opinión pública formal, que es el que, habitualmente, condena aquellas acciones populares que no coinciden con la legalidad vigente. Esto dice relación, sobre todo, con las acciones que habitualmente realizan los "cabros jóvenes". La crítica externa no está, pues, incluida en estas páginas, razón por la cual el espíritu general que las atraviesa es positivo, de simpatía. Que es el más adecuado, según creemos, para reflejar fielmente, de algún modo, la sinergia social que late por dentro de la historia popular.

Capítulo I

La memoria fundante: niños y jóvenes de ayer (1930-1965)

Memoria social y sociedad civil

Las familias populares que compraron o se tomaron un sitio, que lucharon por levantar su casa, construir 'su' sector de la ciudad y que, a través de esos esfuerzos, aprendieron a ser 'ciudadanos protagónicos', acumularon muchos recuerdos, tantos y tan diversos que demoraron años —conversando y recordando en las calles, casas, sedes y esquinas— en reunirlos, algo desordenadamente, en una misma memoria colectiva, en un complejo patrimonio histórico común.

Al bucear con ellos en la masa de esos recuerdos, fue quedando a la vista la obra común más unánimemente reconocida: la casa propia, la población y un sector de la ciudad. Sin embargo, apareció también otra obra, no menos importante, aunque menos conocida: haber tejido, pacientemente, un bolsón considerable de 'sociedad civil', de tipo popular. Esto es: una comunidad interactuante de 'ciudadanos' con capacidad de autogestión, con memoria colectiva, redes espontáneas, organizaciones formales y, no lo menos, con percepción de problemas que enredan lo nacional con lo local, las críticas particulares con las generales, y con propuestas y decisiones que tienden a resolver los problemas partiendo de lo particular a lo general. Es decir: una comunidad popular, que, en cuestiones puntuales, fue y es capaz de ejercer cuotas significativas de 'soberanía'.

En la memoria de los pobladores adultos —aquellos que reconocen tener más de cincuenta años— que hoy viven en las poblaciones del sur y poniente de Rancagua se pueden encontrar todos los recuerdos que permiten seguir,

paso a paso, cómo formaron su bolsón particular de 'sociedad civil', cómo fueron construyendo su 'forma vecinal', propia, de hacer política, y cómo han ido descartando poco a poco la política tradicional y beneficiando, por carambola, la actual política municipal 'descentralizada'. La memoria popular integra imágenes de diversa temática, lugar y tiempo: sobre lo que fue antes y es hoy el territorio de este sector de la ciudad; sobre las venerables decisiones tomadas por los llamados "fundadores" de familia, casa y población; sobre el intenso ajetreo colectivo para conseguir agua potable o los bulliciosos juegos a campo abierto, que tejieron las primeras redes comunitarias; sobre los deberes y obligaciones del espacio privado y familiar, y los deberes que provenían del espacio público; sobre las leyendas que flotaron sobre el poblamiento primitivo, y sobre el ebullente tiempo cultural, económico y político de la época, que marcó a los primeros pololeos de los más jóvenes y las entretenimientos familiares y comunales.

16

La memoria adulta, en sí misma, está formada por paquetes de recuerdos individuales y familiares, pero, también, por la confluencia de esos recuerdos en un fondo común, en una memoria colectiva. Social. Comunitaria. Una memoria que, en todo caso, es más privada que pública; que se corporiza más en el lenguaje oral que en el lenguaje escrito. Que está orgánicamente adherida a la experiencia e identidad históricas de una comunidad concreta más que construida sistemáticamente en los textos y relatos escritos de la historia oficial de la nación. En este sentido, es una memoria que no sólo identifica a los pobladores del poniente y sur de Rancagua, sino que además constituye, para ellos, un capital social y cultural exclusivo, sobre el cual pueden 'girar' para exponer sus opiniones, definir sus actitudes, sus acciones y, en definitiva, para ejercer, a su modo, 'su' soberanía.

La memoria social es, en este sentido, un testimonio fehaciente de las calidades y capacidades cívicas que constituyen, de modo central, lo que es o lo que está en camino de ser una 'sociedad civil' propiamente tal. Lo hecho hasta aquí por los pobladores del sur y poniente de Rancagua (cuya memoria nos sirve de base para describir el estado actual de 'su' sociedad civil) indica que ellos han sabido desarrollar, a un nivel significativo, esas calidades y capacidades básicas.



La feria de animales era un punto de referencia para todos los pobladores.

(Restos del empedrado frente a la feria, hoy inexistente)

La memoria de la tierra

Los recuerdos de los pobladores del sur y poniente de Rancagua — que fueron niños y jóvenes antes de 1965— concuerdan en que, por entonces, el territorio era más rural que urbano, más abierto y libre que cerrado y reglamentado. Está la imagen del polvo que volaba desde el camino cubriéndolo todo de sequedad blanquecina. La presencia fresca de los bosques y la cercanía seductora de los manzanales, morales y nocedales. El rumor continuo del río y del agua corriendo por las acequias. Pero también surgen las imágenes —algo más vagas— de los fundos que enmarcaban el espacio rural, y de los dueños de fundos que, por diversas razones, comenzaron, desde más o menos 1950, a vender y lotear sus tierras. El suelo empezó a cuadrarse de otra manera: ya no por fundos, sino por sitios y parcelas. La tierra, como naturaleza, se ofrecía igual que siempre a los ojos de los niños, pero la 'propiedad' comenzó a ser sentida, por sus padres, de modo distinto. Algo importante estaba cambiando sobre las cabezas de todos. Sin embargo, los niños siguieron jugando a campo abierto. Eran, más bien, sus propios padres los que presintieron que se aproximaba un tiempo crucial, de grandes decisiones. Un tiempo decisivo, que marcaría el destino de todos.

18

—Éramos casi más del sector rural que otra cosa —recuerda la señora Isabel, de la población San Francisco—; todavía no se hacían las poblaciones que hay ahora... Esto era un fundo, que se llamaba San Francisco... que se fue vendiendo cuando quedó viuda la señora del dueño del fundo. Se fue vendiendo por parcelas y después por loteo. Lote uno, lote dos, y así...

—Mi padre decía que esto era un fundo de una señora viuda —agrega la señora Lidia, de la misma población— y estaba todo sembrado de nogales, almendros y duraznos. Era como una quinta inmensa.

—Baquedano era puro campo —terció la señora Irma Faúndez—, todo era viñedo, manzanales; pura agricultura. Todos los dueños eran agricultores. Mi abuelo era dueño del molino p'abajo, y eso cubre hoy más de siete villas. Al principio habían chancheras y yeserías.

—Aquí mismo— cuenta don Aurelio, de Punta de Cortez—, en lo que eran los fundos La Granja, El Milagro y San Ramón, había un bosque tremendo de grande. Entonces don Federico, dueño de La Granja, fue vendiendo por partes, por parcelitas. Así se fue parcelando esto y modernizando.

En la retina de los niños, sin embargo, siguió preponderando la tierra como paisaje más que como sistema de propiedad sujeto a cambios estructurales. Ciertas imágenes podían tener, en este sentido, una fuerza pictórica capaz de grabarse en la memoria de modo indeleble. Como una obra costumbrista magistral, que pudo transmitir, mejor que otras, la 'identidad local' de la tierra en que se vivía. Las imágenes que, en este sentido, registró don Aurelio, son dignas de transcribirse in extenso:

—Yo nací donde Los Ortices, en 1937. Yo conocí este camino cuando era totalmente de tierra. Había unos tremendos morales a ambos lados y eucaliptus viejos como de 35 años, calculo yo. Así conocí las tropillas de burros y mulas que pasaban tirando pa' Rancagua; pasaban a las cinco de la mañana. Los cabros pasaban cantando, tocando música. Ellos trabajaban toda la semana pa' ir a vender su leña en cualquier parte ahí en Rancagua: en los restoranes, en los hoteles; porque en ese tiempo no habían cocinas a parafina ni a gas. Bueno, y pasaban a esa hora los burros cargados con leña; eran tropas de 20 o 25 burros o mulas. Les decían 'muleros'; los otros eran los 'andineros'. Los 'andineros' cargaban los mismos animales, pero con unos canastos grandes a los lados, unos canastos grandotes. Ahí llevaban plantas, limones, duraznos, peras y todas esas cosas. Las iban a vender aquí cerca. Entonces, como le digo, todo este camino era un trajín de carretas y carretelas de fierro (no hablemos que eran de goma). En ese tiempo estaba el Puente Viejo, del que todavía quedan demostraciones, y como era poco el tránsito, los vehículos que iban para allí daban la mirada a la Puntilla, allá arriba, a ver si venía algún vehículo, carretela o carretilla, se paraba a este lado para darle la pasada, y cuando pasaba, se iba para arriba de la cuesta, porque aquí la Cuesta de Lo Miranda siempre ha sido igual. Ahora está pavimentada, pero antes era pura tierra. Cuando pasaba una carreta tirada por bueyes y cargada de sandías y melones, dejaba los tremendos hoyos. Detrás de la carreta pasaban dos bueyes más. Y llegaban ahí, al Tropezón. Ahí el canal grandote tenía como un sacado, y había una cuestión grande, como una laguna. Ahí estos caballeros anclaban las carretas, les ponían unas trabas y dejaban que los bueyes tomaran agua. Y ahí se amanecían estos caballeros. Hacían fuego, comían carne asada, tomaban té o vinito y esta cuestión de aguachucho (que le llamaban también aguardiente) y más o menos a las seis de la mañana se daban largona para vender sus sandías y melones. Esa era la locomoción que había. Como le contaba, todos los caminos eran de tierra...

Para otros niños, los recuerdos del espacio se anudaban en torno a la Feria de Animales. La Feria era una verdadera frontera entre el emergente poblamiento y la vieja ciudad, entre el ir y venir de sus vidas cotidianas. Se la hallaba al entrar, o al salir; cuando se iba al colegio o cuando se iba a buscar agua. "Del tiempo que yo recuerdo —dice la señora Isabel Rosales—, más o menos desde los siete u ocho años, teníamos ahí a la entrada una feria de remate de animales". Y agrega:

—Las calles estaban sin pavimentar, no teníamos las luces de ahora y tocaban unas campanillas para llamarnos... Como era sector rural, bueno, a nadie le extrañaba de que hubiera una feria, de que pasaran animales por ahí, de que uno tenía que pasar por entremedio de los animales de repente. Entre las carretelas y todo eso. Uno, como cabra chica, como que no le interesaba eso...

De tanto verla, claro, no tenía el interés de lo novedoso, pero la Feria, aparte de colorido, olores, ruidos y de movimiento, era un centro de reunión y vida colectiva: todos iban allá a llenar sus baldes de agua, porque allí estaban los únicos grifos donde podían conseguirla. Así, la Feria se instaló para siempre como un potente recuerdo colectivo. "Yo tenía siete u ocho años —recuerda la señora Clementina, del Centro del Adulto Mayor,

de la población San Francisco— y esto era puro potrero. En la noche había que ir a buscar agua, porque daban agua aquí, a la salida de la Feria... A la entrada de la Feria habían crianzas de chanchos, en plena calle”.

En cambio, para los que vivieron su niñez en el Sector Sur, la tierra no se configuraba como un camino rodado por carretas o recuas de mulas ni como un pintoresco punto de reunión, sino como una combinación de riberas de río, lagunas, bosques, barrancos y potreros. Allí, las actividades agrícolas o ganaderas de los dueños de fundo casi no habían modificado el paisaje original. Luis Muñoz, de la población Dintrans, recuerda:

—Era como un sueño esta vida: bosques cerca, laguna, río. Acá, frente a la sede comunitaria, había un bosque de eucaliptus, con sauces, barrancos... Habían sapitos, culebras, lagartijas, era una cuestión así como de otra onda...

La memoria de la tierra —en los recuerdos de la población adulta— se configura como un trasfondo bueno, casi paradisiaco. Como un vínculo positivo hacia la naturaleza que, sin duda, parece haber sido y ser algo más que una imagen puramente infantil. Es un piso básico sobre el cual se fueron construyendo los otros recuerdos. Como un tributo que rinden los adultos a su propio pasado.

La memoria de los ‘fundadores’

Los padres intuyeron que debían arriesgarse, tomar decisiones propias y lanzarse a la conquista de una parcela, un sitio o una casa. Los niños, con profundo respeto, grabaron los momentos en que sus padres dieron, con ese propósito, los pasos decisivos. Y ello ocurrió cuando muchos de ellos aprovecharon el momento en que los dueños de fundo comenzaron a lotear sus fundos y propiedades. “Fue entonces, justamente, cuando el papá mío —cuenta don Aurelio— compró una de estas parcelas”.

—Mi mamá, que se llamaba Laura Fuentealba —recordó la señora Isabel—, compró varios lotes. Tuvo una casa-quinta preciosa. Y bueno, cuando murió el papá (de quien yo no tengo muchos recuerdos) vendió todo eso y compró aquí. Empezó a construir aquí. Y de ahí ya estamos acá. Yo nací en las parcelas de la calle 21 de Mayo y llegué aquí de dos años. Así que mis raíces están acá... Ha ido desapareciendo mucha gente de entonces, pero todavía hay. Tenemos al señor Luna, mi vecino. El compró terrenos después que compró la mamá. Así que somos vecinos y nos hemos criado juntas con sus niñas. Podemos hablar del señor Marticorena, que también fue uno de los fundadores. Su hija y familia siguen enraizados por acá.

—Yo llevo viviendo acá desde los años 40 —nos dijo otra de las señoras que asisten al Centro del Adulto Mayor ‘Años Felices’— y antes esto era un puro peladero. Eran potreros que después vendieron. Mis pa-



Los “fundadores” (y sus parvadas de niños) provenían de distintos lugares. Algunos, de otros sectores de Rancagua; otros, de diferentes provincias.

dres compraron y me vine al lado de ellos; mi padre trabajaba en la Compañía de Electricidad y compró aquí, en esta Población.

Don Cantalicio, también de la población San Francisco, dijo que él compró una propiedad en 1952, en la Avenida Francia 279. Venía de Curicó, y “desde esa época que estoy en esta Población”. El papá de la señora Clementina también “compró una parcelita cuando empezaron a vender, porque esto era un fundo... mi papá era minero de arriba, de El Teniente”. La mayoría de los compradores trabajaba en la Compañía de Electricidad, de acuerdo a lo que cuenta la señora Lidia, del Centro de Madres de la población San Francisco:

—Se agruparon y compraron estos sitios y así empezaron a construir todos ellos como podían, de adobe, de madera. La mayoría fueron de adobe. Mi padre fue el segundo en llegar acá. Se formó, para comprar los terrenos, una cosa parecida a una cooperativa. Pero después de la compra a la mayoría de ellos les llamaban ‘parceleros’; todos eran parceleros los que habían acá en la Población. Sin luz, ni agua; ranchitos, puros ranchitos.

—Como en los años 40 —terció la señora Clementina— un caballero se compró un terreno, una parcela grande e hizo todas estas casas. Son como nueve casas iguales. Ahí vendían todas las parcelas, que eran de 20 por 30, y ahí las compraban de a dos o de a tres, pero todas eran de esa medida, de 20 por 30...

Por su parte, el abuelo de don Orlando Celis, de la población Patria Joven “era dueño de toda esa parte donde está ahora la Central de Leche”.

22

Los “fundadores” de las primeras poblaciones del Sector Poniente de Rancagua fueron, pues, en su mayoría, o descendientes de antiguos propietarios, o compradores de los lotes que comenzaron a vender los dueños de fundo. Es por eso que se consideraron como pobladores-parceleros que, en todo caso, tuvieron que construir por sí mismos las casas (de adobe) que habitaron.

Los pobladores de la población Las Tranqueras, en cambio, se habían tomado un terreno “que estaba en el sector de Punta de Cortez —cuentan las señoras Lucrecia Mori y Carmen Valdebenito y Cristián Moerbeck, de esa Población—, a un costado de la línea del ferrocarril”. Pero los sacaron de ahí porque, según decían, iba a pasar un canal de regadío por allí mismo, y además por el terremoto de 1985. “Nos sacaron por terremoteados el 85, nos cambiaron y nos vinimos aquí”.

—Llegamos aquí más o menos por octubre de 1985 —agregan las señoras Lucrecia y Carmen—, según nos fueron desarmando nos iban trasladando. Fue en pocos días... Cuando sucedió el terremoto... había gente allá que tenía sus casas de adobe y se vinieron abajo. Postulamos al subsidio de los damnificados y, gracias a Dios, salimos favorecidos...

Distinto fue el caso de las primeras familias pobladoras del Sector Sur que, cuando ya no pudieron seguir arrendando sitios en otros lugares, se instalaron, una a una, en la misma ribera del río. El relato de don Eduardo Cáceres, Presidente del Sindicato de los Areneros es, en este sentido, elocuente:

—Llegamos aquí a la Dintrans como en 1967. Allá, a la ribera del río llegamos todos por la necesidad de dónde vivir y por el problema que había de andar arrendando. En el caso de mi familia, ellos arrendaban, pero llegó el momento en que no se pudo pagar el arriendo, no por no querer, sino porque no se podía... La familia la formaban mi padre, mi madre y mis cuatro hermanos; somos cinco en total los hermanos: una mujer y todos los demás hombres. Yo soy el penúltimo y mi hermano, que vive al frente, el menor. Eramos niños, yo llegué aquí como de once años y medio.

Los “fundadores” (y sus parvadas de niños) provenían, pues, de distintos lugares. Algunos, de otros sectores de Rancagua; otros, de diferentes provincias. Algunos eran trabajadores de la mina El Teniente o de la Compañía de Electricidad; otros eran hijos de medianos y pequeños agricultores. Pero todos, sin embargo, tuvieron el mismo estatus en la memoria de sus hijos: fueron los “fundadores”. Una especie de aristocracia de hombres y mujeres esforzados, buenos, emprendedores. Una especie de elite en la que todos fueron (o son) iguales entre sí: dignos “parceleros”. Una generación legendaria, que trazó la etapa más antigua y, por tanto, ‘heroica’ de la historia local. En todo caso, un grupo pionero de *patres familias*, cuyos hijos, al relacionarse entre sí bajo el alero de tal tradición, dieron vida y continuidad a una compleja y dinámica sociedad civil popular.

La memoria del agua

23

Los padres fundadores (“caballeros fundadores” los llaman en otras poblaciones) supieron construir un prestigio, una memoria y un estatus común. Los niños tuvieron de ellos algo así como un recuerdo colectivo: de recordar a uno, de inmediato se recuerdan de los otros, como en cadena. Pero los niños mismos ¿tuvieron recuerdo de sus propias acciones? ¿Participaron como actores en algún proceso o una situación que se haya configurado como un hecho digno de recordar por sí mismo? ¿Contribuyeron también a tejer los hilos de la sociedad civil o comunidad local?

Los testimonios indican que sí, que contribuyeron también a tejer los hilos de la comunidad de diversos modos. Un recuerdo clave en este sentido es, por ejemplo, lo que puede denominarse como “la memoria del agua”. En el nuevo poblamiento —que se levantó en pleno territorio rural y tuvo desde el principio un carácter precario— faltó el agua. O sea: un elemento absolutamente básico para la vida. Los flamantes pobladores tuvieron que esforzarse por conseguirla día tras día en las acequias, pilones o en los únicos grifos disponibles en las cercanías. Tal esfuerzo fue individual (del que iba a llenar los baldes), familiar (se debía organizar el suministro de agua para la subsistencia) y de toda la comunidad (que debía negociar con propietarios o autoridades el uso de los grifos respectivos). Fue evidente que la población en pleno debió moverse como ‘comunidad’ —como si fuera un solo actor— para asegurar el suministro de tan precioso elemento. Y no fue menos importante la necesidad de “aclarar el agua” (era inevitablemente barrosa) para su consumo, problema que, por su par-

te, movilizó el ingenio colectivo: unos a otros debieron comunicarse las técnicas y procedimientos para purificar, por medios caseros, el líquido tan trabajosamente obtenido.

La movilización por el agua es un recuerdo que está vivo en la memoria de viejos, jóvenes y niños. Sin embargo, de más está decir que los principales recolectores y acarreadores de los tarros y baldes fueron los niños y los jóvenes, quienes, en las demorosas 'colas' que inevitablemente había que hacer, se conocieron, conversaron y trabaron amistad. Fue allí donde su 'vecindad' estática se convirtió en 'comunidad' dinámica. Y fue en esos mismos intercambios donde se enseñaron unos a otros las consabidas técnicas caseras para aclarar el agua.

—De lo que yo recuerdo es que no había agua potable —dice la señora Isabel—; había una acequia que pasaba por aquí al frente, justo acá al medio. Uno tenía que sacar el agua de ahí y ponerla en una pileta. Se le echaba lumbre para que se aclarara y eso nos servía para lavar la loza y todas esas cosas. Y nadie se enfermaba por esos años. Después hicieron un pilón, entonces ahí teníamos que ir con chuiquitas o con jarritos para buscar agua potable. Pero estábamos felices porque era agua potable...

—Sufrimos mucho por el agua —comentaron a coro las socias del Centro del Adulto Mayor—; primero íbamos a buscarla aquí a la salida de la Feria, donde había un bebedero pa' los caballos. Después ahí no nos dieron más agua porque la gente comenzó a mojar y ensuciar. Así que de ahí fuimos al Seminario (en esos años la Iglesia era un Seminario), y ahí pasó lo mismo otra vez. De ahí nos fuimos a la Estación, y allí la cosa fue peor: la gente lavaba los pañales de las guagüitas, botaba la suciedad. Y después ya no tuvimos dónde ir. Entonces pusieron unos pilones, cuadra por medio. Pero qué es lo que pasaba, si sacabai agua allá, no salía p' acá. Así que sufrimos mucho.

—Para buscar agua —recuerda la señora Clementina— íbamos en la noche como a las dos de la mañana; se hacían colas. Y había otra llave, pero había que atravesar la línea del tren.

Los pobladores de Las Tranqueras, en cambio, sacaban agua "de una acequia que había detrás", con la que enjuagaban la ropa, lavaban los pañales y cocinaban. Después comenzó a pasar un carro que dejaba agua casa por casa, tres tambores por cada casa.

—Pero sucedió después de hartos años. Estuvimos no sé cuánto tiempo tomando agua de la acequia —cuentan los pobladores—, teníamos que ir hacia el río para allá, a una acequia que nunca fallaba. Atravesábamos un potrerito y ahí llegábamos. En baldes y tarros había que acarrear el agua.

Y no fue distinto el problema para las familias fundadoras del Sector Sur de Rancagua. Para todos, sin embargo, el "acarreo del agua" fue una actividad forzosa, pero al mismo tiempo 'social', puesto que los reunía, los obligaba a ir juntos hasta la acequia, el pilón o la llave. Y 'social' era también el enjuague de la ropa, y el lavado de los pañales. El agua los unía. El agua los inducía a trabajar juntos, en grupo, y a conversar. El agua los convertía en asamblea para discutir, precisamente, el problema del agua. Los niños crecieron socializándose en la cotidiana tarea de resolver este específico e importante problema. Es por esto que la 'memoria del agua' es hoy casi una leyenda, que late en la memoria de todos. En particular, en la

de los niños de entonces. Es uno de los mitos fundantes de la comunidad popular.

La memoria de los juegos

Fue bajo la cúpula protectora de la memoria de la tierra, de los fundadores y del agua que los niños de entonces tejieron sus propias redes de amistad y desarrollaron sus juegos y su propia tradición. Recuerda la señora Lidia:

—Nuestra infancia fue libre, porque los sitios estaban divididos por alambres solamente. Nos juntábamos todos los niños vecinos en ese tiempo. Nos juntábamos en la calle. Locomoción no había, sólo una victoria o alguna carreta o carretela. Mi padre con los papás de ellas eran compadres. Si aquí como que todos éramos una familia; así que nosotros nos conocemos con la Carmen desde niñas. Y mis papás eran compadres con los papás de la Pamela. Mis papás eran los padrinos de la Sonia. Y eran compañeros de trabajo también.

—Fue una época bonita —piensa la señora Clementina— porque yo me recuerdo que cuando estaba la noche clarita, así, nosotros saltábamos y jugábamos con mis hermanos, que eran seis, y nos juntábamos con los otros vecinos. No había luz eléctrica ni nada; se usaban esas lámparas a parafina, esos chonchones que le llaman, como los que usan los mineros arriba. Mi papá era minero de arriba, de El Teniente...

Los niños se sentían seguros dentro de ese entramado de sitios alambrados y dentro de esa como "gran familia". Nunca salían muy lejos. ¿Para qué? El colegio estaba también cerca, y como que formaba parte de ese emergente tejido social. La comunidad crecía y tendía a absorber y atrapar todo lo que la rodeaba. Como que el emergente poder de sus tradiciones actuara como un gran imán o un gran centro de gravedad en torno al cual tendía a orbitar todo.

—Yo me acuerdo que no se salía mucho —dice la señora Lidia—, porque el colegio estaba a un paso. Nos íbamos los tres hermanos juntos y a la otra cuadra estaba el colegio. Fíjate que aquí toda la gente se conoce, todos; incluso gente de la que yo ni me acuerdo me ubican: '¡joye, si ésa es la hija de...!' Y las familias eran numerosas. Mi padre tenía siete hijas, tus papás cuántas mujeres tenía... ¡diez! Eramos taaaantas, no como ahora...

—Sí, éramos diez y vamos quedando seis...

—Y acá nosotros somos nueve.

—... Y ahora las familias son de uno o dos máximo... Y aquí se casaban con los mismos de aquí... ¡si tenían los pololos cerca!

—Allá en Punta de Cortez todo era diferente —recuerdan a dúo el señor y la señora Martínez, de Las Tranqueras—, porque uno tenía la libertad de ir al bosque, al río o al cerro, cosas así. Los vecinos que teníamos tenían cinco hijos hombres, entonces jugábamos en los patios... Jugábamos a los pistoleros, a andar a caballo en una escoba. Y allí donde estaba el bosque el río quedaba a un paso... Los días domingos, de repente, las familias se juntaban, llevaban canastos con tomates, quesos; nos bañábamos en una laguna que había cerca. Antes era rico. Así pasaba la tarde uno. Había que buscar la manera de que los

chicos se entretuvieran. Y de repente había una excursión al cerro, porque resulta que el cerro era libre, una iba y subía...

¿Fue ésa, acaso, una etapa feliz para los niños de entonces? Luis Muñoz, de la población Dintrans, asegura que sí:

—¿Mi niñez? Súper divertida. Recuerdos positivos, recreativos. Era como un sueño esa vida: bosque cerca, laguna, río... En la noche teníamos juegos: el carrusel, el avioncito, los colores, las sillas voladoras. Toda esa onda: jugábamos al ‘caballito de bronce’, al trompo, hartos volantes. De repente los adultos, recuerdo, en la esquina de acá, formaban redondelas y se ponían los guantes y se ponían a pelear. Pero siempre así, como en amistad. Fue como inolvidable la niñez aquí en la Dintrans. La que yo viví aquí, en todo caso... Eran cosas bonitas que antes se hacían por acá. Se hacían campeonatos y yo te digo que en los dos costados de la cancha, en los lados laterales, estaba lleno de gente. Se llenaba, estábamos como hasta las doce o una de la mañana jugando acá. Se terminaban los campeonatos y nosotros, al otro día, igual jugábamos, reuníamos hartos cabros chicos y jugábamos a los penales. Y allá abajo había una cancha también... Nosotros al río también íbamos a jugar. Y si nos aburríamos de jugar a la pelota, jugábamos a la guerra. Siempre teníamos alternativas diversas...

La ‘memoria de los juegos’ se instaló cómodamente dentro de las otras memorias, agregando un matiz de felicidad y alegría al tinte majestuoso de la tierra, al tono heroico de los fundadores y al esfuerzo sostenido del agua. Llenó los poros de la memoria colectiva con ese poderoso factor de identidad que es el juicio de que “todo tiempo pasado fue mejor”. La memoria de los niños se tejió a partir de su amistad y de sus juegos, como un aliento de frescura que subió hasta la memoria del presente. La mayoría de los adultos entrevistados reveló, en la entrevista, que esa frescura es, aún, un distintivo importante de su identidad actual.

26

La memoria de los deberes

No todo, sin embargo, fue jugar. Muchos niños de entonces —sobre todo los niños hombres— tuvieron que ayudar al papá a trabajar. Y no sólo para acarrear el agua hasta la casa, pues a veces fue necesario ayudar al padre en el propio trabajo productivo, el que proporcionaba a la familia los medios de subsistencia. Y esos trabajos solían ser pesados. El propio don Aurelio cuenta que, siendo niño, hizo “trato” con su padre para trabajar con una máquina: “Yo mismo en ese tiempo traté con mi papá, contratamos una máquina grande para sacar los troncos”. Un ‘trato’ parecido, siendo niño, hizo don Eduardo Cáceres con su propio padre, para trabajar de arenero:

—Y bueno, me inicié en el trabajo ayudando a mi padre. Lo primero que conocimos de ese trabajo fue llevarle el almuerzo al padre al río. Nos mandaban con una ollita a dejarle y al mediodía íbamos a la escuela... Eso a mí me preocupaba, me preguntaba muchas cosas: ¿por qué esto? ¿Por qué lo otro? ¿Por qué había gente que vivía de otra manera y nosotros vivíamos así? Cuando yo empecé a trabajar, era una alegría muy grande cuando empecé a recibir dinero por mi propio esfuerzo físico. Me convertí en un arenero más en ese tiempo; también, como

mis hermanos y muchos otros muchachos de ese tiempo. Entonces, cuando uno vendía un metro de arena, de material, yo sentía una enorme satisfacción. Empecé a trabajar como a los doce años. Me acuerdo bien que tiraba dos o tres palás a un vehículo y no podía tirar más porque la fuerza no me daba. De eso me acuerdo bien. Nosotros le ayudábamos al papá cuando le íbamos a dejar el almuerzo. Un día le quedó una embancá con pura arena; era una calichera (así la llamábamos nosotros) que él había hecho. Una calichera es una excavación que uno hace y llega el río y la llena de arena. Uno sabe que eso está fácil: es casi puro pasarlo por harnero y hay muy poquita piedra... Y llegó el día en que mi papá me dijo: 'trabaja ahí'. Y me lo dijo para que yo me formara y viera si yo estaba capacitado para convertirme en trabajador. Y así fue: yo harneaba y él me ayudaba, o bien otra persona que hubie-ra cerca, a cargar los vehículos. Así fue mi inicio como arenero...

Cabe hacer notar que los juegos y trabajos de los niños de ese tiempo eran casi siempre 'cosas de hombres'. Las niñas tenían que adaptarse a los juegos de los niños y en eso no había problema, pero no se veía con buenos ojos que ellas asumieran 'trabajos' de tipo masculino. Lo dice la señora Isabel:

—Pero en esos años fíjate que jugábamos con los hombres y yo sé jugar a las bolitas y elevar volantines. Fue un tiempo bonito, era todo más tranquilo.

Nadie desconfiaba del hecho de que niñas y niños jugaran juntos en las calles, incluso en las noches que "estaban claritas". Pero, como se dijo, no se aceptaba que las niñas realizaran trabajos pesados, que se consideraban propios del hombre. Léase entre líneas lo que relata la señora Lidia:

—Mi padre tenía un taller de fragua, de esos donde hacen herraduras, cosas de fierro, resortes, piezas de vehículos. Nosotras, chicas, le echábamos el aire a la fragua para que calentara los fierros. A él no le gustaba, nos retaba, pero igual estábamos ahí. Mi padre se llamaba Raúl Barrios, pero todo el mundo lo conocía por 'Raulito'. El taller estaba aquí en la calle Huasco con Lourdes, en toda la esquina. Todavía la llaman 'la casa de don Raulito'.

El deber sagrado de colaborar con el padre en el trabajo que daba la subsistencia a la familia creaba lazos solidarios fuertes en las líneas de descendencia varonil, y en la articulación vertical de la comunidad popular. Porque los niños varones tendieron a seguir la línea ocupacional de su padre, testimoniando así la cohesión familiar, pero, a la vez, la dificultad de trazar líneas alternativas de trabajo y desarrollo. Cuenta la misma señora Lidia:

—Las familias se respetaban mucho; se querían. La misma familia de la Martita Huerta, como que toda la familia siguió la tradición, que ha ido de padres a hijos. Tradición total: la de la venta de flores. Esa familia, toda la vida, todos, han trabajado vendiendo flores. Todavía venden flores. Venden flores los hijos de la Martita, los nietos de la Martita; o sea: todos. La Marta tiene ahora un puesto en el centro y está como dedicada a otra cosa, pero sus hermanos siguen vendiendo flores en la calle, con su carretón. Verduras parece que también venden. También estaba la familia Zamorano, que vendían no me acuerdo qué, pero habían muchos caballos allí. Y mi abuela trabajaba en el matadero; ha-

cía cañas para las carnicerías y las mandaba al matadero. Repartían las carnes a las carnicerías (había una o dos en esos años) en un carretón cerrado, tirado por un caballo. Los Hernández trabajaban limpiando la guatita de los animales, faenaban los animales, le hacían la limpieza a los interiores. Uno pasaba por ahí y se sentía un olor...

La memoria de los deberes se inició con el acarreo del agua, se amplió con la memoria de 'ir a la escuela', pero, en definitiva, se consolidó con la memoria del deber de trabajar codo a codo con el padre, la madre y con todos los hermanos. La unidad familiar permitía la subsistencia adecuada de todos, de modo que la idea del 'deber' se ató, fundamentalmente, a la familia, consolidando la identidad ya no tanto del "chacarero", sino del "poblador".

La memoria mágica

Como el territorio es más rural que urbano, con más bosques y manzanares que calles y plazas, con caminos polvorientos hechos para carretas y no para automóviles, las familias (que "se respetaban y querían") conversaban mucho, dentro de sí mismas y entre ellas mismas. Sobre todo de noche, cuando la luz de los chonchones o la luz "clarita" de la luna incitaba a platicar y hacer recuerdos, junto al brasero o frente al fogón a leña. Con los niños alrededor, por supuesto, escuchándolo todo. Era entonces cuando todas las memorias se comunicaban entre sí. Activamente, por vía oral. Cuando se desmenuzaban en nuevos paisajes y rincones, nuevos incidentes, aventuras, escaramuzas, chascarros. Cuando los relatos hervían de vida, hasta levantar una espuma propia, legendaria, mágica. Así, la memoria de todos, oralizada, dejó sitio al 'realismo mágico'. Para que cupieran cuentos y leyendas. Los niños, atentos, registraron nítidamente en su memoria todos los relatos. Toda la magia.

—Había un bosque inmensamente grande —cuenta don Aurelio—, y aparecían chivatos. Era como una visión que había. A varias personas les salió. Cuando pasaba yo por aquí sentía miedo, pero no me salió nunca a mí, pero sí a un caballero amigo mío. Incluso le salió a mi papá; le salió y le dio un topón por aquí por la pierna, y cayó al hospital y en el hospital nunca supieron de qué era el golpe. Lo examinaron y nunca se supo con qué le habían pegado... Después apareció una mujer: la 'llorona'. Esa sí la sentí yo. No sé si sería una persona, una mujer, o sería un pájaro. Pero la sentí llorar, y créame que yo ya tenía unos 19 años. Yo arranqué, porque el llanto no era común y corriente, como de una persona. Era un llanto que a usted el corazón le decía: 'es otra cosa'. Esas cosas pasaban aquí en Punta de Cortez, que se llamaba entonces el Vado de la Punta de Cortez; la única parte por donde se podía pasar el río para El Olivar era por aquí...

Otras leyendas surgieron no de la 'visión' de extraños animales del bosque, ni del 'eco' producido por el llanto de extraños seres, sino derivadas del recuerdo colectivo de personas reales de carne y hueso. Ese fue el caso de las evocaciones que hasta hoy se hacen del general Baquedano y de la suerte corrida por Enrique Ramos —alguna vez dueño de la hacienda La

Yesería—. Dichos personajes fueron, a coro, recordados por las señoras de la Junta Vecinal:

—Dicen que allí llegó el general Baquedano, que era dueño de esa como hacienda, la de La Yesería, la que fue pasando a otras manos hasta que llegó a manos de Enrique Ramos. A éste lo mataron ahí mismo, al lado del Hogar de Menores. La gente comentaba, y todavía comenta, que Enrique Ramos tenía pacto con el diablo. La Adriana me contaba que entonces decían que tenía pacto con el diablo. Era malo con su señora, a la que nunca se la veía en la calle. Él quería mandarlo todo. Yo me acuerdo que íbamos a comprar leche a su fundo y veíamos a la señora, que era un estropajo. No parecía señora de Enrique Ramos. Lo mataron ahí mismo y lo enterraron vivo. Y después que hicieron la población Irene Frei, dicen los de adentro que lo escucharon gritar. Yo no lo escuché, porque vivía afuerita. Yo he oído decir que lo enterraron vivo. Era tan malo, que creo que los mismos trabajadores fueron los que lo mataron. Y esto debe hacer como cuarenta años, porque yo tenía nueve años y vivíamos al lado de la Escuela 31. Y me acuerdo yo que mi mamá nos mandaba a comprar leche acá donde Ramos, que tenía una lechería y unos manzanales. Después le pusieron Avenida Baquedano, porque dicen que el general Baquedano fue dueño de ahí... Bueno, cuando uno estaba chica, captaba todo; increíble cómo se graban las cosas. A mí me gustaba oír las historias cuando se ponían a conversar. Conversaban con mi papá, se reunían con los Naretos; hacían chocladas y conversaban...

Las 'leyendas' son el subproducto del encuentro de todas las memorias de una misma comunidad, el relato de los relatos. La oralidad recreando los recuerdos, pero también recreándose a sí misma. La memoria colectiva pasando de la contemplación de lo pasado a la imaginación viva, creativa, que indica posesión de identidad, sentido de pertenencia a un mismo colectivo arraigado en la tierra e inicio de proyección y acción. ¿Existiría la leyenda del Chivato sin el bosque que colindaba con la población? ¿Se hablaría de la Llorona si los pobladores no se contaran sus experiencias y temores los unos a los otros? ¿Tendría sentido hablar del Enterrado Vivo si los campesinos y pobladores no se comunicaran los unos a los otros sus sospechas acerca de lo que ocurría en esa casa patronal? ¿Existiría el conjunto de esas leyendas y relatos si ellas no hubieran sido contadas muchas veces, en distintos fogones, y transmitidas de diverso modo de padres a hijos y nietos dentro de esa —por entonces— Gran Familia que existía en el poniente y sur de Rancagua?

La memoria pública

Además de las experiencias vividas al interior de la familia propia y dentro de la "gran familia" comunitaria —que, en conjunto, redondeaban una experiencia social más bien privada— los niños de entonces acumularon también la experiencia de relacionarse casi obligadamente, por sí solos, con las personas e instituciones que componían y poblaban el 'espacio público'. Para ellos, esta memoria se configuró, sobre todo, con el deber de ir a, y venir de, la Escuela. Aquí fueron estructurando una memoria crucial. Pues 'ir al colegio' (o venir de él) era, junto con 'jugar en la calle', una

actividad en la que los niños actuaban, casi siempre, solos. Es decir: momentos en que eran más libres e independientes. Cuando, por lo mismo, eran más ellos mismos y podían, por tanto, ser formalmente juzgados o castigados por sus propios actos. Cuando su 'pinta', su aseo y comportamiento eran observados críticamente por más adultos que sus propios padres y vecinos. Ir a la Escuela y venir de ella fue, para los niños de entonces, la primera experiencia del 'espacio público'; de su relación con los 'funcionarios' que actuaban por encargo del Estado (las profesoras) y los 'ciudadanos' anónimos de la calle, que los trataban de modo distinto a los comprensivos adultos de su comunidad.

—En esos años no teníamos locomoción —recuerda la señora Isabel— y yo estudiaba en la Escuela n° 2, que ahora se llama Marcela Paz. Había que levantarse temprano porque había que irse a pie, volver a pie para almorzar y después irse de nuevo, porque en esos años no teníamos jornada completa. Nos veíamos súper primorosas con los delantalcitos blancos. Pero yo, cuando estuve más grandecita, me los sacaba... ¡pretenciosa también la vieja!

Los problemas de ir y volver del colegio obligaban a los niños a tomar iniciativas y a celebrar 'tratos' con los adultos que les pudieran proporcionar un medio de transporte más cómodo o rápido:

—Vivíamos antes al otro lado del río —cuenta don Eduardo Cáceres— y de ahí me acuerdo que íbamos a la Escuela que estaba al lado de la Escuela n° 3, si no me equivoco. Nos íbamos a la escuela de a pie, caminando, y nos veníamos del otro lado a pie también. A veces algún carretonero de esa época nos traía, pero muy a lo lejos, porque era complicado para ellos andar con niños, porque no había asientos. Los carretones eran mucho más altos que los de ahora, porque eran 'de golpe'; o sea: de grandes ruedas de madera y llantas de fierro...

Del colegio mismo, sin embargo, los niños de entonces recuerdan más los juegos que desarrollaban en los patios que lo aprendido por ellos en el aula, como se desprende de lo dicho por Luis Muñoz, de la población Dintrans:

—El colegio era súper chico, pero después lo ampliaron. Tenía una pura sala. Para nosotros, en ese tiempo, el espacio no era muy grande: para jugar a la pelota teníamos un espacio de 10 metros por 5. Los pantalones rotos, las camisas afuera, esa onda éramos nosotros acá. Recuerdo que cuando los profesores nos castigaban, nos hacían estar con un macetero en la mano derecha y apoyado en un pie. Ése era el castigo. Los profesores tenían una muy buena relación con los padres antiguamente. Se hacían más cosas en comunidad. Por decirte, antes se hacían fondas y los profesores participaban en las fondas. Después se amplió el colegio y empezamos a jugar en un espacio más grande, pero todo rodeado de mallas de alambre. Todo estaba encerrado de malla. La Población hacía campeonatos en el colegio y, ¿cachai?, los focos eran de madera y con tarros de leche Nido. Así eran los focos. Nosotros nos subíamos a la reja, nos pasábamos a jugar y... cero rollo.

El 'espacio público' era desafiante, duro. Había que cumplir con los deberes o bien tomar iniciativas y arriesgarse. Obligaba a desarrollar recur-

propios y a ensanchar la personalidad. Daba lugar a experiencias 'exteriores' que podían o no ser llevadas como relatos a la gran red oral que latía al interior de la comunidad. Mientras los niños fueron niños, las experiencias exteriores fueron, de un modo u otro, transmitidas a la red común de los relatos. Pero cuando vino la adolescencia y la juventud, la memoria incorporó nuevos elementos, más privados que públicos, más reservados que comunitarios.

La memoria de la fiesta, del amor y de la época

Así pasó la infancia: entre juegos, deberes y leyendas. En la calle, en el bosque, en el río, o en los patios públicos rodeados de malla. Así se crecía, entre cuadros semi-rurales y una vida cotidiana de la que se guardan, en general, felices recuerdos. La adolescencia y la juventud, por ello, no fueron muy distintas: como que simplemente continuaron, ahora en una nueva fase, la misma identidad común y el mismo tipo de vida esforzada que construyeron los fundadores y sus pequeños hijos. Sobre este mismo sólido trasfondo se formó la memoria del amor.

—Nos conocimos en el colegio —contaron a dúo doña Eliana López y don Antonio Cifuentes, que llevan 52 años casados—; nosotros en ese tiempo estábamos estudiando en el Liceo. Y habíamos organizado una farándula, para la Fiesta de la Primavera. Era como una comparsa. Antonio estudiaba en el Liceo de Hombres... Ahí nos conocimos, cuando estábamos todos en el cagüín de la fiesta. Se armó una comparsa del Liceo de Hombres y otra del Liceo de Niñas, y en la de los hombres faltó un hombre. Y un amigo me dijo: 'vos soi alumno del Liceo, ¿por qué no entrái a la comparsa?; falta un hombre y hay una mujer huacha'. Yo le dije: '¡Ya!, voy, poh'. Y fuimos a una reunión allá por la calle O'Carroll. Llegué a la reunión y ahí estaba la huachita... Y llegué a esta Población a la siga de ella; pololeamos durante cinco años... Yo al Antonio lo conocí a los 17 años y me casé con él a los 21...

Las fiestas de la primavera marcaron, sin duda, la adolescencia y juventud de la mayoría de los niños que crecieron en el sector poniente y sur de Rancagua. Era una época en la que los aires festivos podían soplar fácilmente en cualquier momento, en cualquier lugar: en la Plaza, en las calles, en la casa o en las "quintas de recreo". Así recordaron esos aires los socios del Centro del Adulto Mayor:

—Para la primavera, el primero de octubre, la gente se iba a la Plaza Los Héroes para festejar. Se hacían bailes en la calle. Iban con disfraces. Era muy hermoso. Eran bonitas las fiestas de la primavera, con challas, con serpentinas; y ahí pinchaban los lolos... bueno, sí, pinchaba yo también. Habían buenas orquestas. Yo tenía como 18 años... Ahí en la calle Baquedano había una quinta de recreo y cuando mi papá venía de vacaciones íbamos ahí a celebrar y bailar... ¡chitas que lo pasábamos bien! Habían hartos pinches que se le acercaban a una. Esa quinta quedaba ahí, pasado el canal, más o menos. Eran hermosas esas fiestas, bailábamos de todo. Todos los fines de semana habían fiestas en esa quinta; la gente de aquí iba a recrearse allá... Había otra quinta aquí en la calle Iquique; era chica; no sé qué le pasó, pero también iba mucha

gente que iba a divertirse ahí. Parece que los nuevos vecinos reclamaron por la bulla y se terminó... Pero la tradición de las fiestas de la primavera se terminó cuando quemaron a esa niña, a la Isabel Carrasco, una de las reinas de las fiestas. Ella era de Rancagua. Fue hace más de cuarenta años, entre 1945 y 1950 tiene que haber sido. Eso salió en los diarios y todo. Parece que el vestido era de papel y alguien le acercó una antorcha y el vestido empezó a incendiarse...

La diversión principal era en familia. ¿Podía ser de otro modo, dentro de la Gran Familia? Es cierto que la fiesta más importante —de la Primavera— adquiría un carácter oficial, colectivo. Pero aun dentro de ellas se cuidaba privilegiar, de algún modo, a la familia. Así, se acostumbraba elegir la Reina de la Fiesta entre las ‘hijas de familia’. En el fondo, la ‘majestad’ provenía de la dignidad alcanzada por las familias creadas por los ‘fundadores’. Recuerda la señora Lidia:

—La gente tenía sus coches, carretas o carretelas con caballos. Las celebraciones se hacían en octubre, aquí mismo en la plazuela, todos los años. Y cantaba la Martita. La Martita cantaba todos los años... ¿se acuerdan? Y un año salió reina la Elsa Marticorena; otro año la Norma, y también la Ema, la hija de don Ramón Olguín. Mi hermana Sole también estuvo de candidata a reina... ¡Uh-lá-lá! si estamos hablando del año ‘el cuete poh, m’hija, sí... a ver... mi hermana tiene 64 años y esos años tenía unos 16... cincuenta años atrás... ¡Imagínense! ¡Qué bonito! ¿Ah? Son bonitas las historias de los barrios.

32

El amor surgió, casi, como una fiesta. Como coronación de una historia adulta que necesitaba, por sus logros, celebrarse a sí misma. ¿Es que, por norma, todo tiempo pasado fue mejor? ¿O había algo más? Es preciso considerar, en este punto —pedestramente— que en esos años la situación económica era menos crítica. Los trabajadores tenían contratos estables, sueldos reajustables y sindicatos que los protegían; eso les permitía, como fue el caso de los mineros de El Teniente o de los que trabajaban en la Compañía de Electricidad, organizarse para comprar las parcelas que los dueños de fundo fueron vendiendo. Así construyeron sus propias casas. Es cierto que, para los que eran trabajadores por cuenta propia, como era el caso de los areneros del Sector Sur, el ingreso no alcanzaba para realizar por completo el sueño familiar (“yo empecé a recibir dinero —cuenta don Eduardo Cáceres— y yo pensaba que con ese dinero yo iba a solucionar todo... pero las cosas no han sido así; iba a comprar un vestido precioso para mi madre, y nunca pude cumplir eso...”), pero, al menos, la atmósfera general era positiva y el paisaje, abierto. Quizá es por esto que todos los ‘niños de entonces’ concuerdan en afirmar que esa época fue, en todos sentidos, mejor que la época que les toca vivir a los niños de ahora.

—Fue una época bien bonita —dice la señora Isabel— porque no había tanta locomoción, no había tanta bulla y tanta molestia como ahora. Tú atravesabas la calle con más tranquilidad; jugabas hasta tarde sin peligro de nada... Fue un tiempo bonito, era todo más tranquilo, se veía más dinero: entonces los gringos de la Braden Copper pagaban bien a sus trabajadores; ahora lamentablemente, con Codelco [Corporación Nacional del Cobre], ya no.

—Resulta que el cerro era libre —acota la familia Martínez Venegas— y uno iba y subía. Ahora no, está todo cerrado; tiene dueños. Lo cerraron porque pusieron unos animales. Eso no nos deja libertad: tienen una caseta con un portero que no deja entrar. Antes era libre. Sobre todo en el mes de septiembre, cuando uno iba a encumbrar volantines. Eran tradiciones que ahora se han ido quitando. Celebrábamos las fiestas de la primavera; habían candidatas, gymkanas, concursos de baile, maratones. Era lindo, pero aquí se acabó todo eso. ¡Se acabó! Ahora, en la población Las Tranqueras, para hacer algo, hay que hablar de política...

Lo mismo afirma Luis Muñoz: “Yo cacho que antes nosotros teníamos más espacio para recrearnos que ahora. Ahora hay poco espacio. Antes hacíamos combates en el río; si se juntaban hartos cabros, te estoy hablando de 20 o 30 cabros. Ahora no queda nada de eso, los cabros chicos están en otra”. A lo que agrega don Aurelio: “Anteriormente no había ningún problema: todos nos mirábamos como hermanos”, y la señora Lidia: “se van perdiendo las tradiciones; las familias son más chicas; aquí se casaban con los mismos de aquí, teníamos pololos cerca...”

Como quiera que sea el tiempo presente, las memorias que fueron acumulando e integrando los niños y jóvenes de antaño son todavía uno de los fundamentos sanos y sólidos sobre los que, después, se han ido agregando los recuerdos de las parejas jóvenes, de los “cabros chicos” de hoy y, no lo menos, de los “cabros jóvenes” que hoy llenan las calles de muchas viejas poblaciones. La sociedad civil popular del poniente y sur de Rancagua no podría entenderse ni explicarse sin la consideración de esta memoria fundante, que en este capítulo, pálidamente, se ha querido reconstruir y presentar.

Capítulo II

La memoria cívica de los nuevos “fundadores” (1965-1998)

La memoria empeorada de las generaciones emergentes

La memoria de los niños y jóvenes de ayer está poblada —como se vio— de buenos recuerdos. De un tiempo pasado (de infancia) que fue mejor. Lo cierto es que, pese a todo, fue un tiempo feliz. Sin embargo, esos niños y jóvenes crecieron y debieron aprender a ser adultos, trabajar, formar familia, tener casa propia y, sobre todo, a convertirse por sí mismos en una comunidad de ciudadanos protagónicos. Y mientras estaban en eso, los tiempos cambiaron. La época se tornó difícil. Así, los comparativamente relajados tiempos de los años 40 y de los primeros años 50 dio paso, desde la crisis de 1955, a un tiempo revuelto, convulsionado, que se fue haciendo más y más complicado. La entrada a la adultez de esa generación coincidió, pues, con un tiempo enraizado, cambiante, y fue dentro de esa revoltura donde tuvieron que convertirse en “fundadores” de todo: de familia, de población, de sociedad civil. En este sentido, repitieron la aventura inicial y el ciclo fundante de sus padres, pero con el tiempo no sólo cambiado, sino, en muchos aspectos, ‘en contra’. De modo que tejer ‘otro’ retazo de sociedad civil popular fue, para ellos, de hecho, un trabajo pesado, plagado de dificultades. Esto les obligó a realizar un esfuerzo nuevo, inédito, diferente al realizado por sus propios padres.

Esta nueva generación de ‘fundadores’ ¿alcanzó el éxito en sus objetivos? En general: sí. Desde luego, se emparejaron y formaron familia, manteniendo en alto el espíritu optimista de su época de infancia y adolescencia. Pero los

nuevos tiempos —sobre todo después de la crisis del año 1967—, definitivamente, no eran favorables, y no todos alcanzaron la meta final. Muchas parejas quedaron en el camino, o entraron en un período de crisis, con desgarros internos que impactaron con fuerza sobre sus hijos. Lo cierto es que, en este nuevo contexto, el “fundador” —el padre— debió moverse mucho más para conseguir empleo y el ingreso mínimo que asegurara la subsistencia de la familia, la compra de una casa y la educación de sus hijos. El fundador masculino —el tradicional “proveedor”— ocupó así gran parte de su tiempo buscando trabajo “en otra parte”, lo que lo llevó a alejarse de la casa. Por eso, en muchos casos, fue la fundadora femenina —la madre— la que debió asumir de lleno, por sí misma, la tarea ‘pública’ de llevar a buen final la lucha por la casa propia y por el mínimo entorno urbano necesario para instalar esa casa en la vida moderna. Tarea que también, en cierta medida, la alejó de la casa.

De este modo, la leyenda de los nuevos “fundadores” se tejió de otra manera. Y pese al éxito relativo alcanzado por ellos, en la memoria de sus hijos (nietos de los primeros fundadores) quedaron pesando abrumadoramente los avatares de la lucha del padre contra el difícil mercado laboral (de donde provenían los recursos para la subsistencia y la educación), y de la madre contra el no menos difícil mercado estatal (de donde venían ‘recursos’ para el desarrollo del entorno urbano). Porque, a decir verdad, aunque la generación del 60 —que hasta aquí se ha denominado como ‘los niños y jóvenes de ayer’— tuvo éxito en conquistar una casa y una población urbanizada, *no* pudo conseguir que el Mercado y el Estado garantizaran, para sus hijos (los nietos), un nivel superior de educación y una posibilidad cierta de empleo estable. El peso del nuevo contexto histórico, sobre todo después de 1973, fue abrumador. El Mercado y el Estado fueron, durante todo ese tiempo, mucho más fuertes que la sociedad civil popular. Por eso, los nuevos retoños (los niños y jóvenes de los 80 y 90) —como se verá más adelante— no siempre recuerdan con orgullo y respeto la historia de los que fundaron su familia, su casa y su población. Los nuevos tiempos desplegaron su dificultad como en dos oleadas, y la segunda cayó con todo su peso, precisamente, sobre el futuro de esos niños y jóvenes, sin que los nuevos fundadores pudieran hacer algo por evitarlo. La memoria de los “cabros chicos” y “cabros jóvenes” de hoy se está construyendo, por eso, de tal manera, que su memoria de infancia no puede clasificarse, sin más, en aquellas que proclaman que “todo tiempo pasado fue mejor”.

Las generaciones populares juveniles de los 80 y de los 90, por lo mismo, deberán ‘fundar’ sus familias, casas y poblaciones *sin* tener en su pasado un modelo plenamente exitoso de referencia, *en* un tiempo presente más difícil aún que el de sus padres y *con* una más baja probabilidad de convertirse en una elite legendaria en la memoria de sus propios hijos (biznietos ya de los primitivos fundadores).

Mientras las nuevas generaciones siguen apareciendo, las antiguas envejecen, rodando una tras otra y agregando a la memoria colectiva nuevas y nuevas capas de recuerdos. La rotativa de estos recuerdos muestra que no sólo no hay un mejoramiento neto de las actuales con-

diciones de vida de las masas poblacionales, sino que —lo cual es mucho peor— tampoco lo hay en la memoria de su *pasado*. En este sentido, hay una cierta ‘regresión’.

Pese a esto, no se puede negar que la historia adulta de los que fueron niños y jóvenes en los años 40, 50 o tempranos 60 es, sin embargo, altamente significativa. En parte, porque lucharon con éxito relativo durante la primera oleada del ‘tiempo difícil’. En parte, porque esa lucha les permitió desarrollar de manera muy significativa su protagonismo ‘cívico’, y en parte —por último— porque su éxito fue importante en lo habitacional y urbanístico. Estos logros han sido los que hoy configuran el orgullo vecinal de estos nuevos fundadores, y el pedestal que, sin duda, sostiene su liderazgo actual.

Con todo, en el plano ‘nacional’, esos nuevos fundadores no cosecharon un paquete similar de logros. Ni en los años 60 ni en los 70 pudieron llevar a cabo las reformas estructurales que hubieran podido asegurar para sus hijos una educación integral y un empleo estable, con ‘carrera ocupacional’. O sea: un acceso expedito y total al ‘sistema de la modernidad’. Es por esto que, hoy, en una proporción muy alta, esos hijos viven en calidad de “allegados” en alguna mediagua emplazada en el patio trasero de la casa que, con protagónico esfuerzo, conquistaron sus ‘viejos’.

La ausencia de orgullo ‘político’, pues, deja al legítimo orgullo ‘vecinal’ en una condición deficitaria, incompleto, deficiencia que los jóvenes resienten de un modo tal que no reconocen como legítimo el orgullo de los adultos. Así, la sociedad civil popular comenzó, desde 1973, a acumular orgullos incompletos, expectativas cercenadas y recuerdos de signo diverso o contrapuesto. La heterogeneidad, por tanto, vino a instalarse en medio de todos.

El emparejamiento

Muchas de las parejas que hoy son adultas se conocieron jugando “hasta de noche” en las calles de tierra, en los sitios separados por alambradas, en los bosques cercanos, en los manzanales que había en todas partes, o en el camino a la Escuela. El pololeo, por eso, formó parte de la ‘memoria feliz’, pues surgió asociado a las colas que se eternizaban frente a los pilones de agua, en el bullicio de las fiestas de la primavera, en la excitación carnavalesca de los encuentros estudiantiles, o en las quintas de recreo donde se divertían, el sábado o el domingo, sus padres. Por eso, la edad del pololeo, para los ‘niños y jóvenes de ayer’, no constituyó una nerviosa aventura dramática de rebelión y liberación afectivas, sino la continuación natural del espíritu comunitario de la “gran familia” existente por entonces. Casi sin excepción, los adultos actuales recuerdan con cariño, picardía y mucho sentido del humor sus primeros flirteos amorosos y las anécdotas iniciales de su emparejamiento.

Así recuerdan, en coro, las señoras del Centro de Madres de la población San Francisco la atmósfera epocal del pololeo:

—En Avenida Francia con Sargento Aldea, un poquito más allá, en toda la esquina donde empiezan las casas, ahí había una llave grande donde toda la gente de la población tenía que ir a buscar agua, porque no había agua en las casas...

—Todo el mundo tenía que ir a buscar agua p'allá...

—Y en la noche, me acuerdo, se juntaba harta gente y las cabras jóvenes iban a pololear p'al frente, p'al lado de la Feria y del tren...

—Ese era el lugar de encuentro, donde nos juntábamos todas... en la llave, claro ¡ja, ja!

—Y todo el mundo iba p'allá, todos teníamos que ir a buscar agua. Mis tías iban conmigo y de ahí me dejaban cuidando los baldes y de ahí ellas iban a pololear p'allá... ¡ja, ja!

—Y yo acompañaba a mis hermanas también, poh...

—Igual que aquí, poh. Aquí... ¿en qué época era? se hacía el baile en la plazuela...

—¡P'al reinado, en diciembre, poh!

—Sí, poh. Ahí me acuerdo que yo tenía que aganchar a mis hermanas también, a la Pepa, sobre todo.

—Se cerraba la plazuela y se hacía el baile. Me acuerdo que estaba de moda el cha-cha-chá...

—Y el que la revolvió en todo eso era el tío Ramón, poh. El tío Ramón hacía todos esos reinados, hacía esos bailes, sacaba candidatas a reina...

—Pero el tío Ramón ya falleció. Murió el tío Ramón...

Eliana Marín (la niña que quedó “huachita” en la comparsa estudiantil) y Antonio Cifuentes (el que se unió a última hora a la comparsa para no dejar sola a la “huachita”) se conocieron a los 17 años siendo estudiantes de Liceo —ver más arriba— y pololearon cuatro años antes de casarse, en 1947. De sus cincuenta años de matrimonio (hoy asisten al Centro de Adulto Mayor “Años Felices”), los primeros diez vivieron en la Población, teniendo que ir a buscar el agua, cambiándose de llaves y pilones continuamente porque los pobladores mojaban y embarraban los alrededores, razón por la que los desalojaban, obligándolos a buscar otra llave y otra más. La memoria del agua, por eso, se ligó profundamente a la memoria del amor. Y, por cierto, a la vida de pareja.

Las dificultad de conseguir un sitio y armar o mantener una casa no desalentaron a los pololos para emparejarse, ni disminuyeron —según se desprende de sus relatos— su aparente alegría de vivir. Es lo que revela el relato que hace doña Isabel Rosales de su noviazgo y primeros años de matrimonio:

—Así fue pasando mi vida de soltera. Hasta que un día llegó un hombrecito que trabajaba en la Compañía, que se vino a vivir acá, justo en la calle 21 de Mayo también... ¡mira! Y un día nos conocimos así: él pasó en una moto, me quedó mirando y por ahí comentó: ‘Voy a pololear con esa chiquilla y me voy a casar con ella’... ¡Y era harto feo, poh! Y fue tan insistente que al final dije que sí. Por aburrimiento yo creo que al final le dije que bueno. Y ha sido un buen marido. Así que, bueno, seguimos acá. Y salió una nueva familia y así sucesivamente han

salido mis hijos. Ya tengo dos casados, tengo cinco nietos, más otro que viene en camino. Y la vida ha sido pacífica aquí, la verdad.

No todos los adultos, sin embargo, lograron sortear las dificultades y crisis que amenazaban su flamante emparejamiento. Dado que la mayoría de las parejas se organizaban de manera que el marido fuera el 'proveedor' y la esposa la 'dueña de casa', la situación del empleo, que era inestable y cambiante —a menos que se tuviera la suerte de ser empleado en alguna gran compañía con asiento en Rancagua o en El Teniente—, impactaba en la pareja por el lado de la situación laboral del marido. De eso dependía que el rol de la 'dueña de casa' funcionara sin sobresaltos y que hubiese un espacio propio para la familia. Pero la insuficiencia del empleo agrícola y el carácter azaroso del empleo industrial —sobre todo después de 1973— obligaron a los maridos a cambiar de trabajo y a buscar mejor suerte en lugares distintos al de donde estaba su vivienda. Esto tensionaba la vida familiar. Doña Isabel Rosales, por ejemplo, venía de una familia compuesta de once hermanos que vivían en el Rincón del Abra, donde se dedicaban a tareas campesinas. Allí conoció a Pedro Enrique Soto, con quien se casó y se fue a vivir a Copequén. Pedro trabajaba en el campo, pero se aburría de ese trabajo por los bajos salarios "y se vino a trabajar acá a una firma que era para arriba; a ésa la llamaban La Yuta". De modo que iba a su casa, en Copequén, sólo cada quince días. La señora Isabel vivió sus primeros años de casada, pues, casi sola:

38

—Yo tenía todos mis niños chicos, vivía sola allá. Yo tenía que ver con todo lo de la casa: con los pollos, tenía que regar; o sea: prácticamente todo. Yo era un hombre en la casa. Después ya me aburrí también sola, con los chicos que tenía que mandarlos al colegio, y un día vine acá a Rancagua y me encontré un arriendo que quedaba al frente, ahí. Vivía una cuñada mía en esa casa donde me vine yo, y hablé con la dueña de la casa, tuve que ir a hacer el trato con ella allá arriba a Endesa, y la señora por suerte me arrendó la casa. De la noche a la mañana yo me vine sola aquí, mi marido no sabía dónde estaba yo viviendo, y así fue toda la historia desde el campo hacia Rancagua... Mi marido dejó de trabajar en esa empresa, se terminó esa empresa, estuvo como tres meses fuera y de ahí lo llamaron en el año 72, lo llamaron a trabajar a El Teniente, y ahí estuvo trabajando en la empresa por veinte años. Y ahora es pensionado de la empresa. Tengo seis hijos y actualmente tengo seis nietos. Vivo aquí desde 1969.

Menos suerte tuvo la señora María Eugenia, de la población Irene Frei. Ella nació en Rancagua y tuvo una infancia difícil: "te puedo hablar de que no tuve mamá, mi mamá murió cuando yo tenía año y medio y fui criada con abuelos; o sea: 'criada' entre comillas; he dado muchos tumbos en mi vida, muchos tropiezos, mi vida no me le ha presentado color de rosas, me ha tocado mucho, muchísimo que luchar".

Se tuvo que ir a Santiago y fue allí donde se casó. Tuvieron dificultades económicas ("pasé por muchas cosas cuando me casé, pasé por hambre, por miseria"). Para resolver sus problemas participó en una toma de terreno, en el Paradero 18, en Santiago.

—Mira, eso fue en el Paradero 18. Los carabineros nos pegaban, nos botaban los braseros, nos botaban las teteras hirviendo, qué se yo... ¡todo!; pero la cosa es que se la ganamos, después los mismos carabineros nos fueron a dejar agua a la chacra Santa Elena adonde nos ubicaron mientras nos entregaban los terrenos, y nos dieron una mediagua ya usada, donde te entraban los rayitos de sol o el frío por todos lados. Bueno, pero así se fue teniendo. Era la chacra Santa Elena, donde habían serpientes, había de todo. Fue el año 1966, claro, porque ahí, la Blanquita nació ahí en esa población... Nosotros llegamos un 26 de marzo del 66 y ahí, en abril, me mejoré de ella, así que iba en las últimas. Bueno, y así fue mi vida hasta que ella tuvo cinco años; después yo quise tener a la menor, que es María Eugenia y... ¿qué quieres que te diga? Se nos han presentado cosas por el camino a todas, pero todas las hemos sabido enfrentar... Mi (ex) marido tomaba. No le alcanzaba la plata para que mis hijos comieran, supieron de mucha hambre mis hijos, y tuve que trabajar mucho para darles a ellos lo que necesitaban cuando quedé sola... El padre no era un padre ejemplar, prefería tomarse la plata antes que preocuparse de ellos... Alcancé a estar veintitún años casada, más o menos. Llegó un momento en que dije ¡basta! Yo estaba trabajando, me había hecho de un muy buen trabajo, de muy buenos patrones y llegó un momento en que rompí relaciones con mi marido y cuando él se fue me fui cayendo de a poquito ¡hasta que quedé sentada en el suelo! y pensé qué iba a ser de mí, separada, con mis crías, cómo iba a hacerlo... Me agarré de mi patrón, me ayudó a pagar las cuentas, fui pagándolas de a poco... y, bueno, un día conocí a este hombre que me ayudó con mis hijos, me ayudó con mi casa, qué se yo... Es de mal genio, tiene un genio terrible y yo también soy de mal genio...

Muchas parejas de la generación del 60 tuvieron que enfrentar, pues, “tropiezos, muchos tumbos, hambre y miseria”. Para superar esos tropiezos, las madres necesitaron de suerte, de encontrar oportunamente un buen trabajo y, al principio o al final, de un ‘socio’ firme y tenaz. No siempre se cumplieron esos requisitos ni siempre se halló un buen reemplazante al compañero que se iba. A lo largo de esta lucha, los “tumbos” significaron casi siempre que los niños desertaran de los estudios, trabajaran de forma prematura o buscaran una escapatoria a su situación a través de un rápido emparejamiento. “Fue amargo para mis hijos —dice la señora María Eugenia—: Blanquita no alcanzó a hacer su práctica porque, la verdad, no hubieron medios para hacerlo y eso todavía la viene afectando, porque ella, en este momento, ya sería una profesional... El otro mayor se casó deseperado, porque ya no daba para más la historia en la casa mía”.

Si la lucha por mantener la pareja y la unidad de la familia fue larga y difícil, no lo fue menos la que esas parejas debieron dar —como se verá más abajo— para conquistar una casa propia dentro de una población urbanizada. La señora María Eugenia debió ir a una “toma de terreno” y vivir largo tiempo en una mediagua vieja y en una chacra que aún estaba infestada de culebras. Los mismos primitivos fundadores que pudieron comprar un sitio en los loteos realizados por los dueños de fundo no vivieron, al principio, de modo muy distinto, puesto que debieron levantar por sí mismos, como pudieron, sus casas y mejoras. Sin agua, sin luz, sin vere-

das, sin pavimento y sin alcantarillado. Para la vieja tanto como para la nueva generación, emparejarse equivalió, en cierto modo, a asumir el rol del 'colono' que necesita *fundarlo* todo: desde su misma condición de pareja, hasta el trozo de ciudad nueva que termina 'ofertando' a la ciudad formal. Al punto que resulta inseparable la tarea de construir familia con las tareas anexas de construir ciudad y sociedad; como si el éxito en la tarea 'privada' de fundar familia dependiera del éxito en la tarea 'pública' de fundar ciudad y sociedad. Los hechos muestran que la tarea material de levantar casa, población y ciudad puede ser tan difícil y costosa que, cuando se alcanza el éxito en ella, no se asegura necesariamente la proyección exitosa de los hijos. Es el drama social que enfrentan aún las parejas que han logrado sortear con éxito los "tumbos" conyugales de su historia íntima. Al parecer, para los nuevos fundadores, alcanzar la cima de la 'casa propia' no ha sido todo, pues ha subsistido un tenaz déficit contextual, cuyo costo neto está siendo transferido a los "cabros chicos" y "cabros jóvenes" de la novísima generación.

El emparejamiento feliz se transformó en una lucha social por la casa y la población. Esta lucha resultó exitosa en lo material y en la construcción de una micro-sociedad civil (popular), pero no lo fue en el contexto estructural, que terminó por aprisionar el futuro de los hijos de esas parejas. La memoria feliz de los segundos fundadores empalideció, tanto, que ha llegado a borrarse en las conversaciones jóvenes de la tercera generación.

40

La dramática memoria del "proveedor" y la memoria cívica de la autogestión comunitaria

No hay duda de que, para que una pareja alcance como tal un mínimo de éxito y felicidad, es indispensable que logre resolver de una manera adecuada el problema laboral del marido y/o de la esposa. En este sentido, las transformaciones que ha experimentado la economía regional (y la nacional) desde el período de la Reforma Agraria hasta el día de hoy, han sido determinantes. Los relatos de los pobladores revelan que el paso de la economía agraria más tradicional a la economía industrial o comercial modernas fue, en la región, difícil y convulso, a lo que se sumaron los vaivenes del sistema productivo y laboral del influyente y omnipresente complejo minero de El Teniente. Para muchos de los adultos que fueron entrevistados, ese cambio significó pasar de un régimen de 'trabajo apatronado' (como inquilino o peón en el tradicional sistema hacendal de los latifundistas de antaño) a una condición de 'trabajo asalariado temporero' (típico del modelo neoliberal, vigente hoy en los nuevos huertos, viñas, packings, frigoríficos y plantas faenadoras). Pocos, por tanto, pudieron tener empleo conforme al régimen laboral propio del capitalismo industrial más avanzado (o "fordista", como se le ha llamado).

El cambio en las condiciones del empleo trajo consigo también un cambio en el espacio de la vida familiar: antes, durante el trabajo apatronado, se vivía en una casa 'del' fundo y 'del' patrón; después, en la época en que

se impuso mayoritariamente el trabajo asalariado, las parejas debieron resolver por sí mismas, en la periferia de la ciudad, el problema familiar de dónde y cómo vivir. Después del cambio, el ingreso familiar ha seguido dependiendo, de un modo u otro, de la ‘economía patronal’, pero no así el ítem de ‘la vivienda’, que comenzó a depender, sobre todo, de la *capacidad autogestionaria* de las parejas y del apoyo público que, para eso, ellas mismas lograran conseguir (del Estado, del Municipio, los bancos, las grandes empresas, etc.). Si antes la vivienda ‘apatronada’ era un factor de dependencia que erosionaba la capacidad *cívica* de autogestión, después, la gestión de la vivienda ‘periférica’ produjo el efecto contrario: las parejas, al luchar socialmente por su vivienda, acumularon en su memoria una alta dosis de recuerdos ‘cívicos’; de ciudadanos de nuevo tipo. En eso se diferenciaron de sus progenitores. Así fueron añadiendo, a la trama fundacional, nuevos hilos y tejidos a la emergente sociedad civil popular del sur y poniente de la ciudad de Rancagua.

La señora Laura cuenta que ella llegó a vivir en Puertas de Fierro a mediados de la década de 1960, cuando todos en ese sector “vivían apatronados”. Allí se instaló con su marido, al principio, en el fundo “de Los Ortices, que le llamaban”.

—Después el patrón le dio, aquí, una casa, que era de adobe, para que viviéramos; él trabajaba por la casa y le daban un terreno para sembrar y todo eso. El trabajaba apatronado y le daban una porción de porotos y el pan se lo daban, la ‘galleta’ que le llamaban. Le dieron un terreno y él sembraba y yo le ayudaba, a pesar de que yo nunca había trabajado en el campo. Pero había que aprenderlo. Ahí al principio yo limpiaba las chacras y después las parcelas. Los primeros años teníamos animales, vacas, cosas por el estilo. Después se aparceraron ellos, después que pasó el tiempo de ser apatronados. Antes, no me acuerdo en qué año, el Estado hizo que los trabajadores, los inquilinos, tomaran las propiedades, los terrenos. Entonces ahí se aparceró eso, se hizo una expropiación, que le llamaron. Entonces, para la expropiación, cada uno de los inquilinos tenía que tener un puntaje; entre más hijos tenía, más puntaje tenía y tenía la posibilidad de escoger su parcela. Y ahí mi esposo quedó con parcela. Claro, se aparceraron. Empezaron a trabajar como dos o tres años en grupo. Se dio la posibilidad de que el campesino trabajara la tierra, que fuera propia. Pero se les cerraron las puertas en cuanto a dinero, porque los bancos... o sea, todo lo que trabajaba el campesino, se lo llevaban los bancos, o el Estado. El banco les quitaba la plata y no había maquinaria. No se podía trabajar. Entonces la necesidad fue grande. Tuvimos que vender, vender las parcelas. Y mucha gente que tuvieron parcelas viven hoy del aire, porque muchos ricos (con la sinvergüenzura siempre adelante; algunos, no todos) les quitaron las parcelas. O sea: compraron las parcelas y en ese entonces les hicieron firmar papeles en blanco, por donde les quitaron todo: las parcelas, los sitios y el bien común. Llamémosle ‘sitio’ a lo que era ‘casa’. ‘Bien común’ eran terrenos aparte de lo que era la parcela (tranques y potreros). Así que mucha gente, casi la mayoría, se quedaron sin parcelas. Mucha gente vive así no más, sin ser propietaria. Nosotros (yo, como estaba más entendida) empezamos a hacer trámites y saqué mi escritura, y después con mi escritura postulé a un subsidio y compré

mi casita de madera y la instalamos en la misma casa vieja, que era de adobe... Después todo eso fue desapareciendo a medida que pasaba el tiempo y todo se fue organizando mejor, urbanizándose y todo perdió el sentido de lo que era campo. Ahora ya no es como campo esto... Hoy viven aquí como 20 familias, la mayoría sigue trabajando en el campo, por el mínimo... Mi marido estuvo como un año sin trabajo y yo ahí me tuve que instalar con un negocito y él ahora está trabajando para afuera, está cerca de Pichilemu, para allá, en una empresa que vino a trabajar en la Santa Mónica, y les gustó como trabajaba mi marido y se lo llevaron. Así que a él le pagan pensión, todo. Todas las semanas él se va el lunes a las seis de la mañana y vuelve el día viernes, como a las nueve o diez de la noche. Y es primera vez en treinta años que estamos casados que se tuvo que salir. La necesidad, poh, señorita: él no quería irse porque ¡toda una vida! viviendo con una y los hijos, todo. Pero como los hijos ya están grandes, él salió conforme...

La señora Rebeca Caro, también de Puertas de Fierro, corrobora lo dicho por la señora Laura. "Aquí se parceló —dijo— porque estaban mal todos y parece que a todos los de por aquí les tocó parcela". Actualmente —agrega— quedan sólo unas 23 o tal vez 30 familias, aunque el número aumenta debido a que se "han hecho casas en los patios" donde se instalan a vivir los hijos mayores con sus familias, pero también se instala "gente que viene del sur, gente que uno ni conoce". El lugar



El lugar corresponde al antiguo fundo de Los Ortices, pero de las antiguas puertas de fierro que había en la entrada del fundo, ya no queda nada.

corresponde al antiguo fundo de Los Ortices, pero de las antiguas puertas de fierro que había en la entrada del fundo, ya no queda nada. “Dicen que antes habían puertas —cuenta la señora Rebeca—, pero desde que llegué yo aquí hace cuarenta años no he visto ninguna puerta. Le llaman las Puertas de Fierro, pero yo no sé cuáles son los fierros...”

La mayoría de los parceleros, después de 1975, tuvo que “salir” del lugar a buscar trabajo en otras comarcas. Tal le ocurrió a don Pedro Soto, el marido de la señora Isabel Rosales. Lo mismo le ocurrió al primer marido de la señora María Eugenia y también al de la señora Rebeca. “Salir” en busca del esquivo trabajo asalariado podía significar un largo itinerario capaz de llevar a los hombres de un lugar a otro. A un ‘vagabundo’ similar al de los peones del siglo XIX. La historia laboral de don Orlando Celis (74 años, de la población Patria Joven) es ilustrativa:

—Primero estuve en Graneros, y ahí en Graneros estuve trabajando en la fábrica de Chiprodal. Como yo trabajaba en construcción, trabajaba afuera. Estuve trabajando en El Teniente, en la mina, como en el año 38; tenía 16 años, en ese tiempo trabajaba con una tía que tenía pensión arriba... Y después trabajé en la mina, pero yo ya estaba casado ya, alcancé a trabajar ahí como cinco años. En Endesa [Empresa Nacional de Electricidad S.A.] estuve como doce años. Estuve en distintas partes, en cosas distintas: fui carpintero, minero, también estuve en el Cuerpo de Carabineros... pero me retiré porque no me gustó mucho la disciplina, como joven que era, pues; fui cabo de Carabineros cuando tenía veinte años... claro, como yo me crié solo con mi mamá... o sea, que no le... como podría decir, no le hacía mucho caso a los jefes, a los superiores... Nos gustaba aprender las cosas, nos gustaba desde chicos, de intrusos, si hasta la fecha nos gusta, aunque ya la salud me acompaña poco, porque ahora estoy de vigilante y hago dos turnos, de día y de noche... Me he recorrido todo el sector, siempre trabajando. Cuando trabajé en la construcción trabajé en todas las poblaciones: en la Rancagua Sur, estuve en la Rancagua Norte, en la Manso de Velasco, en la Villa de El Teniente, en casi todas las poblaciones que se construyeron... trabajé en el edificio de la plaza, en el edificio municipal... fuera, a la salida de Rancagua, p’al lado de Puente Alto, p’al sur, en Talca, trabajé todo Chile... P’al norte también, hasta Coquimbo: estuve trabajando en Coquimbo en minas, p’allá se llaman ‘pirquén’... y yo me cambiaba de una mina chica a otra... Si no hace mucho que dejé de trabajar en la construcción, porque se me afectó la rodilla. Mire, yo era herrero, pero herrero de esos que le pegan al fierro. Yo estudié en el Politécnico de San Bernardo y ahí iban cabros de todas partes, porque de los juzgados mandaban ahí: ya los cabros que no tenían papá, los cabros que se portaban mal; llegaba de todo y ahí a mí me llevaron para que aprendiera una profesión, pero yo la escogí mal, habiendo tantas otras profesiones... incluso en San Vicente de Tagua Tagua tuve clínica yo, allá no había veterinaria, así que llegaban todos los animales a mí... Trabajé también en Santiago, de inspector de herraje en el Club Hípico, también en una bodega... Llevo 45 años de matrimonio, tengo una hija y un hijo, ella trabaja en la Municipalidad de El Quisco y me paga el teléfono... el otro es más desastrado, como todos los hombres.

La reforma agraria, iniciada en 1965 y continuada con altibajos hasta el día hoy, ha sido larga, profunda y extensa, de modo que el sistema de trabajo campesino, en todas partes, evolucionó de modo masivo hacia el trabajo asalariado estacional, de temporero. La economía industrial, por el contrario, se ha desarrollado muy lentamente y en dispersión: se ha levantado una fábrica por aquí y otra por allá, lejos. No ha habido suficiente concentración industrial, ni en la región, ni en la ciudad misma de Rancagua. El resultado es que el mapa laboral de los hombres se extendió sobre una zona muy amplia, obligándolos a “salir” del sitio donde, con mucho esfuerzo, con su pareja, habían enclavado su vivienda y su familia. Con el agravante de que, en la mayor parte de los casos —como se dijo— el trabajo que podían hallar era precario “y por el mínimo”, lo que no les permitió cumplir a cabalidad con su rol de “proveedores” de la familia que fundaron con su pareja, déficit que se ve agravado por sus largas estadías fuera de la casa. La instalación de nuevas empresas en el área ha beneficiado a algunas poblaciones en términos de empleo, pero a costa de soportar otros problemas. Como en la población Las Tranqueras, cerca de la cual se instaló el criadero Súper Pollo. A este respecto cuenta la familia Martínez-Venegas, que vive en esa población:

—La gente trabaja aquí en la parte agrícola, en el criadero de Súper Pollo, que es un criadero de cerdos y también de pollos. Desde que llegaron hay aquí un mal olor... pero ya nos acostumbramos al olor. Eso era lo bueno de allá, de Punta de Cortés, donde vivíamos al principio: ningún mal olor. En cambio, aquí... es igual que ir al matadero, a pesar que dicen que hay un tratamiento de las aguas servidas. Por aquí hay como 28 criaderos más... pero hay gente que trabaja en parcelas agrícolas. Todos trabajan como temporeros. Nuestra hija está estudiando Secretaría Ejecutiva Contable, pero cuando salió del colegio entró a trabajar en la temporada de la fruta... Aquí, la fuente laboral principal es eso: el trabajo temporero. Ahora los patrones trabajan con puros temporeros: no se complican.

Como dicen los Martínez-Venegas, la dispersión espacial de los centros laborales se ha complicado con el hecho de que *todos* esos centros —los de tipo agrícola y los de tipo industrial— están operando, para “no complicarse”, el régimen de trabajo temporero. Es decir: el régimen laboral que *menos* resuelve el problema del ingreso familiar y el del rol proveedor de los maridos. Sólo los hombres que han optado por ser “areneros” (o “carretoneros”) y laborar extrayendo arena y áridos del río han podido trabajar en el mismo sitio donde han levantado su vivienda (a la orilla del río). En este caso, los hombres, a costa de hacer un duro trabajo que no es ni apatronado ni salariado sino autónomo, han logrado sostener a sus familias —en un nivel básico de pobreza— y aun, como demuestra el caso descrito de don Eduardo Cáceres, educar a sus hijos. Otros casos de trabajo autónomo, como “la fragua” que montó don Raúl Berríos en la población San Francisco, o la venta de flores que por generaciones administró la familia Huerta de la misma población, o la panadería fundadora de esa Población, o el “negocito” que erigió la señora Laura, aunque no han permitido alcanzar la prospe-

ridad, al menos han proporcionado a sus gestores autonomía y un mínimo de ingreso. Que es lo que, tal vez, ha llevado a esos negocios a pasar de padres a hijos, de generación en generación. Como una memoria continua, ininterrumpida.

La crítica situación laboral ha ocasionado que los maridos, más tarde o más temprano, no puedan cumplir a satisfacción su parte en el compromiso familiar, lo que ha tensionado a la pareja, a menudo hasta romperla. Por eso, muchas mujeres han quedado solas o viudas, convirtiéndose en “jefas de hogar” enfrentadas a la situación extrema de tener que trabajar en cualquier cosa o vivir de una pensión que no alcanza para nada.

—Aquí hay unas señoras viudas —cuenta don Gustavo Miranda, presidente de la Junta de Vecinos de la población Dintrans— que tienen unas pensiones muy miserables, y fíjese que todavía tienen esas casas de cuando se radicaron hace 32 años; aquí mismo en la esquina hay una señora que vive en pésimas condiciones. Es cosa de presentar un proyecto a las autoridades para hacer un estudio y darles un beneficio a esa gente —que son unas doce personas— para darles aunque sea un techo (pues da no sé qué ir a verlas)... Hemos sido aporreados los antiguos de esta población. La generación de ahora no tiene ni la menor idea de lo que fue esta población. Nosotros no más sabemos la historia... Hay 27 casetas sanitarias que faltan en la población... Hay una señora que no puede abrir la ventana de la cocina porque en el sitio de al lado ya no tienen lugar para hacer hoyos para pozo, ya no tienen...

46

Bajo estas condiciones de empleo, la adquisición de un espacio propio y la construcción de una vivienda se convierten en una necesidad imperiosa y en una tarea heroica, para cuya realización no hay otra alternativa que reunir y asociar a varias parejas de idéntica situación. De este modo, a la necesidad más bien ‘subjéctiva’ de formar y sostener una pareja, la tarea adicional de conquistar un espacio y levantar una vivienda agrega un imperativo ‘social’ de carácter estratégico: formar un comité y una *comunidad de parejas*. Los testimonios recogidos revelan que las parejas han gastado una enorme energía y una buena parte de su vida en resolver socialmente el problema de la vivienda y de la población respectiva; resolviéndolo, han descubierto y, al mismo tiempo, desarrollado sus capacidades autogestionarias y su prestigio de “vecinos fundadores”. Y haciendo eso no sólo han acumulado memoria cívica, sino que también han forzado al Estado a reconocer públicamente su calidad de ‘actores’ y su emergencia como ciudadanos protagónicos en los procesos de construcción de nuevos segmentos de ciudad y nuevas redes de sociedad civil.

Es por eso que las parejas de segunda generación, al revisar su propia memoria, sienten orgullo. Son, en todo el sentido de la palabra, legítimos “vecinos fundadores”. Sin embargo, preciso es reconocer que ese legítimo orgullo se refiere a la materialidad de su vivienda y al urbanismo de su población. Porque ese orgullo no puede hacerse extensivo al plano educacional y laboral en el que deberían desarrollarse sus hijos. Pues, aunque esas parejas han construido sus viviendas y han promovido incluso (con el dinamismo social adquirido) la construcción de escuelas, plazas, capillas, talleres, y otros ‘adelantos urbanos’, no han logrado controlar ni con-

trolan hoy el mercado laboral ni el sistema de educación superior, ni las posibilidades que la sociedad global ofrece a la juventud. Bajo la epidermis del orgullo legítimo late un problema no resuelto, una crisis larvada que no se refiere tanto a las condiciones materiales del ‘habitar’, como a las condiciones en las que se reproduce su vida y se integra a las nuevas “nidadas” de niños y jóvenes a la vida moderna que prima en la sociedad global.

De jóvenes, las parejas no trepidaron en arrostrar la miseria cuando se trató de conquistar la casa propia. Así, por ejemplo, las familias que se habían ‘arranchado’ en la orilla del Cachapoal —para facilitar el trabajo de los jefes de familia que extraían áridos del río— fueron erradicadas de allí en 1965, debido a las grandes crecidas que hubo ese año. Don Enrique Dintrans y otras personas ayudaron en el traslado de los pobladores damnificados a los pastizales de la otra orilla del río. Así, dentro de una absoluta precariedad, surgió y creció la población Dintrans.

—Oiga, daba lástima ver cómo estaba esta población —cuenta don Gustavo Miranda—, si era un verdadero callamperío. Estas fueron casas prefabricadas (todavía quedan), no habían veredas y no había agua, luz, ni nada. Por aquí corría una acequia y por ahí la gente sacaba agua. Después, con el paso del tiempo, hubo un dirigente —que falleció, era muy activo, de apellido Soza— que, gracias a él, se empezó a tener agua y luz. Bueno, después empezaron a haber más dirigentes... Al principio habían grifos, aquí mismo había uno; yo me levantaba entonces tipo tres de la mañana a juntar agua, pues habían sólo cuatro pilones. La luz llegó como el año 70. Después los avances que se han ido haciendo fueron por intermedio de la Junta de Vecinos, que hizo el proyecto para negociar con la Municipalidad el pavimento de las veredas. Es lo primero que hicimos: el pavimento de las veredas, porque ésta es una zona gredosa y en el invierno los porrazos en la cuadra andaban a la orden del día... Fue un trabajo participativo que se hizo como en 1985. Después avanzamos en las casetas sanitarias. Hicimos un proyecto cuando yo era director y lo mandamos a la Municipalidad, pasó a Serviu [Servicio de Vivienda y Urbanismo] y luego se hizo el alcantarillado, como en 1990, pero se hicieron unos pozos que se llenaban y todo iba a parar ahí a los pies del balneario. Eran aguas servidas que no eran muy agradables para las visitas. Y se tapaban esas cosas y cada operativo de destape costaba casi 3 millones de pesos. No hicieron un arranque directo al colector de Villa Sagasca... No sé si fue negligencia de Serviu. Esta era una población muy abandonada... yo tenía problemas en la noche. Era todo oscuro y había una tremenda acequia que se salía a las calles. Era triste todo esto, pero de a poco la gente ha ido superándose, dando avance a la población...

Según lo dicho por don Gustavo Miranda respecto de la población Dintrans, la “urbanización” y plena “integración” de una sociedad civil popular suelen ser un proceso lento. Tras 25 o 30 años de esfuerzos continuados —o sea, justo el paso de una generación— y tras el trabajo perseverante de sucesivas ‘directivas’, ese proceso puede estar todavía inconcluso. En la población Dintrans aún hoy quedan por construir 27 casetas sanitarias, el pavimento de las calles principales, una sede comunitaria para los

jóvenes, eliminar la carretera del ácido que aprieta a la Población y, sobre todo, resolver el problema de la deserción escolar y la alta cesantía laboral de adolescentes y jóvenes.

El orgullo que produce una 'urbanización' avanzada o exitosa puede consolidar la identidad histórica de la generación adulta, pero *no* basta para eliminar la desazón que provoca la lentitud de los procesos anotados, cuando se arrastran por más de treinta años. Porque ellos caen a plomo sobre los niños y la juventud. De este modo, el orgullo de unos se contrapone a la desazón de otros. Así surge como una doble memoria y una frontera interna que divide en dos la memoria popular conjunta.

Si los pobladores tienen un nivel de ingreso ligeramente superior al mínimo, entonces el 'avance' puede ser mayor, pero es porque las mismas parejas han asumido el costo y el trabajo de los adelantos. Es decir, porque han desarrollado al máximo la autogestión. Como dice la señora Laura, de Puertas de Fierro, a propósito de los ex parceleros que se convirtieron en pobladores en ese sector: "Yo vi que estaba la posibilidad de que nosotros, como sector, podíamos obtener muchas cosas si trabajábamos en conjunto". Es decir: si aparte de vivir privadamente como parejas aprendían a vivir comunitariamente como colectivo. La primera tarea que emprendieron como conjunto los pobladores de Puertas de Fierro fue obtener agua potable, lo que ocurrió después de estar más de veinte años "tomando agua de los canales". "Nosotros hicimos las gestiones, todo —dice la señora Laura— y don Alfonso Ureta nos consiguió el financiamiento para hacer el trabajo, que salió de la matriz de la Villa El Cobre hasta aquí, para el agua potable". El éxito de ese esfuerzo conjunto —realizado por todos hacia 1990— los convenció de que debían organizarse y tener una Directiva estable "de la cual yo quedé como Presidenta". Pero ése fue sólo el comienzo, porque después debieron resolver el problema de la luz. A ese efecto, al comienzo, tuvieron que comprar por sí mismos un transformador:

—Los maridos habían comprado un transformador y lo teníamos aquí en mi casa, y de este transformador nos abastecíamos todas las casas de arriba, como veinte o treinta casas. Entonces vimos que habían muchas peleas, que la señora tanto, que tal artefacto, que tantas cosas, que gastaba tanta luz. Llegaba un recibo de, por decirle yo, 200 mil pesos y se dividía entre treinta familias, pero no todas estaban dispuestas a pagar lo que correspondía. 'Bueno', dije yo, 'si hay tanta pelea, mejor trabajemos por el alumbrado público'. Y trabajamos. Hicimos bailes, reinados, y nos amaneíamos trabajando. Yo estaba por mejorarme de mi hija y me amaneía en los bailes con mi esposo para obtener el alumbrado público. Hasta que lo sacamos. Sacamos el alumbrado público y tuvimos que darle a la Compañía de Electricidad, nosotros, en parte de pago, el transformador de nosotros. Tuvimos que cedérselos para que ellos hicieran el alumbrado público y domiciliario. Así nosotros obtuvimos el alumbrado público, como en 1993. Y después de ahí hemos hecho pero cualquier gestión.

Después se luchó por el asfalto del camino, por las veredas: "hace tres años que tenemos veredas, las hicimos nosotros mismos, con nuestro trabajo. Yo estuve enferma, me dio lumbago, porque yo picaba la tierra. Y

todas las mujeres trabajaban con los maridos. Nos mirábamos todos como trabajadores... No nos quedaron buenas, pero tampoco malas, porque todavía sirven”. Era un trabajo necesario, indispensable, porque cuando todo era de tierra, el polvo y el barro eran una incomodidad insoportable:

—Había tierra, pura tierra. Pasaban la máquina, pero dejaba unos montones que no podíamos ni siquiera salir afuera. Y cuando se lavaba, teníamos que lavar y esperar que se oriara la ropa y dentrarla al tiro porque en ese entonces era un tierral... pasaba un vehículo y no se veían las casas. Entonces eso nos desesperó y luchamos, ahí sí que luchamos. Trabajamos y pagamos... Para el proyecto de asfalto tuvimos que pagar nosotros el estudio de ingeniería. En ese entonces, le voy a decir yo, cuatro o cinco años atrás, tuvimos que pagar como 250 mil pesos, y eso salió todo del bolsillo de puro nosotros. Nosotros poníamos cuotas a cada dueño de casa. Hacíamos rifas. Por ejemplo, yo pintaba un paño de cocina y lo rifaba. Otra vecina hacía un queque y lo rifaba. Tirábamos cinco o seis premios y salíamos a vender casa por casa. Ya, y tirábamos la rifa en la calle, pa’ que todos vieran. Y ahí juntamos los 250 mil que nos salió el estudio de ingeniería... En la calle, todo lo hacíamos en la calle... ahora queremos sacar el área verde. Y después del área verde no sé qué vamos a inventar, porque siempre hay algo que hacer en el sector...

Una historia similar narran los pobladores de las Parcelas del Trapiche, con la diferencia de que, al mismo tiempo que se llevaban a cabo los adelantos autogestionados por los pobladores, fueron rodeados por nuevas y nuevas poblaciones y campamentos. “El entorno se ha ido modificando drásticamente —cuenta una dirigente de esta población— y nosotros hemos quedado como una isla. Se ha llenado de poblaciones y nos han ido cercando... A nosotros nos confunden con el campamento El Trapiche...”. De este modo, mientras algunas comunidades de pobladores están llegando al fin de su lucha por adelantar el entorno urbano de sus casas, nuevas y nuevas parejas llegan buscando sitio para vivir, dando recién inicio a la lucha por levantar una vivienda mínima. El desarrollo de las poblaciones populares, de este modo, se torna desigual y el esfuerzo autogestionario de todos parece hacerse infinito, inacabable y casi impotente. La construcción social de la ciudad y de la propia sociedad civil se convierten, así, en tareas perpetuas, sin fin a la vista.

En ese contexto, la conciencia de que sin autogestión no hay soluciones reales, llevó a muchos pobladores a institucionalizar el esfuerzo común bajo la forma de “cooperativas”, a veces bajo el patrocinio de una gran empresa (Codelco, por ejemplo), a veces por simple asociación vecinal. La Cooperativa les ha permitido hacer contratos formales con empresas, bancos y algunas agencias estatales o municipales, lo que ha obligado a relacionarse con abogados. Es evidente que negociar en este plano es algo más complejo que hacer rifas, picar la tierra y encementar veredas. Tanto, que estas negociaciones suelen escapar al control y la autogestión de los pobladores. En este tipo de gestión es donde ellos han sido engañados o estafados y perdido buena parte de

sus ahorros. Diríase que la autogestión popular, al entrar en contacto con los negocios formalizados, tiende a convertirse en un buen negocio precisamente para los negocios formalizados. Es lo que se desprende de lo que narran las señoras Adriana Soto y María González, de la población El Trapiche:

—Mire, ésta es una cooperativa que se formó en 1971 con puros trabajadores de la planta faenadora de carnes. Formamos una cooperativa para tener casa propia. Antes había aquí un asentamiento campesino. Yo, en la planta, trabajaba en el casino. Juntamos dinero de las gratificaciones que nos daban y compramos el terreno. Después le pedimos un préstamo a la misma empresa [Socoagro] para comprar ladrillos. Y luego, pa' edificar, se le pidió un préstamo a Calicanto y aquí estamos jodidos porque todavía estamos debiendo las casas... Tuvimos que traer un abogado y este abogado dijo que las casas ya estaban repagás. Nosotros sabemos que las casas están repagadas porque nosotros pusimos el terreno, pusimos los ladrillos, pusimos fierros pa' la construcción... ¡y todavía estar pagando! ¿Qué pasó? Es que a nosotros... han ido vendiendo la cartera: primero éramos de Calicanto, después de Ahorromet, después de la NAT y de ahí pasamos al Banco Osorno... Ahí fue cuando vino el abogado y dijo que las casas estaban repagás. Dejamos de pagar durante tres años y estuvimos a punto que nos remataran todo ¡todo, todo!, porque en esos tres años nos encalillamos en 1 millón 400 mil pesos cada casa... ¡cada casa! Y ahora ya estamos debiendo 5 millones... Mandamos una carta al Ministerio de la Vivienda... le entregamos una carta a la señora Aylwin... habían 15 personas que no podían pagar ese millón 400 mil ¡sólo para ponerse al día! Y hay gente que está sin trabajo, con niños en el colegio y no tienen para pagar la deuda... Por esto formamos la Junta de Vecinos, hace cuatro años atrás, con 145 personas. Ésta es la situación de esta población... Bueno, ya se remató una casa. La remataron en 5 millones y sin aviso previo, nada. Cuando llegó el nuevo dueño le dijo a la persona que vivía en la casa: 'Lo siento, pero esta es mi casa: aquí está la escritura'. Y se tuvieron que ir no más y la persona que la remató no tenía interés en quedarse aquí: la vendió inmediatamente en 10 millones quinientos pesos.

Una historia similar cuentan los dirigentes vecinales de la Villa Coirazón, que también formaron cooperativa y también se sienten hoy estafados por los intermediarios y la empresa constructora, pero aun así sienten orgullo porque son "la primera población que tuvo alcantarillado ¡nuestro!".

En gran medida, las parejas que vinieron de los asentamientos, de la zona minera, de las plantas faenadoras cercanas, de la orilla del río, etc., han sido las que, con su esfuerzo, han pagado por un sitio, por la construcción de sus casas, por la luz, el agua, la pavimentación y hasta por las capillas (caso de la población Las Tranqueras). Su generalizada escasez de medios —que les impedía comprar una casa moderna ya construida— los obligó a asociarse, a actuar como colectivo, a formar 'comunidad'. Una comunidad de esfuerzo que, para vivir, necesitaba, además de la casa, pagar la mayor parte o la totalidad del costo relativo al 'equipamiento urbano' mínimo necesario. De modo que —como se dijo más arriba— las parejas han operado casi en los mismos términos que los 'colonos' del período

colonial que, para vivir, tuvieron que levantar no sólo su casa, sino también su ciudad. Sólo falta que sus Juntas de Vecinos se conviertan por sí mismas en algo similar a los viejos y soberanos Cabildos de los antiguos colonizadores de Chile.

Las parejas de la segunda generación no sólo han construido su vida de pareja, sino también la historia pública de su actividad 'colonizadora', que les ha tomado —por lo visto— treinta o más años de su vida. Por eso, estas parejas sienten orgullo. Y por eso mismo ¿cómo no se van a sentir defraudadas cuando sus niños, al crecer, no reconocen ni valoran esos esfuerzos? ¿Cómo, además, no van a sentirse defraudados del dudoso rol jugado en esa historia por los intermediarios, las empresas y por el propio Estado?

La memoria del liderazgo autogestionario

Por lo visto, es claro que la historia autogestionaria (o, si se quiere, 'colonizadora') de las parejas populares conduce, como resultado lateral, a la formación de un tipo de ciudadano que *no* se forma de igual modo en otros sectores sociales y en otras esferas de la sociedad. No se trata de un ciudadano que se limita a ejercer de vez en vez su derecho a voto, sino de un 'actor' que tiende a *producir* por sí mismo la materialidad y la comunidad en que vive; o sea: su propia realidad. Lo que, mirado desde una perspectiva histórica social y política, no es poco decir.

En este sentido, el desenvolvimiento histórico de las parejas que se han entrevistado ha sido, sin duda, un proceso dual, de doble fondo y doble pendiente, porque, de una parte, ha sido un proceso privado, pero al mismo tiempo, de otra, ha sido un proceso de tipo comunitario, público y civil que ha tenido y tiene directa incidencia en el desarrollo local y aun en la configuración del 'poder local'. Conscientemente o no, las parejas populares están impulsando un proceso complejo que puede incidir, a mediano o largo plazo, no sólo en la aparición de una más bien inédita 'ciudadanía participativa', sino también en la aparición de un tipo también inédito de democracia social 'por abajo'. Es decir: de una sociedad civil popular que tiende a acostumbrarse a ser protagónica y, en los hechos más que en el derecho, 'soberana'.

En este contexto, los dirigentes vecinales parecen encarnar estas nuevas tendencias, sobre la base de aprender de la misma práctica autogestionaria más que del viejo clientelismo político. El proceso de formación y aprendizaje ha sido, en este sentido, más bien espontáneo, pero en esto, las mujeres fundadoras (también "dueñas de casa") han revelado ser más activas, versátiles y perseverantes que los fundadores masculinos. Así lo revelan las declaraciones espontáneas de Lucrecia Moreno, Luisa Mori y Carmen Valdebenito, de la población Las Tranqueras, cuando afirmaron a coro: "Nosotras estamos en el Centro de Madres, estamos en la aeróbica, en el Taller de Folklore, en la Junta de Vecinos... ¡es que estamos en todas!".

Ser dirigente en los tiempos de la autogestión popular significa hacer de todo: gestionar en el municipio y en las empresas, convocar a

reuniones, promover la solidaridad, trabajar con la picota y la pala en las veredas, visitar a los vecinos, presionar para el pago de cuotas, inventar rifas y anticuchadas, hacerse cargo de las críticas, etc., pero no hacer antesala en el despacho privado de los políticos. Hoy, para esos dirigentes, no es la militancia político-partidaria lo que se necesita, sino una plena lealtad a la comunidad, como ‘militante social’.

—Nosotras —cuentan las dirigentas de Las Tranqueras— hemos logrado hartas cosas: una multicancha, las veredas de la plaza, la sede, la garita de afuera... Hemos limpiado hasta donde hemos podido. Nosotras pegamos ladrillos cuando hicimos la sede, acarreamos agua... Para hacerla tiramos un proyecto a los Países Bajos, a Holanda, de allá nos mandaron un aporte... Hicimos un gran esfuerzo para juntar plata; si había que hacer ramadas teníamos que cortar palos, palos mojados, a veces lloviendo, para tener un local cerrado...

Asumir el rol de dirigente es, sin duda, un trabajo comunitario de alta responsabilidad. Sin embargo, para la persona que asume ese rol con seriedad y entusiasmo es, además de ello, una oportunidad para su desarrollo personal y para moldear un modo de vida gratificante en un sentido más cívico que familiar. Sobre todo si se asiste a los diversos cursos de capacitación que hoy se ofrecen a los que se interesan en el desarrollo social de la comunidad y dedican gran parte del tiempo a “trabajar” para resolver los problemas de todos. En este sentido, cuenta doña María Eugenia, dirigente de la Junta de Vecinos de la población Irene Frei:

52

—Un día me dijeron que tenía que trabajar por la Junta de Vecinos, cuando llevaba casi dos años en esta población. Fue emocionante cuando me lo propusieron. Yo no sabía si aceptar o no, porque no sabía si a mi compañero le iba a gustar lo que iba a pasar... Y me decían: ‘Señora Eugenia, hágalo, acéptelo’, qué sé yo. Y yo les dije: ‘Si ustedes van dentro, yo lo acepto’, porque era una Junta de Vecinos que la dejaron a la deriva, sin nada, ni siquiera un lápiz. Con eso le digo todo. Más encima se habían robado los fondos... Así que cuando tomamos esta Junta nos propusimos trabajar y hemos trabajado bastante: hemos trabajado por esta sede... luchamos hasta que salió la sede, pero como directiva no nos quedamos ahí: empezamos con que nos cerraran la sede... la cerraron, le pusieron protecciones, y a última hora mandé una carta al Intendente, pues queríamos un equipamiento para la sede, lo que significaba ponerle sillas, qué sé yo, un televisor, un video... Ahora tenemos una linda, una hermosa sede... Hemos hecho muchos proyectos más como Junta de Vecinos, nos hemos movido mucho... Y cuando no me puede acompañar una persona de la directiva, me las mando sola para el centro, porque llega un momento que no pueden ir y, bueno, hay que ir, pero siempre no me gusta trabajar sola, no me gusta ser yo todo el tiempo, lo que me gusta es la directiva, y si yo hago algo lo hago por todas y todas figuramos en el cuento, no yo no más... Somos cuatro mujeres que nos ha tocado duro. De repente hemos agarrado la carretilla para trabajar, en el canal Peterson, por ejemplo, sacando basura... Felizmente he sido llamada para hacer cursos, entonces por eso te digo, no sé, fue como que Dios me dio su bendición porque... eh, salgo de un curso y ya me están llamando para otro... Mi tesorera es una persona que siempre me ha estado dando aliento, que

siga adelante, que tome los cursos, que lo haga aquí, que lo haga acá, y todo eso a uno le sirve mucho, que haigan personas que la estén respaldando, y mi compañero igual, jamás mi compañero me ha prohibido que vaya a ningún lado. De repente como que se siente que está almorzando solo, sí, y 'que está haciendo esto y está haciendo otro', pero... no sé, poh, después al último qué le hago, le doy una sonrisa, le hago una caricia y ahí la cosa pasó a la historia. Y yo sigo marcando el paso para ayudar a la gente. Mi idea es ayudar. Hemos ayudado a gente que lo necesitaba. Los he llevado a la Municipalidad, hemos ayudado a sacar escrituras y así muchas cosas, colectas también. Ahora comprenderás que a algunas personas les caímos mal porque nos gustan las cosas directas y francas y no nos gusta que la gente se aproveche de los demás, y entonces muchas veces, a lo mejor, puede haber gente a la que uno no les simpatiza, pero uno no puede ser medallita de oro, caerle bien a todos, como se dice. Entonces te digo que yo hasta aquí estoy feliz, y día a día, no sé, parece que esto es un libro abierto donde yo me estoy introduciendo a leer, y el final no sé cuándo irá a ser, pero yo día a día me introduzco más en ese libro y es un libro de cuentos, y voy encontrando en mi camino cuentos maravillosos donde yo voy metiéndome dentro del cuento. Y yo nunca antes había tenido experiencia en organizaciones, nunca. Yo siempre miré de fuera esto, jamás me gustó, porque si yo no tenía la materia prima pa' meterme en esto eso no era ser dirigente, porque ponerse el nombre de presidenta significa luchar, luchar por lo que la gente quiere y tú tienes que prepararte para entregar algo más. Y a la asamblea no puedes llegar ahí toda tímida como pajarito mojado... no, es todo lo contrario... Entonces... así lo veo yo... para ser una buena dirigente yo me he codiado con muchos cursos, con mucha gente. Mira, qué quieres que te diga, en los dos años y medio que llevo en esto los he dedicado a recibir, a recibir enseñanza para entregarla... Yo pienso que ha sido maravilloso y, no sé, poh, me gustaría que alguna de mis hijas después fuese dirigente también. Hoy cada dirigente sabe que tiene que hacer un proyecto, sabe con quién tiene que hablar, sabe a qué oficina dirigirse para ver al alcalde... Yo pienso que antes se le trabajaba mucho al paternalismo, pero ahora... eh, no, porque el dirigente la pelea, porque antes, ¡puchas, hágame la gauchá! Ahora no, porque el dirigente pelea la causa... eso es lo lindo, porque tienen que salirle las cosas bien, porque, mal que mal, no va a perder tiempo por andar por ahí medio día... Mira, yo te hice cursos de liderazgo, estudio de proyectos, de marco jurídico, leyes sobre Juntas de Vecinos, contabilidad y auditoría... Entonces yo encuentro que es rico, que es muy rico todo esto...

53

En similares términos se plantea la señora Isabel Rosales, dirigente de la población San Francisco:

—Me siento bien como dirigente, conforme, aunque a veces es un poquito ingrato. De cuando tú vas a una parte y vas con tantas ilusiones de poder solucionar un problema y te dicen ¡No! Entonces todo es empezar de nuevo. Pero uno empieza con más brío, fíjate. Eso da más fuerza... La vida es a veces muy complicada. Entonces tratamos de no hacerla tanto. Tratamos de llenar todo eso y si de repente pasamos un proyecto que no nos aprueban, entonces digo yo, 'bueno, hay que volver a pasarlo, hay que volver a insistir'. Y no me quedo tranquila: soy insistente... Aquí no recibimos ningún pago por este trabajo. Es puro amor a la gente. Nosotros corremos con nuestros propios gastos

de locomoción, de cuadernos, de lápices... Es una labor que, yo creo, la teníamos dormida y de repente apareció y tú ya no puedes parar. No puedes parar de ver que a esta persona le falta esto, que la otra aquí y allá. Yo pienso que era el camino. Mientras mis hijos fueron pequeños, yo no me metí en nada. Era la dueña de casa, la mamita, la esposa, la amiga... Ahora no, porque soy de todos... Yo llevo ¿cuántos años? en esto y todavía mi casa no la hemos terminado bien, pero se la he terminado a casi todo el mundo. Me siento contenta con lo que hago. Que de repente me cuesta, sí, pero igual me gusta. Y mientras más me digan que no, parece que más me incentivan... Y voy a morir aquí, porque éstas son mis raíces... Pero estoy contenta de todo, de ser lo que soy. No aspiro a ser más. Lo único a lo que aspiro es al respeto de las personas. Esto es a todo lo que aspiro yo.

La necesidad de la acción colectiva y el trabajo solidario de los dirigentes es una práctica que, repetida insistentemente por cinco, diez, veinte o treinta años, termina por generar una *cultura social*, una práctica ciudadana de hacer cosas por el bien de todos. Esta práctica puede darse en las funciones y deberes de las Juntas de Vecinos, y también en acciones simples pero de gran importancia para las familias. Es lo que hace doña Elsa en la Villa Baquedano:

—Yo soy como soy: charlatana, llorona, pero me gusta atender al prójimo también. Coloco inyecciones estando enferma yo misma. El otro día estaba súper enferma con neumonía, se me olvidó y salí en la noche, como a las diez, a colocar inyecciones. No fui al médico y no me salía la voz de ronca... A mí no me interesa que me paguen o no me paguen las inyecciones, porque la gente es mala, entonces yo... yo le decía a mi marido: 'Voy a armar una táctica y persona que me haga mal, no le coloco inyecciones'... Y la gente toma como obligación que uno tiene que saber ir y colocar; entonces yo les digo: 'Los días feriados yo no coloco inyecciones'...

Los hombres también participan en las Juntas de Vecinos y realizan el mismo trabajo que las dirigentas cuyo testimonio se recogió en los párrafos anteriores. Es el caso de don Gustavo Miranda en la población Dintrans, por ejemplo. Sin embargo, su número es menor que el de las mujeres dirigentes, y todo indica que los varones prefieren hacerse cargo —como se verá más adelante— de las actividades deportivas, donde juegan un rol importante. La mayoría de las mujeres opina que los hombres no asumen un rol protagónico ni en la conducción de la comunidad, ni en la negociación con las autoridades, ni en las iniciativas que apuntan al adelantamiento urbano de la población. Tienden a situarse en un rol secundario, ayudando más bien en trabajos físicos. En este sentido, la opinión casi unánime de las mujeres es que ellos prefieren restarse de las tareas propias de un dirigente poblacional:

—¡Los hombres adultos no hacen absolutamente nada! —dijo la señora Laura, de la población El Trapiche—. ¡Nada! Yo siempre les digo en las reuniones que ésta es una población de viudas, porque los hombres no van ni siquiera a las reuniones, y cuando mucho, va sólo uno. Es una población de viudas. Las hombres como que ya no se interesan; es que como la vida está tan diferente y hay muchos que perdieron su traba-

jo... casi todos trabajaban ahí en la planta faenadora de carnes, pero perdieron su trabajo. Y muchos estuvieron mucho tiempo sin encontrar trabajo y ahora trabajan en lo que pueden, en lo que haya; es como que viven muy agitados. Trabajan al día, en lo que pueden... Pero ¡fíjese! los hombres dejan que las señoras vayan a los talleres, ninguno se opone...

—La directiva casi siempre la componían solamente mujeres —dice la señora Carmen, de Las Tranqueras—, pero estubo don Pedro de tesorero. Mi marido no participa. En general los maridos no participan con nosotras, pero cuando hay algo que hacer son los primeros en estar ahí. Y los domingos van a la cancha, les gusta la cancha.

—Uno hace todo por vocación —agrega la señora Lucrecia, de la misma población—, o no sé si es vocación lo que uno tiene, pero me gusta. Aunque mi marido me reta de repente, pero yo... igual. Me dice que soy metida, y me dice '¿pa' onde vai?'; 'pa' la sede', le digo yo. Y a veces me busca ('en la sede tiene que estar'), y ahí estoy yo. Pero los hombres adultos no están entusiasmados con el trabajo de la Junta. Mi marido nunca se ha metido en esto de la Junta de Vecinos. Ha venido a ayudar sí, en la plaza, en las veredas, pero lo demás de la Junta de Vecinos, no. No le gusta y no le gusta que yo esté allí. Dice que siempre hablan por fuera, que nunca la gente está conforme. Y yo le digo: 'Si yo voy a trabajar, voy a trabajar por todos'. No sé qué está pasando, pero esto se está dando desde hace tiempo. Hace tiempo que no quieren nada, porque, por ejemplo, el marido de ella trabajaba siempre antes, desde que estamos nosotras, pero ahora ya no. Ya no quiere nada...

—De ahí le empecé a abrir los ojos a la gente, pero a las mujeres —dice doña Laura, de Puertas de Fierro—, porque aquí la mujer es más avispa que el hombre. El hombre es más... como ese mismo caballero que el otro día no nos quiso recibir. Entonces la gente es así, no la llamo ignorante, pero son cerraos. Ellos dicen que es blanco y es blanco no más, y de ahí no los hace cambiar usted. Casi todos los dueños de casa son así por aquí, sobre todo los mayores, los más viejos. Viven su vida, pero como ellos la han vivido siempre, creen que todavía están en el otro siglo. No avanzan. Las mujeres, no. Nosotras somos más avispás. O sea: yo las he avispaos...

El liderazgo comunitario se desarrolla, al parecer, de modo desigual. Las parejas tienden, en este sentido, a practicar una suerte de 'división del trabajo'. La crisis económica que afecta el trabajo de los maridos, deteriorando su rol tradicional de 'proveedores', sume a los hombres en un "estado de agitación" que los torna aparentemente "apáticos" para lo vecinal y para el desarrollo urbanístico de sus poblaciones. Las mujeres, en cambio, asumen de lleno el liderazgo de ese avance, entre otras razones, porque eso les permite, por añadidura, alcanzar un más alto desarrollo personal. De hecho, se "avispan" más que los hombres. ¿Es que el liderazgo asumido por las mujeres en el 'desarrollo local' se debe a que ese compromiso es la *mejor* forma de liberarse de su antigua e incómoda condición de meras 'dueñas de casa' y 'mamitas cuidadoras de hijos'? ¿Qué pasaría si ellas tuvieran la oportunidad no sólo de educarse profesionalmente, sino también de encontrar un trabajo formal bien remunerado? ¿Tendrían tiempo, en ese caso, para dedicarse a "ayudar a los demás"?

Como quiera que sea, todo indica que la situación del mercado laboral no cambiará sustantivamente ni en el corto ni en el mediano plazo, tanto para los maridos como para las esposas. La situación crítica que hoy afecta a las parejas populares se mantendrá, y seguirá necesitando, por tanto, de una 'dirigencia' propia que, a su vez, seguirá alimentando el desarrollo del nuevo tipo de ciudadanía. Pues, aunque las parejas adultas hayan coronado con éxito su lucha y hayan conseguido sitio, casa, luz, agua, vereda, etc., las nuevas "nidadas" de 'cabros jóvenes' que necesitan emparejarse y no tienen más alternativa que vivir como "allegados" en las casas de sus padres, dejan en claro que el problema sigue igual que siempre: en el punto de partida, allí donde comenzaron todos los 'viejos' anteriores. De modo que la dirigencia popular y las prácticas autogestionarias necesitan, pues, continuar, y reproducirse. Y tal vez ampliarse.

El desafío infinito de las "nuevas nidadas"

56

Las nuevas "nidadas" de niños, jóvenes y de allegados es el resultado de la función natural de toda pareja: tener hijos. En un sentido, diríase que la lucha autogestionaria de las familias populares constituye un "capital social" que contribuye de modo decisivo al desarrollo local de la ciudad y la sociedad; pero en otro sentido —en tanto que matriz productora de niños y jóvenes y, por tanto, de "allegados"—, diríase que esas familias aparecen reproduciendo y multiplicando el *mismo* problema por cuya solución lucharon toda su vida. ¿Qué es lo que hay aquí, en el fondo? ¿Se trata de un círculo vicioso atribuible al comportamiento típico de los propios sectores populares, o se trata de una malformación de la estructura global de la sociedad?

De cualquier modo, los pobladores sienten cómo, en el seno de su misma familia y en su propia casa, se renueva el problema. Como dice la señora Rebeca, de Puertas de Fierro:

—Mis padres se vinieron a vivir conmigo, y aquí viven ahora como once o... ¡doce! personas... porque ahora, de partida, tengo una hija y ahí al lado tengo un hijo...

—Y ahora hay pero cualquier cantidad de niños, si este año se pasó p'hacer niños —cuenta la señora María, de El Trapiche— y estos niños son en la mayoría de los cabros jóvenes, de los mismos lolos que cuando yo llegué aquí tenían entre 17 y 18 años, de esos mismos. La mayoría de ellos sigue viviendo acá y vive con los papás, de allegados... A los chiquillos les cuesta mucho que se vayan de acá... ¿no es cierto? Hay niños o hijos de los matrimonios que se han casado y, claro, han postulado en otro lugar a casas... y no se acostumbran y vuelven a la casa de sus padres...

—Aquí llegaron al principio 36 familias —cuentan las pobladoras de Las Tranqueras— y creo que ahora hay el doble. Los hijos crecieron y se casaron. La mayoría están casados y viviendo con sus padres... Mi hija vive con su suegro. Estuvo arrendando un tiempo, no le resultó y vive con la suegra ahora en una pieza con el chico que tiene tres años, y está con cocina y todo adentro. Ellos van a construir y hacer otra pieza, pero

donde mismo. Se van a ampliar, pero van a seguir siendo allegados y, ojalá Dios quiera que un día mi yerno tenga un buen trabajo y puedan comprar en algún lado y construir ellos... El sitio nuestro es grande, de 32 por 25. Es grande, le estoy construyendo una casa a mi hija. Me la voy a traer porque ella arrienda en un lugar que... ¡olvídate! ha padecido mucho en ese lugar... El sitio mío no da porque yo tengo una acequia y no me queda más que espacio a un lado... Los jóvenes se han ido quedando, apegados a las mamás... Yo pienso que con el tiempo aquí va a haber que construir unas torres para arriba... Yo tengo a mi hija con su niño, con su marido; tengo tres familias viviendo en un sitio que es chiquitito. Ahí tienen su mediagua p'atrás... Años atrás hicieron un comité de allegados, un intento, no sé en qué quedó; habían visto unos terrenos, pero les dijeron que no, porque eran terrenos municipales...

Muchas de las parejas de allegados logran organizar un comité y comprar o tomarse un terreno donde forman un campamento. Así, en condiciones de emergencia, comienzan a luchar para construir su casa y lograr todos los adelantos correspondientes.

—Son gentes que, bueno, fueron en algún minuto allegados —dice Jéssica, del CDC Poniente, refiriéndose a los pobladores del campamento Maibe— y tomaron la opción de vivir en el campamento, y a partir de él han generado Comités de Vivienda. Hablo de familias jóvenes, promedio entre 20 y 25 años, con hijos de 4 o 5 años. Son familias que se empezaron a constituir cuando tenían 17 o 18 años, que se casaron o han vivido como convivientes a partir de esa edad.

La presencia invasora de los allegados retorna todo —como se dijo— al punto de partida. Las poblaciones urbanizadas fundadas por las parejas adultas terminan albergando en su patio trasero un sinnúmero de mediaguas, verdaderos micro-campamentos que aumentan la densidad demográfica de las familias hasta un punto inaguantable, que lleva a muchas parejas jóvenes a “optar” por vivir en condiciones de total emergencia en un campamento en el que, con cierta autonomía, puedan constituirse en un colectivo y en una comunidad emergente, dispuesta a reiniciar la ‘lucha’ de sus vidas. Mientras, otras optan por quedarse viviendo en el patio trasero de sus viejos, dentro de una densidad demográfica en la que todo se convierte en tensión y agresividad; en un tiempo realmente difícil, del cual, tal vez, mejor es no tener memoria.

lada y convenientemente reciclada manipulándola desde el timón del Estado y desde el dogma político de la “governabilidad”.

La firmeza y la convicción de los testimonios expuestos invitan a pensar que esta transición ciudadana *no es reversible*. Que las actitudes y conductas que esos testimonios reflejan no están débil y artificialmente implantadas en discursos ideológicos o personalidades carismáticas, sino en un terreno socio-cultural surgido desde el fondo de las memorias populares. Es decir: en el entretejido de identidades infantiles, juveniles, femeninas y masculinas construidas a pulso, a partir de experiencias propias, sobre la base de una permanente autogestión y en orgánica relación con los contenidos atesorados en la memoria social de los propios pobladores. Porque haber conquistado una casa propia, urbanizado una población, construido un sector de la ciudad y tejido punto a punto una densa madeja de sociedad civil, es una odisea que no sólo da para recordar y construir identidad, sino también para sentir orgullo y soberanía, o rabia y rebelión, que son enraizamientos profundos en una *cultura propia*, que en nada se asemeja a los antiguos y volátiles enraizamientos en las abstractas ideologías declamadas por los partidos populistas del pasado.

La sociedad chilena, en este sentido, está parada sobre un iceberg profundo, cuyo movimiento —tal vez— no está siendo suficientemente comprendido. Y respetado. Lo cual puede complicar el momento en que ese cuerpo histórico profundo, removido por alguna coyuntura agitada, aparece de lleno en la superficie.

Capítulo III

De la memoria crítica y de la red solidaria de los “cabros chicos” (1983-1998)

Crisis neoliberal y “malestar privado”

Durante el período de la democracia populista (1938-1973), que incluyó la etapa de la ‘memoria feliz’ y la primera etapa de los ‘tiempos difíciles’, la situación de ‘crisis’ presentó rasgos diferentes a la crisis actual.

En primer lugar, en ese tiempo, la crisis fue unánimemente entendida como una crisis económica *estructural*, que ‘bajó’ desde los mercados y el sistema productivo hasta los hogares de todos los chilenos; por eso, el conflicto se concentró, socialmente, en el tira y afloja entre precios y salarios y, masivamente, entre la ‘clase’ patronal y la ‘clase’ trabajadora; de modo que el “malestar” de la sociedad civil se manifestó bulliciosamente en pleno espacio público: en plazas, calles y avenidas, frente a las fábricas y, sobre todo, en las plazas situadas cerca o frente al Palacio de Gobierno.

En segundo lugar, y por todo lo anterior, la crisis estructural tuvo traducción simultánea al ámbito político, donde se tradujo en un conflicto entre fuerzas partidarias y parlamentarias de diferente identidad de clase y opuestos contenidos ideológicos; este rasgo determinó que tanto la crisis de fondo como el conflicto político fueran entendidos como *problemas de Estado* y no de la sociedad civil; como una responsabilidad de ‘los líderes nacionales’ más que de la gran masa ciudadana.

En tercer lugar, reconocida la naturaleza externa, estructural, objetiva y pública de la crisis, los intelectuales y los mismos líderes políticos tendieron a conceptualizarla y teorizarla (en tanto que “coyuntura”) mediante términos generales y por lo común abstractos (“subdesarrollo”, “dependencia”, “agotamiento del modelo”, etc.); la situaron así en un *plano abstracto*, superior no sólo al plano coti-

diano de individuos y sujetos, sino, incluso, al de las mismas clases sociales en pugna (se hablaba de “las condiciones objetivas de la lucha de clase”). La crisis tuvo, pues, el rango de un fenómeno superior, global, casi ajeno, que obligaba a los ciudadanos a tomar partido ‘frente’ a ella, pero no a ‘sentirse’ parte orgánica de ella.

En cambio, durante la democracia neoliberal actual (1990 y sigue) la crisis ha adoptado otras características:

En primer lugar, aunque también es una crisis económica que se expresa como un crecimiento socialmente insuficiente y desigual, no se la entiende como una crisis estructural que se vuelca de modo natural y lógico hacia el espacio público, sino como una *desajuste privado* entre los sujetos (o ciudadanos individualmente considerados) y el Mercado regional, nacional y mundial; un desajuste que termina reventando no hacia afuera o hacia arriba, sino en el plano doméstico de esos mismos sujetos. Es por ello que ciertos estudios técnicos realizados por algunas agencias internacionales la identifican no como una crisis estructural, sino como un fenómeno trivial y sordo de “malestar privado” (PNUD).

60

En segundo lugar, y por lo mismo anterior, los efectos nocivos e involutivos de esta crisis (que es propia del modelo neoliberal vigente) no tienen traducción simultánea al plano socio-político, no se configuran como un visible conflicto público que se expresa frente al Palacio de Gobierno, sino como un movimiento social *en reversa*, invisible e involutivo, que vuelca su descontento hacia la ‘subjetividad’ de los mismos sujetos afectados, impactando en sus propias familias, o volcándose agresivamente contra ‘otros’ sectores de la sociedad civil. No hay explosiones públicas del conflicto, sino implosiones privadas, o agresiones entre civiles de distinta posición dentro de un mismo mercado.

En tercer lugar, y derivado también de lo anterior, la crisis y el conflicto no se ‘objetivan’ como un problema político del Estado o un problema teórico-estructural del modelo vigente, sino como una crisis más bien psicológica de sujetos privados, que no reaccionan contra estructuras o instituciones, sino de manera delictual contra la misma sociedad civil. De este modo, la crisis no incentiva la ‘politización’ (como en el período democrático populista), sino la violencia civil contra la propiedad o contra las personas. O sea: incentiva la delictualización del “malestar privado”. Por esto, la crisis y el conflicto tienden ahora a objetivarse como un *problema policial*, de “gobernabilidad”, de estricta competencia del Gobierno de turno, en el sentido de que ‘debe’ mantener la “seguridad ciudadana”. La nueva crisis, pues, ‘legitima’ los procedimientos policiales que el Estado desata sobre los sujetos afectados por ella, precisamente cuando éstos reaccionan por sí mismos y con violencia relativa al constatar la imposibilidad de deshacerse por medios normales del subjetivado “malestar privado”.

La crisis, durante la democracia neoliberal, se ha traducido en un conflicto de explosión soterrada, de escasa notoriedad, como no sea la publicidad dada al explosivo aumento de los ‘actos delictuales’ en que esa crisis se expresa (ataque a la propiedad en las comunas ricas; ataque a las personas en las comunas pobres). La nueva crisis, hasta cierto punto, está

camuflada tras un ‘asunto policial’. Al despolitizar la crisis hasta convertirla en una demanda pública por un mejor y más modernizado servicio policial (“tolerancia cero”, etc.), lo que se consigue es legitimar por vía policial al mismo sistema liberal que produce la crisis. Con ello se estabiliza el modelo vigente y se deslegitima la rabia que la sociedad civil puede, eventualmente, transformar en un proyecto de cambio estructural. La crisis ha sido desalojada del espacio público e inyectada en la psiquis o en el inconsciente de los trabajadores precaristas, en las vidas puertas adentro de las familias populares y, lo que es más grave, en una “memoria de infancia” que ya no opera como un capital social tendiente a fortalecer la sociedad civil, sino como una memoria envenenada, de un tiempo del que —tal vez— sea mejor no guardar memoria.

En este capítulo se explorará la profundidad a la que ha llegado ese envenenamiento en los “cabros chicos” de la población.

Crisis y violencia doméstica: la memoria de los colegios populares

Tanto en las poblaciones del sur de Rancagua como en las del poniente, se fundaron colegios con el fin de acoger a los niños engendrados por las sucesivas oleadas de “vecinos fundadores”. Estos colegios surgieron como resultado de la propia autogestión popular —caso del Colegio Blest Gana, del Sector Sur— o porque adquirieron su identidad definidamente popular cuando el poder gravitacional de la sociedad civil creada a pulso por los pobladores los atrapó y los transformó —como se verá en otro capítulo— en un reflejo de lo que es ella misma. Es el caso del Colegio Jean Piaget (del Sector Poniente) y de otras escuelas. De un modo u otro, la memoria funcionaria de los colegios populares vino a ser la memoria refleja, resumida e integrada, de la desordenada pero viva memoria social de los pobladores. Es allí donde, entre otras fuentes, se puede percibir la penetración y carácter corrosivo del veneno ‘privado’ que la crisis infiltró en las familias de los “cabros chicos” y en su propio comportamiento. Efecto corrosivo que, como una oleada, ha permeado la propia atmósfera de trabajo de los colegios mencionados.

Es eso lo que refleja el informe —estadístico, funcionario, pero a la vez solidario— de María Teresa, Directora del Colegio Jean Piaget, del Sector Poniente:

—Tenemos un 4 por ciento de alumnos que tienen una situación que dijéramos es normal, y un 18 por ciento una situación aceptable; pero tenemos un 40 por ciento que vive en la extrema pobreza, 17 por ciento que viven en mala situación y 21 por ciento en una condición regular-mala. Si tú sumas 40 más 21 son 61, y más 17, son 78 por ciento de alumnos que viven en una situación mala, de extrema pobreza y regular-mala... Otro índice importante es con quién viven los niños: el 27 por ciento vive con sólo uno de los padres, el 7 por ciento con otros familiares, 7 por ciento que vive en el Hogar de Menores (son niños institucionales) y 1 por ciento que viven con otras personas; así que casi la mitad (50 por ciento) no tiene el núcleo familiar completo, y tienen graves problemas... En cuanto a la profesión de sus padres: sólo el 9

por ciento son obreros de Codelco o empleados públicos; el resto: 31 por ciento son obreros, el 12 por ciento temporeros, 16 por ciento son asesoras del hogar, 11 por ciento son comerciantes ambulantes y 4 por ciento cesantes absolutos. O sea: el 78 por ciento de los padres son trabajadores precaristas... La situación se ha ido empeorando año a año, en vez de mejorar; el diagnóstico de los alumnos ha sido como más cruel año tras año. El niño se enfrenta cada vez a más problemas...

En los datos de la señora María Teresa se evidencia que existe una directa relación entre la masiva precarización del empleo, la degradante condición socioeconómica de los padres y el elevado desgarramiento del núcleo familiar. Como que la crisis gobierna la subjetividad del papá y la mamá al impulsarlos a buscar trabajo donde sea y como sea; o bien, a buscar la evasión que sea (alcohólica o sexual) para escapar de ella. Y en ello se les va el día y también su equilibrio emocional. Los niños van quedando solos y expuestos, al final de la jornada, al estallido emocional de sus padres.

—Yo veo —agrega la señora María Teresa— que por resolver la cosa económica trabaja el papá, trabaja la mamá, y estos niños quedan a veces absolutamente solos, en cualquiera de las jornadas escolares. Son los que uno ve en la calle, porque no hay nadie que los cuide. O los dejan a cargo de la vecina o de alguien que los vea. Hay muchos niños que se crían solos. Y hay niñitas de nueve años que están a cargo de la casa... a cargo de dos, tres o más hermanos. Y claro, como la mamá llega tarde y cansada, no vigila el aseo, no vigila las tareas, no vigila nada...

62

—Los papás se pusieron buenos para el trago —dice don Ignacio, ex auxiliar del Colegio Blest Gana— y un poco alcohólicos, y los niños veían mucha agresividad. Veían que el papá le pegaba a la mamá o se ponían a pelear con los vecinos. Eso se daba mucho. Los niños contaban en el colegio: 'Mi papá llegó anoche curao y le pegó a mi mamá y mi mamá salió arrancando, se metió donde el vecino y mi papá se peleó con el vecino'. Se veía mucho eso, sobre todo en los fines de semana. Por eso el niño llega agresivo, con agresividad verbal y a veces a puntapiés y cosas por el estilo.

—Niños y niñas son terriblemente agresivos —afirman a coro las profesoras Norma Carrasco y Amelia Donoso, del Colegio Blest Gana—; tú les vas a tocar el hombro y les vas a hacer una muestra de afecto y ellos reaccionan agresivamente. Son de familias que no están muy preocupadas ni motivadas por sus hijos. Porque el papá se va. Que el papá no llega. Que no es el papá. O sea: son familias que no están bien formadas. La mayoría de las familias son así... Familias que eran de convivientes o de matrimonio que se rompe. Y el papá o la mamá se fue a la vereda de enfrente o a la vuelta de la esquina a vivir con otra persona. Lo que al final del tiempo provoca que haya dos o tres niños en el colegio que son hermanos, con un progenitor común y diferentes apellidos.

—Hay papás y mamás alcohólicos —acota la señora María Teresa—, y algunas mamás se juntan una y otra vez con otro señor. Esto se ve mucho por aquí. Y pueden tener hijos de distintos hombres... Así, los niños quedan con una carencia de afecto terrible. Los niños tienen inestabilidad emocional porque tienen inestabilidad familiar. Tienen problemas de disciplina. Quieren llamar la atención, y entre ellos son muy violentos.

La violencia doméstica, a menudo, puede convertirse en delito público, en violencia callejera, producto de la cual los padres terminan en la cárcel. Para los niños, tanto la violencia hogareña como la violencia callejera pueden ser normales; una dimensión normal de sus vidas. Un componente originario de su conducta.

—Una vez al mes —recuerda el profesor Héctor Jara, primer Director del Colegio Blest Gana— había un homicidio en la población. Entonces la escuela la ocupaban para velar a la persona que había muerto. Después venía la reconstrucción de la escena y todos los niños se me arrancaban a ver cómo esa persona había sido muerta el día anterior. Y varias veces los niños decían: ‘Si el que mató al otro es tío mío’; como que sentían orgullo de que su tío hubiera muerto al otro. Así que lo velaban, hacían la reconstrucción de la escena y se perdían hartas clases por esto.

—Estos niños son niños que en sus casas se usa la correa, se usa el golpe, el irse a acostar sin comer y, por último, ‘¡si no te gusta te vai pa’ la calle!’ —comentan las profesoras actuales del Blest Gana—; y hay mucha gente aquí de esta población que ha tenido, por equis situación, que ingresar a la cárcel; entonces ellos no tienen ningún empacho en decir: ‘El domingo fui a ver a la cárcel a mi tío, o a mi papá’. Para ellos no es una situación que tengan que esconder...

La crisis se subjetiva en los padres, estalla dentro de ellos y sale hacia afuera convertida, de alguna manera, en agresividad o en acciones violentas. En este círculo de ira, los niños dejan de ser deseados; no se puede desear lo que *no* se puede mantener *ni* desarrollar. Más bien, la situación crítica de los niños encarna y representa, a cada momento, la impotencia y la frustración de los propios padres. Se perciben, por eso, a menudo, como una gran sobrecarga. Por tanto, a veces, es mejor ignorarlos, rechazarlos, o abandonarlos.

—La mayoría de los niños —dice la profesora Marcela Díaz, del Jean Piaget— se relaciona más con el televisor y con el telecable que con los papás... Los papás pasan muchas horas fuera de la casa, y se pierde el vínculo... En Kinder no se nota tanto eso, porque en Kinder el apoderado viene con todo el ánimo, con toda la disposición a ayudar y cooperar, pero a medida que pasan los años, en quinto o sexto básico, los apoderados se alejan de las reuniones, no se preocupan por el avance de sus hijos. Y allí tú ves cómo se pierde ese vínculo... Y nos hemos encontrado con niños que están en hogares de menores sin necesidad de que estén en hogares de menores. De repente hay mamás que mandan a sus hijos al Hogar de Menores porque dicen ‘no soy capaz de contenerlo: me tiene loca, es un niño terrible...’. Y son niños que no debieran estar en un Hogar. Hay un gran porcentaje de niños que no han sido deseados y, por lo mismo, los padres se desentienden de ellos. Entonces, qué más cómodo que llevarlos a un Hogar y... ¡listo! ¡Chao! Y lo van a ver cada 15 días. Yo veo que estos chicos de los hogares de menores me dicen: ‘¡Tía! ¿Sabe que esta semana voy a mi casa?’, con los ojitos llenos de felicidad; mientras otros me dicen: ‘Mi papá está en a cárcel...’.

—Yo diría —dice Verónica Bravo, teniente de Carabineros, del Hogar de Menores— que un gran porcentaje de los apoderados no viene; o sea: los dejan acá y se olvidan del niño, de que tienen un hijo, y no

vuelven más. De repente hay gente que llama los fines de semana (cuando los niños tienen permiso) y me dicen: '¿Sabe, mi teniente? Tengo un compromiso este fin de semana, no me mande a los niños porque no voy a poder atenderlos'. Entonces se desligan, digamos, de todos los compromisos con el menor. Entonces los papás, al final, por comodidad, se desentienden del menor. No en todos los casos, porque sí hay gente que es bien preocupada, que son humildes, que son pobres, pero que siempre están preocupados de los niños; los vienen a buscar los fines de semana, los vienen a dejar los domingos... Pero es una minoría, lamentablemente. No debería ser así...

En esa condición, los niños se cierran en sí mismos. Se niegan a aprender, a mirar su futuro, a percibir la realidad. Prefieren rechazar el mundo, o agrediéndolo, o negándolo.

—Me llegan niños con trastornos de aprendizaje severo —dice Marcela Díaz— ; en este momento tengo un chico con retardo mental, tengo otro prácticamente ciego y otro chico con grados de esquizofrenia. De repente no existe el padre, o no hay un padre realmente presente. A veces viven con su madre y el conviviente de ésta, o con personas ajenas, que pueden ser familiares, o no. Son niños con una carencia afectiva muy grande. Muchos de ellos viven en hacinamiento, en extrema pobreza, y por lo mismo tienen un desarrollo sexual muy adelantado para su edad... De repente duermen cinco en una cama y ven cosas que no debieran ver. Hay una precoz pérdida de la inocencia... Hemos encontrado casos con situaciones terribles. La sodomía, por ejemplo, se da mucho en los Hogares de Menores. Hay casos de niños que tratan de abusar sexualmente de sus compañeros, justo a raíz de las cosas que ven... Han llegado niños borrachos a clase. Yo los recibía en la entrada. Veía si venían con su uniforme completo, etc., y llegaban niños, ponte tú, a dar pruebas que no sabían ni cómo se llamaban: venían drogados. Pasa que muchos padres son temporeros: salen a las cinco de la mañana de la casa, entonces significa que el niño está dos o tres horas solo antes de entrar a clase. Yo me he encontrado, cuando tenemos consejo y uno sale tarde, me he encontrado alumnos aquí en la plazuela de la sede vecinal, bebiendo. Y hemos tenido casos de mamás solteras, niñas embarazadas de trece o catorce años... Hemos tenido casos de prostitución infantil; alumnos con orden de arraigo: o sea, a la primera, van presos altiro... En este minuto deben ser más de 80 los niños que necesitan atención diferencial. Y tenemos problemas de delincuencia. Es habitual que intenten abrir los autos; hace tres años atrás los profesores teníamos resguardo policial...



**...estos niños son, en la mayoría,
de los cabros jóvenes, de los lolos
que, cuando yo llegué aquí, te-
nían entre 17 y 18 años...**

La memoria funcionaria de las escuelas populares y de los Hogares de Menores puede, tal vez, parecer exagerada. Pero puede que, también, la implosión subjetiva de la crisis actual, que es algo natural y obvio —aunque doloroso— para los afectados, asuma un perfil dramático y limítrofe al ser planteada esa implosión como una situación general, estadística, objetiva. A menudo, los grandes problemas sociales expresan su verdadera gravedad cuando son vistos dentro de una perspectiva general y no cuando se viven privadamente en la particularidad. En este sentido, la memoria funcionaria de las escuelas populares, que aquí se ha utilizado para caracterizar cómo la crisis neoliberal ‘implosiona’ dentro y en el entorno de los “cabros chicos”, tiene perfecta validez.

La red solidaria de los “cabros chicos”

El “malestar” (o envenenamiento) subjetivo producido por la crisis neoliberal no encuentra, al parecer, límites. Lo cual no se aprecia muy visiblemente en el espacio público. No hay en éste, por ejemplo, un movimiento social o político que se proponga formalmente bloquear la corrosiva infiltración de ese malestar. Con todo, hay planos invisibles o más privados donde, de manera más bien espontánea, surgen límites, o contravenenos. La oposición que surge en este sentido proviene, en todo caso, de los vericuetos más íntimos de la propia sociedad civil popular. A veces, de lo más profundo de los mismos sujetos. Otras veces, de las redes sociales aparentemente más inocuas.

66

Es sorprendente que la oposición más originaria y pura a la corrosión deshumanizadora provocada por el malestar de la crisis provenga de los mismos “cabros chicos” y de las redes solidarias que jóvenes y adultos tejen alrededor de esos niños. En ambos casos, es rebeldía natural, pero también, en ambos casos, es la manifestación más limpia de una voluntad social de humanización.

El contraveneno que brota del corazón mismo de la sociedad civil popular es, pues, por sí mismo ‘fundante’. Fundante de relaciones humanizadas. Fundante de una sociedad civil capaz de generarse a sí misma, autónomamente. Nótese lo que dicen las profesoras de los colegios mencionados:

—Lo que más me llama la atención —dice Norma Carrasco, del Blest Gana— es esa lealtad que estos niños se tienen entre ellos; o sea: si uno se manda una embarrá, ninguno acusa al otro, aunque estés presionando para que ellos lo digan. Es una lealtad increíble, porque en otros sectores el niño siempre va a acusar al otro que hizo algo. En cambio, en este sector, no, por nada del mundo el niño te traiciona, te delata al compañero. Igual, si uno lleva un pan, lo reparte con todos sus compañeros de colación; tienen un increíble sentido de compartir...

—Son bien solidarios entre ellos —corroborla la teniente Verónica Bravo, del Hogar de Menores—. Los niños se cuidan entre ellos. Sobre todo con los más chiquititos. Tenemos un menor que tiene seis años y todos lo cuidan hartito. De repente no se soportan y pelean, hasta combos de repente hay, y esas cosas. Pero la mayoría de las veces los



Hay niños que trabajan, chiquitos de primero que ayudan a sus padres. Son buscavidas: se van a la ribera del río, buscan botellas, tarros, latas, cartones... así van saliendo adelante.

problemas se arreglan, porque ésta es una casa y ellos como una familia; entonces, entre ellos son hermanos...

—Recorro mucho el campamento —dice la señora Isabel, de la Junta de Vecinos de la población San Francisco— y hay niños de ocho, mocositas de ocho años que ya tienen que estar preparando la comida, un caldo Maggi para sus hermanitos, porque quedan al cuidado de ellos porque las mamás son temporeras.

La fraternidad, entre niños semi-abandonados o abandonados totalmente, es una práctica compensatoria fuerte, que forma y nutre densas redes sociales y culturales. Una fraternidad que es a menudo asumida como propia, incluso por los grupos juveniles que, tal vez por experiencia propia, tienden a *hermanarse* con los 'cabros chicos'. Es lo que hace, por ejemplo, el Grupo Vijuba, de la población Baquedano:

—Hacemos dinámicas de grupo con ellos. Conversamos con los niños del Hogar de Menores. A ellos les gusta que nosotros vayamos, y cuando no vamos, ellos nos dicen: 'Tíos, ¿por qué no vinieron?' Se preocupan por nosotros y siempre preguntan por qué no fuimos, qué nos pasó. Y aparte de eso, te dan caleta de cariño; o sea, más que el cariño que nosotros les damos, es el cariño que ellos nos dan a nosotros. Es súper rico; o sea: todos fuimos a dar cariño, pero hemos recibido caleta. A lo más Hogar de Cristo: he recibido más de lo que doy.

Igual conclusión ha sacado el grupo juvenil Big-Back, de la misma población, compuesto por cuatro mujeres adolescentes, quienes, entre otras cosas, enseñan a los cabros chicos a bailar ritmos modernos:

68

—Eso es lo que nosotros queremos: que no pasen tanto tiempo en la calle, que hagan algo recreativo. Nosotras no les hacemos clases de baile no más: también jugamos con ellos. Tú sabís como son los niños: son tan inquietos. Unos son vergonzosos, otros son inquietos. Hablando seriamente: cuando uno de ellos se pone a hablar, es como un libro abierto. Cuentan todo, todo. Ellos no saben mentir, y los niños nos idealizan...

—Son muy bruscos para jugar —dice Marcela Díaz, del Jean Piaget—, tienden al golpe, o... a llorar. No saben entre ellos respetarse. Pero, por su carencia afectiva, se apegan mucho a uno...

—Así como les cuesta relacionarse con una persona que venga de afuera —apunta la profesora Amelia Donoso, del Blest Gana—, yo pienso que cuando lo logran, la hacen parte de ellos. Porque se nota, porque ya se ha dado. Y yo ya me estoy sintiendo parte de ellos... Ellos se van apropiando de uno con su propia fortaleza, porque son chicos fuertes, porque tienen una crisis que es muy seria.

La fraternidad compensatoria de los niños pareciera ser, en sí misma, un pegajoso panal gravitacional que termina atrayendo y enredando a su alrededor a grupos juveniles, profesoras, gente adulta e incluso a sus propios (airados) padres. Como que los 'cabros chicos', en una población golpeada por la crisis, se convirtieran en un polo de reagrupación social y comunitaria. En un centro de solidaridad y rehumanización, cuyo centro lo ocupan y animan ellos mismos. En definitiva: en una célula regeneradora de la misma sociedad civil popular.

—Es igual con los padres —acota la profesora Norma Carrasco del Blest Gana— porque, suponte, nadie tiene derecho a ofender a sus hijos, nadie. Ni siquiera puedes llamarles la atención, porque ellos llegan inmediatamente a reclamar, aunque tú tengas la razón. O sea: tú no eres nadie para corregirlos: ‘Yo soy el papá y yo lo corrijo’, aunque no se hayan preocupado renunca del chiquillo. Que otra persona se los pase a llevar, ellos salen al tiro a la defensa, pero para defenderlos no más, no para corregirlos. Actúan como a la defensiva. Ellos se defienden del medio; entonces, como yo vengo de otro sector, yo estoy invadiendo su medio y no tengo derecho a decir nada. Esa sensación me da. Tú tienes que formar parte de su territorio para sentirte con derecho, porque si tú no formas parte y no te comprometes con ellos y no estás adentro de ellos, tú no puedes siquiera llamarle la atención a nadie. Es muy difícil ‘criarlos’, son niños que ejercen presión contra una; o sea: demostrar que ellos son ellos y que yo no tengo derecho a mandarlos ni nada.

La profesora Carrasco viene de fuera del territorio y necesita hacer un esfuerzo para integrarse a las redes solidarias que rodean a los niños, pero don Carlos Pinto, dirigente del Deportivo Slater de la población Lourdes, no. El vive allí. Por tanto, se incorpora de modo natural a esa red:

—Mira, antenoche estábamos sentados aquí con Jorge Medina y llegó un mocosito que se sentó ahí. Le dijimos: ‘¿Quieres jugar?’ y él dijo: ‘Ya’. Y el cabrito empezó a jugar y jugó hartito rato... Después me dijo: ‘Cuando grande, voy a ser del Slater’... Y ya, pasó eso. Después pasó el gordito de ahí, un niño así, chiquitito. Pasó por aquí e iba llegando a la esquina cuando se puso a llorar. ¡Se puso a llorar! El papá tuvo que traerlo para acá y jugamos ping-pong con el chico. Es lo que lo conmueve a uno. De los pequeños que quieren ser alguien y nosotros, si le podemos dar, se lo vamos a dar. Ya que a nosotros no nos dieron, nosotros queremos dar. Esta es la meta de nosotros...

¿Cómo responden los niños a la ‘red envenenada’ que aprisiona a sus padres y a la ‘red solidaria’ que, surgiendo entre ellos, crece a su alrededor como un anti-veneno humanizante y natural? ¿Tienden sólo a ensimismarse, a desertar de la Escuela, a los juegos violentos, al alcohol, la droga, la soledad, conforme se ven en los ‘informes generales’? No necesariamente. Si se los observa desde una perspectiva distinta, cotidiana, en sus historias subjetivas y personales, se descubre que no; que, enredadas con ese tipo de reacción, hay otras. Una reacción común en ellos es, por ejemplo, ‘salir a trabajar’, lo que normalmente ocurre porque quieren ayudar al padre, o a la madre, a fin de reducir sus agobios. Es decir: una de sus reacciones más significativas es *ser solidarios* con sus propios padres, lo que implica un tácito reconocimiento de que la crisis es más fuerte que todos y que es preciso reforzar a los viejos, aunque eso signifique sacrificar su futuro de niños o de jóvenes.

—Hay niños que trabajan —dice la señora María Teresa—; hay un gran número de niños que en la jornada contraria a sus estudios se van a los supermercados a envasar, a llevar bolsas, hacer aseo, etc. Y trabajan también en el sector agrícola, en temporadas de verano sobre todo. Son de todos los cursos. Incluso tengo chiquititos de primero básico que ayudan a sus padres como vendedores ambulantes, y venden ca-

lendarios, yerbas, distintas cosas. De chiquititos están en el comercio de la calle.

—Son buscavidas —agrega la profesora Amelia Donoso—: se van a la ribera del río, buscan botellas, tarros, latas, cartones, etc. Y ellos van así saliendo adelante. Son fieles con la comunidad de las monjitas del Centro Abierto, porque allí ellos reconocen protección, una fortaleza, un lugar como de refugio, una posibilidad de ir a vacaciones, a la playa, de tener un día especial; de ser considerados.

—La mayoría, unos 20 a 25 niños —cuenta Enrique Maturana, ex profesor del Blest Gana—, pedían permiso; o sea, las mamás venían a pedir permiso. Eran canillitas, iban a vender *El Rancagüino* a la ciudad. Se daba la leche a las tres o a las tres y media de la tarde, y a las cuatro partían a buscar *El Rancagüino* para vender. Llevaban 500 o 600 pesos de hoy día a la casa para poder parar la olla al otro día.

—Mira, de lo que yo me acuerdo —corroborra Zalmira Villalobos, profesora del Blest Gana—, los niños casi todos los días salían tipo tres de la tarde hacia afuera, hacia el centro, a vender *El Rancagüino*. Y me los encontraba en la tarde vendiendo *El Rancagüino* en el centro. O sea: todos trabajaban. Eran niños con poca escolaridad. En primero y segundo básico había niños muy grandes que estaban en la cuestión del trabajo. Porque aquí, además, salían a trabajar en adobes, habían obras de adobes y ladrillos. Eran niños que estaban muy ocupados; después del estudio iban a trabajar.

—Hay falta de trabajo para los padres —apunta Norma Carrasco, también del Blest Gana—, hay bajo nivel cultural, y así todo va afectando el desarrollo del Sector. Es lo que lleva a que también los niños tengan que salir tempranamente a trabajar, abandonar los estudios o no continuar después que llegan a octavo... Pero los niños se acercan a ti, te demuestran cariño, tú lo sientes. Siempre te están tocando, te están sintiendo; no como otros niños que no están ni ahí con el profesor, que van y dicen: 'buenos días' y se sientan. Estos niños no, es completamente diferente... Los niños llegan al colegio, pero después lo abandonan [para trabajar] y luego lo retoman otra vez; así yo tengo alumnos en cuarto básico que tienen doce o trece años. Son niños que durante años han abandonado y luego retoman otra vez...

—¿Para qué tantos años estudiando —se pregunta María Cristina, poniéndose en el lugar de los niños—, gastar tanto para después no tener dónde trabajar? Eso va enfriando el entusiasmo del niño por ser alguien algún día... ¿Para qué voy a estudiar si, total, voy a limpiar autos al centro y me gano tantas monedas?

La solidaridad que los niños ofrecen a sus padres 'da vuelta' la dirección normal del flujo funcional de la sociedad: en lugar de que ésta trabaje para asegurar el futuro de los niños, éstos sacrifican espontáneamente ese futuro para asegurar, en el fondo, la supervivencia de la misma sociedad que oprime de modo directo a sus padres, e indirecto, a ellos mismos. Se trata de un sacrificio generoso, suicida, que —como dice María Cristina— "enfriaba su entusiasmo" por su propio futuro. De modo que, a final de cuentas, ¿en qué se gasta, cómo se emplea el capital humano y la reserva solidaria innata de los niños? ¿Es que el modelo social dominante, junto con destruir la matriz intersubjetiva familiar que ampara el desarrollo infantil, también gasta y derrocha el capital humano innato de esos niños?

¿Es que se trata, en este caso, de consumir un daño exhaustivo, *total*, contra los tejidos más nuevos de la sociedad civil?

Como quiera que sea eso, la crisis, estallando en el fondo de la sensibilidad infantil, adquiere en ésta resonancias de variado diapasón y tonalidad. Ecos inimaginables. Formas expresivas insospechadas. Podrán ser buenos para el garabato (“el garabato no es para ellos una expresión para ofender a otro, sino una forma natural, parte de su hablar cotidiano; y lo usan en la casa y en el colegio”), pero el garabato no es indicador de falta de sensibilidad y expresividad:

—Son niños con una gran expresividad artística —afirma Amelia—; todo ese caudal de vivencias que ellos tienen, ellos lo entregan a través de las artes plásticas. Son buenos para hacer representaciones teatrales, para bailar, son bailarines por excelencia; tenemos algunos raperos importantes, destacados, y son niños que tienen una gran lealtad con su familia, con su comunidad, con sus padres... Hay niños que son artistas en el diseño, en la pintura; son minuciosos, detallistas y son capaces de dar toda esa energía que tienen... Me cuesta un montón, a veces, conseguir que me dejen los trabajos para la exposición, porque ellos quieren llevarlos inmediatamente a la mamá, porque la mamá los estimula: ‘¡Qué lindo, te pasaste!’, y, a lo mejor, es lo único de color que hay en la casa...

Los “cabros chicos” parecen tener en sí mismos, de modo innato, una llama fundadora. Un capital humano que están dispuestos a utilizar solidariamente con los seres que los rodean. Con él pueden, en los labios de sus padres, encender sonrisas; o en los labios de ellos mismos o de sus grupos, el grito de su rebelión. Una llama primaria de soberanía.

71

La breve memoria autónoma de Juan Machuca, 14 años

Un “cabro chico” puede crecer como persona teniendo como planos de referencia las redes envenenadas del “malestar privado” (que atrapa a sus padres) y las ‘redes solidarias’ que, lo mismo que telarañas, los sostienen en su centro. Eso les permite explorar caminos de humanización que no necesariamente pasan por la escuela ni por las ‘rutas formales’ que la sociedad crea para que los niños se formen en consonancia con la institucionalidad. Los niños, en su orfandad, pueden hallar y/o construir caminos propios, al margen de las ‘carreteras’ oficiales. Pueden tejer su propia red de relaciones sociales y su propia atmósfera cultural, simplemente por medio de crear ellos mismos el tipo de relación con la sociedad global que mejos les cuadre. Por eso, dentro de las redes solidarias en la que los cabros chicos flotan, pueden realizar gestas notables y ejemplares. Proezas que quedan sumergidas, anónimas, en la historia privada (oculta) del mundo popular. Es lo que sucede con Juan Machuca, de 14 años, de la población Las Rosas, Sector Sur de Rancagua, de cuyo testimonio se anotan los siguientes extractos:

—Al principio, en primer año, yo no quería ir a la Escuela. Quería puro trabajar no más. Yo estaba trabajando: sacaba uva. Y yo empecé a trabajar chiquitito: iba con mi papi. Los cabros me invitaban al ‘balneario’ [junto al río] a jugar a la pelota, y yo les decía: ‘Vayan, no más, yo los

acompañó otro día'. Mi papi me decía: '¿Me acompañai?' '¿Adónde?', le decía yo. 'Vamo pa' que veai las calles, pa' que aprendai', me decía. 'Ya', le decía yo. Y me fue gustando la cuestión, ahora conozco todas las calles. Mi padre es enfermo de un ojo, cuando fue joven lo chocaron y perdió el ojo izquierdo... Me dicen mis tíos que fue bueno lo que hizo mi papi conmigo, de aprender a trabajar desde chiquitito pa' ganarme mi pancito. No como otros cabros que vaguean, van a la casa a comer y la mamá los reta porque no hacen nada. Yo empecé en esto de la uva a los once años; antes iba con mi mami y me llevaba a las pegas que ella hacía como temporera; ella trabajaba en varias cuestiones: en la uva, en la manzana, en la pera, y yo iba p'allá y aprendía. Para no aburrirme en las tardes, iba con ella. El dinero que yo ganaba cuando trabajaba era para mí: me vestía yo solo. Era para mí. A veces le decía: 'Ya, mamita, ahí tienes la plata'. Pero a veces no me daban ganas de ir para allá, porque me aburría. A veces no iba. De repente me daban ganas de trabajar, de repente no. Era un trabajo de algunos meses no más, y yo trabajaba en las mañanas y estudiaba en la tarde. Si no, no; no era obligatorio que yo fuera a trabajar... Yo trabajaba pa' sentirme como... digamos... ayudando a mi papá; pa' esa cuestión trabajaba yo, porque no quería nunca que me dijeran 'vos soi vago: fumai'. Si los cabros me decían: '¿Querí fumar? ¿O soi maricón que no fumai?', yo les decía: 'No, no, fumen ustedes no má'. Un día tuve una pelea con un cabro; me dijo si quería un cigarro y yo le dije: 'No, fuma tú no má', y él me dijo: '¡Ah, soi maricón!', y me chantó un combo. 'Ya, fumen no má, cabros', dije yo, y me vine. Después conversé con el cabro y le dije: 'Ya, no fumí má esa güeá: te hace mal'; y el cabro me dijo: '¡Ah, tení razón!' Y ahora... bueno, es mayor que mí, pero no le hace a esa cuestión del cigarro, no le hace a nada... En el colegio yo me portaba mal, no lo niego: hacía la cimarra, me arrancaba. Me iba p'allá p'arriba, íbamos a montar chanchos, que eran de un caballero. Nosotros íbamos y montábamos ahí, pero un día nos pillaron y nos retaron: '¡Nunca más, nunca más!' Y al otro día métale montarlos de nuevo... Una vez la tía del colegio me retó y yo empecé a insultarla; se me acercó un cabro, me agarró los brazos y me chantó dos charchazos porque me porté mal... y pesqué una silla y se la tiré por la cabeza a la tía y salí arrancando. Mandaron a buscar al apoderado, pero nunca llevé al apoderado. Me portaba mal yo, y ahora sigo portándome mal. A veces me aburro y me dan ganas de salir p'afuera un rato... La dificultad mía siempre ha sido aprender a leer y escribir; un poco, sí, pero me cuesta y a veces me da rabia, me da impotencia. Cómo no poder aprender, digo yo, y me da rabia: 'Me voy a arrancar, me voy a ir p'afuera un rato pa' pasar las penas, pa' despejar la mente, pa' no pensar güevás malas'... Mis compañeros saben, saben hartito, yo soy el único dejao. Pero en las pruebas no tengo problemas, porque me las hacen oral, me preguntan y yo respondo oralmente y me saco las notas igual. Sé copiar del libro, las páginas; me sé todas las letras, pero lo que pasa es que se me le confunden. O sea: algunas, no todas. A veces puedo escribir palabras largas, cortitas, pero a veces se me confunden y ahí es donde me equivoco. Mi logro es llegar a octavo año, y después estudiar una carrera, algo; pero lo que me gusta a mí, y siempre me ha gustado, es la agricultura, y pienso estudiar algo que me guste. Pero no sé si voy a estudiar agricultura, porque de repente puedo aburrirme... Mi papi siempre ha tenido un sueño de tener una camioneta, pero él no puede por la cuestión del ojo. Él llegó hasta quinto año, también le costó la misma, también tuvo problemas con su aprendizaje, también tuvo el mismo problema que

yo. Por esta cuestión sigo estudiando... Tengo que decir que voy a seguir estudiando, yo no má, porque yo tengo la posibilidad de estudiar, no ellos [mis padres]. La cosa económica depende de ellos, pero no es pa' estudiar p'afuera [de Rancagua], porque si quisieran mandarme p'afuera no les cuesta nada pescar un caballo, venderlo y mandarme estudiar p'afuera, pero yo no quiero. Yo quiero seguir este año y el que queda no má. No sé. No tengo pensado lo que tengo que hacer, pero quiero sacarme algo que me sirva más adelante... Una vez llegó un caballero y nos dijo: '¡Chiquillos, vengan p' acá! Si a ustedes les gusta montar los barracos que tenemos acá, tengo un trato: ¿por qué no vamos pa' una domadura?' '¡Ya! ¿Y si después nos botan?' Mi primo dijo: 'No nos botan los chanchos y nos van a botar los caballos'... Llegamos a la domadura y un cabro dijo: '¿Cuál querí montar tú?' Y yo (siempre lo recuerdo) le dije: 'La alazana que está ahí...'. Me monto arriba, me pasan unas botas y una rodaja del 5, me pongo un sombrero negro y me salgo p'afuera pa' la media luna y apretaito no má, y la monté, le hice las tijeritas y la boté al suelo y le saqué el petal. El caballero dijo: '¿Sabí? Te voy a decir altiro: tú tení que montar éstos que están acá'. Y eran unos menos pedazos de esta cuestión de torillos; eran toros los que tenía que montar, vacunos, y estas cuestiones saltan más que los caballos. Y dijo el primo mío: 'Ya, no importa, los voy a montar'... Saltó caleta, pegaba los medios saltos esa cuestión; duró, y después le hizo las tijeritas y la botó al suelo... '¡Cayó!', dijo el caballero, '¡Te pasaste! Ya, ustedes dos vengan p' acá; se pasaron, cabros, les voy a dar una recompensa'. Y dijo el caballero: 'Tomen, chiquillos, cinco lucas para cada uno'. Y nos fuimos, y mire cómo quedamos: a la pinta.

La memoria dual de Marcela: trabajadora y estudiante

Los niños, actuando desde dentro de las redes solidarias pueden, pese a todo, darse cuenta de la importancia que tiene para ellos la ruta institucional y formal de desarrollo (que pasa por el sistema formal de educación), y pueden tratar de avanzar *también* por allí, multiplicando sus esfuerzos. Hacen esto mientras sobrellevan sobre su memoria la ruptura de su familia, y la necesidad imperativa de tener que trabajar para ayudar a los adultos y financiar sus propios estudios. Esfuerzo extra que acometen con el firme objetivo de salir del círculo de la crisis y del “hoyo” en que se hallaron sumergidos a poco de nacer. Pueden, pues, con gran energía subjetiva, proyectar y labrar su propio futuro en los mismos términos que ofrece el sistema: crisis, por detrás, y posibilidades estrechas, por delante. Pero, si hacen eso, ¿cuál es su horizonte real, más probable? ¿Hasta dónde pueden llegar? Es la duda a la que se enfrenta Marcela Pastene, 19 años, de la población Dintrans, de cuyo testimonio se han extractado los siguientes párrafos:

—En el 86 yo tenía siete años, claro, cuando viví con mis dos papás; o sea: con mi papá y mi mamá... El 90 mi mamá de nuevo se separó de mi papá y me fui a vivir a San Fernando con mi mamá. Allá yo no me llevaba muy bien con ella, por problemas que ella se puso a convivir con otro hombre. Yo me vine con mi papá el 91. El vive con mi madras-tra, con la señora con la que yo vivo ahora. Y empecé a vivir acá. Cuando llegué a vivir acá el 91, yo no estudiaba, porque mi papá no

me quería colocar en el colegio. Yo fui entonces a una preparación del Centro Abierto, que está en la Villa Las Rosas. En el Centro empecé a estudiar por niveles, yo ya había hecho segundo año básico en San Fernando... era más que todo algo como reforzamiento, no colegio... Bueno, fuera que yo había perdido dos años de estudiar, iba con doce años en Tercero Básico... yo ya sabía materias de quinto, porque hasta allí llegué estando en el 'nivel' del Centro Abierto. Sabía harto más que los demás, y además que era más grande que todos los demás compañeros. Y ya, pasé con el primer lugar ese año a Cuarto Básico, después hice Sexto, Séptimo y Octavo... Cuando era chica, cuando recién llegué acá, yo no compartía con la gente de acá. La verdad, mi mamá nunca compartía con nadie. Nunca tenía amigos o amigas, siempre pasaba encerrada, entonces yo pasaba igual... No jugábamos en la calle, claro; jugábamos adentro de la casa, nunca pasaba en la calle... Ahora no vivo con mi mamá. Yo me vine de la casa de mi mamá y yo viví con mi papá y mi madrastra, pero mi papá se separó de ella y yo me quedé con ella. Yo no estoy viviendo con mi papá tampoco, mi papá se fue de la casa. Es que a mi papá siempre le gustó más el libertinaje, siempre se iba de la casa y después volvía; hasta que un día se fue y no volvió nunca más. Yo me quedé con mi madrastra... o sea, con mi 'tía' (para que no suene tan feo), y yo tengo todo el apoyo de ella. Mi mamá me viene a ver una vez al mes... igual la he perdonado... Yo trabajo en el verano; estoy estudiando tercer y Cuarto Medio en el Liceo Manuel de Salas [Rancagua], en nocturna... Estoy también en el Centro Abierto de reforzamiento... Yo estudiaba y trabajaba. Empecé así este año, pero a mitad de año ya estaba muy cansada: dormía poco, comía poco y era difícil estudiar y trabajar. Yo empecé a trabajar a los quince años, trabajaba en el verano y estudiaba desde marzo... He trabajado en frigoríficos, casi puros frigoríficos. En los veranos, cuando era menor de edad, trabajaba en los parronales, a veces cosechando manzanas, en packings de uvas, y después, cuando ya tenía 16 años, una amiga me llevó a la UTC, un frigorífico que queda en Requínoa, y ahí me pusieron a trabajar. Y yo me sé todo el trabajo en el frigorífico, todo el trabajo que sabe una obrera... Cuando trabajaba, llegaba a las seis de la tarde acá y así ayudaba a hacer las cosas en mi casa. Mi tía trabajaba en ensaladas preparadas, entonces ella con eso mantiene la casa, y, bueno, yo le ayudaba a mi tía. Ya a las siete o siete y media, yo me iba al Liceo. Al otro día, a las cinco y media o a las seis de la mañana, estaba ya en pie, y en la noche me acostaba a las once. Me sentía muy agitada y cansada. Me levantaba a las seis, me iba a tomar el bus; a veces alcanzaba a tomar desayuno, a veces, no; a veces tenía que irme corriendo por el callejón a tomar el bus en la carretera, porque me había quedado dormida... Estuve como tres años en eso. En la casa andaba todo al lote. Cuando yo llegaba del trabajo, tenía que llegar a hacer las camas, porque ella también trabajaba, y con el asunto de las ensaladas no le quedaba tiempo. Yo salía a veces a las once de la noche a la calle, volvía como a las once y cuarto, estudiaba un poco y me acostaba. Cuando me iba en el bus en la mañana, estudiaba en el bus, y mis amistades ya no se juntaban conmigo, yo los había dejado a todos de lado... Antes, cuando tenía pololo, salíamos los fines de semana. A veces me daba un tiempo y estaba en la plaza, pero de ahí nunca salíamos, porque yo estaba 'ya, hasta tal hora', y se hacía lo que yo decía... Creo que tengo que juntar un poco de plata para estudiar por lo menos programación en computación, porque ahora no hay nada si no es con programación en computación. Pienso que con el puro cuarto Cuarto Medio no me puedo quedar, creo que tengo que hacer un curso o trabajar y juntar plata... y en una de éstas con un pituto se consiguen muchas cosas. Me

dijeron que diera la Prueba de Aptitud Académica y con un pituto entraba a Inacap [Instituto Nacional de Capacitación]... La verdad es que uno propone y Dios dispone...

Entre la memoria de la crisis y la memoria de la solidaridad

La mayoría de los niños que egresan de los colegios Jean Piaget y Blest Gana no sigue estudiando. Los mejores alumnos quisieran seguir enseñanza media en el Comercial de Rancagua, pero el hecho de venir de colegios “de mala fama”, o de haber sido alumnos que pasaron por la “educación diferencial”, o haber estado en el Hogar de Menores, no los favorece. Como dice Marcela, profesora del Jean Piaget:

—Se sienten muy deficitarios con relación al resto. Se sienten inferiores, como el niño ‘diferencial’, como el niño limítrofe; muchos, después de octavo, se presentan a examen al Liceo Comercial y la verdad es que, últimamente, no les ha ido nada de bien; entonces al final han tenido que ir a los liceos no más, donde el ingreso no es tan complicado. Entonces de partida ya van con esa carencia... Así de simple. Entonces se ve la carencia. Se siente. Es palpable.

Frente al ataque de la crisis —que destruye “el vínculo” de la familia— el niño responde, más allá de su ira, buscando y dando cariño, tejiendo lazos minúsculos de fraternidad, motivando diferentes formas de solidaridad de jóvenes y adultos, de pobladores y profesionales. Redes afectivas y fraternas que, de un modo u otro, se anudan en torno a las/los profesoras/es de los colegios. Los niños reaccionan frente a la crisis haciendo un sorprendente despliegue de humanidad, solidaridad y esfuerzo. Trabajan, ayudan, se hacen responsables, pese a sus estallidos de rabia, a su agresividad y a sus garabatos. Por su situación y su actitudes, pueden generar, entre ellos mismos y en torno suyo, un movimiento de re-humanización, que se contrapone, social y éticamente, a la expansión destructiva del “malestar privado”. Dentro de ese movimiento, ellos mismos pueden devenir héroes; héroes minúsculos, anónimos, de instersticio. Ejemplos de lucha y humanidad. Y a más de todo eso, pueden hacer un gran esfuerzo para abrirse paso a través de los estrechísimos senderos de desarrollo que el sistema les ofrece. Pero, ¿cuáles son los resultados concretos de ese anónimo y minúsculo heroísmo? ¿Seguir marcando el paso, como dice María Cristina, profesora del Blest Gana? ¿Derrochando su vida en aliviar y a la vez reproducir la marginalidad, para dar la ilusión de que es el éxito del sistema el que alivia y estabiliza el conjunto? ¿Esperando el apoyo de quién sabe qué “pituto” que les permita llegar a algún Instituto Profesional?

El “malestar privado” no es, pues, un proceso corrosivo que se subjetiva sin parar hasta terminar con la virtual anonadación del sujeto. En los mismos niños y en torno a ellos, ese proceso de subjetivación se revierte, transformándose en un proceso de micro-asociación redal básico, regenerador, positivo. La crisis encuentra allí, por ello, una primera respuesta. Un germen o molécula primigenia de movimiento social propositivo. Una propuesta resiliente de re-humanización. El problema es que, mientras sea, tan sólo, germen o molécula, el modelo dominan-

te se servirá de eso para mantener la crisis en un nivel llevadero. Para mantener exitosa su táctica de camuflar la crisis que lo corroe. Pero esta situación es, sin duda, inmoral. No se puede sostener la fachada estable de un modelo a costa de gastar inútilmente el heroísmo solidario de los niños. Es preciso reaccionar, y diseñar —por ejemplo— modelos educativos que potencien ese heroísmo, tornándolo consciente y propositivo. Hay que develar la crisis, sacarla de su madriguera, mostrarla al mundo, pero no sólo denunciando sus abusos e inmoralidades, sino también transformando en saber, propuesta y poder la reserva solidaria que anida en la naturaleza humana y prístina de los “cabros chicos”, cuyo tiempo actual hemos querido bosquejar en esta (su) ‘memoria’.

Capítulo IV

La red social de los “cabros jóvenes”: identidad y sospecha (1973-1998)

De ‘cabro chico’ a ‘cabro joven’ o la memoria de los que sobran

Encadenados al fondo de la solapada crisis neoliberal, los niños pobladores ven, sienten y asimilan en su propia piel y mente cómo se precariza el empleo de sus padres, cómo esa precarización rompe el equilibrio emocional de éstos y cómo, al surgir brotes de violencia intra-familiar, se va deteriorando la red afectiva que los ampara y que protege su desarrollo integral. Hasta que quedan en estado de semi-abandono, con escaso o ningún futuro promisorio. Es aquí, en este punto, cuando y como comienza a irritarse, ahora, la propia subjetividad de esos niños; cuando muestran conductas agresivas, practican juegos violentos o ingresan, poco a poco, en el mundo de la ociosidad, la droga o la misma delincuencia.

Allí, sin embargo, en ese mismo punto, y sin otra razón aparente que su propia naturaleza humana, los niños devuelven, también, frente a los golpes de la crisis, gestos solidarios, de profundo contenido humano. Pues, de una parte, se agrupan entre sí a través de múltiples formas de fraternización solidaria; de otra, no dudan en sacrificar su futuro y ‘salen’ a trabajar para ayudar a sostener la canasta familiar (o su propia ‘independencia’) y, de otra, despiertan, por eso mismo, en los jóvenes, adultos y profesionales del vecindario, actitudes y gestos de solidaridad hacia ellos. Y es así como crean en torno suyo —más allá de su propia agresividad y violencia—, tejidos y valores sociales que tienden a frenar y neutralizar el colapso emocional de las villas y ‘poblas’ donde se instala, como dinamita de profundidad, el “malestar privado” que caracteriza a la crisis actual.

Es decir: en torno a los niños se forma un ‘capital social’ de signo positivo, que compensa el déficit humano

familiar generado por la crisis. O sea: un germen solidario que podría, tal vez, dar vida y dirección a un movimiento social anti-crisis y regenerador de valores. ¿Lograra este ‘capital social’ básico perdurar en el tiempo y desarrollarse como un movimiento social capaz de revertir el “malestar privado”?

Por todo lo que se ve, desafortunadamente, no. Pues, a medida que los “cabros chicos” crecen y se transforman en “cabros jóvenes”, esos tejidos y valores se deterioran y cambian de sentido: se desdibujan las frágiles redes solidarias y aparece, a cambio, un tenso nudo que ata la ira de los vecinos adultos con la sospecha policial, y la frustración alcaldicia con los diagnósticos represivos sobre los cuales políticos y gobernantes fundan su estratégico concepto de “governabilidad” (entendido hoy como de “seguridad ciudadana”). No se forma aquí, en torno a ellos, un ‘capital social’ rehumanizador —como ocurrió con los niños— sino un ‘capital institucional’ irritado y a la defensiva. Por esto, con el paso del tiempo, los otrora “cabros chicos” ya no van a ser más los simpáticos niños a los que se protegía y ayudaba: ahora son y serán, sólo, esa “juventud dañada” que es un quebradero de cabeza para el vecindario y una virtual amenaza para toda la sociedad; un desecho social que se escapó de la jurisdicción benéfica de padres y profesores, para caer de modo inevitable en la jurisdicción punitiva del juez y la policía, o en la no menos punitiva función ‘rehabilitadora’ del Estado.

78

Habiendo caído en ese abismo de ‘marginalidad sospechosa’, los ex cabros chicos ya no despertarán más sentimientos colectivos de afecto y protección, sino de cansancio, ira y represión. Por eso, ante el inevitable deterioro de las redes sociales solidarias que amparaban sus problemas de infancia, los “cabros jóvenes” no tendrán más alternativa que tejer y extender sus propias redes fraternales, desarrollando en cualquier dirección la solidaridad (“amistad”) que ya habían forjado *entre ellos mismos* cuando eran niños; ni tendrán otro destino que buscarse los unos a los otros (o a las otras) en las esquinas, en la cancha, o en los sitios eriazos: donde sea, pero ya no en la casa; ya no en el sistema educacional, ni, por cierto, en algún trabajo estable. Deberán, pues, de un modo u otro, apandillarse. ‘Apatotarse’. Y, por lo mismo, deberán aprender a dar respuestas ‘de grupo’ para paliar de algún modo sus crisis ‘individuales’. Deberán proyectarse en acciones rebeldes y transgresoras, por ejemplo, dirigidas contra la sociedad que los excluye y enjuicia; o en acciones solidarias (de apoyo a la misma comunidad de la que vienen, y de la que, por razones que escapan a su control, ya no podrán alejarse). Así, de haber sido (cuando niños) ‘sujetos pasivos’ pero convocantes del apoyo unitario de la comunidad, se transforman en jóvenes ‘actores protagónicos’, cuya autonomía de acción —que se torna notoria por angas o por mangas— irrita y divide a la comunidad local, sin unificarla.



...ni tendrán otro destino que buscarse los unos a los otros (o a las otras) en las esquinas, en la cancha...

A medida que el tiempo pasa, la vida poblacional, poco a poco, inadvertidamente, comienza a girar y a depender, para bien o para mal, de la *identidad* que los “cabros jóvenes”, a pulso, de manera autónoma, a contrapelo de todos, en las calles, canchas y en las esquinas, logren construir por sí mismos, pero dentro de la *misma* comunidad en la que fueron niños.

Por eso, el aumento demográfico de los “cabros jóvenes” no hace sino agudizar el problema. Porque los vecinos fundadores, ante el fenómeno social de sus hijos ya crecidos, sienten inseguridad y temor. Pues los cabros jóvenes ocupan y saturan todo el espacio vecinal disponible. Como que, debiendo ‘irse’ (o sea, a estudiar, casarse y trabajar), *no se van*. Pareciera que el espacio local se repleta de jóvenes, ya que, en verdad, ni el sistema educacional, ni el mercado laboral, ni la misma sociedad demuestran tener espacio donde ‘llevárselos’. Y todos terminan sintiendo —incluso los jóvenes mismos— que, en definitiva, allí mismo donde fueron niños, *sobran*. En la mismísima población que es el orgullo de los ‘fundadores’. Pues, desde allí, los canales de desagüe para otra parte son escasos o están bloqueados. Por lo que, si bien la comunidad local hace sitio para recoger a los “cabros chicos” que la crisis desecha y abandona, no reacciona igual frente a los cabros jóvenes que *no recogen* ni la sociedad ni el mercado. Como que, para esa comunidad, los que una vez fueron niños ‘inocentes’ se transformarían, más tarde, en un verdadero ‘terror local’. En una especie de monstruo social que, al quedarse enjaulado en la misma población, no deja más alternativa a los dirigentes vecinales y al municipio local que, por un lado, ‘entretenerlo’ con sucesivas acciones participativas y útiles multicanchas (distrayendo su agresividad latente); por otro, ‘ilusionarlo’ con cursos y capacitaciones que supuestamente lo amarrarán al poste moderno del sistema laboral; y, por último —si eso no resulta— ‘extirparlo’, rebajando a cero la tolerancia policial, a catorce años la edad de “imputabilidad” y multiplicando el número de cárceles y centros de rehabilitación.

Ni la sociedad global, ni el mercado mundial, ni la comunidad local parecen solidarizar *estratégicamente* con el destino de los ‘cabros jóvenes’ de una población marginal. En esta situación, ¿qué pueden hacer ellos mismos? Desde ya: juntarse. O sea: ir en patota de aquí para allá y de allá para acá. Y, sobre todo, conversar. ¿Para qué juntarse, para qué hablar? Para lo que sea: para soñar que el mundo se va a crear de nuevo; para contarse sus pobres experiencias y su magro futuro; para emborrachar o drogar la rabia y la frustración; para agotar la fuente del amor y el sexo; para desatar el impulso transgresor, lúdico o artístico; para realizar acciones solidarias que hagan sentir, cuando menos, el soplo de la propia humanidad. Para todo eso, y para más. Es decir: para estrujar la vida posible de un presente histórico que *no* reconoce pasado feliz *ni* tiene gran potencialidad de futuro. En definitiva, para construir una identidad propia que, aunque marginal, poco útil y sujeta a sospecha, es, sin embargo, pese a todo, identidad. Resumen de crisis y molécula de humanidad. Y en todo caso, muestra irredargüible de autenticidad.

De la ruptura del vínculo vecinal al acecho policial

Dijo la señora Virginia, dirigente de la Junta de Vecinos de la Villa Corazón:

—Tenemos harta juventud, y de repente me da como susto. Yo siempre he tratado de luchar por los cabros jóvenes, por tenerles un espacio, pero no hay espacio para ellos. Ya no se puede. Y nos conformamos... Lo que preocupa son los cabros que vienen; ¡ya vienen!: hay dos generaciones más, que son las de 13, 14 y 15, y la generación chica que viene más abajo. Ya tenemos tres nidadas que hay que sacar adelante. Así es que... no sé, mientras no tenga uno dónde irlas formando...

¿Cómo se resuelve el problema producido por la acumulación de las “nidadas” y el creciente número de ‘cabros jóvenes’ (mayores de 14) en la población? En parte, el problema se resuelve cuando los mismos “lolos” se van, para casarse con jóvenes de afuera, o para buscar trabajo en otra parte:

—Los jóvenes que conocen otras lolas —dice la señora Laura, de la población Puertas de Fierro— se casan y se van. Se van de acá. Y las lolas también: conocen otros jóvenes de afuera, se casan y se van. Yo tenía aquí seis: tres hombres y tres mujeres. El hijo mayor se casó el año pasado no más y se me fue de aquí, se me fue de 22 años. Eso pasa: que la juventud se está yendo. Es que aquí no hay mucho futuro, porque, de quedarse aquí, el joven tiene que trabajar en el campo por el mínimo, que son 70 u 80 mil pesos... y dígame usted: ¿qué hace un lolo de 18 años con 80 mil pesos?

—Cuando yo llegué aquí estaba toda la prole, toda —dice la señora Adriana, de la Villa El Trapiche—; entonces éstos crecieron y después... Y ahora hay cualquier cantidad de niños, ¡si este año se pasó pa’ nacer niños! La mayoría son de los cabros jóvenes, de los mismos lolos que, cuando yo llegué aquí, tenían entre 17 y 18 años. La mayoría de ellos vive ahora con los papás, viven de allegados acá. Lo que pasa es que a los chiquillos les cuesta irse, que se vayan de acá...

Para irse de los sectores sur o poniente de Rancagua es necesario haber estudiado algo más que Cuarto Medio o haber egresado del Comercial, o haber tenido la suerte (o el “pituto”) de hallar un empleo mejor en otra parte. Los niños que, empujados por la crisis familiar y su propio sentido de solidaridad, ingresaron a alguno de los empleos menores que allí se ofrecen (vender diarios, empaquetar en los supermercados, comercio ambulante, recoger frutas, ayudar a los areneros en el río, etc.), tuvieron que desertar más temprano que tarde del sistema escolar, y no les quedó más futuro que seguir perseverando en sus oficios de niño y en el mismo tipo de empleo que sus padres. O sea: tuvieron que quedarse y vivir del trabajo precario. Sólo una minoría pudo estudiar o hallar un empleo mejor en otra parte. La escasez nacional de empleos mejores que los ofrecidos localmente tornaba y torna difícil dejar la población y no ser un incómodo allegado en la cada vez más atiborrada casa de los padres.

—Es que aquí no hay mucho futuro —dice la señora Laura—, porque, de quedarse aquí, el joven tiene que trabajar en el campo por el mínimo... Yo tengo un lolo que no pudo estudiar más porque tuvo una

situación crítica tiempo atrás. Tuvo que dejar de estudiar. Ahora trabaja en la Viña Santa Mónica, pero gana el mínimo; él trabaja y recibe la plata, que se le hace sal y agua... Mi otro hijo, el que se casó, igual: cuando estaba aquí trabajaba en el campo por el mínimo. Después de ahí me dijo: 'Ya, ¿sabís, mamá? Estoy aburrido, no quiero trabajar más en el campo, porque no quiero, no me gusta'. Y se decidió y sacó documentos de manejar. Ahora trabaja en Agrogas y es chofer de camiones y tiene un sueldazo para lo que ganaba aquí... Entonces, por eso que la juventud se aburre.

—Usted ve que el campo está lleno de máquinas —agrega don Gustavo, presidente de la Junta de Vecinos de la población Dintrans— que le quitan el trabajo a los humanos; está todo mecanizado y, ¿en qué van a trabajar los jóvenes, si no quieren estudiar y están metidos en el vicio? Yo no digo que no trabajen, pero yo los veo de noche y de día allí, sin hacer nada. Esta es una nueva generación, que se viene originando más o menos unos diez años...

Las faenas agrícolas se están mecanizando, es cierto. Pero hay faenas primarias que no, que se mantienen utilizando las mismas técnicas manuales del pasado, como es el caso de la extracción de arenas y ripios del río. Es el viejo empleo precario de los padres, el mismo que los jóvenes "que no se pueden ir" terminan al final por asumir. Como único instrumento para labrar futuro.

—Siempre dentro gente joven a trabajar aquí —declara don Eduardo Cáceres, presidente del Sindicato de Areneros—, siempre está llegando gente joven. Si aquí ven que hay trabajo, que hay movimiento, llega cualquier cantidad de jóvenes. ¿Por qué? Porque está a la mano, está cerca y ven posibilidades de ganar algún dinero. Pienso que se sienten más o menos lo mismo que yo sentí cuando fui joven y empecé a trabajar, pienso que la situación es la misma... A veces podemos pensar que son ociosos, que son malos, pero el problema es éste: no tienen dónde trabajar; o sea, digamos, no tienen un espacio donde ganarse la vida y formarse. Entonces esto va más allá de lo que estoy relatando, de una manera va mucho más allá y es mucho más preocupante. Yo creo que uno de los problemas de la juventud es la falta de oportunidades... y ellos, donde no encuentran, digamos, un futuro, se van rozando con esas juntas y van encontrando el mal camino, la drogadicción. Yo sí lo sé.

—Los jóvenes están muy abandonados —corroborra la señora Isabel, dirigente de la Junta de Vecinos de la población San Francisco— y crecen antes de tiempo, por el hecho de que tienen 10 o 12 años y ya están trabajando. Entonces para ellos están vedadas muchas cosas que los niños normales hacen a esa edad. Entonces ya tienen una mentalidad de hombres... Hay chicos que a los 17 años ya son papás; que a los 13 o 14 años ya son mamás. Esto me gustaría que se terminara. Me gustaría darle más apoyo a la juventud, tratar de entenderlos un poco. Mira, aquí, como en todas las poblaciones, tenemos alcoholismo y tenemos drogadicción también...

No irse de la población es quedarse en calidad de 'sobra', como excedente. En el mejor de los casos, es quedarse trabajando en el mismo oficio precario que los padres y llenando la casa de nuevas y nuevas "nidadas" de niños. Masticando la amargura no sólo de no ser 'más' que los viejos, sino

de ser también, a menudo, ‘menos’ que ellos; justo cuando el mundo, con la televisión, el internet y las comunicaciones, se ha aldeizado y achicado. Muchos cabros jóvenes sienten que la violencia que los viejos descargaron sobre ellos, debe devolverse, esta vez contra el viejo o la vieja que quedó en la casa, al alcance de la mano. Así, el amor filial se troca, para muchos, en odio impotente. No irse significa, para ellos, vivir perpetuamente hundido en ese odio: si no se puede escapar de la ‘pobla’, ¿no es mejor irse de este mundo?

—Hay problemas de crisis intrafamiliar —acota Cristián, 28 años, monitor del grupo juvenil de la población Las Tranqueras—: aquí hubo un joven que se suicidó, y ya otras veces había intentado matarse. Cuando este joven les dijo a todos que se iba a matar, yo no estaba, y ahora en el grupo juvenil hay cabros que han dicho lo mismo. Yo he tenido que estar hasta las dos o tres de la mañana conversando con ellos. Porque una vez a mí me pasó, choriado de todos los problemas, acorralado; quise hacer lo mismo cuando mis padres se separaron. Yo tenía 16 años cuando se separaron... Y yo quería hacer lo mismo. Yo estuve a punto de enterrarle la cuchilla a mi papá...

Por razones “que van más allá de lo que estoy relatando” —según dijo don Eduardo Cáceres— los jóvenes no pueden irse, salvo unos pocos. Por tanto, tienen que quedarse en la misma casa de sus padres. Pero éstos no pueden sobrellevar la vida en un nivel socioeconómico aceptable —por las mismas razones “que van más allá”—, ni su propia relación conyugal. La impotencia de todos genera la ruptura de los lazos familiares. Siendo difícil luchar contra los procesos que dan su latigazo desde “lo que está más allá”, la impotencia pareciera duplicarse en la mente y la psiquis de los cabros jóvenes que no se pueden ir. Y no quieren estar ni vivir precisamente donde, como “allegados”, están obligados a quedarse, tal vez para siempre: en la estrecha casa paterna.

—Claro, este joven tenía problemas —continúa Cristián—, porque tenía padrastro y el padrastro se dialisaba. Y resulta que cuando el padrastro volvía de la diálisis se encontraba con él, y lo molestaba y lo odiaba. Y él no se quedaba callado y le contestaba altiro, y entonces el caballero iba a los empujones y se le tiraba encima... Y llegó el momento en que la mamá de él me mandó buscar y me dijo que lo llevaran al psicólogo, que le conversaba a ella de lo que hablaba conmigo. Yo le decía: ‘Si no podís seguir estudiando... ¡trabaja!, porque tú ya perdiste el derecho a ser distraído y rebelde, ahora vai a tener que madurar y trabajar, y si querís ser alguien, tenís que estudiar’. La Jéssica trajo un curso de corte y ensamble de estructuras metálicas de aluminio para cabros de 15 a 18 años, y al chiquillo se le encendió altiro la ampollita y dijo: ‘¡Esta es la mía!’... Lo llevé yo mismo. Y lo primero que le preguntaron fue: ‘¿Qué edad tenís?’... Le faltaban tres meses para cumplir quince. ‘¡Ah, entonces no podís!’ le dijeron, sin saber el problema del joven. Es la psicología que emplean ellos. Yo les dije que él estaba tan aburrido que se iba a cortar las venas... Este tema lo plantié en la Directiva y allí me dijeron, con estas mismas palabras: ‘Eso no es tan importante’...

El joven del que se preocupó Cristián, tras esa doble negativa, sintiéndose definitivamente “acorralado”, se suicidó.

La posibilidad de ‘irse’ de la población por la vía del suicidio y la autoeliminación —posibilidad que, según Cristián, está en la conversación de los jóvenes— revela que la relación entre esos jóvenes y la comunidad adulta local (o la sociedad global, que “va más allá”) es beligerante. Sin salida racional. Que se trata de un conflicto radical, a veces terminal. ¿Es una guerra a muerte, donde la muerte es el rechazo, la negación del otro o de sí mismo y el escape o la evasión de este mundo por cualquier medio? La agresividad endémica “contra la persona” es uno de esos medios; el suicidio u homicidio, otro; el alcoholismo y la drogadicción, otro (donde estos últimos parecen ser los medios menos violentos, ya que se vuelcan contra el propio adicto). Los grupos juveniles que atestan la población luchan como guerreros a favor o en contra de la muerte, con un heroísmo que no parece tener destino, ni victoria final, ni reconocimiento. Pues la comunidad local, que fluctúa entre ser amiga o enemiga, termina por construir una imagen negativa de su virtual ‘adversario’:

—¿Problemáticas? —se pregunta Aldo Massera, monitor juvenil de la Villa Parque Koke—: drogadicción, mucha drogadicción de los jóvenes. Alcoholismo. Diez o quince años atrás la mayoría de los cabros adultos eran marihuaneros. Pasó el tiempo y los cabros más jóvenes tomaron la iniciativa de los más adultos de ser también marihuaneros. Es decir: esta cuestión va por generación. Y yo creo que es el caso de muchas poblaciones donde los chicos siguen la iniciativa de los más grandes, donde ven que andan marihuaneando en el parque o en la otra población, y así, sucesivamente, van turnándose. Tú podís ver de todo, de todo hay. Lo que pasa es que se oculta. Hay mucha gente que ofrece drogas a los mismos cabros. Incluso tú podís ver en la multicancha que el día sábado llega gente de afuera a consumir alcohol, por las noches. Son estudiantes. Aquí tú podís ver todos los días carabineros que llegan aquí a sacar cabros que están pero alcoholizados al cien por ciento; estudiantes que tú podís decir: ‘¡pucha! tendrán unos quince años’, que van pero borrachos, mujeres y hombres. Y hay como prostitución ya: se ven actos sexuales a pleno día...

—Ahora la juventud es otra cosa —agrega el presidente de la Junta de Vecinos de la población Dintrans, don Gustavo Miranda—: cometen desórdenes. Hicimos una anticuchada pro-fondos para la Navidad, pero hay ciertos jóvenes que no son dignos de mencionarlos, jóvenes que llegaron a cometer desórdenes a la sede, incluso balazos hubieron por ahí. Se perdió esa tradición que tenía la población... Muchos niños de aquí no siguen sus estudios, por distintas ideas de ellos: van creciendo y les da por no ir a estudiar, para tomar una pala y una picota, salir a trabajar y en la tarde tomarse una pilsen y fumarse su cigarro. Y qué pasa acá con la juventud: hay grupos que quieren participar y otros que no los dejan participar. Cuando están trabajando y haciendo una actividad, van y los interrumpen, los molestan...

La opción de los jóvenes por “tomar una pala y una picota” y no por “ir a estudiar”, ¿es una opción libre o una opción forzada? ¿Es una decisión ‘perversa’ o, al contrario, una opción solidaria decidida en el punto límite de la crisis (como la decisión del joven suicida de tomar el taller de armaduría en aluminio)? Y la opción por cometer desórdenes, embriagarse o drogarse, ¿es una opción limítrofe, desesperada, o es una decisión

maquiavélica destinada conscientemente a molestar al vecindario? Como quiera que sea, la nube de sospechas y rechazos sigue densificándose alrededor de esas ‘opciones’ juveniles, hasta llegar a paralizar el conjunto de la vida comunitaria:

—Esta generación es mala —continúa don Gustavo—, por eso, como dirigentes, no nos atrevemos a hacer ninguna actividad social. Tenemos un lugar para hacer bailes, para que se recreen los mismos pobladores; pero éstos nos dicen: ‘¿Van a hacer un baile? ¿Para qué? ¿Para que se forme la mocha con esos mariguaneros?’... Antes había más control: todos nos conocíamos; ahora hay revólveres y cuchillas y puro molestar a los dirigentes. La presencia policial es poca; el furgón de Carabineros viene a veces, pero como en una pista de alta velocidad. Yo les he dicho que los carabineros deben andar a pie aquí, y ellos conocen los puntos claves. Yo veo escasez de vigilancia; que no tienen furgón: varias explicaciones dan.

La generación adulta, desesperada, termina buscando, como aliado contra la “mala” generación juvenil, el aparato policial. Y no al revés; es decir: no se asocia con los jóvenes para luchar contra los factores que, actuando desde “lo que va más allá”, explotan diversos tipos de crisis en la psiquis de todas las generaciones de la comunidad local. ¿Son útiles los aparatos represivos de “lo que va más allá” para terminar, más acá, con las distintas formas en que la crisis se subjetiva y estalla entre los pobladores? ¿Qué es lo que puede resolver, más allá o más acá, un piquete de carabineros caminando a pie por “los puntos claves”? Desde luego, parece poco probable que pueda resolver el problema de la enorme multiplicación de esos jóvenes a quienes “les da” por tomar la pala y la picota en vez de ir a estudiar, y el problema de cómo crece y se acerca el juicio negativo de los adultos respecto a los jóvenes que llenan todos los espacios y todos los silencios:

—Lo único que no me gusta mucho del sector es la juventud —dice la señora Isabel, de la población San Francisco—, es muy atrevida. Aquí, por ejemplo, en la esquina de aquí donde vivo yo, se juntan muchos niños, en la noche sobre todo. Hacen muchos ruidos molestos... Dicen a veces: ‘es que la juventud es así’; pero no, también hay que ponerle un poco de remedio. Se juntan para conversar, pero a veces se ponen a pelear también, y se enojan. A lo mejor estarán bebiendo en la esquina. Se juntan sobre todo el fin de semana, el viernes, sábado y domingo, y se juntan ahí. Lamentablemente son niños jóvenes de 16 años, que uno los conoce pero desde guagüitas. Entonces da pena. Las mamás nos arrepentimos de no haber educado a los hijos a tiempo, quitarles esas cosas. Pero no todos tenemos los mismos criterios...

¿Es sólo una cuestión de “criterios” maternos o paternos acerca de cómo educar a los niños en la casa? ¿O son también factores de fuerza mayor, que los padres no logran controlar? Pues la vida, a veces —como dice la señora María Eugenia, de la Junta de Vecinos de la población Irene Frei— no es “color de rosa”:

—Te puedo hablar de que no tuve mamá. Mi mamá murió cuando yo tenía año y medio. Fui criada con abuelos entre comillas. He dado muchos tumbos en mi vida, muchos tropiezos, la vida no me le ha presentado color de rosa. He tenido que luchar muchísimo. Soy una

mujer separa, pasé muchas cosas cuando me casé; pasé por hambre, por miseria... Mi ex marido tomaba, no le alcanzaba la plata para que mis hijos comieran. Supieron de mucha hambre mis hijos, y todavía la recuerdan cuando ahora ven estas tremendas hornadas de pan que yo les hago. Muchas veces ellos no tuvieron para comer. El padre no era un padre ejemplar, porque prefería tomarse la plata antes que preocuparse de ellos... Estuve enferma de una neurosis salvaje y yo los golpeaba a ellos... ¿Qué quieres que te diga? Hoy me siento mal de ver cómo se golpea a un niño, porque el mismo problema que yo tenía con mi marido lo descargaba con mis hijos, y los dos mayores recibieron muchas palizas mías, muchas... Ahora me siento a reflexionar y pienso por qué, por qué yo pasé por tantas cosas con mis hijos; por qué Dios no me dio a entender o por qué no hubo una mano amiga que me dijera: '¡joye! estás procediendo mal, ubícate por este lado, que lo que estás haciendo está mal'. Por último mi marido, que era cinco años mayor que yo, pudo haber sido distinto, puesto que eran unos hijos lindos los que teníamos. Pero nunca recibí nada de él, sino todo lo contrario: puros insultos todos los días. La Blanquita se enfermó de los nervios. Andrés también. Fue a tal extremo que te voy a decir que mi ex marido hizo tomar también a mi hijo mayor, que le tuve que hacer un tratamiento contra el alcoholismo. Llegó el momento en que me separé de él. Llegué a estar casada 21 años con él... Bueno, un día conocí a este hombre que me ayudó con mis hijos, con mi casa, ¡qué sé yo! Es de mal genio, tiene un genio terrible. Yo también soy de mal genio, y soy una persona... muy posesiva, autoritaria; porque yo soy autoritaria, porque en mi hogar yo hice de hombre y de mujer, por esto tengo esta voz de mando, porque pegamos un puro grito y el cabro, no sé si de miedo o porque yo lo dirigía bien, obedece... Porque, como te digo, jamás tuve un familiar a mi lado, siempre me las batí sola, sola, sola... Mira, me quiebro al recordar el pasado, porque fue amargo ¿viste?, fue amargo para mis hijos, fue amargo para mí...

La guerra de los jóvenes contra la presión que los acorralla en su propia población no parece ser, pues, muy distinta a la guerra que, en décadas anteriores, libraron sus mamás y papás contra el mismo tipo de crisis. El círculo se cierra sobre la misma cárcel, consolidando la misma marginalidad. Reproduciendo la misma violencia subjetiva. Y el problema sigue siendo el mismo: ¿cómo escapar de allí?

De los grupos esquineros: amistad, tiempo libre, espacio, identidad

Si la mayoría de los pobladores jóvenes no puede irse a otra parte con una buena 'pega' o para cursar estudios 'superiores'; si el escapismo a través del alcohol y la droga no conduce a ninguna parte, y si el suicidio no parece una salida sino una catástrofe ¿dónde, a fin de cuentas, pueden esos jóvenes buscar refugio? ¿Dónde pueden hallar fuerzas de recambio, solidaridad real, ideas para remontar la situación y convertir en algo positivo y humanizador el ataque deshumanizador de la crisis? ¿Dónde y cómo construir, en definitiva, la identidad?

La respuesta es simple: sólo *entre* ellos mismos.

Es lo que los lleva a juntarse en las esquinas. A formar grupos y pandillas; o extensas redes de amigos y conocidos. A conversar y fumar y beber. A ‘carretear’, juntos, de un lado para otro. Es que entre ellos mismos pueden hallar sustituto para todo, y a veces no sólo sustituto, sino también identidad, valores reales de mayor calidad incluso que los que ‘ofrece’ la sociedad dominante. Valores que, acaso, nunca podrán realizar en gran escala, en toda la comunidad o la sociedad, pero que sí pueden *sentir* en sí mismos como utopía y *expresar* públicamente como si fuera su legítima verdad. Apoyándose en ellos pueden autoconstruir una identidad que no tendrá acaso ninguna aceptación ni concreción de tipo institucional, pero que estará o puede estar rebosante de emociones, símbolos y de libre creatividad. Y es por eso —es decir, porque los cabros jóvenes ‘pactan’ entre ellos una identidad esencialmente fraternal— que pueden asimismo darse apoyo recíproco, compañía, o la complicidad necesaria para tomarse desquite de todo, para fraguar la rabia en delitos y venganzas. Los ‘cabros esquineros’ pactan con sangre propia, pues, una logia local, una red social emergente que es capaz de ‘devolver’ valores auténticos contra el bombardeo de anti-valores que el mundo dispara contra ellos, como también de iniciar, con rabia, con emoción incontinenta, a su manera —cometiendo delitos o no—, la *vendetta* marginal contra la sociedad global; el movimiento social invisible y soterrado que inicia, tortuosamente, el cambio global de la misma, tanto como la realización periférica de la misma identidad marginal.

En todas las poblaciones hay decenas y aun cientos de grupos esquineros. Los hay de los más diversos tipos: algunos que sólo tienen por fin pasar un buen rato; otros que ‘conversan’ los problemas propios tanto como los de terceros, y que se sienten obligados a hacer algo por los demás; otros que han llegado a la conclusión de que es ridículo e inútil ayudar, que mejor es no hacer nada, drogarse, transgredir o delinquir; y, otros, en fin, que se limitan a circular por la periferia de las redes juveniles. En su mayoría están formados sólo por hombres; pero hay grupos mixtos. Todos, sin embargo, tienen como núcleo originario y centro de gravedad a un dúo o trío que ha desarrollado sólidos lazos fraternales, o por parentesco (primos sobre todo) o por vecindad, en torno a los cuales se asocian sujetos o parejas venidos de otras poblaciones o sectores. El conjunto total de grupos forma una madeja o red que, como telaraña, cubre toda la población y, a veces, varias poblaciones y sectores. Todo grupo, por tanto, de una manera u otra, está inserto o colgado de esa gran red.

El grupo de Rodrigo González (25 años), de la Villa El Trapiche, es típico en cuanto a su núcleo central (Rodrigo y su primo Javier), a sus actividades de entretenimiento, y a las redes que unen este grupo a otros sectores y, aun, a otras ciudades:

—Yo estudié en el... la enseñanza media la estudié en un Comercial, y la Básica... eeh, Jean Piaget se llamaba el colegio, que queda en la San Francisco... Mira, mi adolescencia ha sido bien corta, digamos, porqueeee me pasé deee, por ejemplo, deee... me privaba de muchas cosas porque yo sufro de la enfermedad de la insuficiencia renal. Y me dialiso.

Entonces ese trayecto lo perdí, digamos, no me divertí tanto, ¿verdad? Pero igual, o sea, laaa... amistad que hay aquí en la Villa es buena... Los componentes del grupo están entre los 16 años (que es el Carlitos) y los 26, que es... que es el Chascón y yo; somos los mayores, digamos, y los que nos juntamos siempre, poh; pero hay otros. Por ejemplo, el Pablo Celedón, que se junta con nosotros de repente; tiene ya sus 28 años, tiene el Pablo. Los otros están alejados... Nos juntamos adonde mi primo Javier. Lo que se hace siempre ahí es escuchar música; nosotros somos fanáticos por la música; o sea: nos gusta la música. A mi primo Javier... él es bueno pa' la música, entonces nos juntamos en la casa dél... Ahí nos juntamos, no nos gusta ir a discoteques, qué se yo; no, no somos... cada uno sale por su lado, de repente, si quiere ir a la discoteque, pero de salir juntos nosotros, no; porque no, nos gusta compartir, más aún conversar, tomarse un traguito, no sé poh... Mi primo Javier es súper tranquilo, vive con la mamá, mi tía, y ahí nos juntamos; pero tranquilos no má, ningún, ningún atao, nada de eso; nada de boche, qué se yo, nada... Bueno, con mi primo nos juntamos, y más que amigos somos como hermanos; o sea, una relación súper bonita que tenemos todos los chiquillos. Somos como 10 o 15 que nos juntamos siempre. Y, bueno, nos juntamos puros hombres más que nada, porque las chiquillas son... todas se han casado ¡qué sé yo! No, no, no nos juntamos con chiquillas; bueno... no es necesario juntarse aquí; nos juntamos afuera con chiquillas, pero más que nada nosotros somos el grupo, somos nosotros... ¡buena onda! Casi todos mis amigos trabajan; mi primo trabaja en Apex, el Iván en, en la Apex y también en Tradelco; casi todos trabajan... Nos juntamos en la noche, a partir de las nueve y media hasta como la una nos juntamos... Todos llegan aquí y dicen: '¡Ya! ¿qué vamos a hacer hoy día? ¿Salir p'afuera? ¡No!, no salgamos. Ya, poh, compremos algo y nos quedamos aquí'. Y nos quedamos, poh, y si hay un programa bueno veímos tele tomándonos un trago o escuchando música no má. Y nada más. Finalmente, el sábado se sale con la polola... Los días domingo se amanece con la caña de repente y se juntan como a las tres de la tarde y '¡ya, hagamos una pichanguita!' Y vamos haciendo la famosa pichanga... y ahí nos entretenimos, poh.

También hay grupos de mujeres —con centro asimismo en dúos o tríos de primas—, que tienden a desarrollar actividades diferentes a los grupos masculinos. Si como grupo llegan a relacionarse con hombres, lo hacen con niños; casi en actitud maternal:

—Acá los hombres juegan a la pelota —cuentan las hijas de la familia Martínez Venegas, de Las Tranqueras—, nosotras a veces vamos a la multicancha a patinar; a veces vamos a la plaza, hacemos hartas cosas. Los hombres y los niños más chicos tienen un club; las niñas hacemos folklore: viene un tío de la Casa de la Cultura... se hacen clases de cueca, bailamos, practicamos nuevos pasos, cosas así... Después hay que mostrar los pasos en fiestas patrias... Los niños chicos de aquí bailan bien, lo que pasa es que les falta una persona que los pula algo. Van a salir buenos bailarines.

Las relaciones mixtas se tejen por fuera de los grupos. El pololeo se realiza con niñas de otra parte (o niños de otro lado) y de preferencia el fin de semana. Como si se tratara de una forma especial, singular, de asociación, emparejamiento o red, que necesita de tiempos y espacios propios y

de un régimen de funcionamiento semi-clandestino. ¿A qué se debe que el pololeo no se ambiente bien dentro de los grupos juveniles de la calle o del club? Al parecer, por la crítica moral del vecindario, que es más virulenta respecto al quehacer interno de los grupos mixtos que sobre el emparejamiento al margen de los grupos. Tal es la razón por la que las niñas, a menudo, se retiran del grupo alegando que están siendo presionadas por sus padres o vecinos. Es lo que le ocurrió a Cristián, cuando organizó un club para jóvenes de ambos sexos en la población Las Tranqueras:

—Y de ahí empecé a juntar chiquillos... empezamos a hacer un campeonato de baby-fútbol... El campeonato estuvo bueno y se hizo plata... Pero las señoras empezaron a decirles a los cabros que jugaban aquí que este era un antro de puterío y que las mujeres venían a puro... pa' qué le digo más. Así que las mamás empezaron a prohibir que vinieran las chiquillas. Un día llegó una chiquilla y me dijo que no iba a poder venir porque pasa esto y esto...

El pololeo, por tanto, debe recluirse en un espacio y un tiempo distintos al de los grupos; como si tuviera algún tipo o grado de incompatibilidad con la vida de grupo. Es lo que insinúa Luis Muñoz, de la población Dintrans:

—Todo es una etapa. Tú participas; cuando tú participas en un centro juvenil, te enamoras; cuando te enamoras, pololeas y le das más importancia a tu polola y dejas el centro juvenil. Es como un proceso. En esa etapa están, yo cacho, del pololeo, de vestirse bien, de no tratar de hacer tanto el ridículo. Yo creo que ahora están en ese proceso, de la onda del pololeo, de los celos; un rollo que de repente es también de jóvenes. Pero yo creo que quemando esa etapa se pueden volver a reunir. Eso.

Si el pololeo puede —y a veces 'debe'— desarrollarse en un espacio y tiempo exclusivos (lo que debilita la vida de grupo), el paso de la enseñanza primaria 'barrial' a la enseñanza media del 'centro' o de la 'ciudad' implica también, por su parte, otra forma de debilitamiento grupal, por el hecho de que el o la adolescente abandona, cambia o aumenta su red de amigos. Esto, a su vez, trae consigo, casi siempre, un cambio en la definición de los valores e identidades construidas en el ámbito barrial de esa red. Obsérvese lo anterior en el testimonio de Cecilia Cid, 16 años, de la población Ladera del Río, Sector Sur:

—Con mis compañeros seguimos viéndonos, pero todos hemos cambiado: tenemos amistades en el otro colegio; no sé: estamos como madurando... De chicos casi todos vivíamos acá, éramos vecinos y así pasábamos el tiempo juntos, jugando aquí en las calles. Nos juntábamos en algunas casas, creo yo, cuando teníamos que hacer los trabajos... Estoy en un colegio de puras mujeres... Es como raro empezar todo de nuevo, pero ahora que estoy en Tercero Medio, me siento bien. Estoy ahora estudiando Peluquería y Cosmetología... No me gustaba eso, me gustaba el Comercial y la Técnica... Mis papás querían que yo estudiara Peluquería... La relación con mis papás es súper buena, es que soy hija única. Pero de repente igual es fome, porque como que te cuidan mucho, que no podís salir p'allá, tenís que estar siempre acompañada... Mi barrio es súper tranquilo: es como campo. Andan súper

pocas personas y la que más mete boche soy yo, donde prendo la radio a todo volumen, pero igual no les molesta a los vecinos porque las casas están bien separadas y no hay ruido; nunca hay peleas, nada de eso. Así es que es súper aburrido, lo único que se escucha es donde el viento suena y los pájaros cantan, y los perros... Con mi familia somos bien unidos, la mayoría vive cerca, aquí hay cuatro casas de familia... Tengo una prima de 20, de 22 y de 15; con ellas son las que salgo... Ellas son mis amigas, porque paso todo el tiempo con ellas, desde el tiempo del colegio... Salgo en la noche una vez a las quinientas. Es que adonde yo vivo es muy oscuro, hay que pasar la canal y es muy oscuro. Y si salgo, siempre voy donde mi familia; como después me van a dejar mis primas... A los jóvenes de aquí los encuentro muy estravertidos; será porque a mí me enseñaron a ser señorita muy ordenada; los encuentro locos para la edad que tienen. En la noche del sábado se ven muchos cabros por aquí; en la semana no se ve tanto... No tengo pololo: me lo quitó una compañera del colegio... Mi colegio es de puras mujeres, pero nos juntamos con el Industrial, porque ellos son puros varones, entonces nos juntamos para los aniversarios.

Es evidente que los grupos de esquina que *permanecen* son los que están constituidos, o sólo por lazos parentales (como el grupo de primas de Cecilia) o por jóvenes que trabajan y se quedan en la casa de los padres (caso del grupo de Rodrigo), o bien por adolescentes y jóvenes que *no* siguieron estudiando *ni* lograron instalarse en un empleo conveniente y que, por tanto, deben resolver el problema de qué hacer con el 'tiempo desocupado' (resultante) dentro del *mismo* espacio en el que jugaron cuando eran niños. Y a la vista *todavía* de sus padres, profesores y vecinos.

90

—La comunidad de aquí pienso que podría ser mejor —dice María Jara, 17 años, de la Villa Las Rosas, quien trabaja para financiar sus estudios de enseñanza media— si hubiera ayuda de afuera, si hubiera más apoyo a la juventud, que es el futuro del país, ¿no es cierto?, podría ser mucho mejor. Por ejemplo, podrían hacer proyectos de campeonato en deportes: fútbol, vóleibol, cosas así; o hacer proyectos de manualidades para varones tanto como para damas y hacer cursos y enseñar cosas; cosa que uno ocupe el tiempo de uno en cosas positivas. A la mayoría de los jóvenes los mandan a trabajar a temprana edad; entonces no pueden terminar sus estudios. Yo encuentro a algunos jóvenes inseguros y a otros no, es que depende del apoyo que les den en la casa. Y es con los amigos no más que van adquiriendo la seguridad. Las familias del sector tienen problemas, y por eso que se preocupan más que nada de solucionar sus problemas y dejan de lado a sus hijos, y así la mayoría se cría solo aquí... Pero, lamentablemente, los alumnos vienen, llegan hasta octavo y después les da lata seguir estudiando: prefieren trabajar porque así, según ellos, se independizan más pronto, tienen más plata.

El tiempo desocupado —para los 'cabros jóvenes' que tienen que quedarse en la esquina— se convierte, pues, en un problema serio y a la vez en la necesidad de extraer el máximo provecho de las relaciones de amistad y de red que se tejen en y desde los grupos de esquina ("es con los amigos no más que van adquiriendo la seguridad"). Los grupos infantiles de juego y de entretenimiento pueden dar paso, así, a grupos de adolescentes tensionados por las dudas y por fuertes dilemas y compulsiones, los que, de un lado,

fortalecen su amistad interna, mientras, de otro, levantan las sospechas y críticas de la comunidad local. El análisis que hizo el Grupo Juvenil (mixto) Vijuba sobre el tema de la amistad y del tiempo desocupado es especialmente claro sobre este punto.

—La principal motivación que nos mantiene unidos es la amistad. O sea: puede ser, por una parte, la amistad; otros pueden tomarlo por el sentido de que no quieren estar solos, que quieren salir a la calle y no estar en su casa, porque a uno no le gusta estar en la casa; pero no sé, pa' mí un motivo es pa' no estar sola. O sea: igual de repente necesito soledad, pero... o sea, yo salgo de repente pa' estar con mis amigos, saber cómo les ha ido, en qué están pasándolo mal. O sea: conversar con ellos, pero no sé a los demás qué los motiva...

—El espacio de amistad que yo tenía vacío, de repente, si se puede llamar así, lo llenaron pero caleta, poh. Llenaron ese vacío y pa' mí ahora son; o sea, son realmente amigos. Igual disfruto caleta estar aquí; o sea: me gusta estar mucho más acá que allá. Me gusta la Villa pero caleta... Estaba solo, poh; después conocí a la Paola y al Jota en un seminario de la droga, fueron los primeros que conocí. Después comencé a venir a la casa de la Paola ('y te pasaron al inventario de la casa') y ahí empecé a conocer a los otros...

¿En qué consiste esa amistad? ¿Qué se gana estando en grupo y qué no se gana estando, 'solo', en casa? ¿En qué medida y de qué modo el grupo aporta a que cada uno vaya "adquiriendo seguridad"?

—Y estamos hablando verdades —dice otra de los miembros del grupo Vijuba—; no, pero ustedes me hicieron cambiar caleta: los amo a todos... O sea, en gran parte tú de repente cambia; o sea: hablo todo en términos generales. Por ejemplo, la Paola es una amiga que, aunque esté achacada o como esté, los escucha a todos, a todos, los escucha a todos. El Jota es un compadre que nos hace reír; cuando anda con ganas, hace reír a cualquiera. La Carmen Julia es una amiga que pone las críticas como son: si uno está mal, ella te dice 'estai mal', y pa' mí de repente eso también es amistad; pa' mí la amistad no es el que te está diciendo: 'estai bien'. Porque la Carmen Julia me ha puesto críticas y críticas buenas y me han servido de harto. Cuando yo necesité que me dijeran 'estai mal'; o sea, 'piensa en ti misma', entró la Carmen Julia y me lo dijo. La Paola me escuchó y el Jota me ayudó...

—Bueno, yo creo que a mí me ha cambiado, poco, pero me ha cambiado. Igual a mí, aquí, varios me han cambiado la vida. La Jimena ha hecho harto por mí, igual que el José Luis. A la Paola la conocí en el aniversario de la Villa; igual me supe relacionar con ella; igual tuvimos un poco de conflicto por diversos motivos con la Pamela, que después se conversaron y se solucionaron: conversando. Conversando se arregló todo y aquí estoy, participando en este grupito.

—Yo pienso que entre nosotros no más, entre nosotros nos ayudamos. Nos damos cuenta de la sociedad en que estamos viviendo; nos da más fuerza para seguir juntos, porque cada día vemos cosas y nos damos cuenta que estamos bien, que juntos estamos bien; o sea, yo puedo cambiar solo y de repente puedo cambiar pa' mal y nadie me va a decir nada; o sea, no me voy a dar cuenta, pero con los chiquillos, de repente... puedo estar cambiando pa' mal como toda persona lo puede hacer, pero ellos me lo van a hacer saber, yo sé que me lo van a hacer saber...

El aporte del grupo a la “seguridad” de cada cual y a que el proceso de “cambio personal” se haga con arreglo a la opinión colectiva de los mismos jóvenes, hace que el ‘tiempo desocupado’ gastado en la vida de grupo adquiera una valoración estratégica, superior, que subordina el valor relativo de los ‘otros tiempos’. El tiempo grupal se convierte en un imán en torno al cual gira casi todo el proceso de maduración social, cultural y cívica de los jóvenes esquineros de la población:

—Todos de repente tienen un concepto del tiempo libre —dice uno de los jóvenes del Vijuba—: que tiempo libre es el que uno pasa en la casa acostado viendo tele. Ese, pa’ nosotros, es tiempo descansado; o sea: tiempo perdido. No es tiempo libre. Pa’ nosotros, el tiempo libre es cuando uno está realizando una actividad que uno quiere. Nosotros en el tiempo libre vamos al Hogar de Menores; ése pa’ nosotros es tiempo libre; o sea: tiempo que utilizamos p’hacer lo que nosotros queremos. Estar en la casa, pa’ nosotros, es tiempo perdido, tiempo descansado...

Tiempo libre es tiempo joven; es decir: tiempo de amistad, tiempo de cambio, tiempo “p’hacer lo que queremos”. El tiempo de la casa ya no es tiempo ni juvenil ni de libertad, sino de descanso o bien de soledad: es un tiempo que, en lógica juvenil, es tiempo de retroceso, un tiempo todavía paterno que, en cierto modo, es equivalente a un tiempo perdido.

—O sea: no tanto —acota otro miembro del grupo—, porque igual tenía que estar en tu casa; yo pienso que si estai en tu casa tenía que tener una buena relación con tus papás. Pero, por ser, hay papás que son súper cerrados y no hablan nunca un tema con los hijos... Aquí mismo hay algunos que fuman sin permiso, como el Pipe...

92

El rol estratégico del “tiempo libre” gastado en el grupo —que permite el desarrollo o el cambio adecuado de cada cual— es un valor que determina la ‘permanencia’ del grupo, pero también la necesidad de contar con uno o más ‘espacios’ para desenvolver plenamente todo el potencial de ese tiempo. Si el tiempo libre es —como dicen los miembros del Vijuba— un tiempo *dinámico*, de conversación, crítica, cambio y desarrollo, entonces el grupo difícilmente perseverará en repetir el mismo ritual de juntarse en las esquinas para conversar lo mismo de siempre. Porque, si el grupo llega a un consenso identitario interior, lo más probable es que decida ‘hacer’ cosas, ocupar otros espacios, ‘moverse’ en distintas direcciones. La percepción de una identidad grupal autoconstruida es una percepción asertiva, que induce a ‘hacer algo’ con ella. Si un grupo llega a percibirse de ese modo, necesitará, por eso, muy pronto, entrar en *acción* como grupo; de lo contrario, tenderá a debilitarse.

—A mí, no sé, poh —señala un joven del Vijuba—, el grupo me ha servido pa’ salir de... ; o sea: aparte de que antes nos juntábamos todos los días en la calle y éramos dos grupos aparte... estábamos los de El Lingue y ustedes. No sé, poh: nos reuníamos y lo pasábamos bien; nos reíamos. Venirme p’acá me sirvió pa’ cambiar de tema, porque ya entre nosotros ya estábamos dando vueltas en lo mismo y ya nos estábamos aburriendo, y eso de pararnos en la misma esquina... aunque después nos íbamos a los juegos, al Guayacán... Todos los días era el

mismo comentario: '¡Ah, vamos a ir a los juegos!', y nos cagábamos de la risa: ¡a los juegos de nuevo!

Los grupos pueden tener, pues, no sólo distintas identidades, sino también niveles distintos de satisfacción con la identidad que han logrado construir. Y ello parece depender del tipo de acción o movida que el grupo haya decidido hacer; lo que a su vez depende de su composición interna: si es mixto o no, o si está compuesto de estudiantes, o trabajadores, o semi-cesantes. En una misma población o sector puede haber, por lo tanto, una gran diversidad de grupos, que, incluso, pueden desarrollar conflictos entre sí y rivalidades con distinto grados de virulencia.

—Aquí en la Villa —dice una niña del Vijuba— se usa mucho el asunto de los grupos en la esquina. Sí: hay caleta, hay miles de grupos. Y no hay mucha conexión con nosotros porque hay muchas rivalidades. Hay diferencias de pensamiento; o sea: unos andan en una onda y otros en otra, entonces tú no podís llegar y meterte en esa onda porque, o no te aceptan, o no va contigo. Por ejemplo, los del Ebanó son todos así, onda cuiquitos: los chicos de las flores, los chicos squeit y onda así; y los de más allá son los más tuertos, los de: '¡oye, huevón, ven p'acá!', como los más picantes ¿cachai?; entonces siempre hay diferencias en todas partes ¿cachai?, siempre igual, igual. Yo, por ejemplo, yo antes me juntaba caleta con ellos, pero después dejé de salir; o sea: como que me enclaustré, me convertí en 'Sor Pamela'; dejé de salir por hartó tiempo... Entonces igual como que me dio lata y a mí me gusta participar, me gusta ser activa; yo hago cualquier cuestión, participo por todas partes... No sé, pero igual aquí la relación es súper rica, aquí es súper rico. Me encanta.

Los jóvenes se cambian de grupo, probablemente, no cuando el grupo está en el *proceso* de hallar su consenso e identidad (que es un proceso conversacional), sino cuando se *define* su estilo de acción y "participación", que es lo que parece diferenciar un grupo de otro. La fase de "participación" implica tener objetivos claros para la acción y valores explícitos que orienten el cambio conductual de los jóvenes. Algunos grupos no logran definir objetivos accionales claros, y tienden a repetir rutinariamente actividades puramente recreativas, de pasatiempo, lo que los debilita y desintegra. Otros definen objetivos comunes que expresan, sólo, frustración y carga agresiva, lo cual los torna vecinalmente criticables y policialmente sospechosos. Y otros, en fin, habiendo encontrado para sí mismos una identidad positiva, deciden actuar dando su apoyo solidario a la comunidad, para resolver alguno de los problemas locales; de preferencia, el problema planteado por los "cabros chicos". Pero todos ellos, cualquiera sea su objetivo conductual, necesitan moverse, expandir su espacio esquinero, o buscar un espacio propio más adecuado para concentrar y desarrollar el tipo de quehacer que han definido. Y así todos, sin excepción, terminan trezados en una perpetua confrontación con la población adulta del barrio ("los viejos") por la cuestión del espacio.

El espacio *de fuera de la casa*, en una villa o población popular, no abunda, y si existe, es un contaminado sitio eriazó, o una esquina abierta a los cuatro vientos, ambos inadecuados para todo grupo que decida planifi-

car y realizar actividades que son de crucial importancia para sí mismo, y que usualmente no quieren exponer a la inspección y represión de los padres, la Junta de Vecinos, y/o de la policía. Se desarrolla, así, una disputa local por el 'espacio específico de los jóvenes'. La disputa se centra en el uso de la sede social (que controla la Junta de Vecinos); en la existencia o no de una cancha apropiada; en el diseño y uso que se dé a una plaza o área verde del sector; o en la existencia o no de un centro cultural específico para jóvenes. Disputa que suele definirse y tratarse como si fuera sólo un problema de "equipamiento urbano" que debe ser cuidado y mantenido, y no un problema social más complejo; inadecuación que se manifiesta a menudo en que, por ejemplo, si efectivamente hay equipamiento urbano apropiado, igual no se resuelve el problema de fondo, que es el bloqueo educativo y laboral de la mayoría de los jóvenes pobladores. Y así se llega al desuso o al mal uso del dicho equipamiento. La disputa se eterniza.

—Los jóvenes, a lo mejor —cuenta Luis Muñoz—, no querían esta plaza donde estamos sentados: querían una cancha. Y no: hicieron la plaza. Si no hay espacio para entretenerse ¿qué espera la gente de los jóvenes? O sea, ¿cómo boto yo mis energías? Yo no soy malo, pero quiero copetear, y cuando copeteo, me desahogo, grito y canto. Boto mi energía, quiero quedar agotado, quiero pasarlo bien, quiero disfrutar cada momento de cada tiempo, cada momento de mi vida. Yo creo que la gente adulta no entiende eso. Ellos quieren un espacio tranquilo y por eso hacen plazas para ir a sentarse, porque están cansados, quieren estar tranquilos los viejos; pero los jóvenes somos activos y somos bulliciosos. ¿Y adónde matamos nuestras penas, sino en una esquina, si no tenemos espacio? Yo digo sinceramente: nadie nos preguntó si nosotros queríamos una multicancha. Y nosotros teníamos la posibilidad de haber hecho una multicancha en este espacio. Aquí, en esta población, no hay juegos ni multicancha. Es eso. Yo creo que los viejos se quejan por una cuestión de que ellos quieren estar cómodos, pero yo creo que si nos hubiesen preguntado a los jóvenes qué queremos nosotros... Y cacha el uso de esta sede, que se supone que es la mejor que hay en Rancagua: no tiene uso. Porque yo recuerdo que cuando nosotros empezamos a ocupar la sede, era para NO ENTRAR. ¿Sabes por qué? Porque era una cuestión de que si uno ensuciaba ahí, los viejos iban a pelear igual. Y los jóvenes querían tener 'su' espacio, y ya no quieren tener una cuestión así: pintada de blanco. Necesitamos una cosa que sea más colorida, que sea más viva...

Los "viejos", por su parte, dicen comprender el problema del espacio, pero, aparentemente, consideran que hay otras cosas que son de mayor importancia para el desarrollo de la población. Es lo que explica don Manuel Soto, presidente de la Junta de Vecinos de la población 5 de Octubre:

—Mira, al comienzo no se veía esto de los vicios, porque además los chiquillos eran más chicos; han pasado cinco años y no podemos presentarles cosas a los cabros en este sentido porque siempre a los cabros les hablamos de deporte y ellos lo simbolizan con un balón..., ya sea fútbol o básquetbol... pero no hay un espacio, una multicancha, porque ahí los tendríamos en actividad. Aquí en la sede se han hecho cosas para los niños, pero nos falta espacio para los jóvenes. Queda cerca el complejo deportivo Patricio Mekis, que a veces nos facilitan; pero los chiquillos quieren tener un espacio para ellos, pero yo no me preocupé

mucho de eso, sino de darle más vida a la población... A lo mejor no hay mucha claridad para trabajar e ir fomentando esto... la Junta de Vecinos lucha por las cosas sociales y esto es lo más normal, pasa en todas partes.

La ausencia de espacios para jóvenes impide que los grupos de esquina ‘institucionalicen’ las acciones destinadas a “botar la energía” o a realizar los objetivos identitarios que ellos mismos han definido. La mayoría de sus actividades, por tanto, tienden a realizarse en la calle, a plena luz y paciencia públicas; o bien, a dispersarse en espacios marginales, en escondrijos periféricos y en la noche.

—La Villa Baquedano tiene ya trece años —dice un joven del Vijuba— y no tiene multicancha; tenemos que jugar en la calle... Los vecinos, ningún atado, pero igual la juventud se pierde: hay unos grupitos que se juntan, mucho copete y todo eso, no sé, pero yo... nosotros, dijimos: ‘¡ya, ayudémoslos!’ Pero uno no sabe cómo ayudarlos, porque uno no tiene realmente la llegada: no nos van a pescar. Como son mayores que nosotros, como que no se meten; son mayores, entonces, cuesta... No, y no solamente mayores, de repente yo cacho los niñitos de los muelles: p’ allá son todos cabritos chicos, de repente sentados ahí en el potrero tomando botellas de vino en cajitas. Son chicos, igual uno podría ayudarlos, sacarlos de eso; de lo que ellos ya no pueden salir...

—¿Y la multicancha? ¿Cuántos años esperando? Yo digo, ‘¡chuta!, si la tiene la Irene Frei y nosotros, la Villa Baquedano, no tiene!’... Pero uno siente envidia porque vas a cualquier población y tienen su multicancha. Entonces aquí ¿ahónde jugar? ¡En ninguna parte!

95

La crisis económico-social que estalla a nivel de los padres se conecta con el bloqueo educacional y laboral de los hijos, y termina multiplicando los grupos de las esquinas. El doble estallido de la crisis lanza a los jóvenes fuera de la casa, a buscar en su amistad recíproca los valores y la identidad que no han encontrado ni en la Casa, ni en la Educación Superior, ni en el Mercado, y así darse, entre los mismos jóvenes, cuando menos, algo de seguridad. Allí afuera, con identidades distintas y diversas formas de acción, los jóvenes producen no sólo amistad, sino también identidad y acción, pero tropezando con la necesidad urgente (que puede transformarse en ‘otra’ frustración) de tener acceso a un espacio propio, exclusivo, el que ya no puede ni debe coincidir —por la misma doble crisis— ni con el espacio casero (que contiene la crisis de los “viejos”), ni con los espacios institucionales (que contienen la crisis global que los excluye). ¿Cómo es o puede ser ese espacio propio? ¿Será suficiente una multicancha? ¿Bastará con una sede propia, pintada de colores vivos? ¿Tiene que ver sólo con un “equipamiento urbano” diseñado especialmente para esos jóvenes que, en su mayoría, no pueden seguir estudiando ni salir con un empleo adecuado de la población o villa en la que han vivido desde niños?

Como quiera que en definitiva se resuelva el problema del ‘espacio propio’, los jóvenes entienden que, en todo caso, la cuestión clave consiste en lo que ellos mismos puedan hacer en términos de “participación”. Es decir: respecto a qué uso dar a la amistad esencial que han logrado construir al interior de sus múltiples y diversos grupos y redes.

Participación juvenil: de la “onda show” a la “onda comunal”

‘Participar’, para los jóvenes pobladores, es, pues, actuar como grupo en relación a objetivos que ellos mismos definen (“lo que nosotros queremos hacer”). ‘Participar’ es también, por eso, desenvolver colectivamente una identidad social y cultural de creación y sello propios: autónoma, libremente construida. Pero la participación en el libre quehacer de un grupo no es algo privativo ‘del’ grupo, pues un o una joven puede, en tanto que sujeto e individuo, desarrollar una ‘personalidad participativa’ precisamente por haber pertenecido a un grupo; de modo que, si se retira del grupo, puede seguir siendo una persona participativa. Como dijo Pamela, del grupo Vijuba: “Yo hago cualquier cuestión: participo por todas partes”. Los grupos juveniles son, en este sentido, genuinas *escuelas barriales de participación social*; redes productoras de valores colectivos. Estas redes o ‘escuelas’ son sistemáticamente preferidas por los jóvenes, porque la sociedad global, ni a través de la Casa, ni a través de la Escuela, ni del Estado, ni del Mercado, les ofrece o enseña a ‘participar’; sino al contrario, ya que —al decir de los cabros jóvenes— esas entidades son, en realidad, escuelas de exclusión e individuación más que otra cosa. O sea: son virtuales fábricas de soledad.

96

Cabe hacer notar que las ‘escuelas barriales de participación’ han surgido y siguen surgiendo precisamente como resultado de la acción corrosiva de las ‘fábricas de soledad’. La ‘participación’ de que hablan los jóvenes se construye *sobre* la exclusión, la soledad y la individuación acumuladas por esas fábricas. Su lógica social e histórica es, por eso, radicalmente contradictoria con la lógica sistémica que bloquea el desarrollo educacional y laboral de los jóvenes pobladores. No son compatibles. El sentido de la participación juvenil así lo indica, ya que se orienta, principalmente, a participar en acciones solidarias dirigidas ‘contra’ la crisis provocada por el sistema central. Esto es evidente en la universal tendencia de los ‘cabros jóvenes’ a adoptar, proteger y fraternizar con los ‘cabros chicos’, o con otros ‘cabros jóvenes’. Véase esto en los testimonios que siguen:

—Lo que me motiva —dice Cristián, de Las Tranqueras— para estar con los cabros es hacer lo que no hicieron conmigo. Yo pude ser abogado, otro tipo de persona, pero no tuve los medios para hacerlo; pero cuando hay que tomar un libro, lo hago. Me han ofrecido cursos, pero a mí no me gustan esas cosas... Con el grupo queremos trabajar para una sede propia, juntar fondos para comprar un video, pasar películas o diapositivas de la poda, de la carpintería, ir viendo con ellos qué es lo que más les interesa...

Hacer lo que no hicieron conmigo. Es decir: revertir, dar vuelta, poner en positivo lo negativo, ir contra la corriente del sistema global. Tornar valórico lo que niega los valores. Esta es la gran utopía juvenil de cierto tipo de grupos.

—Yo siempre participo en cosas que me llaman la atención —dice María Jara, de Villa Las Rosas—, me gusta todo lo que tiene que ver con niños chicos, prepararlos para que sepan quién es Dios... también participé en el Encuentro Continental de Jóvenes... Aquí éramos nosotras mis-

mas las jóvenes quienes nos organizamos sobre qué hacer y qué no hacer, entonces nosotras ya estamos preparadas para hacer alguna actividad, para mejorar; todo eso...

—Lo primero que yo hice fue formar un club —cuenta Rodrigo, 22 años, Villa Baquedano—, en aquel entonces con puros niños de mi edad; en realidad eran más chicos que yo. Yo era el más grande y formé todo el asunto. Trabajábamos hartito, organizábamos eventos, actividades, veladas. Recuerdo que hacíamos con los niños del pasaje todo eso y la gente ahí se unió bastante; compartían mucho. Había una buena onda en aquel momento...

—Lo concreto que nosotros hemos hecho —dice un joven del Vijuba— es... o sea: vamos a un Hogar de Menores, porque nos nació a nosotros ir; pero así nada más; o sea: igual nos faltan los fondos, igual; ahora estamos poniendo una cuota. Allá hacemos dinámicas de grupo, conversamos con los niños y uno se encariña con los niños. Al principio yo era reacio a ir a esas cosas: '¡Ay, qué onda! Vamos a ir al Hogar de Menores... ¡qué onda!' Pero ahora los conocimos a todos, son súper cariñosos y a ellos les gusta que vamos. Igual nosotros estudiamos todos, pero igual tenemos un tiempo libre para estar con ellos, igual me gusta la idea a mí porque, no sé... son niños que les falta tanto cariño, no sé...

—Lo que pasa es que los jóvenes no se meten —tercia Carmen Gloria, del mismo grupo—; o sea: hay muchas cosas por hacer, muchas cosas donde ponerse efectivamente a hacer algo; entonces, si ellos no se ponen las pilas, ¿qué sacan? O sea: por último, vayan a un Hogar; o sea: yo también estoy yendo a un Hogar, como 'anexa' (o sea: no estoy metida en el grupo), y es rico de repente, o sea... uno obtiene muchas cosas de los niños y de repente nos dan lecciones morales. Entonces ¿por qué no meterse?

—Que tengan un grupo —dicen a coro las niñas del grupo Big-Back, de la Villa Baquedano—, eso hay que fomentarlo, y que todos los jóvenes que estén aquí participen en esto... que vengan a participar, a expresarse en esta casa, que se vengan para acá... A nosotras nos motivó los niños más que nada. Es que los niños de acá como que no están ahí con nada, entonces eso es lo que nosotras queremos: que no sea así... ¡chuta!, que digan: 'el sábado tengo de tal hora a tal hora', que creen un hábito y una responsabilidad, que no pasen tanto tiempo en la calle... Nosotras no hacemos clases de baile no más: además jugamos con ellos... Me siento súper contenta, muy orgullosa de mí misma, aparte de crearle una personalidad a los niños me estoy criando a mí misma, me estoy superando a mí misma. Ahora tengo como más ego, aparte de que los chicos a ti te quieren hartito, eres algo idealizado. Creo que es súper entrete, me siento feliz, es rico llegar aquí y que los chicos te digan: 'tía, tía', y también nos estamos creando un hábito de responsabilidad a nosotras mismas, porque nosotras tenemos que saber ir todos los sábados a una parte; que tiene que estar esto, que tiene que estar esto otro. Porque no es llegar y bailar... Hemos estado a punto de terminar, pero hemos pensado en todos los niños que nos idealizan; hemos pensado en ellos y de ahí nos llegan fuerzas de nuevo. Pensamos en los niñitos: '¡no, no!: ¡cómo los vamos a dejar, no podemos llegar y terminar y dejar a los niñitos botados; vamos a llegar hasta las últimas consecuencias!'... Pero hay cosas que te dicen algunos amigos de pesados no más, que ahora ya no son amigos; te dicen: 'ridícula, agüeoná'. Pero igual yo cachito que todos los papás de los niños están contentos...

Las actividades de 'participación' ideadas por los jóvenes para "tener más ego" y para aliviar —si no resolver— la crisis social que afecta a su población, puede tener más o puede tener menos impacto masivo, lo que depende de la coyuntura histórica. Durante la década de los 80, las acciones juveniles fueron más masivas y de mayor impacto. Fue el período, quizás, en que las acciones de identidad promovidas por los grupos juveniles tuvieron una resonancia mayor dentro de la comunidad vecinal, en especial con lo que ellos mismos denominan "la onda show".

—¡Ah, mi juventud (de los 80)! —exclama Luis Muñoz, de la población Dintrans—, parado en la esquina con una radio en el hombro, escuchando a Deep Purple, Led Zeppelin, AC/DC... No fue una juventud... así, como te dijera, mala onda. Fue una juventud sana que quiso probar cosas, quiso probar el copete, la marihuana. Teníamos actividades, por ser: habían centros juveniles donde hacían shows, actos; por ser: números artísticos donde habían doblajes, había humor, habían cantantes y en eso nos entreteníamos. En la Iglesia Católica había un centro donde se hacían shows. Pedro, Iván Droguett y el Chiro... ellos eran los mayores aquí y eran los que hacían los shows. Eran los que tenían más experiencia. Estaba la onda de Michael Jackson, la onda del Japping con Ja y se hacían doblajes de Pimpinela. Era como el '83, más o menos. La población tenía cantantes y de repente se conseguían números de afuera, traían números de afuera, amigos guitarristas, cosas así. Yo participaba, bailaba la onda del breik, toda esa onda... Se cerraba el pasaje y se cobraba la entrada, y la gente iba a entretenerse y a ver cómo pintábamos el mono y lo pasaban súper bien. Armábamos el escenario, conseguíamos un... todo salía de la población. La Iglesia nos facilitaba una sala y ahí ensayábamos. Hacíamos shows en el colegio, hablábamos con los profesores... O sea: estábamos ocupados, se hacían hartas cosas, matábamos el ocio. La motivación era de no aburrirse y hacer algo; de creerse, de soñar un poco, te digo yo. Yo quería actuar, todos queríamos actuar y soñábamos; o sea: en ese momento, cuando tú, en cualquier escenario, aunque fuera popular, te están mirando... eso ya es un sueño: tenis una importancia, tenis un rol, eres un escenario, te hacen verte necesario, tenis una identidad, tenis un grupo, una agrupación: eres servible a la comunidad. Cumplíamos un rol positivo en eso...

98

Rodrigo Gaete, 22 años, de la Villa Baquedano, es, en cierto modo, un hijo o vástago de la "onda show": ahora está dedicado al canto, al teatro, a lo que él llama "la parte artística". Casi profesionalmente (ha grabado tres cassettes y se encontraba, al momento de ser entrevistado, promocionando el último de ellos). Él también recuerda los tiempos de la "onda show":

—Lo que ahora me da risa es que antes organizábamos todo tipo de actividades: hacíamos veladas aquí en el pasaje, cerrábamos el pasaje por los dos lados con carpas, tapábamos todo, nos conseguíamos escenarios, armábamos algo bien bonito y cobrábamos una entrada de ¡50 pesos! Eso era lo más cómico. Igual harta gente venía, harta gente apoyaba lo que hacíamos, porque éramos todos cabros chicos y eso me causa ahora bastante gracia: ¡a 50 pesos la entrada! No sé si me entiendes... O sea: cada cosa mala que haya, o cada cosa mala que te suceda, que te ocurre a ti, es como una experiencia para ver si debes mejorar tu vida o debes empeorar tu vida. Yo creo que las experiencias malas

deben enseñarte a ser mejor cada día. Yo creo que eso es lo... eso es lo principal... Mi filosofía de vida sería sufrir con paciencia cada uno de nuestros problemas y de esa experiencia se podrá lograr el éxito. Eso creo.

Es sabido que la mayor parte de la década de los 80 —sobre todo desde 1982— fue un período de crisis y represión, especialmente para los sectores poblacionales. ¿Fue la “onda show” una reacción juvenil tendiente a crear formas de participación que permitieran transformar —simbólicamente, o sea: “soñando”— lo negativo en positivo, las “experiencias malas” en factores de mejoramiento del ‘ser’ de cada poblador afectado? ¿Era una forma de demostrar ‘en grupo’ que se podía hacer lo contrario de lo que la sociedad estaba haciendo a ‘cada uno’ de los jóvenes? ¿Hasta qué punto la asociación juvenil en torno a la música, el baile y el ‘show artístico’ constituye una respuesta *motivacional* destinada a mantener intactas la sensibilidad, la identidad colectiva y la alegría de vivir en el centro de aquellas villas y poblaciones que estaban siendo el blanco preferido por la crisis? Después de todo ¿qué otra cosa realmente humana pueden hacer los jóvenes marginales que motivarse los unos a los otros y, junto con ello, motivar a los cabros chicos y a toda la comunidad?

La música y el arte, como prácticas grupales o comunales, son, tal vez, el mejor medio de mantener en alto la identidad, el sentido social de humanidad y la solidaridad, pese a que, como tales, no pueden resolver sustantivamente los problemas concretos de la exclusión y la marginalidad. Pueden despertar fuertes sentimientos, emociones y utopías de “éxito” identitario —como dice Rodrigo Gaete—, que, en momentos determinados, permiten *resistir* con dignidad la crisis que los corroe a todos. Pero estos éxitos identitarios son inyecciones de efecto breve, tan cortos e intensos como es la participación en un evento o show. Tras la “velada”, se retoma el tranco de la crisis. Podrán repetirse los eventos y las “tocatas” de inspiración juvenil, pero durarán lo que dura una “onda”; o lo que puede durar unido un grupo determinado. A la larga, el tiempo de la crisis es más persistente. Y prevalece. Véase la secuencia anterior en los testimonios juveniles que a continuación se anotan:

—Yo me dedico, por ejemplo, a la poesía —dice uno de los miembros del grupo Vijuba—; me dedico a la música. Me dedico en general al arte, y siempre tengo contacto con los músicos, con los poetas y con gente joven; entonces estoy en esa onda, siempre. Me gusta el rock clásico: Credence, Black Sabbath, Pink Floyd, Deep Purple, Led Zeppelin, Santana...

—Acá los cabros de los 80 se enamoraron —dice Luis Muñoz—, se casaron, le tomaron más importancia a su trabajo... Y hubo cesantía en la cuestión de crear espacios para los jóvenes, cesantía de actividades. Nos botaron la cancha, después el grupo murió. Entonces ¿qué hacemos? Los cabros se fueron al Centro Juvenil Antiguara, donde no eran amigos de la onda show: eran como más al ‘servicio de la comunidad’. Eran los años 90 más o menos y la cola de los 80... Nos tocó vivir tres etapas de esa experiencia: empezamos un grupo, hacíamos la limpieza de la población, después toda la gente hacía la limpieza; hacíamos también... ¿cómo se llama esa cuestión?... obras de caridad para un ‘Cen-

tro', y a la gente aquí le pedíamos colaboración en galletas, bebidas, cualquier cosa, y la gente daba y hacíamos obras benéficas. Después nos tocó trabajar en un carro alegórico... y ese año no ganamos por no llevar comparsas, disfraces y toda esa onda, solamente llevamos un mono parecido a la estatua de la libertad... Un año sacamos el primer lugar en el Estadio El Teniente. Los centros juveniles de entonces no establecían relaciones con la Municipalidad: era más que nada con la Iglesia...

—Trabajábamos hartito —dice Rodrigo—, organizábamos eventos, actividades, veladas. Recuerdo que hacíamos con los niños del pasaje todo eso y la gente ahí se unió bastante; compartíamos mucho. Había una buena onda en aquel momento, pero eso ya pasó; fue otra etapa. Ahora es diferente. Ahora se ve bastante delincuencia dentro de la Villa. Se ve bastante maltrato entre familiares...

De cualquier modo, la 'participación' grupal de los jóvenes, sea en la "onda show" típica de los 80, o en la "onda servicio a la comunidad" de comienzos de los 90, es un fenómeno que los jóvenes de los '50 o 60 no experimentaron. ¿Era porque entonces la crisis no los afectaba tanto o no del mismo modo? ¿Era porque entonces la Casa y la Escuela estaban mejor consolidadas, eran más atractivas e impedían que los cabros chicos y los cabros jóvenes se buscaran los unos a los otros —con ansiedad— en las calles y esquinas de la población? La aparentemente escasa experiencia juvenil 'participativa' de los papás y las mamás ha sido a menudo un obstáculo o un motivo de tensiones para la compulsión participativa de los jóvenes de hoy.

100

—No sé, es que... mira, yo vengo por las amistades que tengo y nada más —dice Carmen Gloria, del Vijuba—; no, no, igual es rico porque no toda la juventud tiene la posibilidad de tener un grupo. La juventud anterior (los más viejos, como la mamá de la Beba) siempre me dicen: '¡pucha! yo no viví estas cosas, yo no participé de estas cosas', porque los papás eran muy aprehensivos con ella y no la dejaban hacer nada. Tenían otra mentalidad. O sea: ahora como que los jóvenes se la juegan, o sea, hacen cosas. Como que tienen instinto de superarse; o sea, yo... mi hermano mayor me ha contado que... él siempre me dice que si en el tiempo en que él vivió en la Villa, si hubiese existido este grupo, no existiría tanto gallo marihuanero, o el borrachito o el mismo gallo delincuente, porque aquí ahora hay de todo. Pero éstas son las verdades...

—Me llamo Carmen, yo soy de San Fernando, pero onda que p'hacer cosas hay que moverse; o sea: no hay que esperar que la gente se dé cuenta que hay un grupo cuando la gente ve cosas hechas, cosas realizadas: ahí se empiezan a interesar; pero igual es penca, o sea, es muy difícil interesar a los mayores, porque generalmente tienen un concepto de grupo juvenil como de onda 'ya estos tontos están haciendo leseras'; siempre con la onda negativa, y cuesta mucho pa' una persona que tiene 18 años decirle a una de 21: '¿sabí? estamos haciendo esto', porque la otra responde: '¡ah, cállate!' Cuesta mucho, y de repente el apoyo de la gente y más que nada de la Muni y toda esa onda es muy, muy difícil; gastan plata en hacer tonteras... Igual que, siempre lo digo, les reprocho a los jóvenes (y no me reprocho a mí misma porque yo sé hacer cosas; o sea: yo he hecho cosas y estoy constantemente metida en hacer cosas) que hablan mucho pero no hacen nada...

—El otro día no más, cuando estaba en la calle, mi vieja me gritó: ‘¡Pamela, p’aentro!’, y yo: ‘¡ya voy, altiro!’ Así ¿cachai? no sé, porque yo nunca salgo a la calle, no sé, porque igual ahora me dijo... yo le dije que me iba a meter en una onda de teatro, me dijo: ‘No; estai en muchas cosas, no te vai a meter en esa cuestión ¡cuidadito conque sepa que te estai metiendo!’ Entonces igual como que me da lata. Y a mí me gusta participar, me gusta ser activa. Yo hago cualquier cuestión, participo por todas partes, o sea: estoy en la catedral, estoy metida en la pastoral de la escuela, ahora en esto... Entonces mi vieja como que le carga que esté metida en muchas cosas. No sé, pero igual aquí la relación es súper rica. Me encanta.

—A mí mi mamá me apoya que participe en cuestiones. Mi mamá, cuando chica, cuando tenía mi edad, nunca la dejaron participar. Mi mamá onda que de la casa al colegio y del colegio a la casa. A mi mamá igual le gusta, me apoya en las actividades. Igual los padres con ellos fueron súper estrictos; o sea: vivían la edad...

Al parecer, la participación definida por los grupos juveniles opera en ‘ondas’ que tienen una duración —tal vez— de ocho o diez años. Tanto como dura —tal vez— la vida identitaria y activa de un grupo determinado o una red de grupos. La ‘onda’ parece debilitarse y concluir, o bien por ‘envejecimiento’ de los jóvenes (los que, al casarse, trabajar o cambiarse se tornan menos ‘amistosos’ y participativos), o bien porque se modifica el carácter de la coyuntura histórica (paso de la dictadura a la democracia, por ejemplo) y obliga a realizar otro tipo de acción. La crisis social puede presentarse de diferentes formas y la amistad de los jóvenes, al adaptarse, tiende a cambiar el sentido de lo que es participación; así, una “nidada” puede ser muy distinta de la anterior y operar con otras reglas participativas, desorientando a los funcionarios del Municipio o del Gobierno.

—Es un tema complicado —confiesa Patricio Saavedra, funcionario municipal del Sector Poniente de Rancagua—; entonces hemos tratado de trabajar con los jóvenes que están organizados, porque los otros no te pescan... ¡no te pescan! Los cabros lisa y llanamente no van a entrar a una agrupación juvenil, porque no están ni ahí, poh; en cambio, los grupos que se han organizado tienen gente, ponte tú, de 13 o 14 años, que se van metiendo y creciendo con el grupo juvenil. No así con la gente mayor de 18 años. A esta gente le gusta salir a carretear, pegarse los carretes grosso, entonces no te van a pescar en una organización de jóvenes.

¿Cabe institucionalizar la ‘participación juvenil’? Parece claro que este tipo de participación —según lo anotado más arriba— cumple una función *motivacional* que es útil para los jóvenes y eventualmente para la comunidad, pero no parece claro que pueda y tenga que ser *eficiente* en la producción de objetivos (que es lo que se exige a las funciones estatales y municipales que tienen como fin o como medio utilizar la participación social). La participación juvenil responde a ‘ondas’ y no a ‘políticas públicas’ del Estado; emana directamente de la subjetivación y reciclaje de la crisis que hacen los mismos jóvenes, y es por ello que esa participación trabaja mal cuando se la quiere ‘derivar’ de una política sistémica. Los grupos juveniles parecen no existir para hacerse cargo de responsabilidad-

des o funcionalidades permanentes. Lo que sí pueden asumir es la labor de motivación tendiente a 'resistir' la crisis, o tendiente a promover un 'cambio radical' de la sociedad o del mundo. En este sentido, están más acá o más allá de la política, pero no coinciden ni en lógica, ni en motivación, ni en identidad con aquélla. Es lo que se observa en los testimonios insertos en el apartado siguiente.

La ideología del "estar ahí": utopía y crítica

La multiplicación de los grupos de esquina y la notoria tendencia crítica de sus opiniones y acciones revela que esos grupos son, en lo esencial, subproducto de la crisis y no filiales orgánicas del sistema social dominante. Es el inconformismo y no el conformismo (que implica alineamiento con las políticas públicas) lo que constituye la identidad originaria de esos grupos. Y es por lo mismo que, en su sentir, la cuestión fundamental es realizar un cambio radical en la sociedad y no tratar de adaptar el individuo, de cualquier modo, a los avatares de la crisis. La amistad que los une no tiene por objeto auto-disciplinarse como 'buenos ciudadanos', sino 'provocar' cambios profundos, surgidos de la profundidad de sus sentimientos y expuestos en la utopía de sus actitudes.

—Sí, poh —dice un miembro del Vijuba—, yo cacho que pa' eso estamos aquí, pa' provocar un cambio. Chile necesita un cambio; igual por eso estamos en esa cuestión del proyecto y todo lo demás; que salga luego no más pa' empezar con algo altiro...

—A mí lo que me gustaría —agrega Carmen Julia— es que este país naciera de nuevo; o sea: que todos nacióramos de nuevo. Siempre he pensado eso. Hoy estuve conversando con un amigo y le dije que me gustaría que naciera todo de nuevo; o sea: que fuera todo desde la creación, que partiera todo de nuevo, porque pienso que este país cada vez va más de mal en peor...

La crisis que ataca de padres a hijos en villas y poblaciones es suficientemente seria y total como para que los jóvenes sientan que ella no se puede resolver con políticas de parche, pues éstas, en el fondo, guardan complicidad con los factores que desencadenan esa crisis. Por ello, demuestran incredulidad hacia toda política que no plantee un "cambio" radical de la sociedad, que no conduzca a que el país "nazca de nuevo". La *utopía* de la juventud popular deriva de su percepción de que la crisis se debe a 'defectos de nacimiento', y de la convicción de que, ante eso, la única solución es generar un 'nuevo parto'. La utopía es radical en el sentido de que exige un cambio en los fundamentos, una ruptura en la matriz o burbuja originaria; es decir: en la 'paternidad' o 'maternidad' de los problemas globales que los aquejan.

—Yo tengo dos cosas que decir —dice una niña del Vijuba—: primero, me encantaría que, por ejemplo, mis utopías... un joven sin utopías no es un joven... me gustaría por ejemplo que se hiciera tal cosa, que los políticos se pusieran de tal manera... De hecho yo soy súper política p' al lado de la izquierda y me reconozco como izquierdista, los derechos humanos y toda esa onda... Y me quema Pinocho, y no puedo ver

a ese viejo porque fue un hombre terriblemente cruel y que hay gente aún desaparecida... Me encantaría que se hiciera justicia y que sea quien sea que caiga ¿cachai? Pero la gente no está ni ahí con nada, vive solamente en una burbuja de aire; mejor dicho, en su mundo. Y cuando tú les planteai abrir esa burbuja, se caen de espaldas, porque hay muchas cosas que no han vivido...

—Las autoridades no nos han ayudado mucho, por eso es que los viejos como que están como reacios a hacer cuestiones. Yo estuve una vez conversando con la presidenta de la Villa, con la Directiva, y todos, por ser... esta vereda que hicieron aquí, todos piensan que la hizo la Municipalidad y no, poh, la hizo la Villa. De la Villa salió la plata, igual que la de la plaza y la mantención...

—Generalmente ése es el concepto de los políticos: hablar, decir: 'yo voy a hacer esto, voy a hacer esto otro', y al final no hacen nada ¿cachai? No hacen nada, y por más que uno les discuta, dicen: 'no, si tenemos en cuenta esta cuestión'...

—Esa vez fuimos a un Seminario, nos pidieron que habláramos y a nosotros nos tocó la prevención de drogas. Igual lo hicimos, pero hubieron cosas que a mí no me gustaron; por ser: trabajar con la Municipalidad, todo eso. Yo pienso que deberían darle un espacio a los jóvenes para que ellos se realizaran por sí mismos; si les piden la palabra a ellos, obviamente que tienen que respetarla... ¿Para qué nos piden que hablemos, si después están diciendo que cortemos? Igual el Vijuba se la jugó ese día; o sea: hablamos y hablamos sin pelos en la lengua; o sea: dijimos lo que nosotros pensamos...

Frente a la crisis, los jóvenes proclaman la autonomía de la acción juvenil ("dar un espacio para que se realicen ellos mismos"); dicha autonomía lleva necesariamente a que la acción político-profesional (o sea: de 'los' políticos) sea vista sólo como accesoria; tanto, que estiman que no es necesario siquiera informarse de ella.

—A mí la política... ¡no estoy ni ahí con la política! Por ser: ya tengo 18 años y no estoy ni ahí con inscribirme. Igual yo estoy consciente de lo que hizo Pinochet y igual no estoy ni ahí con ese viejo: ¡vale callampa!

—Yo lo que diría es... ¡libertad de expresión! ¡No a la censura! Y que este país no sea tan cartucho... ¡Eso!

La naturaleza de la utopía juvenil —que exige cambios radicales y no promesas incumplidas— parece incompatible con la política de los políticos. Esta parece estar centrada en mantener la 'governabilidad' de la sociedad —a como dé lugar—, mientras que la utopía juvenil parece estar centrada en la emancipación de los jóvenes y de la sociedad para que ambos, por sí mismos, desde sus espacios, provoquen los cambios necesarios. Para esta perspectiva sobran los políticos: no son necesarios. Sin embargo, la tarea que implica "realizar" esa utopía no es ni fácil ni pequeña.

—Yo dije que la sociedad te marginaba y que tú también marginabai a la sociedad en cierta forma, pero la sociedad (en parte) está abierta para que tú te integres y tú también estás abierto para integrar la sociedad en tu mundo, pero hay que saber hacerlo; o sea: unidos, buscando la tranquilidad en ti mismo. Pero, como decía la Carmen Julia, es difícil encontrar la tranquilidad aquí. Es súper difícil en este país. Es difícil porque es lo mismo que pasa acá en la Villa: hay diferentes grupos y

cada grupo lucha por lo que piensa y todos piensan que están bien... todos esos grupos se tienen que juntar y armar algo, caiga el que caiga, porque si no cae uno... Para tener un cambio hay que tener sacrificios, siempre. He dicho eso: el sacrificio de todos es ¿cachai? pasar, ir quemando las etapas y ir buscando nuevas etapas...

Es difícil “juntar los grupos y armar algo, caiga el que caiga”. Por ahora, es preciso, pues, ir quemando etapas. Y por el momento, lo más importante es “hablar sin pelos en la lengua” y asegurarse de que se está siendo escuchado:

—Y ojalá que de todo lo que hemos dicho —demanda uno de los miembros del Vijuba— no nos saquen nada. No nos censuren, como en los canales de TV; que salga todo, por favor. Si no, nos vamos a sentir mal, realmente, porque si nos dijeron que iba a salir todo... ¡que salga todo!

Ideología y práctica del “no estar ni ahí”

No todos los grupos ni todos los jóvenes responden a la crisis elaborando utopías y tratando de acomodar su conducta a ellas. Las diversas formas de responder a la crisis son, después de todo, autónomas, voluntarias, libres. La crítica al sistema puede ser esencialmente la misma, pero su forma puede variar. La emancipación reclamada por la juventud popular incluye todas las formas de respuesta. Roberto y Jano, de la Villa Baquedano, defienden la respuesta que ellos dan a la crisis. Su diálogo con los entrevistadores deja en evidencia la enorme anchura de la autonomía reclamada por la juventud frente a la presión global de que son objeto.

104

ROBERTO: —Yo vivo aquí de cuando tenía diez años.

JANO: —Yo no me acuerdo: de once o doce años, y ¿mi opinión de la Villa? No sé, porque era cabro chico, así que no creo que tuviera primera opinión...

ROBERTO: —A mí la Villa Baquedano al principio igual me gustaba porque igual me acuerdo que carreteaba harto acá... eh, igual le encontraba buena onda, pero eso era al principio...

JANO: —Los medios carretes, ¿ah?

ROBERTO: —Buenos carretes acá, o sea...

JANO: —Carretes pesados; aquí, aquí, en todo caso, nos pusimos alcohólicos, ¡ja! ¡ja!

ROBERTO: —De tomar y tomar, pero ¡la media manga! ¡Sin parar! Y igual lo pasábamos bien, poh ¿o no?

JANO: —Pegaos al techo, terrible de curaos ¡así! ¿Sobre los jóvenes de ahora? O sea... yo... ¿cachai? aplico esta filosofía ¿cachai?: onda que vivo y deajo vivir, así, piensen la güeá que quieran, hagan las güeás que quieran, pero hagan sus vidas y hay una pura puta vida...

ROBERTO: —Yo... sí, igual. Pero de repente igual conozco bien poco de los pendex...

JANO: —¿De los cabros chicos?

ROBERTO: —Sí, los cabros chicos. O sea: no cabros chicos, pero igual tienen menos edad que nosotros, a esa güeá me refiero, e igual, no sé poh, por lo menos pa' mi modo de ver las güeás no, no me gustan, no

me gusta tanto lo que es la taquilla, y por esa güeá no me junto con los otros de acá...

JANO: —Porque vivís tu mundo, no más...

ROBERTO: —Porque igual ellos piensan... ustedes piensan de otra manera que nosotros ¿cachai? O sea, el pensamiento que tienen ellos de repente de vivir ¿cachai? es muy diferente al de nosotros. Por esa güeá yo cacho que no, que no se conjugan mucho con nosotros... Y a mí los adultos de la Villa me caen mal...

JANO: —Sí, yo no me meto con ningún viejo, no estoy ni ahí...

ROBERTO: —A mí me caen mal; o sea... no, yo... como siempre, en todas las cosas igual hay excepciones ¿cachai?

JANO: —Excepciones, hay excepciones, pero igual lo que es el grueso de la gente, no, no... Tampoco son compatibles con la visión que tenemos nosotros de la puta vida, ¡ja! ¡ja!

ROBERTO: —No, no son compatibles, porque... no sé, mira, yo, para empezar, la gente aquí yo la encuentro entera sapa ¡en la más dura! ¡entera sapa!; o sea, no sé, a mí me da la impresión que como igual no tuvieran una güeá en qué ocuparse ¿cachai?, y se ocupan en... en meterse en la vida de los demás ¿cachai?, y esa güeá yo la detesto así y por esa güeá veo poco a la gente con la que estoy, por lo menos con la que converso ¿cachai?

JANO: —¿Sabí? ¿Te digo una cuestión? Nosotros aquí ¡la dura! no pasamos en esta güeá de Villa; y la otra cuestión, suponte, que cuando estamos, estamos sin... ¡puta!, a ver... de repente un fin de semana... Nosotros somos más de afuera ¿cachai?, somos más del 'centro', onda metido en la música, de repente ¡ya, concierto! y todo ese rollo ¿cachai?; por esa cuestión no pasamos mucho acá ¿cachai?

ROBERTO: —Nosotros ¿cachai? estudiamos ahora ¿cachai? y tenemos otro ambiente, otro tipo de gente...

JANO: —¡Otro ambiente! ¿Cachai? Cuando, suponte, yo me juntaba aquí cuando tenía más o menos, a ver... suponte, 17 años, 18, algo así... ¡Menos!: como 15 o 16, onda cuando estaba en el liceo, pasábamos acá ¿cachai?, pero ahora...

ROBERTO: —Teníamos la misma, o sea, la misma onda que la mayoría de los cabros de esa edad de aquí ¿cachai?, pero la diferencia...

JANO: —¡Que éramos reventados!

ROBERTO: —Con la diferencia que nosotros éramos reventados ¿cachai? y igual nos... nos vestíamos de negro, botas, toda la güeá y era... igual salíamos de lo común. En ese tiempo al... al vestirme así tú salíai de lo común...

JANO: —Por lo menos ahora ¿cachai? cuando nos ven con otros ojos '¡ah, este güeón es punki! ¡Este güeón es esto otro!'... Es una forma de vida ¿cachai? de nosotros ¿cachai?; suponte si ¿cachai? los demás quieren vivir como quieren, así, onda en casa y todo el rollo y el cuento ¿cachai?, la Villa feliz ¿ah?, todo bonito ¿cachai? es güeá de ellos, porque nosotros... por lo menos a mí... me da lo mismo. Yo vivo así no más ¿cachai? Yo vivo y de repente digo: 'vivo en Santiago', de repente estoy... ¡puta! vengo a puro cachar unas cuestiones ¿cachai?; otras veces no, como esta semana... ¡puta! toda esta semana estuve aquí ¿cachai?

ROBERTO: —La gente... deja decir una cosita, la gente yo cacho que vive mucho de acuerdo al... a lo superficial ¿cachai? Y ésa es la diferencia con

nosotros ¿cachai? Nosotros vamos de repente vamos más allá, más al por qué de las güeás ¿cachai?, desde... desde tener una opinión tonta ¿cachai? como tiene la gente, su opinión, que, de repente opinan sobre algo sin saber lo que es ¿cachai? y ésa es la principal güeá que yo cacho... Y nosotros igual, de repente, por esa misma güeá veímos... nos comportamos de otra forma...

JANO: —Siempre la sociedad ¿cachai? siempre va a tener una actitud ¿cachai? sobre los jóvenes, frente a todo ¿cachai? Pero el sistema ¿cachai? cuando te ve a ti onda todo chascón, o de repente de negro o de repente simplemente pensai ¿cachai?, de repente te poní a pensar ¡puta! y esta güeá ¿por qué? ¿cachai, güeón? y ¿por qué estos güeones están haciendo esto y por qué hay clases sociales? y güeás; por qué de repente hay caleta... ponte, hay caleta de güeás, pero... no sé, poh...

ROBERTO: —Nosotros ¿cachai?

JANO: —¡Me cago en Dios! ¡Ja, ja!

ROBERTO: —Nosotros estamos ¿cachai? ahora en otra, igual en otra, en otra etapa ya, pasando... Así, nos chantamos con la güeá del copete ¿cachai? y... bueno...

JANO: —¡Estamos en la etapa de la droga! ¡Ja, ja!

ROBERTO: —Fumamos marihuana: esa güeá sí ¡marihuana! y igual la pasamos bien...

JANO: —Somos como puntos negros pa' esta Villa... No, si esa güeá ¿cachai? es punto de vista de cada uno no más; si querís meterte en güeás ¿cachai? es güeá tuya. Si te gusta... pa' eso el tata Dios dijo: '¡libre albedrío!'

ROBERTO: —¡Libertad de decisión!

JANO: —¡Sí! Es güeá tuya dónde te vai a meter. Sabís que...

ROBERTO: —Eso sí, no te voy a discutir ¿cachai? que el ambiente, el ambiente igual influye ¿cachai?, el ambiente igual influye, pero...

JANO: —El pensamiento interior...

ROBERTO: —A nosotros no nos hubiese influido esa güeá, porque nosotros igual teníamos una güeá, una ideología ¿cachai? una ideología... pensábamos... ¿tú sabís lo que significa ideología? La güeá de la ideología ¿cachai?, esa güeá teníamos; entonces hubiese habido la putada que hubiese habido aquí, hubiésemos pensado lo mismo.

JANO: —¡La misma güeá! Estaríamos en la misma porque nosotros elegimos ser así ¿cachai?, ser así poh ¿ya? ¡Ese es todo el rollo! Cada uno elige no más. Y si ustedes tienen un grupo... ¡pura onda, poh!; o sea ¿cachai? si querís hacerlo, hácelo... Entonces hace güeás buenas, de repente... ¡cacha onda! podís conseguir pintura, de repente hacer un concierto... esa güeá ¿cachai? de galpón y güeás...

ROBERTO: —Te puedo decir una cosa... ¿Marlene te llamai? Te puedo decir esto: lo que tú querí hacer no es nada fácil; eso sí tenís que tener claro eso, porque ¿cachai? como está ahora lo que es la droga ¿cachai? y el carrete en general de la juventud... está pesá la güeá ¿cachai? y hay mucha droga en Chile, y está llegando y llegando más, más droga y toda esa güeá ¿cachai? No es que yo sea sapo ¿cachai?, pero vos cachai que así es la güeá... ¿Y te imaginai de repente que estís más grande y te fumís un güiro y te quede gustando, ah? ¡Ja, ja!

JANO: —Cada uno se forma, cada uno...

ROBERTO: —Lo que sí tenís que buscar una manera ¿cachai? porque, por ejemplo, las drogas no son todas iguales ¿cachai? Eso, tú, igual... ¡pa! ¡pa! Imagínate ¿cachai? nosotros fumamos marihuana ¿cachai?, pero la marihuana es... es la droga más blanda que hay ¿cachai?; o sea, droga ilegal, porque drogas legales igual hay otras más...

JANO: —Ahí tenís ¿cachai? la... las pastillas de las viejas, pa' que anden tranquilein John Wayne...

ROBERTO: —Pero hablando de drogas ilegales, ¡la marihuana! Los somníferos... ¡los somníferos igual son drogas, poh!

JANO: —Y el cafecito ¿ah?

ROBERTO: —¡El cafecito!

JANO: —Y el cigarro y el alcohol...

ROBERTO: —El cigarro y el... ¡el copete!

JANO: —El alcohol, la droga más barata, más rápida de encontrar... bueno, hasta aquí no más...

MARLENE: —No... bueno, o sea, me gustaría que ustedes cada uno me diera su opinión... eh, por ser, tú, Jano ¿qué opinas de ti mismo? O sea...

JANO: —Ya...

ROBERTO: —¡Contéstale poh, güeón!

JANO: —Es opinión personal no más, mía.

ROBERTO: —¡Pero contéstale!

MARLENE: —O sea: me puedes decir algo; o sea: no que me cuentes... no te estoy pidiendo aquí que tú me cuentes tu vida; o sea: ¿cómo te ves tú a ti mismo?

JANO: —Mi opinión personal de mí mismo es personal, así ¿ah? ¿Cachai?

MARLENE: —Pero cómo te ves tú a ti mismo.

JANO: —Me veo como el Jano... ¡ja,ja!

MARLENE: —No sé, pero dime algo, cómo te ves tú como persona, como joven.

JANO: —¡Ah, no sé! ¡Esas güeás son personales! ¡Me odio, cachai, yo mismo! ¿Qué onda está güeá? ¿Es psiquiatría?

MARLENE: —Y tú, Roberto, ¿cómo te ves a ti mismo?

ROBERTO: —Igual la pregunta es media cuática, pero tú, primero que nada, tendrías que decirme en qué sentido.

MARLENE: —En el sentido de cómo... si acaso te ves una persona con tus ideales bien puestos.

ROBERTO: —Demás que sí, poh... ¡ah, no quedan cigarros! Demás que sí, aunque ¿cachai? igual el... el ideal que yo he tenido siempre ¿cachai? en este momento yo no soy un ejemplo...

JANO: —A seguir...

ROBERTO: —A seguir ¿cachai?, porque no; o sea igual no vivo tanto de la forma que yo pienso ¿cachai?, pero eso por distintas razones ¿cachai? ¿Cachai que ésas son güeás de uno, cachai?

MARLENE: —Y por qué; o sea ¿por qué tú dices que no eres un ejemplo a seguir?

ROBERTO: —¡Ah, no, poh! ¡Igual tú no me entendiste! Si yo te estoy hablando dentro de lo que yo pienso ¿cachai?, dentro de la gente que piensa como yo; o sea... no, no en cuanto al entorno social ¿cachai? Una güeá así, no ¿cachai? Y igual yo por lo menos me veo como una persona ahora normal, así, normal, pero pa' mí ¿cachai? Yo sé que la gente sabe, está segura que yo no soy normal...

JANO: —¡Soi el drogo!

ROBERTO: —Soy... soy, claro, a mí me dicen así. Soy drogo. Igual soy drogo, pero soy una persona normal y igual de repente pienso más que mucha de la gente que cree que soy anormal ¿cachai? Onda tengo... como tú me preguntaste recién la güeá... Tengo muy claro lo que pienso, y la gente no tiene claro lo que piensa ¿cachai? Igual hay excepciones, pero... y por esa güeá cometen errores, errores tuyos ¿cachai?

MARLENE: —¿Y qué les gustaría a ustedes, o sea... qué piensan ustedes sobre el futuro?

ROBERTO: —El futuro que veo yo... Yo igual quiero salvarme no más ¿cachai?, ésa es la güeá que quiero hacer: quiero salvarme de... aprovechar que tengo la mano con mis viejos y salvarme. ¡Salvarme! Salir de mi casa con alguna güeá que me sirva para subsistir, así, ésa es toda la güeá...

MARLENE: —O sea: estudiar, tener una profesión.

ROBERTO: —Sí, sí, aunque como soy de volao, así es difícil que llegue a...

JANO: —Por qué no, güeón.

ROBERTO: —Aunque no... sí, si puede ser ¿cachai? puede ser, por ejemplo, en mi caso, güeón, la yerba ¿cachai? me lleve a... a de repente despreocuparme de la güeá ¿cachai?

JANO: —¡Ah, no! ¡A mí no me pasa esa güeá!

ROBERTO: —Yo incluso estudio volao... ¡ja, ja!, no, si yo también hago eso y me queda más materia ¿cachai? en la mente que...

JANO: —No a mí... no sé, güeón, pero...

ROBERTO: —Comprendo más la güeá de repente ¿cachai?, pero igual estoy consciente que si no, no tengo ninguna güeá pa' subsistir. No voy a estar cagao, así que quiero aprovechar esta güeá que se me da ahora, porque a lo mejor la güeá más adelante no se me va a dar...

MARLENE: —¿Y tú, Jano? ¿Qué opinai de tu futuro? ¿Trabajar, estudiar?

JANO: —Yo estoy bien. Yo estoy... yo estoy estudiando ¿cachai?; onda el otro año me recibo y después de ahí quiero que me vaya bien. Estoy estudiando agropecuario, veterinario. Este otro año voy a salir. Salgo en agosto y hago mi práctica. Eso lo tengo ¿cachai? onda claro. Y después de ahí, seguir estudiando en la U en Santiago, Santo Tomás. Seguir estudiando medicina veterinaria, pero ya vengo con una base de... un buen título. No vengo tan pelao.

ROBERTO: —Yo... Yo, bueno, yo estoy sacando el cuarto ¿cachai? Debería de repente estar en un curso superior, pero igual a los 18 años me tuvieron en contra de mi voluntad encerrado ¿cachai? los milicos ¿cachai? en el servicio militar.

MARLENE: —¿Tú encuentras que el servicio militar es algo necesario o innecesario?

JANO: —¡No a la Mili!

ROBERTO: —Yo tengo mi opinión contra; o sea... contra, contra, contra el servicio militar. Es que...

JANO: —Te idiotiza mucho.

ROBERTO: —Te idiotiza ¿cachai? y no, y esa güeá es algo que va en contra de la... lo... ¡puta! lo mismo que dice la Constitución ¿cachai? Yo te digo la Constitución Política ¿cachai? del país dice otra güeá ¿cachai? en el sentido de que igual hay libertad ¿cachai?, la güeá... esa güeá queda expreso ¿cachai? que hay libertad y esa güeá es un atentado contra eso mismo. Y... no sé, igual la güeá ahora está mejor: cuando lo hice ¿cachai? no teníamos qué pito tocar, nos sacaban la mierda y no teníamos pito que tocar ¿cachai? Pa' mi esa güeá es fascismo. Y por eso estoy totalmente en contra de esa güeá ¿cachai? del servicio militar y ¿cachai? nosotros nos vestimos con güeás, desechos militares y la gente que nos ve así dicen estos güeones están en contra de la milicia pero se visten con güeás de milicos, pero no entienden que nosotros pensamos en otra forma que ellos ¿cachai? Esa es la güeá.

MARLENE: —Pero a ustedes qué les gustaría; o sea... hacer a futuro; a ustedes qué les gustaría que esta Villa tuviera, para estar más integrados a esta Villa.

ROBERTO: —Yo pienso que pa' mí no va haber nunca integración. Yo por lo menos ya tengo mi vida aparte de esta güeá ¿cachai?; tendría que ser una güeá... no sé, poh, una güeá muy especial pa' que yo me... y yo cacho que... y no llegaría a... al punto de integrarme tanto a la güeá; así que onda hasta por ahí...

MARLENE: —O sea, ustedes no viven en la Villa.

ROBERTO: —No.

JANO: —¡No!

ROBERTO: —Nosotros tenemos un mundo aparte... Cuando estoy aquí en la Villa estoy en mi casa, no salgo a ningún lado a ni una güeá y si salgo a comprar unos cigarros voy pa' la casa de este loco. Igual tengo amigos acá ¿cachai? y buenos amigos; esa güeá no te la voy a discutir ¿cachai?, pero no sé, poh, la mayor parte de la gente no va conmigo.

JANO: —Vamos, Robert, son las nueve y cuarto... ¡la dura!: tenemos que estar como a las nueve y media en la casa.

ROBERTO: —¿Querís hacerme otra pregunta?

MARLENE: —No sé, poh... Algún lema que tenga cada uno en su vida.

JANO: —¿Cómo es? Cuando el diablo no existe es Dios que está enojado... ¡Ja, ja!

ROBERTO: —No, yo pienso que en esta vida está todo mal hecho, que en este mundo está todo mal hecho: ésa es la güeá que yo pienso. Está todo mal distribuido. Las riquezas están mal distribuidas y por esa güeá yo nunca voy a ser una persona sociable.

MARLENE: —Ponte, yo soy de estas personas que me gustaría que este país naciera de nuevo, porque hay tanta injusticia, hasta en lo político, social, económico, en la educación; o sea: yo soy de esas personas. Me gustaría que a los jóvenes se les diera más, más derecho a voz y voto y yo sé que esta cuestión... Lo que pasa es que yo tengo 18 años y no estoy ni ahí con votar, porque no creo en los políticos.

ROBERTO: —Yo tampoco. Nunca me inscribí, y si tengo carnet de identidad fue porque me obligaron a sacarlo...

MARLENE: —A veces encuentro también que el carnet de identidad es algo que es innecesario porque...

ROBERTO: —¡Inútil, totalmente! Si, ¿de qué te sirve si... si la güeá se te pierde? ¿Cachai? Si se te llega a perder puede caer en malas manos la güeá y la ocupan ¿cachai? en tu perjuicio; o sea, una güeá totalmente imbécil el carnet de identidad ¿cachai? Pa' las güeás que son impuestas que la güeá te tiene que servir. Pero no sé, poh, debería ser... si es igual la identificación ¿cachai? debería ser de otro modo lo güeá. Esa güeá yo opino.

MARLENE: —¿Qué es lo que menos te gusta de este país?

ROBERTO: —La policía y los militares, esa güeá.

MARLENE: —¿Por qué?

ROBERTO: —Porque estoy en contra del autoritarismo, del fascismo ¿cachai? y por eso yo cacho más que nada... Sí, porque... eh, la injusticia de esa gente se ve, se ve todos los días, y la falta de criterio p' actuar y toda esa güeá ¿cachai?

MARLENE: —¿Algo más que quieran acotar?

ROBERTO: —Yo lo primero que le diría a la mayoría de la gente de esta Villa que no sean p'al poto y que piensen (ija, ja!)... ¡La legal! Yo... eso, esa güeá: que no sean tan poto y que piensen, que por un momento se detengan a pensar las güeás y no... y no respirar porque el aire es gratis no más ¿cachai? (ija, ja!). Esa güeá es la que yo le diría a la gente.

MARLENE: —¿Y tú, Jano?

JANO: —Nada, porque estoy sin pensamiento en estos momentos... Ya ¿vamos?

MARLENE: —Gracias, chiquillos, se pasaron.

¿Qué trascendencia histórica tiene la lucha de las incesantes “nidadas” de jóvenes pobladores?

Recapitulemos: tempranamente, los ‘cabros chicos’ reaccionan frente a la crisis de sus padres tejiendo lazos fraternales entre ellos y tomando la pala y la picota para solidarizar filial y económicamente con sus viejos. Al hacer eso abandonan, poco a poco, el sistema escolar —con sacrificio de su propio futuro—, pero a la vez despiertan la simpatía y protección de los más diversos actores vecinales: de dirigentes deportivos, grupos de jóvenes, profesores, etc. Son, pues, estos niños los que inician y promueven gestos, actos y procesos sociales de re-humanización y re-fraternización. Los que inician un riachuelo de historia fresca, nueva y solidaria que se contraponen al alud de empleos precarios y marginalidades que, implacablemente, se descuelga de las cumbres del mercado mundial hasta arrollar las condiciones de vida de su población.

Tras ellos, los ‘cabros jóvenes’ reaccionan a la imposibilidad de irse de la población y a la guerrilla vecinal y policial que los acosa buscando entre ellos mismos una amistad solidaria que les permita no sólo compensar la crisis afectiva de sus familias, sino también construir identidades re-humanizadas y proyectos de acción con fuerte contenido utópico. Y ello mientras sienten con fuerza la esperanza de cambiar el mundo “desde su nacimiento”. Generan así una energía social y cultural que expanden sobre la población (y más allá de ella), pese a la guerrilla vecinal y al cerco policial, como un torrente de historia rebelde pero esperanzadora y contrapuesta al alud permanente de la crisis.

El riachuelo histórico en que navegan los cabros chicos es tenue, ancho como rocío y goza de simpatía universal. El de los jóvenes, en cambio, es un torrente caudaloso e intermitente, que provoca gestos de simpatía y antipatía, que tiene anversos y reversos y se encajona como un conflicto terminal. Uno y otro, sin embargo, surgen de la misma savia vecinal y fluyen para crear —contra todo— sujetos con sentido solidario, redes sociales que protegen y cobijan la vida, que crean identidad, y larvas de movimiento social que trabajan utópica y críticamente. O sea: tejidos sanos y autóctonos de sociedad civil. Gérmenes de ciudadanía soberana.

¿Qué trascendencia tienen estas historias? ¿Cuánto pesan en el devenir de la vida nacional? ¿Cuál es el resultado neto o sentido final de estas luchas?

Al transformarse en adultos, como que los jóvenes son tragados por la vida doméstica, por un empleo cualquiera, por el mercado o los tentáculos del ‘centro’ del sistema. Como que, al hacerse adultos, los que una vez fueron cabros chicos y cabros jóvenes abandonarían la lucha. Su lucha. Su historia. Como que la derrota terminara, al fin, anonadando su condición de sujetos y actores. Las “nidadas” de niños y jóvenes, una tras otra, con el paso del tiempo, van eclipsándose de las esquinas, de las canchas y de “la pieza del fondo”. Borroneando, de paso, sus críticas y utopías. Como que el sistema y la crisis las fagocitaran, haciendo que sus luchas y su historia se extingan, sin brillo. ¿Inútilmente?

Otras “nidadas” llegan, sin embargo —en la huella de la misma vieja crisis—, para reanudar la lucha, para levantar historia nueva, y revivir la esperanza y la utopía. ¿Y para ‘derrochar’ también, a final de cuentas, su energía, su rabia, su fraternidad y su renovada porfía?

Es evidente que las políticas que sólo intentan ‘equipar’ con plazas y multicanchas los espacios donde se da esta lucha y se reescenifica esta historia no podrán resolver, ni el origen de las múltiples “nidadas” que llegan a sobrar en la población, ni la inutilidad final de la lucha dada por esos jóvenes en sus múltiples esquinas. Mejorar la *escenografía* de la lucha no cambia ni su origen, ni su contenido, ni su resultado. Construir sedes para jóvenes, multicanchas para jóvenes, financiar exposiciones y tocatas para jóvenes ¿es una ataque a fondo a los factores que generan la crisis? ¿Es un medio para potenciar la crítica y el cambio social promovido por los jóvenes? ¿O es sólo un ‘esquema’ destinado a potenciar las aristas puramente culturales y presentistas del movimiento juvenil poblacional, para pasmar de paso su potencial contenido político?

La intensa y profunda historia re-fraternizadora que surge en las poblaciones bajo el impacto de la crisis corre siempre el riesgo de apozarse y extinguirse como una historia marginal, lateral, como una sombra sin trascendencia para la vida del ‘centro’ nacional. Los minúsculos, sordos pero heroicos gestos humanos y solidarios de los cabros chicos y los cabros jóvenes corren el riesgo de perderse en el smog, como partículas contaminantes de flotación libre. Pese a su intenso contenido emocional, valórico y emblemático. Pese a la validez de la utopía que, como exigencia de pureza, transparencia y honestidad, cree en el renacimiento de todo.

¿Puede una nación derrochar tan inútilmente lo mejor —la energía más químicamente humana— de su historia social? ¿Puede convertir las quemantes utopías juveniles en gestos, perfiles y sombras borronados por el smog? ¿Puede ignorar la limpia lección de fraternidad que, día a día, enseñan los ‘cabros chicos’ de la población?

Capítulo V

Red, organización y autoridad en la sociedad civil popular

Red y dirigencia en la sociedad civil popular

En gran medida, la mayoría de las poblaciones del sur y poniente de Rancagua han surgido como resultado de una ‘colonización’ popular del territorio, dado que los pobladores han jugado un rol determinante, primero en la ocupación del terreno, luego en la construcción de la base urbanística y, durante todo ese tiempo, en la constitución local de la sociedad civil. Es evidente — como se dijo— que el papel jugado en este proceso por las prácticas colectivas de autogestión le ha dado a este sector de la ciudad un sello particular: el de una ‘comunidad actuante’; es decir, un tipo de ‘sociedad civil’ en la que aparece como personaje distintivo un ciudadano local que se caracteriza por su propio sentido de *participación*.

Lo anterior se expresa en que, para muchos de esos ciudadanos, llevar ‘vida de población’ es tan importante —y a veces más— que la ‘vida de hogar’ y que la ‘vida de chileno’. Como se vio, los cabros chicos no sólo juegan en la calle, sino que también se ‘liberan’ en ella, pues allí muchos de ellos encuentran además las solidaridades que no han encontrado en su propio hogar. Por su parte, los cabros jóvenes usan las esquinas y multicanchas como espacios de valor estratégico para su desarrollo personal y grupal, para dar mayor alcance a sus críticas y sentido a sus utopías de futuro. Los hombres adultos, a su vez, buscan en los clubes, canchas o ‘clandestinos’ el mejor lugar para recrearse o sobrellevar sus (largos) tiempos de desempleo. Y, por su lado, las mujeres adultas hacen del trabajo vecinal no sólo un servicio a los demás, sino también un modo de desarrollo personal y de liderazgo local.

Así, el tejido espontáneo de la ‘vida vecinal’ —que fluye sobre calles, plazas, canchas y esquinas— da for-

ma a una densa red asociativa local, a una 'comunidad' en la que prosperan diversas actitudes y conductas *públicas* con un obvio sentido cívico. Como si se tratara de 'republiquetas' locales. En ellas el tejido social privado, pasivo, íntimo, típico de la vida de hogar y en familia, se enreda y extiende con y a través de un tejido social de vecindario, activo, colectivo y referido a la solución de problemas relevantes que afectan a todos en conjunto. Es por esto que, a diferencia de los 'distritos residenciales' donde vive la clase media o alta, las poblaciones populares albergan formas diversas de comunidad (no necesariamente pacíficas u homogéneas) y una *vida de barrio* (o sea: conforme a una cierta identidad o tradición local) en las que, por sobre la relación formal con autoridades e instituciones, prima una vida pública de colectivo y múltiples vidas privadas que, como racimos, bulliciosamente, se enredan con aquélla.

La importancia de esto radica en que la vida pública 'en colectivo' (o de barrio) que se observa aquí no consiste en la pura reiteración de tradiciones pasadas (que es propia de los barrios o "cascos viejos", donde la vida colectiva termina por reducirse a símbolos materiales o 'monumentos históricos', como el viejo almacén de la esquina, el viejo banco de la plaza, el viejo árbol de las inscripciones, etc.), sino en la resolución de los problemas comunes del presente. Esto pone de relieve un rasgo *político* que está ausente en el simbolismo arqueológico de los barrios viejos. En este sentido, la comunidad poblacional contiene, por ello, un valor o significado que no sólo tiene que ver con su pasado y su origen históricos, sino también con su proyección social y política hacia el futuro, que es la vía por donde se une con o impacta en los procesos más trascendentes de la comunidad nacional.

114

Cuando las viviendas son construidas como parte de una operación pública (o privada) en la que se asocian el Estado y algunos grandes empresarios, las parejas interesadas *compran* las casas o departamentos (ya terminados). En este caso, el conjunto de los compradores configura una 'comunidad' con un sentido mucho menor de autogestión y participación. Los lazos cívicos, allí, son más débiles, cuando no ausentes. Es lo que ocurre con frecuencia en los edificios de departamentos, en los "blocks" habitacionales o en las "villas" de pobladores. Aquí no es tan necesario asociarse para la 'toma' de sitios, ni ayudarse para construir mediaguas de emergencia, ni tomar la pala y la picota para construir veredas o alcantarillados. A mayor nivel socioeconómico de las familias (a mejor empleo de los hombres y mujeres adultos), menor necesidad de recurrir a la autogestión y al trabajo comunitario de todos. A esto se añade el hecho de que los 'compradores' de viviendas (terminadas) suelen irse, cambiarse de casa y de barrio, y al irse arriendan la casa que dejan. Y los que las arriendan, por lo común, no tienen el mismo sentido de comunidad o responsabilidad que los pobladores que 'colonizaron' o "fundaron" sus poblaciones (a mucha honra y orgullo para todos ellos) o que los propios "compradores". Las prácticas de autogestión no aparecen en todos los vecindarios o no tienen el mismo grado de desarrollo, y es la razón por la que los brotes de ciuda-

danía participativa no caracterizan tampoco a *todas* las comunidades populares o locales.

En el caso de las poblaciones estudiadas en este trabajo, la 'comunidad' no aparece, tampoco, como un tejido compacto, ni homogéneo, ni armónico. No es, para empezar, un tejido orgánico compuesto por un conjunto funcional de "organizaciones" locales que integren toda la población. Si las comunidades del sur y poniente de Rancagua han logrado realizar con éxito ciertos trabajos, se ha debido, en gran parte, no a la presencia de organizaciones sólidas y permanentes, sino a la presencia y concurrencia 'inorgánica' de actores diversos con distintos sentidos de participación, a la aparición de formas 'espontáneas' de asociación, y a la acción decidida de un 'grupito dirigente' automotivado y autodidacta. Esta aparente inorganicidad no ha sido ni es, sin embargo, un obstáculo mayor que haya impedido a los pobladores hacer lo que necesitaban hacer. Es como si este aparente 'defecto' organizativo contuviera 'virtudes' propias de efectividad insospechada.

En las poblaciones estudiadas, las organizaciones sociales de tipo formal (es decir: con personería jurídica o de origen legal o institucional) son relativamente pocas: hay Juntas de Vecinos y Centros de Madres (por lo común movidas por un dúo o trío de mujeres emprendedoras), Talleres Productivos (por lo común, las mismas mujeres), centros de adulto mayor, y algunos pocos centros juveniles. Se podría decir que el tejido propiamente organizativo está constituido por un grupo pequeño de dirigentes, cuya actividad 'formal' está regida por la legalidad y referida en gran parte a las autoridades locales. En este sentido, el tejido organizativo formal es extremadamente reducido. Si el impacto o los logros de las actividades que se realizan a partir de este tejido son importantes (según se ve en los trabajos realizados y se indica en el testimonio de dirigentes y pobladores), no se debe a la amplitud y relevancia del tejido formal, sino al entusiasmo de los dirigentes y a sus *relaciones informales* con la masa de los pobladores. Porque si bien la masa de los pobladores no está organizada en términos formales (no se inscriben en las organizaciones o no van a reuniones), sí colabora activamente en los trabajos prácticos que se llevan a cabo para resolver los problemas. De modo que en la base del tejido formal hay un espeso tejido informal de participación, constituido por las 'redes sociales' que se desarrollan y multiplican entre los pobladores mismos y entre éstos y los más bien pequeños núcleos directivos.

Los dirigentes se forman en la práctica de los trabajos comunales y en la teoría que les entregan los diversos cursos que las ONG y agencias estatales ofrecen para activar el "desarrollo local". Es evidente que ser originario de la 'pobla' y la diaria práctica de terreno dan a los dirigentes un conocimiento casi completo de todas las familias convivientes en la población, además de los dirigentes de otras poblaciones. De este modo, el dirigente puede mantener relaciones activas con la mayoría de los vecinos: los conoce a casi todos, sabe de sus problemas, conversa a menudo con muchos de ellos y es, por eso, de

sobra conocido por la mayoría de la gente adulta. Estas relaciones (informales) no se constituyen en la sala de reuniones sino, principalmente, a través de las 'visitas' que realiza el dirigente y a lo largo de su 'movilidad callejera', pues pasa gran parte de su tiempo en la calle, en diligencias varias. Se suele pensar que la organización se 'identifica' con la sala de reuniones y que 'consiste' en el calendario de reuniones que se efectúa en la sede formal de la misma. Los hechos, sin embargo, muestran que esa sala y esa sede suelen estar la mayor parte del tiempo vacías. Que la comunidad vecinal se constituye, en gran parte, en torno a las 'relaciones' que el dirigente construye moviéndose por sí mismo en todo el territorio ocupado por las redes poblacionales y en el que la separa (o une) a las redes institucionales del Municipio y del Estado. El conjunto de esas relaciones suele desarrollarse más en el espacio informal de la calle que en el espacio formal (puertas adentro) de la sede. En rigor, el movimiento callejero del dirigente debe ser entendido como la forma en que realiza su *inserción orgánica en el tejido asociativo espontáneo de los propios pobladores*.

Al hacer eso, es decir: al 'visitar' el dirigente las 'redes asociativas' de los pobladores en su propio espacio (la calle), no hace sino convertirse en el referente orgánico móvil de esas redes. Y en este sentido, las redes 'absorben' la dirigencia orgánica y, al hacerlo, le dan a ésta su sentido funcional (además de su 'sentido práctico', que es motivo de un notorio orgullo para los dirigentes, pues es ese sentido práctico el que les permite obtener "el apoyo" de los vecinos y el éxito en los trabajos que se emprendan, *pese* al bajo índice de 'organización' existente).

¿Sería mejor que la comunidad constituyera sus redes espontáneas de una manera centralizada; es decir: en el marco de lo formal, adoptando el modelo de 'organización con personería jurídica' en el espacio físico de la "sede"? ¿O es que la comunidad no opta por ese modelo porque siente que *no es necesario*? ¿Que la integración de la dirigencia vecinal a las redes informales, en plena calle, es un modelo socialmente satisfactorio?

Las redes asociativas espontáneas (como las que desarrollan los cabros chicos en la calle, los jóvenes en las esquinas, los hombres en torno a las canchas y las mujeres en relación con sus talleres) se caracterizan porque recogen de modo más directo las inquietudes privadas y aun íntimas de los pobladores, porque amparan situaciones de desconcierto y crisis, y la búsqueda de amistad, identidad y valores compartidos. Las redes reciben mucho antes que las organizaciones el impacto de los problemas y las crisis, y también producen mucho antes la crítica, la opinión y la propuesta. Las redes sociales, por ello, se encuentran siempre animadas por una permanente 'conversación'; por ininterrumpidos intercambios orales que hacen circular los problemas, la frustración y los intentos de salida. No necesitan 'tablas' para 'seguir' la conversación, ni jerarquías que 'ordenen' el debate y 'obliguen' a tomar decisiones. Ni se enfrentan a la dificultad de hacer públicos y abstractos los problemas que, en el fondo, son personales y privados. La red social espontánea mantiene los problemas en un conveniente plano personal, privado y no sujeto a reglamentos. Es esto, sin duda,

lo que hace que los grupos de esquina sean más numerosos y dinámicos que los “centros juveniles”; o la charla informal de los talleres femeninos más concurrida y animada que las reuniones de la Junta de Vecinos; o la discusión en torno a los compromisos del club deportivo una preocupación más involucrante y entretenida que las cuentas que pueda entregar la directiva en torno a los acuerdos o desacuerdos con los funcionarios del Municipio o la Gobernación.

De hecho, la comunidad popular se constituye primero en sus redes asociativas informales o semiformales *antes* que en el tejido legal de las ‘organizaciones’. En este sentido, el grupito de dirigentes es, a la vez, parte orgánica de esas redes y enlace puntual con la institucionalidad general del país. Lo primero lo logrará el dirigente si se mueve por sí mismo a lo largo y ancho de esas redes; lo segundo, si se mueve por sí mismo hacia y desde las agencias públicas y si asiste a los múltiples cursos que se ofrecen (para ajustar su relación con *esas* agencias). Lo primero le da legitimidad (indispensable para ser un buen dirigente y activar la autogestión colectiva); lo segundo le imprime un sello variable de autoridad y eficiencia (indispensable para obtener recursos y apoyos externos que se sumen a los de la comunidad).

En este contexto, mientras los dirigentes operen de ese modo (arraigados por movimiento propio en la red asociativa local), se sentirán responsables frente a su propia gente y no tanto frente a las autoridades. Durante la década de 1960, los dirigentes tendían a insertarse más en el tejido institucional (político-partidario, en especial) que en el local, razón por la que tendían a ser responsables hacia arriba y no hacia abajo. Ahora, en cambio, los dirigentes se sienten más unidos a su base que a las agencias públicas. Con respecto a éstas, han acuñado una opinión más bien crítica, lo que contrasta con la que tienen respecto a la comunidad local, a la que consideran el ámbito natural de su acción *política*. Reconocen una militancia social local más bien que una de tipo partidario nacional. En este sentido, es claro que esta particular articulación entre redes sociales de base y grupitos de dirigentes vecinales responsables hacia esa base ha configurado un tipo de ‘sociedad civil’ y un ‘espacio cívico’ peculiares en los que, sin duda, está incubándose un nuevo tipo de ciudadano.

El hecho de que los dirigentes vecinales —aun siendo un grupo poco numeroso— se hayan arraigado en las redes locales más que en la red institucional pública parece estar forzando a esta última a ‘bajar’ hasta el punto en que el dirigente se relaciona con sus bases, en un intento por ‘legitimar’ sus políticas y aumentar el ‘impacto’ de éstas, simultáneamente. En el caso de Rancagua, esto se expresa en la creación, por parte del Municipio, de Comités de Desarrollo Local (CDC), que apuntan a trabajar codo a codo con los dirigentes en su *punto de intersección* con las redes locales.

La medida tomada por el Municipio es de alto interés político, sin duda, aunque cabe preguntarse por el impacto real que esa medida tendrá y dónde concentrará su mayor efecto: ¿mejorará la capacidad de los dirigentes para conseguir mayores recursos externos para los trabajos

de autogestión local? ¿Disminuirá la inserción local de los dirigentes y sus actuales índices de legitimidad, para beneficio de los equipos técnicos y políticos del aparato institucional? ¿Resolverá los problemas de fondo que suscitan la tendencia de los cabros chicos, jóvenes, mujeres y hombres adultos a ‘refugiarse’ y ‘buscar apoyo urgente’ en sus múltiples redes de carácter privado e informal?

Las preguntas anotadas configuran, sin duda, el horizonte y el contexto histórico y político de la ‘sociedad civil’ que ha emergido desde el fondo de las poblaciones aquí estudiadas.

Las redes asociadas a la dirigencia femenina

La aparición en los sectores populares de bolsones de un nuevo tipo de sociedad civil y de un nuevo tipo de ciudadano tiene que ver, fundamentalmente, con la forma en que —desde 1992 o 1994— se han desarrollado de modo ‘protagónico’ (es decir, con un impacto en la realidad circundante), por una parte, redes asociativas espontáneas de la masa poblacional; y por otra, las formadas por los grupos dirigentes vecinales. Ha sido el surgimiento de estas redes lo que ha hecho aparecer, a su vez, una definida noción y práctica de ‘militancia social’ que, junto con vincularse a los procesos de desarrollo local, tiende a desvincularse de la política nacional-parlamentaria. Así, esta militancia ‘social’ ha terminado por convertirse, de un modo u otro, en un modo *vecinal* —pero civilista y pragmático— de ‘hacer política’.

118

En este proceso resulta fundamental el rol jugado por las mujeres pobladoras. En los casos estudiados, ellas han sido quienes, por una significativa mayoría, han nutrido los ‘grupos dirigentes’ que, al entender y practicar su labor de dirigentes como un infatigable ‘trabajo de calle’ (público), se han instalado en un punto estratégico: aquel donde se entrecruzan y empalman, de una lado, los aparatos institucionales del Municipio y del Estado; y, de otro, las redes informales de la masa poblacional.

El rol estratégico ocupado actualmente por las mujeres-dirigentes de los sectores sur y poniente de Rancagua se basa en que se han instalado con fuerza en cuando menos tres núcleos organizativos (públicos) fundamentales: las Juntas de Vecinos, los Talleres Productivos y los Centros de Madres.

El primero de esos núcleos (las Juntas de Vecinos) les ha permitido y permite operar con y desde la legalidad, sobre la base de ‘cargos’ que revisten un carácter institucional-representativo y dan la ‘autoridad’ mínima necesaria para solicitar legítimamente el *apoyo* de los vecinos y los *recursos* pertinentes del Municipio, del Estado y de otras fuentes. Es claro que la dirigente vecinal opera como mediadora entre la comunidad local y los aparatos públicos del Estado y que, en virtud de esa intermediación, puede construir una doble red de relaciones: una de cara al Estado y las fuentes no-vecinales de recursos, y la otra de cara a las múltiples redes informales del vecindario. A través de la primera, las mujeres dirigentes desarrollan relaciones con alcaldes, concejales, funcionarios municipales, gobernado-

res, intendentes, personeros de empresas privadas, profesionales de ONG, representantes de agencias extranjeras, etc. (no necesariamente con La Moneda, los ministros, los parlamentarios o los partidos políticos). A través de la segunda, desarrollan relaciones de apoyo y servicio con los grupos, redes y organizaciones propias de los pobladores. Y está claro que, para trabajar en ambos frentes, necesitan moverse en la *calle*, uniendo las casas, las redes y los edificios claves.

Los hechos muestran que las mujeres dirigentes le han dado a su trabajo en la primera red (con el aparato institucional) un marcado carácter *utilitario* (sacar recursos), mientras que, con respecto a la segunda (la de los pobladores), han asumido una actitud más compleja: de lealtad, de identidad personal y colectiva, de sentido igualitario, de opción por la soberanía de la comunidad local, etc.; todo lo cual tiene que ver con la carga de significados y valores que le dan a la expresión 'lo social'. No hay duda de que el centro de gravitación de la actual dirigencia femenina no es el Estado, sino la misma 'pobla' y, en especial, su relación directa, cara a cara, con los vecinos. Esto se debe, en parte, a que esa relación no es sólo una relación 'pública', sino al mismo tiempo una relación 'privada', en el sentido de que también ampara el desarrollo personal, social, cívico y de género de esas mujeres (en tanto que pobladoras y mujeres), como también el de todos los vecinos. El desarrollo local del vecindario no sólo implica éxito o fracaso de una dirigencia, sino también, en este caso, la viabilidad o no viabilidad de una forma específica de desarrollo personal, de género y social. El desarrollo local y el desarrollo personal, al unirse tan estrechamente, se potencian mutuamente, y la doble potenciación resultante fortalece a la vez, de paso, las redes de una emergente 'sociedad civil' poblacional.

Es ilustrativo, en este sentido, el hecho de que ser dirigente de una Junta de Vecinos significa, en la práctica, que la dirigente debe operacionalizar su cargo, primero que todo, buscando y utilizando el *apoyo efectivo* de su base social. Esto implica 'mover' una población que, como promedio, está compuesta de unas 200 o 300 familias y unos 1.500 pobladores (como mínimo). De modo que, para empezar (ser electo dirigente), es necesario obtener el apoyo 'pasivo' de un promedio que fluctúa entre 90 y 120 electores. Luego, la mujer-dirigente electa tendrá que trabajar y moverse para obtener el apoyo 'activo' de un número próximo a las 1.000 personas. Dado que la solución de los problemas vecinales requiere hoy de una creciente dosis de autogestión, el dirigente que quiere ser eficiente necesita incorporar el máximo de vecinos a las tareas comunitarias, y esto lo obliga a estar en permanente movimiento y tomando contacto con las redes sociales informales de la población. El dirigente sabe perfectamente que obtener el apoyo de la masa vecinal es hoy un requisito fundamental para el éxito, no sólo del dirigente, sino, principalmente, del mismo movimiento poblacional. Por eso, su lealtad estratégica es hacia su red 'social de base' y no hacia la red engarzada en la política 'nacional'.

Así lo sostienen, explícitamente, las mujeres dirigentes, y aun los mismos dirigentes masculinos. Como lo señala don Manuel Soto (pre-

sidente de la Junta de Vecinos de la población 5 de Octubre), en presencia de la señora Jacqueline Cantillana, de la misma población:

—Yo soy bien hormiguita, bien trabajador, pero con apoyo de los vecinos. Aquí las cosas se hacen cuando hay apoyo. Aunque uno tenga la mejor disposición a trabajar, no se puede hacer nada sin ese apoyo... Bueno, yo quiero ser bien sincero: de política entiendo re-poco, pero sí entiendo de cuando hay anhelos y deseos... Yo siempre les digo a los vecinos que puede que alguien dé una idea, pero si no hay apoyo se va a las pailas; la idea se pierde. Aquí hay que saber conquistarse a los vecinos.

En el mismo sentido se pronuncian las señoras Irma Faunes e Irma Toledo:

—Mira, yo digo que toda la fuerza la hace la agrupación de la gente. Por eso yo digo que las juntas vecinales deben actuar unidas... Pero con una buena cabeza... Pero si las juntas vecinales no son más que el presidente, el secretario y el tesorero... no hay poder... ¿Cuándo hay poder? Cuando las juntas vecinales, como la tuya o la mía, por ejemplo, citan a la gente y la gente va con nosotros y tenemos 70, 80 o 100 personas... Entonces ahí sí, porque actuamos juntos, trabajamos juntos. La de la Isabel, igual. La Isabel mueve gente... Este tipo de juntas es lo que se necesita... De las 180 juntas que hay, hay unas 20, la mayoría son del Sector Poniente, que trabajan con la gente y que detrás de ellas tienen 20, 30 o 50 personas... Como yo les dije, soy presidenta, pero de todo el barrio; yo no soy de una parte o de otra: yo a todos los tomo igual. Uno tiene que llamar a la gente y preguntarle qué es lo que quieren.

120

La conciencia de que “nada se puede hacer si no hay apoyo del propio vecindario” implica que los dirigentes deben estar siempre consultando, atendiendo y motivando a ese vecindario. Una de las formas en que eso se realiza es a través de “consultas a la asamblea”. Se asume que el directorio realiza las gestiones institucionales y las visitas a terreno, pero que para la “ejecución de los proyectos” es indispensable consultar a, y trabajar con, la asamblea de los pobladores. Así lo concuerdan las dirigentes Irma Faunes, Irma Toledo y Elsa Zegers:

—Uno tiene que consultar a la asamblea cuando es una decisión muy dividida en el directorio... Lo mejor es consultar a la asamblea y atenerse a lo en ella decida, aunque a mí me duela de repente que uno tiene que hacer lo que no quiere hacer y le toca hacerlo verde y uno quería blanco, entonces hace lo verde porque la mayoría quería verde... En la ejecución del proyecto donde uno debe respetar a la asamblea. Las relaciones públicas las hace la presidenta y la tesorera o la presidenta con la secretaria.

La práctica de la consulta a las bases tiene otra ventaja importante: impide el desarrollo de relaciones “paternalistas” entre la dirigencia y la base social, riesgo que es inminente a partir del rol ‘utilitario’ de la dirigencia frente a las redes institucionales, de las que —como se dijo— se sacan “recursos”. Es lo que expresa doña Irma Toledo:

—Cuando entré en esto de ser dirigente de la Irene Frei me propuse superarme: busqué contactos, hablé, conversé, me ayudaron, qué se

yo... y no sé si lo soy realmente, pero trato de llevar todo lo que puedo para mi población sin ser paternalista tampoco, porque uno no puede ser paternalista porque la gente se acostumbra a que uno sea paternalista con ellos. Uno tiene que dar a la gente, pero también tiene que recibir de ella, o sea: ambos tenemos que darnos apoyo...

La 'consulta a las bases' se suma a la 'atención' que las dirigentes dan a esas bases cuando son los propios pobladores los que van donde sus dirigentes a exponer sus cuitas y problemas. Mientras más integrado está un dirigente a las redes sociales de los vecinos, mayor es la demanda de atención que reciben las mujeres dirigentes.

—Y en mi casa pasan a cada rato tocando el timbre —cuenta la señora Isabel Rosales, de la población San Francisco—, y a cada rato estoy atendiendo a personas. Que 'Chabelita, me puede ayudar en esto', y yo: 'ya, ningún problema, vamos a la sede y ahí la vamos a atender'. Yo las llevo, les explico más o menos a lo que va la señora y la dejo solita después para que ella... Pero a veces yo las acompaño, porque así ellas se sienten respaldadas. Hasta el final yo las acompaño. Hasta el final, fíjate. Porque ahí ha fallecido gente de muy escasos recursos; gente que ha estado casi un mes metida en la morgue y nosotros, con mi colega María Zúñiga, vamos y retiramos el cadáver, fíjate, y lo sepultamos nosotros. Así que hasta más allá de lo último estamos con ellos. También hemos pedido autorización para bautizar guagüitas cuando están en la morgue, para que no se vayan así. Pero, mira, en la parte social hemos ayudado a tanto enfermo, a tanta gente fallecida, a tantos niños. Porque aquí también tuvimos abusos deshonestos con una mocosita... Porque si a ti te vienen a contar eso, tú no puedes hacer oídos sordos. Yo me acuerdo que en este caso estuve hasta las cuatro de la mañana en el hospital con la mocosita, y el padre detenido, porque era el padre. Entonces así es la cosa. Hemos puesto aquí en el Cotelengo a gente que hemos sacado casi podrida, hija, podrida, podrida. Enfermos con hemorragias internas y que han estado botados aquí por semanas. Podridos. Y nosotros vamos y con nuestras manitos los sacamos. Es algo terrible. Y así, fíjate, pasan todos los días. Que esto, que lo otro. Cosas graves, otras no tan graves. Hay otras que si tú te metes la mano al bolsillo puedes solucionar, y lo hacemos...

La atención de demandas directas contribuye a que las dirigentes acumulen un extenso y profundo conocimiento de la situación y problemas de todos y de cada uno de los pobladores de la población que les corresponde. Conocimiento que pueden manejar y exponer como si fueran trabajadoras sociales profesionales o como lo haría un cientista social de rango académico. Es lo que muestra doña Virginia Lizana, de la Villa Corazón:

—Yo conozco a la mayoría de la gente que vive acá. Bueno, de a poco la he venido conociendo un poco más. Hay gente que vivía en la Irene Frei, que se casaron y se vinieron. Gente nueva ¿no es cierto?, matrimonios que se vinieron de la Lourdes, gente de la San Francisco, toda gente que antes arrendaba. Hay algunos mayores; por ejemplo, aquí tenemos un monumento que es la abuelita que vive aquí a casa por medio, que tiene 92 años. Ella era de la San Francisco, allí arrendaba y quedó viuda joven y, bueno, su hija se metió en esta cooperativa. Y les tocó vivir peripecias, cuando no podían pagar el arriendo. Tuvieron que venirse de allegadas y aquí les hicieron unas ranchas. Gente que sufrió

harto, gente de escasos recursos, que no tenían dónde vivir. La de aquí es gente que trabaja en las ferias, gente que trabaja de particular o en El Teniente (son tres o cuatro no más). Hay otros que se han ido acomodando a última hora en el Súper Pollo. En general es gente de escasos recursos. Lo bueno que tiene esta Villa es que la gente es humilde pero limpia... A lo mejor en los hogares no hay mucho, a lo mejor menos que mucho, pero la gente no se aprovecha de eso para sacar provecho.

El conocimiento de la realidad social opera en las dirigentas como un ancla o un factor de lealtad que las obliga a seguir desarrollando su 'militancia social' y a profundizar sus lazos de compromiso y solidaridad con la comunidad vecinal.

—Doy gracias a Dios por haberme enfrentado a eso —dice doña Isabel Rosales—, porque te ayuda mucho a ver la realidad. Yo tengo mi propia realidad aquí, dentro de estas cuatro murallas, y me esfuerzo para que no me falte esto ni lo otro, que no me falte nada. Pero al salir tú a la calle, a 'terreno' como le llaman, te encuentras con una realidad bien diferente, y es terrible. A mí me costó mucho tener que acostumbrarme a esto. Lloraba infinidades. Yo lloraba mucho cuando llegaba un niño a pedirme un helado; un niño gordito, de cachetes rosados... y él feliz jugando en el barro. Es una realidad que tú no ves en tu casa, y te desgarras. Y tú ves la realidad de los jubilados, gente de sesenta o setenta años que han trabajado tanto y que ya son tratados como desechables. Cuando llegamos a viejos nos ponemos desechables. Y con lo que ganan esos viejos no les alcanza para nada. Tengo una señora que gana 20 mil pesos al mes. Tiene su marido, pero el caballero es enfermo del corazón y ella también es enferma del corazón. Así y todo, ella es un ejemplo, porque ella siempre aporta todo lo que hay que aportar... Y eso te hace sentir bien, porque tú ves que te están respondiendo. Y eso es rico... Y ya no puedes parar de hacer la labor que hacemos. No puedes parar tú de ver que a esta persona le falta esto, que la otra aquí, que la otra allá. Que vamos sepultando gente. Y así, tantas cosas, tantas emociones diferentes... Problemas así, a veces más grandes, a veces más pequeños, todos los días llegan a mí... Yo llevo en esto ¿cuántos años ya?, y todavía mi casa no la hemos terminado bien, pero se la hemos terminado a casi todo el mundo, claro que siempre con la ayuda de la gente y las autoridades...

—Aquí los niveles de pobreza son altísimos —sostiene por su lado la señora María Eugenia, dirigente de la población Irene Frei—, sí: altísimos. Hay personas que a veces no tienen qué comer y hay casos en que a mí me ha tocado ir a pedir, qué sé yo, para una colecta, y me he sentido tan mal porque la gente me dice: 'no, no tengo; ¿sabe? hoy día ni siquiera tuve p'hacerle a los niños qué comer'. Entonces me dan ganas de, en vez de pedir, dar. Pero si uno se pusiera a darle a toda la población... ¿de dónde saca uno pa' darle? Y ¡jojo! yo no soy paternalista, pero me duele el dolor ajeno, sobre todo que los niños pasen hambre. Esto me duele muchísimo, porque yo misma lo pasé, entonces no me gusta esto... Y no es cosa que uno reciba de Dios y uno no entregue a los demás nada. Por eso uno también tiene que entregar algo a los demás.

Es evidente que la lealtad preferencial que las dirigentas dan a las redes sociales de la propia base poblacional —lealtad que contiene dimensiones de tipo afectivo, solidarias, valóricas e incluso interpersonales— está basa-

da en un fuerte sentido de identificación con los problemas de sus vecinos, los que no son ni pocos ni pequeños. De esta manera, la red social de apoyo de la dirigencia vecinal es extensa y no se reduce al funcionamiento formal de 'la asamblea', puesto que incluye además una intensa red de interacciones afectivas y solidarias entre las dirigentes y las familias más necesitadas (que son la mayoría), que se desarrolla, de preferencia, en la calle (desde el timbrazo en la casa de la dirigente hasta los entierros en el cementerio local).

Ante esa lealtad preferencial, la red de relaciones de las mujeres dirigentes con el aparato institucional no puede sino ser pragmática y utilitaria. Es por eso que, por ejemplo, los múltiples cursos de capacitación que la Municipalidad o el Estado ofrecen para que las mujeres perfeccionen su rol dirigente en relación al 'frente estatal' de su acción y en acomodación a las políticas públicas de desarrollo local, terminan siendo asumidos por esas mujeres como una potenciación de su propio desarrollo *personal* y del *servicio* que entregan a 'su' gente. La señora María Eugenia, por ejemplo, cuenta que, como dirigente, ha asistido a cursos de liderazgo, de elaboración de proyectos, de marco jurídico (leyes sobre Juntas de Vecinos), de contabilidad y auditoría, etc., sin contar los cursos de manualidades. Sin embargo, la intensa exposición a cursos ofrecidos desde el frente estatal no la ha transformado en un mero instrumento de las políticas sociales del Estado, sino en una dirigente que lucha según la lógica y perspectiva de sus propias bases.

—Ahora cada dirigente sabe cómo tiene que hacer un proyecto —agrega la señora María Eugenia—; sabe con quién tiene que hablar ¡qué sé yo!, sabe a qué oficina dirigirse para ver al alcalde y no llegar todo timorato preguntando dónde atenderá el alcalde, dónde tiene que ir para encontrar al gobernador o al intendente. Entonces son cosas que uno va aprendiendo. Antes se trabajaba mucho el paternalismo, ¿no es cierto?, pero ahora no, porque el dirigente de ahora va a la pelea por la causa por la que lucha poh. Y esto es lo lindo, porque el dirigente, como tú puedes ver, no está dado por la autoridad; entonces lo que hace, lo hace porque le nace y si le nace tendrá que hacerlo para que le salgan bien las cosas. Y bien, no creo que mal...

La lealtad a su base social de apoyo impide pues —según señala doña María Eugenia— que el dirigente incurra en paternalismo o en clientelismo estatista. Esa lealtad, más bien, permite que la capacitación institucionalista que entrega el Estado sea utilizada por el dirigente para perfeccionar su 'pelea' por la causa social que representa; pelea que, eventualmente, puede ser dirigida incluso *contra* el aparato institucional dueño de los "recursos".

El esfuerzo de las dirigentes por capacitarse y a la vez por dar con más éxito su "pelea" en pro de los intereses de la base poblacional forma parte, a su vez, del esfuerzo que ellas realizan para avanzar en su propio desarrollo *personal* como mujeres. Como se dijo, aquí los intereses personales se funden y confunden con los intereses del movimiento poblacional mismo, puesto que esas mujeres asocian y definen su desarrollo personal como el desarrollo de su servicio público a la comunidad local.

El desenvolvimiento de la nueva dirigencia poblacional se funde con historias de vida en las que la 'militancia social' (o la posibilidad de "participar") ha sido un factor determinante para la liberación y desarrollo personal y cívico de muchas mujeres que, de no haber sido por esa militancia, habrían permanecido en la oscuridad de las labores puramente domésticas. El consenso es unánime:

—En realidad —dice la señora María Zúñiga, dirigente de la población San Francisco—, esto ha sido súper bueno, porque en mi juventud yo no salía de la casa. Me casé cuando tenía 19 años, a los 20 llegó la primera hija y así fueron llegando hijos y yo estaba solamente metida en la casa. No salía. Era una pura dueña de casa. Pero después, cuando llegué a Rancagua, empecé a salir, encontré unas amigas en la población y empecé a conocer el mundo de afuera, y con todo esto de las organizaciones yo me he ido conociendo, teniendo amistades. O sea: soy conocida ahora por montones de gente, de distintos niveles. Yo soy así: converso con quien me hable. No estoy mirando qué clase de político es. No: para mí son todas las personas igual. Lo que me gusta es la amistad, pero que sean sinceros... Aquí tengo hartos quehacer. En la mañana me levanto temprano, me hago mi tiempo. He llegado al minuto en que el hecho de participar ya es parte de tu vida diaria. O sea: yo tengo bien claro que estar participando, ya sea en la organización o en lo que sea, es como construir algo y tu vida real partió de esto. Sin dejar de lado la casa, por supuesto. Pero esto de tener el alimento de participar en algo... no se puede dejar, no se puede renunciar... Yo no tengo lindas palabras, pero a mi manera yo me siento feliz.

124

—Yo siempre... mira, desde muy niña... yo te digo desde que entré a Caritas Chile —apunta doña Irma Faunes— yo me aboqué realmente a lo social. Dejé muchas cosas. Podía haber seguido estudiando, pero yo dejé todo; me dediqué tanto a lo social que después me olvidé de mí... ¿Ves tú? Entonces esto de lo social te nace, lo tiene uno adentro, eso. Uno no ve que si fulano o merengano o sutano; no. En el momento dado, punto: si es ser humano, hay que darle lo que necesita... Mis hermanos me dicen: 'trabajai tanto, tonta, y no ganai ni un veinte'. Pero me doy cuenta que puedo entregar mucho más y me motiva mucho el dolor ajeno. Entonces eso. No sé. Yo lo tengo muy dentro de mí...

—Yo creo que es buena la experiencia porque así uno aprende de todo —comenta la señora Virginia, de Villa Corazón—. Aprende de la gente más humilde a las personas más educadas y de otras no tan educadas tampoco. Y uno tiene contacto con tanta gente que uno conoce que de repente nos molesta, porque de repente dicen sí y de repente dicen no. Pero gracias a Dios he tenido buenas experiencias, muy buenas experiencias... Me he dado cuenta que hay harta gente que a una la estima. Por último estás en contacto con todos, estás vigente... Uno aprende hartos, aprende hartos, sobre todo yo. Yo, cuando me casé, a los quince, no había terminado mi enseñanza media. Sólo llegué hasta octavo. Pero ahora aprendo y una va aumentando sus conocimientos. Cuando tienes que leer, cuando estás al tanto de tantas cosas que te ayudan a aprender más que si fueras al colegio. Porque en el colegio les enseñan hartas cosas por obligación, que ni siquiera las practican. Uno va aprendiendo como sola, sola, porque los problemas que se suscitan acá la obligan a uno a informarse de todo... y a sacar el bla-bla, ¿cierto?, para poder hablar con este señor, y si el señor no la atiende a una o no tiene

tiempo, hay que ir de nuevo y esperar y darse otra vueltecita... qué se yo. Una tiene que estar siempre molestando. Y así una va aprendiendo sola. He logrado hartas cosas, pero pierdo todo el día en la calle...

—¡No sé, poh! —exclama la señora María Eugenia—. No sé poh: me gustó. Aparte de ser dueña de casa, de hacer pan, de hacer empanadas, de hacer todo, me fascina estar en esto.

—Yo estoy contenta de todo, de ser lo que soy —interviene la señora Isabel Rosales—. No aspiro a más. Lo único a lo que aspiro yo es al respeto de las personas. Tanto yo entregar respeto como que ellos me entreguen respeto, llámense autoridades, llámense indigentes, etc. Eso es todo lo que quiero y nada más.

El segundo núcleo organizacional en el que se han instalado con fuerza las mujeres pobladoras está compuesto por los Centros de Madres y los Talleres Productivos. Si las Juntas de Vecinos permiten a las dirigentas constituirse en una especie de autoridad situada legítimamente entre la institucionalidad pública y la base social del vecindario, los Centros y los Talleres las sitúan en una posición relativamente privada, social, abierta a todas las mujeres que quieran 'participar' allí y que, en definitiva, viene a complementar —desde la perspectiva cultural, productiva y de género— el desarrollo personal y cívico del grupo femenino dirigente. No hay duda de que el núcleo formado por los Centros y los Talleres proporciona al núcleo formado por las Juntas de Vecinos una plataforma socio-cultural de apoyo y un espacio de retaguardia en el que 'semillan' y se forman los cuadros dirigentes femeninos, tanto los que están activos en la 'calle', como los que permanecen en las 'sedes', de reserva.

El núcleo de Centros y Talleres está formado por un grupo relativamente organizado y permanente, que no es cerrado, sino abierto hacia abajo: se conecta directa y fluidamente con las redes informales de mujeres (tanto parentales como vecinales) no de una sino de varias poblaciones. Es en esta red y en los distintos circuitos que la constituyen donde se inicia el desarrollo *personal* de las mujeres, y es en su enlace con la red de la Junta de Vecinos donde ese desarrollo continúa, asumiendo aquí un definido carácter *cívico*. En la práctica, la red social formada por los Centros y Talleres fomenta y fortalece la camaradería femenina, gira en torno a la "amistad" —que tanto valoran ellas— y pone en juego también la opción por 'lo social', sólo que bajo una práctica más privada y menos atada a responsabilidades públicas (como es el caso de las Juntas de Vecinos). Es en este carácter abierto y privado donde radica, precisamente, el atractivo de esta red, que induce a muchas jóvenes y adolescentes —por lo común hijas o nietas de las socias habituales— a integrarse. Así se produce la cooptación de nuevos contingentes femeninos para mantener y reproducir la nueva dirigencia poblacional.

Para integrarse a un Taller productivo no se pone ninguna cortapisa.

—En los talleres —informa la señora Adriana Soto, de la población El Trapiche— participan señoras de mi edad, señoras de tercera edad, jóvenes. Nosotras no estamos admitiendo sólo a gente de una sola edad, sino a todo el que quiera participar. En los talleres de pintura tenemos incluso hasta lolos hombres.

Los talleres son productivo-artísticos, lo que permite, de un lado, desenvolver las aptitudes creativas de las personas que se incorporan; y de otro, la posibilidad de vender lo realizado y ganar dinero. Así, se ofrecen talleres de cestería china, de peluches, de policromía, de pintura al óleo, etcétera.

—Yo nunca había participado en un taller —cuenta la señora María González, de El Trapiche—, nunca lo había hecho. Es que yo soy tímida y me daba no sé qué, porque como que yo soy muy notoria. Pero ahí como que yo estaba ocupando un lugar más no ma'... Y entré y me gustó. Empecé con el peluche, después me gustó el óleo, entré a cestería china, pero no me gustó. Estoy esperando el óleo de nuevo: ¡es lindo! Yo, al menos pinté dos cuadros. Uno de ellos lo vendí... Peluches vendí pero cualquier cantidad, hartos, y eso me significó ganarme mi platita...

—Imagínese que con lo poco que yo aprendí de peluches —interviene la señora Adriana Soto— he hecho clases de peluches, clases de peluches... Es eso lo que yo les digo a las señoras cuando estamos en los talleres: que debemos organizarnos, porque todo lo que se está aprendiendo puede venderse.

En Las Tranqueras, en cambio, el Taller se orientó inicialmente hacia los "huertos familiares". Asistieron cerca de 20 personas y varias de ellas han conservado sus huertos y siguen aplicando las técnicas aprendidas. Después incluyeron talleres de repostería, de folklore, de aeróbica...

—Hasta hoy se conserva la técnica de hacer los huertos, pero también el secador de frutas, el horno —dice la señora Carmen Valdebenito—. La mayoría tiene un horno de barro. Son dos tarros y después se le hace fuego abajo. Y uno no tiene que estar calentándolos como los hornos de antes (uno tenía que barrerlos por dentro y revolverlos). No: ahora se les hace fuego por abajo.

En Puertas de Fierro, el Taller se especializó en pinturas en género, cerámica en frío, soft, muñecas, flores artificiales, canastos, manteles y cubrecamas a crochet, etc. El Taller tenía ya quince años de antigüedad en 1998, y es informal, porque "no está inscrito en ninguna parte".

—Trabajamos en pintura de género, en cerámica en frío, en tantas cosas —dice la señora Laura—; todos esos trabajos hemos hecho. Ya no tengo dónde poner flores en mi casa. Mi marido me dice: 'Esta casa parece cementerio'... Hemos trabajado también en soft, con muñecas, haciendo canastos de estos de papel de diario. Hemos hecho tantas cosas, tantas. Nosotras trabajamos y vendemos nuestras cositas. Mandamos a otros países nuestros trabajos, sobre todo los manteles y cubrecamas a crochet. Somos doce socias... Ahora me las estoy dando de profesora. Trabajamos en forma individual, porque no estamos inscritas; somos todas de la Junta de Vecinos y no estamos inscritas en ninguna parte. Somos en forma individual. Nos juntamos porque queremos, no nos obliga nadie, y es más bonito. Compartimos allá todos los miércoles y hacemos onces. Nos toca por dos socias. Me tocó un miércoles con otra amiga y llevamos un termo con té, un queque y lo compartimos con el grupo. Lo pasamos súper bien. No tenemos directiva, no: aquí somos todas iguales... Todas somos vecinas.

Es importante lo que dice la señora Laura: "Nos juntamos porque queremos, no nos obliga nadie, y es más bonito; somos todas iguales". Aso-

ciarse a un taller es una opción libre; pertenecer a un taller es una práctica relajada. No hay 'obligaciones' ni 'autoridades' que impliquen compromisos coercitivos o directivas que hay que obedecer o ejecutar. Un Taller es un espacio social en el que priman la libertad y la igualdad, y en el que se cultivan las aptitudes productivas y artísticas, se gana dinero a la vez que se desarrollan la amistad y la vida social. El Taller es, en este sentido, una manifestación orgánica de lo que, en general, son las redes sociales informales en una población. En un contexto de amistad, se aprende y se impulsa la liberación y el desarrollo personal y colectivo.

—Todas somos vecinas —continúa la señora Laura— y tengo una comadre que tiene como 65 años y ella es una de las buenas pa' trabajar. Es bien entusiasta, súper entusiasta. Tenemos tres niñas jóvenes. Está mi hija que tiene 26 y otra lola que tiene como 28. Las demás somos todas cuarentonas, pero por sobre todo nos gusta aprender. Yo les digo: 'mientras más viejas, más tenemos que aprender'. Es bonito aprender, no porque haya pasado la edad vamos a dejarnos estar... El año pasado tuvimos una experiencia bien bonita: trabajamos todo el año, vendimos sopaipillas, hacíamos frituras, de todo, y juntamos 150 mil pesos, y nos reunimos las diez socias que habíamos el año pasado, y vino la Pascua y nos fuimos a una comida a un restaurant, a 'El Torito', y nos fuimos todas y llegamos como a las dos de la mañana. Los maridos nos fueron a buscar no más. Pero lo pasamos súper bien y nos hicimos un regalo a cada una. Nos compramos una polera al gusto de nosotras. Fue linda la experiencia.

127

Es evidente que la 'experiencia social' de juntarse, trabajar juntas y divertirse juntas constituye una forma de camaradería femenina que contribuye de modo notorio al desarrollo personal. Las relaciones de amistad componen buena parte del éxito relativo de los Talleres femeninos. Este mismo tipo de relación se cultiva en los Centros de Madres, cuyo origen histórico es distinto al de los Talleres pero que, en la práctica, realizan el mismo tipo de actividades y funciones. También allí la camaradería femenina se realiza con el pretexto de asistir a cursos y hacer trabajos artísticos y productivos. Es lo que ocurre en el Centro de Madres de la población San Francisco, donde la agrupación de mujeres funciona principalmente en relación con un taller de pintura. La atracción que ejerce sobre las socias o asistentes es la misma que se encuentra en un Taller propiamente tal.

—Nosotras hemos hecho pintura en bower, en género, repostería, peluquería, tapicería, tejido, pero sobre todo pintura en género —informa la señora Sarita y otras socias del Centro de Madres—, pero lo principal es que uno se relaja aquí. Una se olvida de todas las cosas de la casa y de los problemas, po'. Uno se siente bien. Yo estoy deseando el día viernes para venir a clases... Traemos a los niños al Centro de Madres desde guaguas... Mi hija se crió aquí, venía en cochecito... Por eso somos familiares casi todas... Aquí está mi hija y ésa es mi nieta... Por ejemplo, yo vengo porque mi mamá era una de las socias y me traía, y ahora yo vengo y traigo a mi hija... Me contaron que mi abuelita estaba primero que todas, entonces después mi abuelita entusiasmó a mi mamá.

Entonces mi mamá vino y el primer día que vinimos ella no habló nada, ni pintó tampoco. Quería aprender mirando a todas como pintaban...

Las socias del Centro de Madres de la población Dintrans —son cerca de 30 en total— valoran por sobre todo el espacio de libertad y desarrollo que les proporciona el Centro, cuyas reuniones son de importancia fundamental en su existencia como pobladoras.

—Nosotras estamos en receso durante enero y febrero —informan las socias de ese Centro— pero siempre extrañamos el Centro. Todas llegamos en marzo: ‘¡oh, si los días martes añoraba venir para acá!’, porque aunque uno se entretenga con la familia, como que falta algo, que es para nosotras el día martes. El día martes para mí es mi día... el día martes es sagrado, no hay dentista ni nada para mí, solamente el Centro de Madres... Uno siente añoranza de esto, digo, de estar aquí unías... Es como un tiempo dedicado a una, porque una en la casa cocina, hay que lavar, hay que ver al marido, hay que ver los hijos. Yo no estoy en contra de eso, a mí me gusta la familia, pero yo creo que este tiempo de compartir es importante, porque aquí uno se olvida y aquí se ríe... Compartir con la familia, uno comparte todo el resto de la semana... Estoy acostumbrada, compartimos entre todas una cosa u otra, una conversación, lo que sea, pero eso es ya una gran cosa para mí. Cuando hay problemas se olvidan esos problemas; están en la casa: no se traen para acá. Aquí compartimos, conversamos de tantas cosas, tantas cosas. Compartimos las penas, las alegrías, aprendimos a ser buenas amigas, a ser leales unas con otras. Nosotros no somos viejas peladoras. No nos juntamos a pelar, sino que uno se auto-capacita, aprende uno ¿ven? Porque esto nos da algunas moneditas para uno, uno vende una pinturita que sirve para tomarse un helado por último... ¡Yo me compro churros! Nos enseñamos a cocinar unas a otras. Uno aprende de todo acá... Y aquí la mayoría hemos pasado por todos los cargos... de presidenta, de vicepresidenta... Hemos aprendido a bordar, pinturas en género, macramé, crochet, hacer flores, lencería... Nos hemos perfeccionado en bordado. Hace cinco años que estamos bordando, esto es ya para nosotros un verdadero Taller.

128

Es evidente que el grueso de las pobladoras que se desarrollan como mujeres, dirigentes vecinales y ciudadanas de nuevo tipo, son *dueñas de casa* que no han podido seguir estudiando ni tienen un empleo asalariado, empresarial o profesional permanente. Son mujeres que disponen de un cierto tiempo local (puede ser sólo un día a la semana si las tareas del hogar son pesadas, o casi toda la semana, si esas tareas se han alivianado) para destinar a actividades de ‘participación’ y ‘militancia social’. Esto implica que casi todas ellas tienen marido o compañero e hijos (chicos o grandes). En este sentido, el tiempo que dedican a ‘participar’ se hace posible porque el cónyuge —el varón de la casa— asume el rol tradicional de *proveedor* de la familia, sólo que con una actitud moderna que implica *aceptar* el hecho de que su compañera haya decidido desarrollarse social y cívicamente sobre la base de realizar actividades múltiples *fuera* del hogar.

—En este aspecto ¡fíjese! —exclama la señora Adriana Soto, de El Trapiche— que los hombres dejan que las señoras vayan a los talleres. ¡Ninguno se opone!

—Hoy día el hombre y la mujer tienen que trabajar y tienen las mismas oportunidades —dice la señora Isabel Rosales, de la San Francisco—; es que soy yo la que está chapada a la antigua. A mí mi marido todavía me mantiene. También es chapado a la antigua él. Está criado a la antigua: que el hombre es el que tiene que traer el alimento, el que tiene que cuidar a su vieja, a sus hijos, todo eso... Pero igual yo estoy activa, me gusta todo esto, me gusta ayudar.

—Mi marido estuvo como un año sin trabajo —cuenta la señora Laura, de Puertas de Fierro— y yo ahí me tuve que instalar con un negocio, pero él ahora está trabajando para fuera, cerca de Pichilemu... Así que a él le pagan pensión, todo... El no quería irse, porque toda una vida viviendo con uno y los hijos, todo. Pero como mis hijos ya están más grandes, él salió conforme porque están mis hijos que me podían acompañar. Y eso me da más tiempo también pa' yo poder hacer más actividades también. Porque si él estuviera, yo después de las cinco ya no podría salir. No es que a una la domine el marido, pero uno tiene que estar p'atenderlo. Y no puede decir uno 'yo voy a tomar tecito con una amiga', porque a ellos no les gusta. Y no es que sean machistas ni cosas por el estilo. Uno se acostumbra a esa vida. La dueña de casa se acostumbra a ser responsable, a tener su casa limpia, y tiene un horario para lavar, un horario para ver las comedias, un horario para cada cosa...

El evidente liderazgo femenino vecinal parece no implicar, pues, una ruptura del pacto tradicional de la pareja, sino, más bien, un desarrollo específico que guarda correspondencia con las circunstancias y coyunturas históricas. En este sentido, el dicho liderazgo tiene una base social y coyuntural más ancha que la pura asociatividad femenina y un fundamento histórico en la tradición de las parejas populares, que permiten suponer que su desarrollo podría continuar. Esto puede explicar, también, la tendencia de las redes femeninas a expandirse más allá de los límites de sus poblaciones de residencia y demostrar una sorprendente autonomía frente a la política, las autoridades y las agencias externas al mundo popular.

La expansión de las redes femeninas se está produciendo a partir de sus polos centrales de asentamiento: las Juntas de Vecinos y los Centros de Madres y Talleres. Desde allí se extienden hacia el sistema de instituciones públicas y autoridades, como también hacia la base vecinal y las redes privadas de mujeres ("estamos en el centro de madres, estamos en la aeróbica, estamos en la junta de vecinos: andamos en todas"). Pero a esta red básica debe agregarse la que resulta de sus contactos horizontales, en el ámbito regional o nacional, donde se encuentran en cursos, jornadas y conferencias ampliadas en los que su 'militancia social' es discutida y reperfilada en una matriz de relaciones mucho más amplia que su enraizamiento vecinal. En este sentido, las mujeres dirigentes tienden a adquirir conciencia de que su liderazgo es relevante, histórico y con un perfil político propio.

Como dijo la señora Irma Toledo:

—¿Se acuerda del seminario ése que hicimos allá, de 31 juntas vecinales, donde les tiramos cinco mil orejas al intendente y al secretario? ¡Les dijimos tantas cosas!

—Ellos están en su puesto —apunta la señora Irma Faunes—, pero yo estoy en el mío.

La conciencia de que el liderazgo local no sólo es legítimo, sino de rango e importancia similar a los “puestos” que ocupan las autoridades locales o regionales, se refleja en el sentido de autonomía que expresan las dirigentes locales. Este sentido surge, en parte, del hecho de que ellas, decididamente, anteponen y privilegian “lo social” por sobre lo político, y de que las agencias ejecutoras del desarrollo social —sean estatales, municipales, o privadas como las ONG— son consideradas como “intermediarias” que utilizan a los pobladores para hacer proyectos cuyos beneficios económicos (sueldos, honorarios) o políticos (votos, cargos públicos) quedan en su mayor parte en poder de esos intermediarios.

—Yo te digo —afirma la señora Irma Faunes— que uno tiene que poner primero lo social y después lo político. Eso es lo que tenemos que hacer. Hacer las cosas bien hechas nosotros y entonces ahí ellos la hacen bien.

—Sí, mucho el aprovechamiento —dice la señora Irma Toledo—. La otra vez invitamos a la Isolda Aravena a la sede, la viuda de Oscar Castro, que es amiga mía, y ellos vinieron y tomaron cualquier foto y nunca las vimos. Todas las fotos que se han tomado de esto o de esto otro, de graduaciones y todo, nadie las ve. Y lo peor es que a una la utilizan. La ONG utiliza a los grupos; cuando hay una masa de gente la utilizan pa’ proyectos, y mandan fotos y ‘que hemos hecho esta actividad, y esta otra actividad’, y la utilizan a uno. Entonces somos de utilidad para sacar dinero, para sacar proyectos, para sacar ‘n’ cuestiones. Ese es el problema grave. A una la toman como ejecutora de proyectos para ejecutores que son de más alto calibre como son las ONG. Muchas de éstas presentan proyectos que ellas dicen que necesita la población, y sin hacer diagnósticos.

—Si una Junta de Vecinos presenta un proyecto —tercia la señora Elsa Zegers—, se supone que tiene que invertirlo todo. Pero si viene otra institución de fuera y pone un proyecto, ellos sacan lo que corresponde a sus sueldos. Y son millones de pesos. Y nosotros no cobramos nada. Entonces somos los tontos utilizados siempre.

—Nosotros damos cuenta hasta del centavo —agrega la señora Irma Faunes—; tenemos que dar cuenta en papelitos, comprobantes, tenemos que darlo todo...

—A mí me gusta que sean directas y que nos digan: ‘mira, nosotros vamos a hacer este proyecto y por este proyecto nosotros estamos cobrando tanto y ustedes van a ayudarnos y ustedes sacarán la ganancia que es aprender y nosotros sacamos estos frutos’... ¡Pero no nos utilicen! Nos quitan tres horas utilizándonos... porque nos sentimos utilizadas..., enseguida ni siquiera nos dan las gracias...

—A una le estrujan el cerebro, le sacan lo mejor y eso que uno entrega lo agarran, lo escriben y lo presentan como proyecto de ellos.

—¿Qué es lo que dije yo? —pregunta la señora Irma Faunes—. A mí no me saca nadie nada más. Lo que yo tengo aquí yo lo doy para mi gente y yo no lo voy a dar para otros. Porque ellos vienen a ver cómo uno trabaja, cómo uno lo hace... ¿No le dije? ¡Esa pillaría a mí no me va!

Sentirse utilizado o sentirse objeto de “pillerías” implica no ser un mero seguidor, cliente o séquito de instituciones o agencias de “más alto calibre”, sino, más bien, representantes o instrumentos de una cierta soberanía local. Constituye una clara expresión de autonomía. Es, sin duda, la conciencia de esta autonomía lo que determina la actitud u opinión de estas mujeres dirigentes respecto de las autoridades o de la clase política.

—Los humildes trabajan y no tienen porque pagan todo lo que deben —dice la señora Virginia Lizana—; en cambio, los que tienen plata no pagan todo lo que deben. Entonces es importante que se hiciera algo por los humildes, por este sector, pero, no sé, no creo que vayan a hacer algo, no tengo muchas esperanzas. Nosotros lo vemos a diario. El alcalde, por ejemplo, ni siquiera se preocupó de venir a la peña, o decir: ‘¡puchas que está abandonado ese sector, voy a ir, me voy a reunir con la gente, voy a escucharla!’ Pero, no sé, yo, por ejemplo, a mí nunca me ha visitado el alcalde... Yo iba para allá. Pero son rebuenos para golpear tu puerta y decirte: ‘déme su voto’, pero a la hora de los quiubos no pasa na’... te dan soluciones de parche, por ejemplo, en esa cuestión del canal o la de las veredas...

—No es que tengamos una rica relación con la Municipalidad sino con los monitores —dice la señora María Eugenia, de la Irene Frei—, porque el alcalde es una persona inalcanzable. El alcalde es el alcalde y está en su papel de alcalde. Para hablar con el alcalde se sabe que hay que sacar audiencia varios días antes, y para ver al alcalde... mira, nosotros no lo hemos visto desde que andaba en su calidad de ciudadano recolectando votos y después de candidato vino al colegio y después no lo hemos visto nunca más. Así que la gente, mal que mal, ve al alcalde por la televisión o porque lo ve desde fuera en otros lados o en una foto, pero jamás en directo porque él, ahora, se acerque a nosotros. El vino aquí a esa cuestión de los diálogos territoriales y de ahí no lo vimos más. Fue bien bonito eso de los diálogos, fíjate, pero no creo que haya servido de algo, porque hasta la fecha no veo que estén haciendo algo aquí... Te digo que los monitores nos han ayudado mucho, ellos se han entregado mucho, muchísimo a las poblaciones, pero no tenemos la ayuda principal que nosotros necesitamos de las autoridades de más arriba...

Es claro que las dirigentes —que realizan un activo trabajo social dentro de la horizontalidad cara a cara de sus redes y su actividad callejera— evalúan el rol de la autoridad a partir de esa relación cara a cara. En este sentido, sienten que las autoridades “de más arriba” no están operando conforme la lógica del trabajo social, de terreno, de red, sino conforme a una lógica de otro tipo. Valoran, por lo mismo, el trabajo en terreno que realizan “los monitores”, los cuales tienden a integrarse a las redes locales por donde circulan las dirigentes.

—Uno dice las cosas de frente y por su nombre —dice la señora Irma Toledo— y no importa que sea al alcalde, o que sea al gobernador. No hablemos del intendente, porque no lo vemos nunca. Yo no lo he visto nunca. No se ha reunido con nadie y eso que prometió reunirse al menos una vez al año con todas las Juntas de Vecinos, con todas. Y esto no ha pasado en cuatro años que lleva en el cargo.

Está claro que el tipo de ciudadanía que está surgiendo de las redes asociativas de las mujeres dirigentes de los sectores sur y poniente de Rancagua se sustenta en sus ya consolidadas prácticas de 'militancia social', que se basan —como se ha visto— en el trabajo de terreno, en una gestión participativa, en un sentido de igualdad y en un permanente diálogo cara a cara. Es claro que las prácticas de la militancia social son, al mismo tiempo, formas nuevas y emergentes de 'hacer política' local y ciudadana. En este sentido, las críticas que se dirigen a las autoridades dicen menos relación, tal vez, con una eventual inoperancia de esas autoridades, que con el desencuentro que se está produciendo entre las formas antiguas e institucionalizadas de hacer política social (personalizadas en las autoridades de "más arriba") y las formas nuevas y emergentes que se encarnan en el pensar, decir y actuar de las mujeres dirigentes cuyos testimonios se han recogido en este capítulo.

Las redes asociadas a los actores masculinos

132 Las redes de la dirigencia popular femenina están articuladas en torno a una definida 'sensibilidad social' frente a los problemas del propio entorno; hacen uso 'público' de una disponibilidad de tiempo 'privado' (el de las "dueñas de casa"); se motivan por una necesidad de desarrollo grupal del 'género femenino' de identidad popular; se legitiman por su trabajo abocado al desarrollo de la comunidad local en el sentido del 'habitar'(casa, comida y salud) y han surgido en una clara coyuntura histórica que es no sólo post-dictatorial, sino también 'post-populista'. En este sentido, la 'ciudadanía local' de las mujeres pobladoras se caracteriza no sólo por ser algo nuevo y refrescante que está emergiendo, sino también por una *especificidad* tal que, para su conceptualización y eventual generalización, se requiere, de modo previo, realizar un cuidadoso análisis particular y comparativo de esas redes. En el apartado anterior se examinó, en términos más bien globales, esa especificidad particular. Aquí, se las comparará con el tipo de (¿nueva?) ciudadanía que, potencialmente, contienen las redes masculinas de las poblaciones populares de Rancagua.

Es evidente, según se verá, que las redes sociales configuradas por los hombres de las poblaciones del sur y poniente de Rancagua no tienen las mismas características que las de las mujeres. Es cierto que comparten con éstas el hecho de que han surgido también en una coyuntura post-dictatorial y post-populista y que, como las de ellas, las redes masculinas apuntan de un modo u otro al desarrollo de la comunidad local desde una cierta sensibilidad social. Sin embargo, hay diferencias significativas. En este sentido, es central, por ejemplo, el hecho de que las redes masculinas, con relación al desarrollo local, *no estén mediadas ni motivadas por un afán de desarrollo grupal del 'género'*. Los hombres no aparentan estar preocupados por la situación histórica de su 'género'. Tienden a creer que, en este aspecto, no ha habido cambios (ni para mejor, ni para peor) y que su género no está experimentando hoy ningún grado de crisis. No hay, pues, una

motivación de este tipo que esté gatillando su actuar en red ni sus trabajos de carácter cívico: no se buscan los unos a los otros para potenciarse en términos de su masculinidad, como ocurre en cambio con las mujeres (que sí creen estar viviendo un cambio importante en este sentido). Para ellos, la identidad genérica sigue siendo la tradicional: la de ser trabajadores-proveedores, jefes de familia y vecinos con potestad cívica. En este plano estiman que no ha habido cambios de tipo sustantivo —o sea: respecto al ‘principio’ masculino de articulación de la vida social— y tienden a no percibir en toda su extensión los cambios que se han producido en las *condiciones estructurales* del trabajo masculino y, ligado con eso, en la *posición relativa* del trabajador masculino dentro del espacio público de tipo político-parlamentario; cambios que, sin embargo, están afectando la ‘eficacia’ de su rol tradicional de proveedor y la ‘legitimidad’ de su (tradicional) liderazgo vecinal.

De este modo, para los hombres, el problema que merece ser estudiado y discutido (en tanto los afecta a ellos y a los jóvenes) es el problema laboral y todo lo que se asocia con él: el problema sindical, la ausencia de populismo, el futuro de la familia, etc. En la medida en que la ‘militancia social’ (que practican sobre todo las mujeres) *no resuelve* de por sí el problema laboral, los hombres tienden a restarse (en la medida de lo posible) del activismo demandado por esa militancia: su colaboración, en este sentido, es puntual, selectiva y algo a regañadientes.

Objetivamente, como revelan las cifras y los hechos, el nuevo modelo laboral ha dañado profundamente la eficiencia del rol masculino popular con respecto a la familia y la sociedad global. Esto ha desencadenado una cierta ‘crisis de género’, en tanto se ha deteriorado el rol del ‘proveedor masculino’. Sin embargo, los hombres —como se dijo— no perciben eso como un problema de ‘género’ (pese a que la crisis laboral ha gatillado cambios en su conducta global, como afirman sin titubear sus propias mujeres, según se vio más arriba), sino como un aspecto de la política económica y de la variable ‘empleo’. Respecto a las variables no laborales de su condición de ‘género’ —vida vecinal, por ejemplo— han continuado aferrados a las prácticas y actividades que les son tradicionales: las ‘entretenciones físicas’ de los niños, los jóvenes y de ellos mismos; las actividades sociales ‘cotidianas’ (juegos de mesa y pláticas bajo techo, en la sede del club); las actividades de la ‘liga’ (partidos de fútbol, rayuela u otros, pactados periódicamente) y las ‘colectivas’ (fiestas vecinales celebradas en calles y pasajes, y paseos comunitarios fuera de la ciudad).

En la época del populismo, las actividades ‘vecinales’ tenían para los hombres adultos un rango secundario y marginal, dado que las actividades ‘públicas’ de tipo sindical, político-populista y de diversión grupal más institucionalizada (red de cantinas, casas de prostitución, estadios, etc.) eran claramente dominantes. Con el eclipse progresivo de las actividades ‘públicas’, las de tipo ‘vecinal’ han llegado a ocupar, desde la década de 1980, un lugar prominente. La razón de ello es que, a su función tradicional (de distracción), las actividades vecinales han adquirido, para los hombres adultos, un rasgo adicional que hoy resul-

ta esencial: se han convertido en actividades de 'refugio masculino' frente a la grave crisis laboral que los afecta, y de 'crisálida' para el desarrollo de un nuevo *posicionamiento* del hombre popular en la comunidad local y en la sociedad global. El trabajador masculino, de hecho, ha sido expulsado del céntrico sitial que ocupó en el espacio público durante el período populista (1938-1973, sobre todo) y forzado a radicarse como mero 'poblador' en el espacio local-comunitario liderado hoy por sus propias compañeras. En rigor, ha sido forzado a cambiarse de posición dentro del espacio público, pasando del ámbito sindical-político-parlamentario al ámbito social-comunitario; desde una forma 'nacional' de definir su identidad y su género —forma que rigió a lo largo de las décadas populistas— a otra forma 'vecinal', respecto a la cual no tiene ni tradición ni recuerdo de adscripción política, sino, sólo, suplementaria, casi de mera 'entretención'.

El trabajador masculino popular está viviendo, pues, los efectos combinados de una importante crisis laboral, pero al mismo tiempo los desafíos de tener que recrear su auto-percepción política y su condición de ciudadano en el espacio local-comunitario, en compañía de una mujer adulta que tiende a liderar ese espacio, y de jóvenes que necesitan, más que ningún otro, construir un tipo de ciudadanía protagónica desde dentro de ese mismo espacio. Es como si el conjunto de la clase popular hubiese sido reagrupado al interior de una 'lata de sardinas'. Que, con ser y todo un espacio estrecho y aparentemente marginal, es —según todo lo indica— 'su' espacio natural, propio, el territorio germinal de la soberanía popular y legitimante del espacio público: aquel desde donde puede, mejor que desde ninguna otra parte, sacar fuerzas de sí mismo y decidir los cambios que se necesitan.

134

El trabajador masculino popular deberá desarrollarse desde aquí —tal como ya lo han hecho la mayoría de las mujeres populares— pero *a su manera*. No tiene otra alternativa. Pero esto no significa que ese desarrollo tomará necesariamente el mismo rumbo marcado por las mujeres.

No hay duda de que 'su manera' se configurará según la lógica de las redes sociales que hoy día constituyen su 'refugio' y su 'crisálida', más que del mero recuerdo de las centralizadas redes públicas que habitó en el pasado. Y en este sentido es importante examinar cómo está instalado en esas redes y cuál es el potencial de desarrollo de las mismas.

Como se señaló más arriba, la memoria de los hombres adultos está identificada con su historia laboral. Con pocas excepciones, esta historia está marcada por continuos cambios de empleo, cambios de oficio y cambios de lugar. Es una historia de movimiento, como de vagabundear a lo ancho y largo del mercado laboral, situación que les impide echar raíces profundas en un solo lugar —incluso en el lugar donde está su casa, su mujer y sus hijos— y desarrollar por completo una mentalidad sedentaria, 'vecinal'. Es típica la expresión de sus mujeres (ver apartados anteriores): "Mi marido tuvo que salir afuera para encontrar trabajo". El testimonio de don Orlando Celis, de la población Patria Joven, corrobora eso:

—Estuve en Linderos... y después volví acá a Rancagua, pero primero estuve en Graneros... como trabajaba en construcción, trabajaba afuera. También estuve en El Teniente... Cosas distintas: en el campo, fui carpintero, minero; en la ciudad, fui carabinero... Ahora estoy de vigilante...

El trabajo masculino normalmente es no sólo temporal y “de fuera”, sino que exige levantarse al alba y volver al crepúsculo cansado y sin ganas de hacer nada más.

—Me tenía que levantar a las cinco de la mañana para ir a mi pega y tenía que estar aquí de vuelta a las seis en la tarde. Para allá no había locomoción, así que llegaba como cazuela en la noche. No había locomoción p’al lado de La Granja...

Don Orlando resume el sentido esencial de su vida con una sola frase: “*siempre trabajando*”. Es una frase-resumen, pero es también una imagen que expresa orgullo identitario, orgullo de género y orgullo ético-social por el deber cumplido: don Orlando es un ‘hombre’ en todo el sentido histórico de la palabra. Y es por eso que puede decir: “no teníamos nada cuando nos casamos. No teníamos nada”. Ahora, gracias a su trabajo y a las gestiones de su compañera (que se inscribió y luchó en un comité de los sin casa), don Orlando tiene todo lo (mínimo) que una familia popular necesita, ha educado a sus hijos y ya se ha hecho acreedor del respeto unánime de la comunidad. Se ha ganado, pues, con toda justicia, el apelativo máximo para un hombre popular de verdad: es ‘don Orlando’, no ‘el Orlandito’.

El estatus (comunitario) de “hombre hecho y derecho” se obtiene, según se ve, tras una larga carrera laboral y familiar. El máximo modelo masculino popular corresponde a un hombre maduro, que ya no ‘sale’ a trabajar afuera, que está más o menos retirado y al borde de ser, ya, un viejo. Esto implica que los hombres jóvenes deberán luchar largamente para alcanzar ese estatus, y no todos lo lograrán. El hombre joven que vive de “allegado”, por ejemplo, no tiene ese estatus, porque está aún en plena ‘lucha’. Los cabros jóvenes de las esquinas están lejos todavía de alcanzar esa cima; tanto, que, incluso, pueden hallarse ‘en guerra’ (de escaramuzas) con los hombres maduros, pese a que —como lo irán poco a poco descubriendo— difícilmente tendrán acceso a otro modelo masculino que no sea éste. Cuando esto lo tienen claro de partida, los hombres jóvenes optan por seguir de cerca el modelo laboral de sus viejos, como lo revela don Eduardo Cáceres, presidente del Sindicato de Areneros de la población Dintrans:

—Yo me inicié en el trabajo ayudando a mi padre. Lo primero que hicimos fue llevarle el almuerzo al río: nos mandaban con una ollita y a mediodía íbamos a la Escuela...

El ‘hombre’ adulto propiamente tal es, por eso, un actor maduro que tiende a comparar épocas y generaciones: conoció su casa y su barrio cuando el terreno era sólo pastizales o manzanares, y a la comunidad cuando eran parejas jóvenes llenas de empuje. El paso de los años trae para ellos, sin embargo, un sentimiento ambivalente: orgullo por los adelantos materiales de su casa y su población; tristeza y sole-

dad por la cantidad de vecinos y amigos que ya no están, o porque se han ido del lugar, o porque se han muerto. Los hombres adultos no constituyen, por eso, una mayoría dentro de la comunidad local sino, apenas, un grupo; un 'puñado', una 'elite' (la de los "dones", "fundadores" o "caballeros", según la denominación de cada barrio) y, en definitiva, un 'club' de individuos que tienen tantos recuerdos e historias para contar que necesitan juntarse en una sede para hablar de todo eso con total legitimidad y libertad. La mayoría de ellos "llegó a la población" veinte o treinta años atrás. Como cuenta el 'señor Palma', presidente del Club Deportivo Slater:

—Yo llegué a esta población de ocho años, cuando se fundó la población San Francisco... Habían cuatro casas cuando yo llegué. Hoy, en la actualidad, tengo 65 años.

—Mire, yo tengo 47 años y llevo aquí como treinta años —dice don Raúl Muñoz, del Club Deportivo Patria Joven—; lo que ha cambiado aquí es el trato con los vecinos. Como no están los mismos vecinos de antes... antes era más de camaradería. Usted sabe: los tiempos cambian. Han cambiado los tiempos: quedan muy pocas personas que fueron los fundadores de esta población. Quedan poquísimos. Eso es lo que echo de menos, más que nada...

—Bueno, yo llevo 28 años aquí —apunta el presidente de la Junta de Vecinos de la población Dintrans, don Gustavo Miranda— y mi señora viene de cuando se erradicó, en 1965. Oiga: daba lástima ver esta población: era una verdadera callampería, éstas fueron casas prefabricadas... A un par de meses que estábamos acá empezaron algunos pobladores, que tenían más ideas, a organizarse. Ya son difuntos. El finado don Manuel Soza, por ejemplo, gran dirigente. Silvia González es ahora presidente del Club de Ancianos... el finado Toñito también fue dirigente... Pasando el tiempo, ahora la juventud es otra cosa...

—Yo llevo cuarenta años viviendo aquí —observa don Miguel Ramos Pozo, de la población Baquedano—, y de aquí se ha ido harta gente. Los retoños se han ido casando. Entonces todos se han ido. Y, por ejemplo, hay un club deportivo aquí que se llama Unión Baquedano, y hay tres personas no más que son de aquí. Y son como sesenta. Todos los demás se han ido a otras villas, pero vienen a este club. Aquí va quedando muy poca gente de las antiguas, muy pocas familias.

El trabajo masculino —realizado 'afuera'— es, normalmente, físico y pesado. Cansa ("llegaba a mi casa como cazuela"), de modo que, para la mentalidad natural de ese trabajador, la casa y el barrio necesitan convertirse en una zona de descanso, relajo social y entretención más que en 'otro' trabajo adicional. De ahí la tendencia de esos trabajadores a reunirse en grupos masculinos informales, puramente sociales y de entretención, que terminan por convertirse —más temprano que tarde— en clubes sociales y deportivos. La mayoría de los clubes de barrio son, por eso, tan *antiguos* como la población misma, o como el tiempo que llevan los hombres adultos viviendo en la población (20-30 o más años). Los clubes de barrio son, en la historia local, en muchos casos, más antiguos que las Juntas de Vecinos, Centros de Madres y Talleres Productivos; con excepción, quizás, de los Comités o Cooperativas de



Yo llegué a esta población de ocho años, cuando se fundó la población San Francisco... Había cuatro casas cuando yo llegué.

Vivienda. En este sentido, de hecho organizaron socialmente la comunidad en una etapa primaria, fase en la que los hombres —más que las mujeres— jugaron un rol predominante. Podría decirse que, en la historia poblacional, el liderazgo masculino, centrado en los clubes de barrio, constituyó una *fase arcaica* pero troncal de la organización comunitaria de las poblaciones. El liderazgo femenino corresponde a una fase más *moderna*, pero sería necesario examinar si éste es hoy más troncal que aquél en la situación que hoy se vive y en las perspectivas de desarrollo futuro.

Los testimonios recogidos revelan que muchos hombres adultos se foguearon como dirigentes vecinales antes de instalarse como dirigentes de club de barrio, y viceversa. El liderazgo social dentro de una comunidad puede originarse y desarrollarse tanto en el campo de la 'autogestión' por la vivienda y la urbanización como en el campo de la 'autogestión' por la vida social interna y la entretención local. Los cargos pueden ser intercambiables y rotables. Sólo el paso del tiempo —a escala nacional y local— ha determinado que los hombres se 'refugien' más en un campo que en otro, y que las mujeres se 'desarrollen' más en uno y no en otro.

Sin embargo, puede ser determinante el hecho de que el nivel de pobreza de una población disminuya o se mantenga estancado. Si se mantiene estancado o aumenta, es probable que la crisis laboral de los hombres adultos crezca a un grado tal, que termine por percutir la desintegración de la familia, con un aumento relativo del número de "viudas" y mujeres solas cargadas de niños. Esto, al parecer, impide o bloquea el desarrollo del liderazgo femenino (que requiere una buena dosis de tiempo libre propio de la 'dueña de casa' que tiene al lado un 'proveedor'), prolonga el liderazgo masculino en el plano vecinal, y torna azarosa la vida local de organizaciones sociales tales como los Centros de Madres y la de los propios Clubes Deportivos. Es el caso, al parecer, de la población Dintrans, en el Sector Sur de Rancagua.

En esta población, la situación de pobreza se ha mantenido más o menos igual por más de tres décadas, en tanto los adelantos de tipo material han sido mínimos. El testimonio de la señora María Eugenia Rivera es, en este sentido, elocuente:

—Si usted se da cuenta, en 31 años esta población es poco el avance, y lo que se ha avanzado es por el esfuerzo de la gente... Vivimos marginados totales. Imagínese: si la caseta sanitaria tiene no más de doce años; antes teníamos todos pozos negros. No teníamos alcantarillado. Como los sitios son chicos, imagínese con pozo negro cómo pasábamos. Y aun hoy, la mayoría de la población tiene todavía pozo negro: hay personas de edad, jubilados, viejitos que no saben juntar los papeles que les pedían para postular a las casetas... En realidad nos falta mucho a nosotros acá, porque si usted se da cuenta, a nosotros todavía nos falta pavimentar la mitad del camino principal de entrada. Las calles no tienen ni pavimento ni nada: puro barro, pura tierra en el tiempo de verano... Pero aquí la mayoría de las calles tienen nombres de alcaldes de décadas anteriores... y no hay letreros de ningún tipo: ni 'ceda el

paso' o 'niños jugando'... No hay tampoco locomoción... Aquí hay mucha gente que tiene las mismas mediaguas de hace 31 años atrás. Imagínese cómo estarán. Son de cuando recién llegamos. No sé cómo esa gente puede vivir así y con un sueldo de 40 mil pesos mensuales, con el que no se puede hacer nada. Y por eso aquí hay muchos hombres alcohólicos y niños que desde chicos dejan de ir al colegio, que después se vuelven delincuentes, drogadictos, incluso hay muchos jóvenes presos. Como usted ve, aquí no hay una cancha de fútbol, porque la que hay pertenece al colegio y el colegio la arrienda hasta cierta hora... Aquí por falta de plata los niños no pueden ir a estudiar afuera para estudios superiores y los padres no tienen para darles para la media... Por eso yo digo: 'la vida de la gente aquí es bastante triste'. Hay trabajadores del río que ni tienen previsión, nada: se enferman y no tienen dónde ir. Aquí han habido personas que han muerto por falta de atención. Hay mucha gente que trabaja en el río. Y hay muchos alcohólicos por el mismo problema que ellos se ponen en la entrada de la población y esperan camiones para ir a cargar, y entonces terminan de cargar, se vienen a la casa y en todas las esquinas hay aquí un restaurant... Se toman la plata. Hay cuatro restoranes en esta población que es tan chica, y fuera que hay otro que es clandestino... Hay otros trabajadores que son temporeros, trabajan diciembre, enero... es pega transitoria, y en los meses de invierno toda esa gente queda sin trabajo. Es crítica la situación de muchas personas. Mi marido está cesante ahora: es obrero de la construcción. Ha salido a buscar trabajo, y no hay... Con 31 años aquí, uno conoce a las personas. La gente se queda aquí y nos damos vueltas en un círculo vicioso, porque los hijos de otros se van quedando con los hijos de uno. Somos prácticamente una familia. Yo me casé con una persona de acá... mi hija está pololeando con un joven de acá; aquí mi vecina se casó con una persona de acá. ¡Y tan lejos que nos queda el centro! Yo tengo todas mis hermanas, mi suegra y mis cuñados que viven acá. Todas casadas acá. Yo llegué soltera y me casé acá. Yo quiero hartito a la población. Aquí se muere alguien y toda la gente coopera con la persona que cayó en desgracia. Sabe, yo encuentro razón que la gente tenga rabia. Y digo: 'éste es mi país', pero este país da tan poco, incluso no da ni trabajo; a uno le da pura, pura nacionalidad no más...

139

La comunidad popular, según se aprecia en el testimonio de la señora María Eugenia, se constituye de todos modos, aun si el nivel de pobreza es alto y duradero en el tiempo. Sin embargo, es claro que la enorme precariedad del tipo de trabajo en que se ocupa la mayoría de los trabajadores masculinos de la población Dintrans ha influido en que las organizaciones sociales, tanto mixtas (Juntas de Vecinos), femeninas (Centros de Madres), como 'masculinas' (clubes de barrio) hayan tenido una historia de relativa inestabilidad. A ello ha contribuido, también, el poco interés demostrado por las autoridades en cooperar con los pobladores en el desarrollo urbanístico de una población que, de hecho, está aislada del resto de la ciudad. Los testimonios indican que, al comienzo, la Junta de Vecinos de la población Dintrans fue activa y obtuvo logros importantes, pero, con el paso del tiempo, la agudización de la crisis laboral y la desaparición de los dirigentes 'fundadores', la situación de las organizaciones locales se tornó crítica. El actual presidente de la Junta de Vecinos, don Gustavo Miranda, dice al respecto:

—Con el paso del tiempo hubo un dirigente, que falleció y que en paz descansa, don Manuel Soza, que fue muy activo. Gracias a él se empezó a tener agua, luz. Eso fue como en el año 1968 o 1969... Yo mismo, en mi primera intervención como dirigente, en 1985, fui participante en los trabajos de pavimentación. Eso fue participativo. Después me retiré una época... Pero sólo cuando se comenzó a modernizar el Colegio Blest Gana empezaron las organizaciones acá. Antes, los Centros de Madres, como usted sabe, existían a nivel nacional y había uno también aquí en la población. Ahora el Centro de Madres de aquí como que no funciona y las señoras se preocupan más del Club de Ancianos, que preside la señora Silvia González... Aquí los jóvenes se casan, viven un par de meses con sus padres, y se van. Otros no: siguen aquí, pero en la cuestión del vicio. Hay jóvenes como de 35 años que prefieren dejar a su mujer y sus niños por la marihuana y el trago. Esta generación es mala y es por eso que, como dirigentes, no nos atrevemos a hacer ninguna actividad social... Todo es protesta y puro molestar al dirigente... A veces tenemos que suspender las reuniones de la Junta de Vecinos porque, de 196 casas, ¿se imagina?, llegan ocho personas. Significa que no hay interés... Antes había más asistencia. Ahora estamos trabajando con un caballero que es poblador también, de muy buena voluntad. Don Luis Vergara, él es ex dirigente de un sindicato de la mina de Machalí. Es muy servicial y nos acompaña. Con él estamos logrando la pavimentación de la entrada...

—Pues fue así como empezamos en esta población —dice don Eduardo Cáceres, también de la Dintrans— y yo, como en el segundo período, pasé a ser dirigente en la Junta de Vecinos... Venía gente del lado sur del río y también llegó gente de los conventillos... Después dejé el cargo porque yo no podía seguir aportando... Tuvimos al principio una cancha o campo deportivo que se perdió, quedamos sin él; era muy importante para nosotros, pero por ahí construyeron el Canal de Relave y se acabó. Hace mucha falta en estos tiempos de ahora... Antes la gente llenaba la sede, la llenaba, a veces quedaba gente afuera. Había mucha participación, sí: gran participación; si no iban unos, iban otros, pero la gente se interesaba. Discutían. Antes, por ejemplo, había dos clubes deportivos. Y en el que yo participaba había una rama femenina que en ese tiempo practicaba básquetbol. Y ellas hacían dinero haciendo rifas y se compraron zapatillas, mandaron hacer equipos y salían a jugar a otras poblaciones. No tenían mucho conocimiento de lo que era el básquetbol... pero estuvimos a punto de tener una cancha para básquetbol. Pero, bueno, en eso vino lo del golpe militar y todo se terminó: la rama femenina, el club también quedó tambaleando... Yo estuve fuera bastante tiempo, retirado y pasaron varias directivas sin experiencia, creo yo, porque cuando uno quiere algo se da la pelea y se resiste, con todas las dificultades que puedan haber... El club estuvo botado como cuatro años, a lo mejor cinco, hasta que nos propusimos algunos (a lo mejor amigos que participaban antes: 'los añejos', como nos llamamos nosotros) reflotarlo. Y ahí está ahora: funcionando, y todos los jueves se reúnen en la sede. Hace como tres o cuatro meses que está funcionando... Al principio este club tenía un nombre que decía mucho: se llamaba Juventud Rebelde, y yo me imagino que en ese tiempo hablar de rebeldía era muy delicado; entonces se optó por cambiarle el nombre y ahora somos Juventud de Alianza... Pero no tenemos cancha y esto significa que hay que salir todos los domingos a jugar afuera y esto significa el doble de gasto económico de las personas que participan. Y aquí comienzan los problemas...



¿Qué hace la gente aquí para recrearse? Nada... Pero si hubiera una cancha de fútbol o babyfútbol iluminada, los chicos estarían hasta tarde jugando, tendrían en qué entretenerse.

(Población Dintrans, sector Areneros, carretera del ácido)

No hay duda de que la dictadura militar, aparte del control directo que intentó establecer sobre las Juntas de Vecinos y contra todo lo que sonara a 'rebeldía', implicó un cambio radical en la situación global del empleo, lo que sin duda paralizó de algún modo el empuje inicial de la Población, desestabilizando de paso tanto las Juntas de Vecinos como el Centro de Madres y los clubes deportivos. Es notable que, en la población Dintrans, pese a todo lo ocurrido, el club deportivo haya recuperado gran parte de la convocatoria social de antaño. Lo mismo ha sucedido con los clubes de otras poblaciones de los sectores poniente y sur de Rancagua. Y es también notable que la recuperación de los clubes colapsados ocurriera aquí también por la acción restauradora de los que don Eduardo Cáceres llama "añejos"; es decir: los hombres adultos. Es el caso, por ejemplo, de don Miguel Ramos Pozo, que ha vivido cuarenta años en la población Baquedano:

—Antes había dos clubes deportivos aquí: uno se llamaba Independiente Tropezón, que desapareció, que era del sector donde comienza el Regimiento hacia arriba. Al principio se llamó Naretto, en homenaje a un caballero que ayudó mucho, pero el Independiente desapareció. El otro era el Unión Baquedano, que era del sector de acá. Había rivalidad entre los dos sectores de la Población... Me acuerdo que hacían varias actividades, carreras, por ejemplo, que las hacían en la noche. Llegaban donde está el puente, el paso a nivel, y de ahí se devolvían para acá. Pero después, cuando apareció la locomoción... Eso había: clubes, pero de juntarse para hacer algo, Junta de Vecinos, nada. Es lo único que había y nada más. Como le digo, el Independiente Tropezón desapareció (la mayoría de los que eran de allí se fueron de ese sector) y el Unión Baquedano estuvo quince años sin funcionar... perdimos quince años... que no supimos... nadie tomaba la iniciativa. Y hacen como tres años atrás... sí, tres años, más o menos... nos juntamos aquí en mi negocio. Habíamos varios e hicimos un club que se llamó Súper Troncal, pero jugábamos solamente 'baby', un grupito de aquí, con algunos trabajadores del cementerio. Y siempre salíamos los mismos. Fuimos a varias partes, a Los Andes, al sur, pero éramos un grupito de siete o de diez y puro baby no más. Siempre nos juntábamos aquí: jugábamos brisca, y de ahí empezamos a conversar. Un día hicimos una reunión, éramos como quince y de ahí salió de nuevo el Deportivo Baquedano... Se tuvo una sede, me eligieron presidente y estuve como dos años ahí. Dejamos bien encaminado el club y ahora está a cargo de otra persona: don Raúl Cornejo, con la señora de él: la señora Arriagada, que es la secretaria y la que ayuda.

La forzosa movilidad de los trabajadores masculinos y la insistente precariedad de su empleo los compulsa con frecuencia a "irse del sector". Muchos fundadores, además —como se dijo—, se mueren o se vuelven demasiado viejos para ser socialmente útiles. Esto erosiona la estabilidad tanto de las Juntas de Vecinos como de los Clubes Deportivos y de otras organizaciones sociales. Sin embargo, la necesidad del trabajador masculino de hallar en su barrio momentos de entretención y relajo social ("juntarse, jugar a la brisca, conversar") lleva a que muchos clubes erosionados por lo dicho más arriba, tras desaparecer, reaparezcan de nuevo, gracias al empuje de "los añejos" (cuarentones y cincuentones) y a la aparición coincidente

de nuevos trabajadores activos que necesitan entretención y descanso (como los “trabajadores del cementerio” mencionados por don Miguel Ramos). Así, los clubes de barrio aparentan tener varias vidas —como los gatos—, hasta llegar a una edad sorprendentemente longeva, mucho mayor que la edad promedio de otras organizaciones locales.

La longevidad de los clubes barriales, significativamente, se asocia a un objetivo simple: permitir y dar “entretención”, no sólo a los hombres adultos y a los trabajadores cansados, sino también a niños y jóvenes y —lo que es más relevante— a las mujeres adultas, tanto en calidad de “señoras” o “esposas”, como en calidad de “deportistas”. El club, aunque regularmente es de origen y fundación masculina, tiende a comportarse como una institución abierta a la comunidad y procura integrar a todo el vecindario, sin distinción de edad o sexo. La simplicidad y universalidad de su objetivo más ostensible (“entretenerse”) lo hace relativamente neutro e inocuo (de modo tal que nadie podría negarse a participar en él), pese a que su sello masculino es igualmente ostensible para todos. Lo anterior queda expuesto en los testimonios que siguen:

—¿Qué hace la gente aquí para recrearse? —se pregunta doña María Eugenia Rivera, de la población Dintrans—: nada. Entrar a un restaurant... Pero si hubiera una cancha de fútbol o baby-fútbol iluminada, los chicos estarían hasta tarde jugando, tendrían en qué entretenerse. En esta época de verano se juntan en la plaza, se ponen a tomar en la calle, como no tienen en qué entretenerse... La sede está con los vidrios quebrados... compraron una mesa de ping-pong, pero los chicos se aburren de esperar que les toque jugar. Nosotras las mujeres tenemos una rama femenina, participamos como quince señoras... pero no jugamos a nada, como señoras nos da lata. Yo, por eso, ciertamente los partidos, y cuando estamos de local yo busco quién quiere jugar con nosotros... Cuando es para afuera va mi marido, como él conoce las canchas. Él es tesorero del club. En general participan unas sesenta personas, entre jugadores y socios, maridos y mujeres... Esta es la única diversión que tenemos nosotros: nos desahogamos, nos libramos de tensiones, pero lo que a nosotros nos gustaría tener sería una cancha... Estar saliendo todo el tiempo para afuera es muy cansador: hay que contratar una micro y según la parte a que vayan, mínimo cobran 12 mil pesos y de repente los chiquillos no tienen con qué pagar...

—Aquí, en el Unión Baquedano —dice don Miguel Ramos— participan sesenta o setenta personas. Se está haciendo una buena labor. Es la única entretención que hay aquí en Baquedano. Y en este sector no hay canchas de fútbol, solamente la que hay en la población Lourdes pa’ ’entro. Imagínese, este sector, ¿cuántos años tiene?, y nunca ha tenido una cancha; sólo la de la Escuela Industrial, que era un peladero, y que después la tomó el Regimiento y de ahí no entró nadie más... Compramos una mesa de ping-pong, pero usted verá que el único día que se abre es el viernes. Pero usted la abre y no llega nadie, si en este sector no hay nadie. No hay niños chicos... Yo he luchado por tener una cancha donde practicar para que los muchachos de aquí no se fueran al vicio, que hoy nos afecta casi a la mayoría. La única cancha que tenemos disponible está a diez kilómetros hacia abajo. Tenemos también una cancha de rayuela, de minitejo, para que los socios se entretengan. Y así, aquí todas las noches llega gente...

El club deportivo puede 'nacer' para satisfacer una necesidad simple de relajo para hombres adultos y trabajadores, pero es evidente que, al persistir la crisis laboral y educacional, se 'desarrolla' como un organización local capaz de evitar o/y moderar la tendencia de los cabros jóvenes a "tomar en la calle" o a practicar otros vicios derivados de las pocas expectativas de empleo estable y educación superior, como sugiere la señora María Eugenia. El club puede ser, pues, no sólo un 'refugio' para hombres adultos, sino también un 'escape' para cabros jóvenes. Su función social puede, así, irse ampliando y complejizando, terminando por ser útil y funcional para otras necesidades más 'vitales' que la simple entretención. En muchos casos, los clubes se han convertido en un polo 'neutral' (no político, ni de género, ni de movilización reivindicativa) de *integración comunitaria*, tanto porque reúnen ochenta, cien o más vecinos y vecinas en la cancha cuando juega el equipo local, o cuando "salen" a jugar a otras localidades (en uno, dos o hasta tres buses), como porque organizan paseos colectivos a la playa, o "anticuchadas", bailes o fiestas navideñas para los niños en la propia población. La "entretención" de una comunidad barrial es algo complejo, que contiene diversas dimensiones: es relajo para el trabajador masculino, polo de reagrupación elitaria para los hombres maduros, centro social abierto de toda la comunidad y 'campo' para el ejercicio y desarrollo físico de los niños y la juventud.

144

El club de barrio se nutre orgánicamente de la misma naturaleza social de la comunidad local. A diferencia de las Juntas de Vecinos (que intermedian 'representativamente' entre la comunidad local y la institucionalidad pública), los Centros de Madres (que tienen una fuerte 'especificidad' femenina) o los Talleres Productivos (que giran en torno a 'especialidades' manuales), los clubes de barrio no tienen por fin trabajar las relaciones con el Estado ni especializarse en una sola actividad funcional: son más 'inclusivos', y se abren en abanico siguiendo las líneas internas e introspectivas de la sociabilidad vecinal. De todas las organizaciones sociales de base, el 'club' es, quizás, la única que incorpora a *todos* los vecinos por igual, según niveles de edad y compartimentos de género (pues incluye "ramas" infantiles, juveniles, de "viejos cracks" y, más a menudo que no, una "rama femenina"). Dada esta composición, no es extraño que los clubes terminen adoptando los rasgos propios de una cooperativa, o de las antiguas "sociedades mutuales", dado que los asociados se ayudan y auxilian, en momentos difíciles (lo que ocurre con alta frecuencia), los unos a los otros. Como dice don Raúl Muñoz, dirigente del Club Deportivo Provincial Patria Joven (que es de "viejos cracks"):

—Nosotros, los dirigentes, somos como diez, y hacemos rifas y a fin de año hacemos un paseo. Nos conseguimos un balneario por ahí que sea más o menos barato, le cobramos re-poco al que sea socio, y nos vamos todo el día. Cobramos una cuota de 3 mil pesos. El otro 'muchacho', el tesorero, le hace a usted de cocinero. Siempre lo hacemos, todos los años y nos vamos por todo el día y lo pasamos bien. Trabaja-

mos harto para eso: hacemos cuatro rifas al año... Hace como ocho años que estamos funcionando así... Yo ahora juego al lado izquierdo... cuando mi padre estaba vivo, yo iba a jugar a Rancagua... había que ser bueno para ir allá..., imagínese de los años que le estoy hablando: eran tiempos en que a la juventud le gustaba el deporte. Pero ahora los jóvenes no están ni ahí: tienen otras actividades que antes no se veían: los videos, las discos... ¿La sede del club? Este local es mío, se lo presto a los 'muchachos' para hacer una reunión. Hacemos convivencia entre todos. Todas las familias se juntan acá. Se juntan puros familiares... Cuando jugamos van como 18 personas: somos pocos. Pero nos hemos mantenido porque nosotros somos todos cuarentones y tenemos un poquito más de responsabilidad, y todos de padres fallecidos. Yo conozco entonces a los hijos. Es una generación que de chiquititos yo los conozco. Me da la impresión que es una cosa bien familiar, que ya no se ve en otras poblaciones. Y antes éramos más, pero se ha marchado la mayoría... Antes se hacían unas fiestas bien grandes, porque era el único club deportivo que existía, pero ahora hay como tres en la Población... Antes había un club de fútbol femenino, otro infantil. Iba toda la gente a participar con todas las familias, ahora no. El club fue fundado en marzo de 1967. Nosotros queremos reunir a la gente, hacerlos participar y pasar un rato agradable, y cuando llegue el fin de año hacer un paseo. El año pasado les hicimos a los niños unas onces bien bonitas. Después nos reunimos, conversamos, incluso vienen personas adultas y son bien recibidas. Mi familia me acompaña en todo esto. Todo se hace con respeto. Nunca ha habido un problema. Nada: somos adultos ya... Claro, a veces los clubes tienen mala fama, pero, gracias a Dios, nosotros no. ¡Somos tan pocos! Cuando viene una persona nosotros 'veímos' cómo es, y si se toma unos tragos, nos 'hacimos' los lesos, y no lo invitamos más. El club lo compone gente sana, trabajadora, de todos los estratos sociales... A mí me gustaría organizar mejor el club, porque hay harta gente joven, porque no es necesario que sea pura gente antigua. Pero... a mí me enseñaron a ser dirigente, pero a los otros muchachos no les gusta asumir nada, no se calientan el mate.

—Por el mismo club uno conoce a toda la gente —dicen los dirigentes del Club Deportivo Unión Oeste, que une a las villas María Luisa y Jardín Oeste— y nunca ha habido ninguna rivalidad entre las poblaciones, y los días domingo salen todos a jugar... Como juntas vecinales estábamos separados, lógico, na' que ver una con la otra... Mire, el sector de acá es bien unido, nosotros festejamos todo, vamos a los matrimonios, pero en el otro sector no es así porque hay mucha gente que es arrendataria, entonces 'que yo no pago esto o no pago nada'. Nosotros juntamos botellas, diarios, nos movimos cualquier cantidad... Participan muchas mujeres y nos estamos preocupando de los puros niños... Para ellas podríamos hacer aeróbica, no sé, pero van todas las semanas a ver los partidos...

El club deportivo Juventud Santa Julia —de la población del mismo nombre— fue fundado el 20 de diciembre de 1965 con el nombre de Real O'Higgins. Fue campeón del campeonato de los barrios en 1991 y "campeones del campeonato nacional de los barrios el año 86 y 87". Es por eso que sus dirigentes dicen: "a nivel de Rancagua estamos bien catalogados deportivamente", y es uno de los pocos clubes que tiene cancha propia.

—El partido de los domingos es importante para todos —afirman sus dirigentes, los señores José Herrera y José Videla—: para el que puede

jugar es importante jugar, y para la persona más adulta es ir a ver jugar a los más jóvenes. Es una entretención, es distraerse. No es la rutina de estar en la casa: es ver otra cosa. Es matar las tensiones de la semana, olvidarse de los problemas y de las deudas, todo al mismo tiempo... Sí, poh, uno entra a la cancha y se olvida de todo, de los problemas, que está enfermo, de todo... Juega especialmente la juventud, pero tenemos los 'viejos cracks', que son los que tienen de 35 años p'arriba, los que fueron buenos pa' la pelota y están en edad y los que no fueron tan buenos. Tenemos también las infantiles y los adultos, y a veces, por temporadas, las ramas femeninas, que se juntan de repente, más hacia el verano. Tenemos uniformes, estandartes y desfilamos como club. Las mujeres participan, cuando se requiere el apoyo de ellas siempre están presentes... De uno modo u otro la gente se identifica con el club. Cuando salimos afuera llevamos más de cien personas, hasta con dos buses... El día sábado nos juntamos a hacer cualquier actividad, o el viernes, y nos tomamos unas cervezas; también jugamos brisca, o dominó. Este club es la segunda casa de todos. Imagínese: yo llevo veinte años acá y siempre he tenido el apoyo del club deportivo, de los amigos; entonces para todos aquí es como la segunda casa. Es bonito... Todos los años les hacemos una once a los niños, allí en la calle, les compramos helados, galletas, queques. Y lo hace el club deportivo con todos los niños, pertenezcan o no pertenezcan al club. En general, es para la población. Para los jóvenes es también como la segunda casa, porque es lo único en que se entretienen: venir a jugar. Y los fines de semana hacemos anticuchadas, campeonatos de brisca, etc. para 'beneficio'. Por ejemplo: la otra semana que viene hay un beneficio para una persona que lo necesita, que está muy enferma y es de aquí, del club...

146

En general, un club deportivo de población opera con una base social 'asociada' que, como mínimo, tiene veinte personas, y como máximo, sesenta a ochenta. En la cancha, durante "el partido de los días domingo" y cuando se sale a jugar 'afuera', esa base puede aumentar a 100 o a 120 personas. Debe considerarse, además, que un club existe no sólo en razón de la sociabilidad comunitaria, sino también en razón de su capacidad para competir en ligas deportivas locales, comunales, provinciales y en "campeonatos de los barrios". Una de las actividades regulares de un club es "concertar" partidos con otros clubes, contacto que se realiza por teléfono pero, sobre todo, a través de la radio local. De modo que la red socio-deportiva de un club de barrio se extiende, también, a lo ancho y largo de la comuna, provincia o —si se está "bien catalogado deportivamente"— de la Región. Pese a que por su origen y obvia identidad masculina los clubes tienden a crear, a veces, una cierta mala fama (porque se toma cerveza en la sede, o porque en los partidos que se pactan 'afuera' el club anfitrión atiende a la visita con sandwiches, empanadas y, a menudo, con chicha y vino tinto, lo que puede dar lugar a borracheras y peleas), lo cierto es que su red social es extensa y perdurable, lo que, a la larga, termina por convertirlo en "la segunda casa" para casi toda la comunidad. Es lo que lleva a las mujeres, en definitiva, a ignorar esa 'mala fama' y a participar en las actividades de esa 'segunda casa de todos'.

La participación femenina se da de dos modos: o en la dirigencia del club, o en la actividad deportiva propiamente tal. Por lo común, los diri-

gentes masculinos son cuarentones o cincuentones que ya no juegan, pero que, por vocación o simple sociabilidad, se hacen cargo de la 'gestión'. Esto implica que, a la rutina de ir al "partido de los domingos" o a los "paseos del club", se suma una serie de compromisos y tareas que sobrecargan el tiempo del dirigente. Nada más natural que interesar a sus respectivas señoras en "cooperar" con esas tareas, dado que ellas ya conocen a la mayoría de los socios a través de los partidos, fiestas y paseos. La rama de "las señoras" es así cooptada más o menos directamente a los niveles de 'dirigencia', pero para hacerse cargo de tareas 'subdirigenciales', tales como secretaría (que incluye "concertar" los partidos a través de la radio o por otros medios), tesorería y aun subtesorería. Por tanto, la gestión de un club (rol que no asumen los que sólo quieren "jugar") tiende a quedar en manos de las "familias fundadoras" (constituyendo una especie de gerontocracia), que son las que se esfuerzan por imponer valores de compromiso institucional, responsabilidad administrativa y seriedad ética. O, como dicen ellos: "normas de respeto".

—Este club —dice el señor Palma, presidente del Club Deportivo Slater, de la población Lourdes, fundado el 27 de noviembre de 1962— arrienda este local, la sede. Estamos pagando 100 mil pesos mensuales, con el sacrificio de todos. Somos los socios antiguos que estamos cooperando, porque con los jóvenes en realidad no pasa na'. Tú sabís que la gente mayor está retirada a los cuarteles: ya no hace deportes. Yo soy mayor... pero nací con el deporte en la sangre... Y la señora que viene entrando es mi brazo derecho. Ella es la señora tesorera. Es un orgullo tener esta señora aquí: ella se pone las pilas a todo dar... Somos como veinte socios los que estamos cooperando y varios están atrasados en el pago de cuotas. Entonces hacemos anticuchos, con harto sacrificio de las señoras, y se venden el día viernes y el sábado, porque estamos haciendo un campeonato, una olimpiada aquí en la población. Aprovecho de invitarlos a todos para que vengan a cooperar...

—Yo me metí a trabajar al club por un chico que tenemos que empezó a jugar en la infantil —dice la señora secretaria—; en la infantil empezó a jugar y nosotros comenzamos a salir a otras partes a verlo jugar... Entonces, después con mi marido nos hicimos socios del club... Y después me metí a ser de la directiva y con ella, mi amiga (la subtesorerera), somos las únicas dos mujeres que trabajamos. Somos las únicas. Igual, de repente, a los partidos van algunas señoras para cooperarnos, siempre cooperan... Nosotras, ahora, con el campeonato, salimos a las ocho de la casa y llegamos a las doce de la noche a la casa, de vuelta. Imagínate: salir con todos los tiestos: hacemos papas fritas, anticuchos, vendemos bebidas, y eso es lo que hacemos, para poder juntar recursos... Y todos los fines de semana estamos clavadas aquí... Llevamos dos meses ya en esto y la cosa ha sido bien entretenida...

—Nosotros tenemos la rama infantil. Una infantil y después vienen cuatro series adultas. Abarcamos la Tercera Edad, la Segunda y la Primera, más los Viejos Cracks. O sea: tenemos cinco series, contanto las infantiles. Y los niños son los que inician toda la cosa... La Directiva está formada por: presidente, don Ramiro Palma; vicepresidente, don Jorge Medina; secretaria: aquí la señora; pro-secretaria, la señora Rosa Palma; tesorera: la señora Isabel; sub-tesorerera: la señora Teresa; directores:

Fuenzalida, Jiménez y Carlos Pinto. El que hace los equipos en la cancha es el señor Guajardo. Así que saca la cuenta, total: como trece personas.

—Todo es aquí tranquilo —dice la señora secretaria— porque no se admite ninguna persona que venga bebida, ni menos que venga a hacer escándalos, atrevimientos ni nada. Ni niños que griten tanto tampoco. O sea: se toma una disciplina bien... que sea tranquilo todo. Que no vayan a haber ni discusiones ni nada de esas cosas. Ni que molesten tampoco. Todos tienen que respetarse: los niños y los adultos.

La rama de las mujeres “que juegan” tiene otras características. Una de ellas es que tienden a trabajar con cierta autonomía. La “rama femenina” del Club Santa Julia, por ejemplo, funciona “por temporadas”, sobre todo durante el verano. En el caso del Club Deportivo Femenino Estrellas del Poniente, centrado en la población Irene Frei (juega fútbol y vóleibol) la autonomía surgió, en parte, por oposición a los clubes deportivos dominados por los hombres, como lo expresan sus socias-jugadoras:

—Es que nosotras miramos por nosotras mismas también —dice una de ellas—; o sea: ¿que ellos, los hombres, van a jugar y nosotras tenemos que estar mirando? Lo que queremos nosotras es participar también, o sea: jugar. Eso es lo que queremos: salir a jugar... Y es que no hay, poh; o sea: los clubes no tienen ramas femeninas; por ser, en Doñihue creo que hay uno y así que allá nos iban a hacer un partido para jugar baby, pero ¡baby!, nosotras queremos jugar ‘fútbol’...

—Sí, pero antes de que organizáramos esto del club —agrega otra socia— nosotras íbamos a jugar a Santa Elena, pero íbamos solas, porque nosotras, yo y mi hermana, buscábamos niñas para jugar, y nos íbamos al Trapiche a jugar. Íbamos solas nosotras, por ser mi hermana, ella siempre, toda la vida, ha jugado fútbol. Yo hace poco que comencé a jugar, pero es bien rico participar en los partidos... ¡me gusta!

—Sí, poh, nosotras; por ser: aquí en la población, en este pasaje que antes era de pura tierra, nos juntábamos todos los niños. Y jugábamos una pichanga con los hombres. Así que siempre jugábamos nosotras con los hombres y todo. Siempre fue así... Yo juego de arquera, me acomoda.

—La Rosa es la mayor, y tiene 33 años, pero las otras todas tienen 26 o 28 años. La mayor lleva harto tiempo jugando y es la que tiene más técnica. Ella sabe lo que hay que hacer y las otras niñas, no. Ella como que es la guía.

—¿Los clubes deportivos masculinos? No sé, no me llaman la atención. Lo único que de repente se dedican a tomar, a pelear, a molestar. Y no respetan al presidente, ni a los niños. Como que no me gusta... Están hechos para que jueguen hombres. Yo pienso que son machistas... Y si ellos trabajan, una también puede trabajar; si ellos juegan una también puede jugar... ¿Cómo va a ser pura casa una no más, puro ser dueña de casa, cocinar, hacer aseo, cuidar los niños? Uno también tiene que tener un espacio para distraerse. Yo pienso que los que piensan eso son de puro machistas no más.

—Ellos tiene derecho a salir a divertirse y todo y una, ¿por qué no lo puede hacer? Una también tiene derecho; o sea: es lo que pienso yo. Es mi manera de ver esto, una también tiene que tener su espacio.

—Ha sido bueno organizarnos, porque nosotras hicimos un show, organizamos campeonatos de baby para hombres, hemos hecho yimcanas,

vendimos anticuchos, papas fritas, empanadas, cosas así. Así que ha sido bueno, hemos sabido aprovechar todo para juntar plata para fin de año.

Las Estrellas del Poniente es un club con personería jurídica, que opera con una base de treinta asociadas como máximo (hay dos hombres en el Club, uno de los cuales es su presidente) y ocho como mínimo. Al momento de la entrevista tenían casi cuatro meses de vida, y desde el punto de vista técnico-deportivo, su rasgo más característico es que, al jugar, van rotando los puestos, para cansarse por parejo. Van a jugar a cualquier parte “solas y vamos con los niños y la que quiere ir a mirar, va, pero cada uno se costea los pasajes”, aunque en general tienen pocos desafíos, porque “tienen miedo que les ganemos”. El día domingo realizan su entrenamiento en un potrero cercano a la población, donde suelen entrenar con los hombres “también”. No le temen al hecho de que el fútbol sea aparentemente más rudo que el vóleibol o el básquetbol y, de hecho, lo encuentran “más entretenido y más fascinante”. Pero lo más importante es que, en definitiva, son un grupo de amigas:

—Somos bien unidas. Bueno, porque trabajamos todas, participamos todas, hacemos convivencias, nos reunimos: de repente, que una conversación, que nos paramos en una esquina o nos juntamos en una casa, pero nos juntamos todas igual. Aunque no vamos a jugar, igual nos juntamos y conversamos.

—Y nos tienen miedo. Siempre nosotras invitamos y nunca vienen, porque nos tienen miedo. ¿A qué van a venir, si les vamos a ganar? Pero así, siempre pensamos en que nosotras vamos a ganar...

149

La sociabilidad vecinal es una necesidad fuerte en los sectores populares. Tal vez mucho más fuerte que en otros estratos sociales. Y es una necesidad de los trabajadores masculinos tanto como de “las señoras”, de la juventud masculina y femenina y de los niños en general. En la medida en que los ‘clubes de barrio’ apuntan a satisfacer esa necesidad, su proliferación, su longevidad, el desarrollo de funciones de cooperación y beneficencia más allá de lo puramente deportivo, se acrecientan. La formación semiautónoma de ramas femeninas, de ramas infantiles, de viejos cracks, la ida a la cancha el domingo, las salidas colectivas y los paseos y fiestas vecinales, etc. no sólo se mantendrán como formas de sociabilidad, sino también como una identidad comunitaria de mucha fuerza que, eventualmente, puede entrar en colisión con las organizaciones ‘especializadas’ o propiamente “funcionales”, tales como las Juntas de Vecinos, los Centros de Madres, Talleres Productivos, etc.

Es un hecho que los clubes de barrio tienden, en cierto modo, a mantener viva la vieja tradición popular de las ‘sociedades mutuales’, los ‘centros sociales’ y las ‘filarmónicas’, propias de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Como éstas, los clubes de barrio expresan la identidad y la autonomía de las comunidades sociales de base territorial; procuran recaudar y administrar sus propios “fondos sociales”, tener su propia sede, tener incluso su propia cancha; tienden, como aquéllas,

a operar como núcleos de sociabilidad, solidaridad y beneficencia; conservan el antiguo respeto por los hombres y mujeres maduros (dirigentes y viejos cracks); despliegan un discurso educativo hacia los niños y la juventud (pese a los incidentes producidos por el alcohol); ostentan orgullosos símbolos de identidad: estandartes, camisetas y recuerdos de hazañas y héroes locales, etc. Se diferencian de la vieja tradición mutualista en que los clubes de barrio no tienen orientación ni función socio-política, ni participan en la gestión financiera de los grandes fondos sociales (administrados en una época por el Estado Benefactor y ahora por las AFP e Isapres). En este sentido, las Juntas de Vecinos y otros 'organismos funcionales' recogen con menos fidelidad la tradición mutualista (que era autónoma), por lo que reflejan mejor, tal vez, la tradición populista (que implicaba e implica algún grado de clientelismo político).

El 'club de barrio' actual —podría decirse— es un descendiente lejano de la antigua 'sociedad mutual' (que al perder, después de 1931, su autonomía financiera y su identidad socio-política sólo dejó libre al vecindario la autonomía asociativa para efectos de sociabilidad de 'entretención'). En este sentido, es una forma asociativa residual, despojada de los componentes más esenciales de lo que es, en sí misma, la sociabilidad comunitaria. Y es este carácter residual, quizás, lo que ha inducido a muchos analistas a caricaturizarlo como una organización irrelevante, o puramente machista, o catalizador de los vicios típicos del "bajo pueblo", etc. Con todo, es demasiado sintomático el hecho de que, en una situación difícil —como la que el bajo pueblo experimenta desde 1973—, se haya convertido en el "refugio natural" de los hombres adultos, en un "escape" para los cabros jóvenes carentes de futuro promisorio, en una "escuela solidaria y comunal" para los niños y hasta en un 'tipo de emancipación' para las mujeres jóvenes de las poblaciones. Y que, por añadidura, mantenga de algún modo su autonomía frente a las presiones oficiales y al neopopulismo. Es una materia que se debe examinar; es necesario reflexionar y discutir si el aislamiento y desvalorización de la sociabilidad de 'entretención' es lo que ha convertido el deporte en un fetiche cargado de símbolos y pasiones que no se conectan, en apariencia, con los procesos históricos trascendentes; o es otra cosa.

También es sintomático que —como se dijo— los clubes de barrio entren a menudo en colisión con las Juntas de Vecinos, los Centros de Madres o con otras organizaciones que operan 'de cara' al Municipio, a la sociedad global, al Estado o a otras agencias, especialmente en relación al empleo de los recursos públicos y, sobre todo, al uso del terreno local accesible a la comunidad. En este sentido, es importante lo que dicen los dirigentes del Club Deportivo Slater, de la población Lourdes:

—Y el otro error malo que se está cometiendo aquí, no sé... no hay que pegarle el palo a nadie... es que los campos deportivos, las multicanchas, se las están entregando a la Junta de Vecinos, cuando no tienen ni idea de lo que es un deporte. Porque tú sabís que la gente mayor está retirada a los cuarteles. No hacen deporte. Yo soy mayor, pero nací con

el deporte en la sangre. Yo creo que ahí están un poquito mal las autoridades.

—Lógico. Ahora tenemos un campo deportivo allá adentro, el Lourdes. Desde diciembre, cuando se inauguró, todavía no somos capaces de pisar la cancha, porque todavía no la entregan las autoridades. No la han entregado y se está haciendo tiras la cancha y no pasa na' con ella.

—Hay un terreno allá adentro que... es una punta de diamante... que-remos nosotros que lo pase la Municipalidad, y que nos lo empreste. No le estamos pidiendo que nos construya la sede. Estamos pidiendo un terreno, un terreno que está botado, donde van a fumar marihuana en la noche. Hay un basural ahí. Nosotros lo estamos pidiendo para tener una sede. Imagínate: estamos pagando 140 mil pesos mensuales aquí, todos los meses. Así se va a terminar la institución. Eso es lo que tiene que ver la autoridad: ayudarnos, no cerrarnos las puertas.

—Mira, como te digo, este club estuvo botado varios años. Nosotros lo recogimos y le empezamos a dar vida... Para arrendar esta secretaría, el que habla, Medina y varios otros hicimos la plata p' arrendar, hicimos el billete que nos están debiendo... Con los anticuchos que estamos haciendo los días viernes y el sábado hicimos la plata pa' pagar y estamos al día, pero todo el tiempo no va a ser esta cosa... La gente se va a aburrir. Tú sabís, yo tengo 65 años, estoy trabajando por el deporte, por los chicos. Yo ya no voy a jugar a la pelota. Yo lo estoy haciendo por ellos, por los pequeños, y porque tengamos más convivencia con la gente. Más convivencia: nos juntamos, conversamos...

—Y a veces nos va malito —interviene la señora tesorera— y sufrimos hartito también. No todo el tiempo nos va bien. Aparte que, yo le digo, están aburridos con tanto anticucho ya, poh. Debemos cambiar el tema, hacer otra cosa, pero aquí ¿qué podemos hacer? Palmita dice: 'Vamos a hacer esto'; él dice, pero las que organizan y preparan todo el cahuín somos nosotras... Pero, en todo caso, es bonito, no sé, poh.

—Y yo le voy a decir que esa multicancha se construyó y se iba a pasar un tiempo a cada club. ¡Pero no a la Junta de Vecinos! No sé qué pasó que la cancha pasó a cargo de la Junta de Vecinos, y la Junta de Vecinos no nos va a llamar a un campeonato ni nos va a ofrecer nada como deporte. No va a ofrecer nada, solamente cobra el arriendo. La cierran y nos dejan fuera.

—Y nosotras tenemos que estar ahí hasta las 12 de la noche, imagínate, afuera, al frío. Estamos ahí que parecemos chupete helado y a veces hay problemas, porque a veces yo le digo al caballero '¿nos presta la cocina?', y él dice 'no, porque salpican con aceite, y que aquí y que allá'. Y nos deja afuera, al lado de la llave.

—La parte donde entrenábamos nosotros es un terreno de la cancha antigua que está botado también y ahí está funcionando el Centro de Madres, que ocupa un pedacito. Es de 30 por 30 metros. Lo ocupa el Centro de Madres, una casa con una cuidadora, y lo demás está botado. Botado, perdido. Pudieron haber hecho un gimnasio pa' que hagan gimnasia las dueñas de casa por último, o alguien, el que quiera, ¿no es cierto? Las quieren pescar todas, y eso no puede ser. Están matando al fútbol, matando al deporte. Porque, ¿qué hace la Junta de Vecinos? Arrienda la cancha y ni una actividad más. No saben ni jugar a la pelota. Por eso, deben hacerse cargo los clubes deportivos. Tienen que estudiar estas cosas.

—Mira —interviene Patricio Saavedra, del Consejo de Desarrollo Comunal del Sector Poniente, del Municipio de Rancagua—, los clubes deportivos alegan que la Municipalidad no debería pasarle las canchas a la Junta de Vecinos, porque no es una organización que está como capacitada para administrar una cancha, y sí un club deportivo. Muchos clubes tienen ese como resentimiento con la institución... Todas las multicanchas las tienen las Juntas de Vecinos.

Es un hecho que el club de barrio, más que ninguna otra institución, necesita espacio propio. La fuerte sociabilidad vecinal que lo define y caracteriza es de dos tipos: la de un centro o club *social* (requiere, por tanto, de una sede apropiada para recibir a toda la comunidad) y la implicada en la actividad propiamente *deportiva* (requiere una cancha, una multicancha e incluso un gimnasio cerrado, o piscina). Todos los clubes entrevistados se quejan de que no poseen ni lo uno ni lo otro; que los recursos que con esfuerzo logran reunir apenas les alcanzan para arrendar una sede o una cancha. Que la política estatal o municipal de construcción de “centros comunitarios” y “multicanchas” es, en general, correcta, pero que, al asignarlos a las organizaciones funcionales (de relación con el aparato público) crean absurdos cuellos de botella y baja utilización social efectiva de esas instalaciones.

152

El punto central parece ser: ¿por dónde circula el flujo social mayor, autónomo, propio de la comunidad local? ¿Qué tipo de organización vecinal recoge más y mejor la verdadera identidad societal de esa comunidad? ¿Desde qué red asociativa vecinal cabe gobernar o administrar mejor el territorio de uso ‘comunal’ (los viejos “ejidos” de las viejas comunidades latinas)? ¿Debe ser la Junta de Vecinos, el Centro de Madres, los Talleres Productivos, los Centros Culturales o los longevos pero empobrecidos ‘clubes deportivos’ típicos del barrio?

El problema parece no ser irrelevante en términos globales, pero en este capítulo interesa examinar la importancia real que, en las comunidades poblacionales, tienen las redes masculinas. Por lo visto hasta aquí, estas redes, por su extensión, densidad y capacidad movilizadora, no son menores ni menos relevantes que las de mujeres. Al contrario: en tanto se abren en abanico al *conjunto* de la comunidad, organizándola por segmentos de edad, sin que exista tampoco discriminación de género (no se registran declaraciones de machismo excluyente), son, incluso, de mayor ‘representatividad’ que las redes femeninas. Su longevidad y capacidad de convocatoria son también mayores, e incluso aparecen con más frecuencia convocando a “las familias” (como tales), que las organizaciones funcionales. La diferencia radica, tal vez, en que las redes y el liderazgo masculinos se concentran más en el lado estrictamente ‘social’ de la sociabilidad comunitaria, que en su lado tradicional o emergentemente ‘político’; lo que podría aparecer como paradójico. La “militancia social” de las mujeres contiene actualmente, en cambio, un innegable elemento de ‘nueva’ política, como se expuso más arriba.

En todo caso, ambas clases de red desarrollan capacidades de tipo autogestionario, tienen memoria de éxitos, contribuyen a crear o consolidar

identidades locales (individuales, grupales y colectivas) y una autopercepción de autonomía. En este sentido, ambos tipos de red son matrices creadoras de “capital social”. Es decir: de capacidades y tradiciones ‘cívicas’ que pueden desplegarse en un sentido u otro y, eventualmente, aplicarse a resolver problemas coyunturales del tipo que sea. Y en cualquier caso, proporcionan los complejos asociativos fundamentales sobre los que se apoya (y desarrolla, al menos hoy) la sociedad civil de tipo popular.

Con todo, no se puede negar que, por origen y sello fundacional, los clubes deportivos son reductos masculinos que, sin embargo, se abren a la familia y a la comunidad. Definitivamente, los hombres no cultivan los componentes de su género en un ámbito químicamente masculino, sino en uno orgánicamente abierto —como se dijo— a los niños, los jóvenes, la mujer, la familia y, en definitiva, a la comunidad. La masculinidad se cultiva, en lo local (dejando de lado el problema laboral), con referencia a ejercicios físicos y a la entretención, pero en presencia y en referencia al contexto global de la comunidad. Hay aquí, por tanto, un discurso de género que —como se dijo— lo pronuncian y personifican los ‘hombres maduros’ (aunque puede ser contradicho en la práctica por los ‘hombres jóvenes’ que juegan, pero que no pueden resolver su problema estratégico: el laboral). Un buen resumen de ese discurso fue expuesto por uno de los dirigentes del club Slater (ya anotado arriba):

—Tú sabís: yo tengo 65 años y estoy trabajando por el deporte, por los chicos. Yo no voy ya a jugar a la pelota. Yo lo estoy haciendo por ellos, por los pequeños. Y porque tengamos más convivencia con la gente. Más convivencia: nos juntamos, conversamos, charlamos.

La naturaleza del discurso masculino es, en última instancia, comunitaria. Pero bajo su amparo surgen, prosperan y sobreviven las típicas formas de entretención y modo de ser masculinos. Expresan esto, en términos de antología, los “clubes de rayuela”. Un esbozo de éstos se expone a continuación.

El Club de Rayuela Unión San Francisco-Lourdes se fundó el 12 de mayo de 1964, con veinte socios fundadores “entre los cuales habían mujeres: estaba la Kunca —muy nombrada entonces— y la hija del Manuel”. El club se cambió varias veces de domicilio, hasta que pudo construir su actual “cancha techada”, según todas las medidas y disposiciones reglamentarias. En la actualidad no hay mujeres-jugadoras. Es, por tanto, un club típicamente masculino.

—A veces los jugadores andan acompañados de sus señoras, pero somos puros hombres. Antes habían señoras que jugaban, en Santiago y Doñihue, ¿te acordai?, y algunas eran mucho mejores que los hombres.

—Esto se juega aquí en invierno, y el verano es tiempo para campeonatos. Entonces se trae el equipo con el que se va a jugar, y se hace un juego aquí y el otro en la cancha del otro. Y todos con ‘recibimiento’... El recibimiento es cuando llegan, temprano... Una vez fuimos a Curicó, llegamos como a las diez y nos atendieron bien, después vinieron ellos

para acá y los atendimos en la misma forma... Bien atendidos. Una vez no más, en Santiago, pasamos hambre... En competencia se dan dos sandwiches y una empanada y después siguen los partidos oficiales, pero acá en el campo, cuando recién uno llega, se toma un vaso de vino o arreglado y después se juega hasta las seis, se come una empanada y juegan hasta las doce y se da un pescado frito...

No hay duda de que “el recibimiento” es el nombre dado a la fórmula masculina-laboral de urbanidad, el modo con arreglo al cual los hombres trabajadores acostumbran a tratarse entre sí: *compartiendo* la entretención, la comida y el trago; es decir: la hora de descanso entre faena y faena. ‘Compartir’ implica dar y recibir; un código social basado en la reciprocidad y la igualdad (excluye, por tanto, la figura del “bolsero”). Entre los clubes de rayuela “el recibimiento” corre por cuenta del club anfitrión; en los clubes de fútbol, en cambio, el consumo de comida y bebida que acompaña a la entretención está abierto al mercado: el que quiera puede vender y cualquiera puede comprar. En este sentido, el club de rayuela es más cerradamente masculino y propio del trabajador con ciertos recursos consolidados. El de fútbol, en cambio, incluye más trabajadores precaristas, de escasos o ningún recurso —que, por lo mismo, buscan ‘refugio’ allí—, lo cual deja campo abierto al juego del mercado libre y a los esfuerzos denodados por financiar las salidas y el consumo correspondiente.

La historia laboral de don Juan Manuel, del Club de Rayuela mencionado, corrobora lo dicho más arriba:

154

—Yo soy nacido en Valparaíso y casado en Constitución. Después compramos allá y aquí llevo ya varios años, más o menos del año 41. Estuve trabajando en El Teniente y después me fui p’al norte, donde estuve trabajando en las salitreras, y cuando estuvo el Presidente González Videla nos echaron p’acá a los comunistas y ahí me costó entrar a trabajar a la Compañía...

—Yo soy el único que tiene tiempo —dice otro de los socios del club— y yo también trabajo. Tengo mis cosas que hacer, trabajo en micas, pero de repente dejo las cosas que tengo que hacer en mi casa para estar en el club.

—Aquí lo único que no cambiamos es el tesorero, que es el dueño de casa, por la seguridad, porque cualquier cosa que necesite el club, él está aquí en la casa.

En el club de rayuela la ‘entretención’ en sí, como práctica —de sociabilidad y de compartir comida y bebida—, es tan importante como la práctica física del ‘deporte’. Esto ha hecho que muchos vecinos —y vecinas— piensen que no son más que “un grupo de tomateras”. Pero, en realidad, es un club social cuyo deporte central incluye el consumo periódico de alimentos y alcohol, en un contexto de competencia formal y conversación libre. Sobre este punto los socios son enfáticos:

—Hoy ya no hay grupos de tomateras, hoy hay reglamentos precisos... Tenemos una Federación de Rayuela de Chile, asociado según normas del Ministerio de Justicia... La rayuela se reconoció dentro de Chile en 1966 o 1967. Hoy está bajo todas las leyes. Nosotros pertene-

ceмос a la Asociación de Rancagua y ésta pertenece a la Asociación Nacional, donde están todos los clubes... Con la personería jurídica hay más disciplina y si llega un carabinero, ahí está la personería jurídica...

—Uno puede quedarse hasta las doce de la noche jugando y no hay ningún problema, a pesar de que hay bulla... Andamos siempre con la talla. Si uno está esperando a ver qué dice el otro pa' tirar la talla...

—La mujer tiene una idea al revés de lo que es la rayuela, y eso que toda la vida la rayuela no le cobra la entrada a las mujeres... Bueno, mi señora podría decir: 'claro, vai al club y llegai curao todas las semanas', y así pueden pensar que el club es pa' puras tomateras. Pero yo, si no quiero tomar, a mí nadie me hace tomar. Es una imagen mala. Del hecho que te pase a buscar un amigo y llegai curao... Yo no tengo problemas, a mi señora yo le comunico todo.

—Todos conocemos a las señoras y para los aniversarios nos juntamos todos también y ponemos esos tablones de ahí y se hacen bailoteos, con orquesta y todo. Arrumbamos todos los mesones p'allá y vamos bailando. Se saca todo eso y no queda nada de la cancha. El casamiento de mi hermana se hizo aquí mismo también y duró hasta las tres de la tarde del otro día... ¡habíamos más de 150 personas! Fuimos los últimos en salir. Se fueron los cantantes y nos dejaron las guitarras y nos pusimos a cantar nosotros. Yo toco guitarra y otro amigo también. Hay varios artistas. Había un pintor también pero se murió hace como un mes atrás.. Cuando un socio se muere el club da una corona y, según, si son de pocos recursos se le hacen unas moneditas para la viuda...

—En la competencia misma se juega por parejas y en total son doce parejas. Juegan seis y luego se hace un intermedio, que sirve para hacer un alto... una copita de vino, con lo que a uno se le arregla el pulso... ¡ja!¡ja! Y para la competencia uno se prepara... Yo le tomaba hasta el día miércoles y ya no tomaba ni el jueves, ni el viernes, ni el sábado y el día domingo andaba impeque, flor... ¡ningún problema! Se hacen maravillas cuando uno tiene ganas...

Las redes masculinas operantes en la población reproducen, de algún modo —según se ha visto—, la red social que se forma en los momentos de descanso en la faena. El trabajo masculino popular es, predominantemente, una tarea física pesada (por ejemplo, el de la construcción) en la que la mujer, de hecho, casi no tiene cabida. De modo que ella, en los momentos de descanso laboral, tampoco tiene cabida: si aparece, es una figura de paso, externa; o sea: un espectáculo. Da lugar a piropos, pullas y conversaciones picarescas. Pero lo esencial es que, en esos momentos, los trabajadores se relacionan entre sí, cara a cara, compartiendo comida, bebida y plática en un claro contexto de igualdad. La estadía en el barrio —tarde, de noche o los fines de semana— es asumida por muchos trabajadores con la misma lógica de esos momentos de descanso: es un momento masculino, de entretención, de comida, de bebida, de "echar tallas" y en una atmósfera de igualdad. La diferencia radica en que, en la faena, el contexto social no es otro que el trabajo pesado y la también pesada autoridad patronal; mientras que, en la población, el momento masculino está rodeado de la comunidad propia. Por eso, la tendencia es 'abrir' ese momento a la comunidad: a los niños, jóvenes y, también, a las "señoras". En este sentido, el rol de "proveedor" (que se cumple de cara a la familia y de 'puertas adentro') se

complementa con el de 'promotor' de actividades sociales, de 'puertas afuera', comunitarias y mutuales, en las que sólo se echa de menos las viejas (y expropiadas) funciones financiero-solidarias y las de carácter político.

La masculinidad popular, en tanto articulada a la comunidad local, no es, pues —según se ha visto— una práctica tendiente a cultivar el 'género' de un modo introvertido, chovinista y excluyente. No aparece, en ningún caso, como un movimiento discursiva o prácticamente orientado 'contra', o en alegato de oposición al otro género. Para las redes masculinas, la mujer es un 'objeto' más bien externo de admiración y deseo si el grupo masculino es de faena o es de esquina, pero es un 'sujeto' o compañera de vida si el grupo es una organización o "club", donde ella es tratada más bien en su respetable calidad de "señora". No hay aquí, en el contexto de estas redes, ni resentimiento ni abuso de género. El problema —por ejemplo— de la violencia intrafamiliar no es algo que se derive de estas redes, sino de situaciones más complejas, normalmente relacionadas con la situación laboral del hombre y con las frustraciones básicas que se derivan de allí, cuando esa situación no es óptima, o es negativa.

La sociedad civil popular como entretejido de redes y transición ciudadana

156

Por lo visto más arriba, puede decirse que la sociedad civil popular no es un conjunto articulado de 'organizaciones', sino una madeja entretejida de 'redes' asociativas espontáneas y más bien de tipo informal. Las 'organizaciones' —que tienden a ser privilegiadas por las políticas sociales y públicas— son, en rigor, sólo la cabeza visible e instrumental de un iceberg de fuerte consistencia social y cultural, profundo e invisible. Y es un hecho que esta articulación vertical de las comunidades populares —donde la masa invisible del iceberg tiende a pesar más como proceso histórico que su cabeza visible— es un rasgo que ha surgido sólo en la fase post-populista y post-dictatorial. O sea: después de 1973. Se trata, pues, de un fenómeno nuevo. Y esta novedad se percibe bien, por ejemplo, en la tendencia de la nueva dirigencia poblacional a sentirse más responsable frente a su "gente" (la masa invisible del iceberg) que frente a las autoridades "de más arriba". Más preocupada de integrarse de modo orgánico a la autonomía de las redes locales que, en actitud clientelista, a la autoridad superior que filtra el paso de 'los recursos'.

El examen —por demás somero— de las redes de la dirigencia femenina y de la dirigencia masculina (sumándolas a las redes de los "cabros chicos" y de los "cabros jóvenes") mostró que, en la sociedad civil popular, hay un movimiento social soterrado que tiene una fuerte 'consistencia socio-cultural propia' y una clara tendencia a consolidar una 'forma vecinal de hacer política'. Que en esa dirección trabajan por igual, codo a codo, tanto las redes bajo conducción femenina como las que reconocen la ya tradicional conducción masculina. No hay duda de que, en esa sociedad civil, se vive un proceso de *transición ciudadana* que se aleja de las formas

clásicas del clientelismo y/o del populismo de masas. Tampoco hay duda —según se desprende también de lo visto— de que esa transición está aún en desarrollo. Que aún no ha culminado. Que aún no se ha manifestado en el espacio público ‘nacional’, o tradicionalmente ‘estatal’, como un movimiento social animado de una clara voluntad ‘política’ de desarrollo.

El punto clave para el análisis se concentra, pues, en evaluar si esta transición soterrada es *reversible* o no. Si las comunidades populares pueden ser empujadas a re-tomar sus actitudes pasivas, meramente seguidoras del vanguardismo partidario y expectantes de los beneficios que tenga a bien dejarles caer el Estado, que fueron típicas de su historia pasada. Si la historia social y popular transcurrida desde 1973 puede ser revertida, anulada y convenientemente reciclada manipulándola desde el timón del Estado y desde el dogma político de la “governabilidad”.

La firmeza y la convicción de los testimonios expuestos invitan a pensar que esta transición ciudadana *no es reversible*. Que las actitudes y conductas que esos testimonios reflejan no están débil y artificialmente implantadas en discursos ideológicos o personalidades carismáticas, sino en un terreno socio-cultural surgido desde el fondo de las memorias populares. Es decir: en el entretrejo de identidades infantiles, juveniles, femeninas y masculinas construidas a pulso, a partir de experiencias propias, sobre la base de una permanente autogestión y en orgánica relación con los contenidos atesorados en la memoria social de los propios pobladores. Porque haber conquistado una casa propia, urbanizado una población, construido un sector de la ciudad y tejido punto a punto una densa madeja de sociedad civil, es una odisea que no sólo da para recordar y construir identidad, sino también para sentir orgullo y soberanía, o rabia y rebelión, que son enraizamientos profundos en una *cultura propia*, que en nada se asemeja a los antiguos y volátiles enraizamientos en las abstractas ideologías declamadas por los partidos populistas del pasado.

La sociedad chilena, en este sentido, está parada sobre un iceberg profundo, cuyo movimiento —tal vez— no está siendo suficientemente comprendido. Y respetado. Lo cual puede complicar el momento en que ese cuerpo histórico profundo, removido por alguna coyuntura agitada, aparece de lleno en la superficie.

Capítulo VI

Las escuelas, las profesoras: ¿actores de la sociedad civil popular?

¿Para quién trabajan las escuelas 'sociales'?

Desde un punto de vista convencional, las escuelas preparan a los niños para *integrarse* 'obedientemente' al modo de vida y sistema de funcionamiento de la sociedad global (entendida ésta como el conjunto de personas adultas que vive conforme a ese sistema y ese modo de vida). Desde la perspectiva oficial, la Escuela es uno de los mecanismos que utiliza la sociedad global para reproducirse como 'sistema' y como 'modo de vida'; o sea: para reproducirse a sí misma como sociedad organizada. Puede, por tanto, decirse que la Escuela existe en tanto contribuye a reproducir ese sistema, *asegurando* que las nuevas generaciones lo respeten y obedezcan desde niños, de antemano y por adelantado. Hacer esto es, sin duda, una gran tarea y hasta un gran honor, pero lo cierto es que significa también trabajar 'conforme' los parámetros sistémicos y 'en acuerdo' al modo dominante de vida, lo que tiene atado el riesgo o problema de que esos parámetros y ese modo dominante 'pueden' ser socialmente injustos y cívicamente desiguales. Y esto puede producir un desacuerdo entre las 'reales' necesidades de los niños y las 'formales' necesidades del sistema. Puede, pues, darse el caso de que las escuelas, por servir bien a su señor (el sistema global de la sociedad) no sirvan igualmente bien, en profundidad, a los niños que reciben (y que llegan a ellas con la esperanza de superar sus dificultades 'reales').

Al observar ese 'riesgo' en una perspectiva histórica, se constata que, en Chile, nunca la Escuela se ha definido como un órgano o instrumento de las necesidades *reales* de los niños que recibe (sobre todo, de los que provienen de la 'baja sociedad civil'); o sea, que si el sistema no está

satisfaciendo esas necesidades (o que, peor, las esté produciendo), la Escuela preparara entonces a sus alumnos, desde pequeños, para ‘cambiar’ los parámetros sistémicos que estén produciendo esas necesidades y problemas. Como que la Escuela sólo ha sido y es un instrumento del ‘sistema social’ para mejor disciplinar y gobernar la sociedad civil, y no un instrumento de ésta para *enseñar* a ese sistema lo que *debería* ser. ¿Por qué los procesos educativos deben estar controlados, de modo exclusivo y reglamentario, sólo por los agentes del sistema dominante? ¿Por qué la sociedad civil (esto es: el conjunto de los ciudadanos con experiencia de realidad y conciencia cívica) no puede, libre, informada y democráticamente, regular también esos procesos? ¿Por qué debe primar el aprendizaje de la ‘obediencia’ y no el de la ‘soberanía responsable’? ¿Por qué asegurar que se reproduzca siempre lo mismo y no lo nuevo, lo justo y lo emergente?

La definición ‘oficial’ del rol histórico de la Escuela no sólo presupone que el ‘sistema’ tiene más preeminencia en la educación que la ‘soberanía’ (o que los problemas reales), sino que, por añadidura, presume de que *todos* los niños tienen, en ese sistema, la *misma* posibilidad de ‘integrarse’ a la sociedad global. O que basta la existencia de ‘iguales oportunidades’ para que todos los niños resuelvan todos los ‘problemas desiguales’ que los afectan. Las definiciones oficiales del rol histórico de la Escuela han excluido o ignorado dos hechos de enorme relevancia: 1) el peso protagónico de la soberanía civil, que trasciende las tendencias auto-reproductoras y conservadoras de los sistemas y, 2) el peso histórico de las desigualdades reales que estratifican y tensan por dentro la supuesta igualdad interior de la sociedad chilena.

Pues, ¿qué rol realmente responsable puede asumir la Escuela cuando la sociedad está de tal modo estructurada que *no* todos los niños pueden, realmente, integrarse hasta el centro del modo de vida que se estima socialmente óptimo? ¿Cuando, por ejemplo, las Escuelas están trabajando concretamente con niños que tienen baja o cero posibilidad de integración? ¿Cuando, con amargura, sus profesores verifican, al cabo de casi medio siglo de esforzado trabajo pedagógico, que la mayoría de sus egresados *permanecen* girando en círculos en su misma vieja marginalidad? ¿Es que, por reproducir funcionariamente los parámetros del sistema terminan al final reproduciendo los contingentes sociales de la temida marginalidad? ¿Es que, en último análisis, tienen que servir a dos señores: al inapelable ‘sistema’ y a su indeseable ‘clientela marginal’; enseñando, por un lado, ‘obedecer’, y por otro, a ‘solidarizar y resistir’? ¿Frustrándose como profesores por un lado y realizándose (sólo afectivamente) por otro?

Se podría decir que, cuando hay una sociedad global heterogénea (como parece ser el caso de la chilena), las escuelas se dividen, al menos, en dos tipos: las que se mantienen trabajando para la integración social efectiva, y las que terminan trabajando para la ‘ilusión’ de integración y el desarrollo ‘real’ de la cultura de no-integración. Es evidente que el proceso educativo, desde que se ve abocado a trabajar con niños y adolescentes que tienen bloqueado su acceso al modelo de vida

central de la sociedad global, se convierte en un proceso distinto, con un *sentido* distinto al apresto cognitivo y formativo de los niños que sí se integran a la sociedad global. La diferencia la da el hecho de que los docentes, en ese caso, se ven constreñidos a solidarizar con la situación global de los niños ‘excluidos’, a desarrollar un tipo de educación de emergencia, dirigida a reponer de algún modo los fundamentos de vida que han sido rotos por la crisis y la desigualdad, y a *acompañar*, casi terapéuticamente, los muy complejos procesos de vida e identidad marginales.

Si eso ha estado ocurriendo por tantas décadas, ¿podrán alguna vez las escuelas no sólo identificarse a medias o a hurtadillas con las necesidades reales de la sociedad civil marginal con la que trabajan, sino *plenamente*, desarrollándose por completo en esa dirección? ¿Cabe hoy día, ya, plantear que la ‘resistencia civil’ —o la ‘presión civil marginal’ que apunta al *cambio social*— puede, legítimamente, ser un objetivo educacional válido, que puede ser tratado metodológica y funcionariamente? ¿Tanto como los objetivos ‘conservadores’?

El debate teórico (y político) de esa posibilidad puede ser, sin duda, intenso y largo. El desarrollo sistemático de escuelas de tipo social que se concentren de lleno en las necesidades reales de su clientela marginal y en su presión lógica para realizar los cambios necesarios del ‘sistema’, es una cuestión política que, con mucha probabilidad, por su carácter candente, será largamente tramitada y postergada. Sin embargo, los hechos indican que, en Chile, existen escuelas —y no pocas— que pertenecen más a la autogestión y modo de vida de la sociedad civil ‘marginal’ que al modo de vida y poder formal propios del ‘centro integrado’ de la sociedad global. Que, quiérase o no, son colegios que se ven forzados a trabajar a dos niveles, con doble estándar, en el mismo filo de la navaja que significa trabajar para dos señores al mismo tiempo. Es lo que se deduce al examinar la historia, rol y realidad educativa de las escuelas Jean Piaget y Blest Gana, de los sectores poniente y sur de Rancagua, respectivamente.

Ambos establecimientos se han ‘especializado’ en trabajar con niños y adolescentes con una muy baja posibilidad de integración real al declamado corazón de la sociedad global chilena. Operan sin tapujos, desembozadamente, con la ‘ilusión’ de la integración y la ‘realidad’ de la exclusión. Trabajan con esfuerzo y cariño para ‘preparar’ niños que —en su mayoría— terminan abandonando los estudios para ‘salir’ a trabajar en cualquier empleo y dar inicio, así, a un largo vagabundaje por toda la periferia del (flexible) mercado laboral. Vagabundaje que, para muchos, puede durar toda la vida. Y es por eso que estos establecimientos trabajan también, con no menos esfuerzo y cariño, para *humanizar*, en los niños y adolescentes afectados, la crisis que reproduce la marginalidad y la negación de futuro que ese vagabundaje perpetuo representa para ellos.

Es un hecho que el Jean Piaget y el Blest Gana son colegios ‘de’ la sociedad global, ‘para’ la integración social, pero cuya tarea real consiste, sin embargo, en ‘humanizar la marginalidad’. Esta paradoja implica muchas cosas —como luego se verá—, pero, sobre todo, significa asumir la

situación, perspectiva y lógica de vida del sector marginado de la sociedad global; más precisamente: significa traspasar estos colegios, en la práctica real, del área estatal (o municipal) al área civil. Y en este caso, al extenso territorio de la sociedad civil popular.

La pobreza real —o la exclusión real— es un agente educativo que opera *in situ*, en el mismo terreno local, y es o puede ser tanto o más influyente, en el proceso educativo concreto, que el Estado, el Municipio o el conjunto de la Sociedad Global. Los profesores obedecen al agente educativo formal, pero en su vida profesional solidarizan con el agente educativo informal. Así, de corazón, terminan educando desde el contexto social que produce los problemas de aprendizaje de los niños; desde la realidad que les llega a través del llanto o la rabia de sus alumnos o de las dolidas explicaciones de padres y apoderados; desde el depresivo espectáculo social de la calle, que ven al llegar o al salir de los establecimientos donde trabajan; desde la solidaridad humana que se despierta en ellos detrás de su formación profesional y funcionaria; desde —en definitiva— su condición de actores vivos, solidarios, compensatorios, de la comunidad local y de la vida en círculos de las poblaciones marginales. Las historias de vida de los profesores ‘sociales’ revela que, en último análisis, su verdadera labor educativa consiste en ser un poblador más, cuyo trabajo autogestionario consiste en producir ‘sentidos’ para la vida marginal, para las identidades de emergencia que levantan los jóvenes, y para paliar los lazos afectivos rotos por la misma crisis de exclusión. Por tanto, estas escuelas y sus profesores son, en un sentido histórico, actores que se han ‘integrado’, no al corazón moderno de la sociedad global, sino, más bien, al proceso humanizante de la sociedad civil popular. O marginal.

Con todo, aunque de hecho pertenecen a esa sociedad civil, estas escuelas —así como otras del mismo tipo— realizan una labor solidaria pero, en definitiva, transitoria, de acompañamiento. O sea —como se dijo más arriba—, de humanización afectivo-ideológica de la marginalidad; proceso en el que se mueven enmarcadas por límites etarios y límites programáticos. No acompañan a sus educandos por toda la vida; no convierten su experiencia amarga en discursos críticos o proyectos históricos de cambio estructural; no transforman la resistencia rebelde o la adicción escapista en un movimiento social de humanización real de ellos y de toda la sociedad global. En otras palabras: no son escuelas que asuman de lleno, en su totalidad, las verdaderas necesidades educativas del segmento de sociedad civil al que pertenecen por función real y sirven porque no hay otro remedio. Su acompañamiento humano es transitorio y limitado: se concentra en los niños, se refugia dentro del espacio físico de la escuela y su trabajo queda, en los jóvenes y adultos, como un ‘recuerdo’ positivo, humano y compensatorio. Como un sustituto de papá o de mamá, que no era, a la larga, ni papá ni mamá. Ni Estado, ni Mercado, ni solución real, sino un endulzante de la vida; valioso en sí mismo pero, a la larga, inofensivo e ineficaz.

Lo dicho puede parecer duro e injusto, pero los testimonios que siguen revelan eso, y mucho más, como se verá.

Las escuelas de los sectores Sur y Poniente de Rancagua

El Colegio Blest Gana, de la población Dintrans —en el sur de Rancagua— fue ‘fundado’ hacia 1967 o 1968 (ni los pobladores ni los profesores tienen muy clara la fecha). Como la población fue levantada a orillas del río, al comienzo los niños tuvieron que ir a escuelas que quedaban muy distantes (“tuvieron que ir al Centro o a Bultro”). En vista de eso, los primeros dirigentes decidieron pedir que se fundara una escuela dentro de la misma Población.

—Había una directiva de tres personas por la época —dice don Eduardo Cáceres— cuando vino un señor Subsecretario de Educación (si no me equivoco), donde se le planteó la necesidad de tener un par de salas como mínimo para que los niños no tuvieran que ir al Centro o a Bultro... Bueno, este señor se comprometió... y a los dos meses llegaron las dos salas de madera (las que se desarmaron no hace mucho tiempo, por este rincón). ¿Qué hicimos nosotros? Como dirigentes asumimos que nos pusieran el cemento, nosotros los areneros participamos con el material y nosotros mismos hicimos el trabajo, entre los tres dirigentes y como dos pobladores más. Para tomar el nivel se emparejó, se revolvió el concreto y se hizo el cimientito para que se instalaran las salas. Eran dos salitas de madera. Y se empezó también a hacer clases en la sede social, que fue el nacimiento del ‘anexo’ de la Escuela... Y así nació el interés. Imagínese: ¡tener la Escuela a un paso! ¡En el medio!

—Este establecimiento empezó a funcionar no sé si a fines del 68 o del 69, producto de que se creó aquí la Población —dice don Enrique Maturana, ex profesor de la Escuela— y yo llegué aquí en mayo de 1970. Había una sola salita para cuatro cursos. La Escuela partió como un Anexo de la Escuela 80, que está en la población Rancagua Sur, y ya entonces éramos tres profesores. Yo tuve que trabajar en el templo evangélico, porque lo prestaron, donde funcionó una salita; una ruca, que ya desapareció. Boris funcionaba en la sede comunitaria... El año 70 había campaña presidencial, entonces llegaron en agosto a montar una sala de éstas de paneles con radier, y ahí dejamos el templo evangélico y pasamos a ocupar esas dos salas y la sede. El 73 se construyó una sala más, que está por allá... ¡Había una pobreza tan grande de los 120 niños que atendíamos! Muchos iban sólo por la alimentación escolar... Una pobreza enorme. Para dar fe de la pobreza que se veía entonces fue la nevazón del 71, si no me equivoco. A mí me tocó ayudar y creo que no había visto nunca tanta pobreza. Las fonolas se hundían con el peso de la nieve, los pozos se rebalsaban ¡qué sé yo!

—Yo fui el primer director que trabajó en la escuela recién inaugurada de la población Dintrans —dice don Enrique Jara—, fue como en el año 70. Tenía dos salitas. Bueno, era todo precario. Esa escuela no tenía agua potable, baños, ni tampoco luz eléctrica. Mucha gente se preguntaba cómo podía funcionar sin esos elementos, que son tan imprescindibles para una escuela, por muy básica que fuera... Yo me alegro ahora que la Escuela esté funcionando tan completa, porque tiene kinder, comedores... Antes era un lugar totalmente abierto y todos los niños que

no iban al colegio estaban ahí, metidos en las salas. Muchas veces habían peleas grandes, se quebraban vidrios. No había ninguna comodidad e incluso algunos niños quedaban de pie toda la mañana o toda la tarde... Por eso, algunas instituciones comenzaron a ayudar: el Club Auca, por ejemplo. Ellos nos forraron una sala de clases con madera, porque no estaban forradas y eran muy heladas. Empezamos a recibir alimentación: había una apoderada que les hacía de manipuladora de alimentos; teníamos como sesenta alumnos, pero las raciones alcanzaban sólo como a veinte. Muchos niños trabajaban y venían a Rancagua a vender el diario o ganar 'el corte', como decían ellos...

—Yo ingresé al servicio el 4 de julio de 1976 —dice don Patricio Arratia, ex profesor del Blest Gana y actual Supervisor de la Dirección Provincial de Educación— a ese Colegio. Estaba bastante abandonado ese establecimiento. Mi sala era grande, pero sin ninguna comodidad; eran tres las hileras de ventanales que tenía, pero de las tres sólo la parte de arriba tenía vidrios, porque en la de abajo no quedaba prácticamente ninguno... En ese tiempo no teníamos cocina, ni comedor, ni luz eléctrica... ¡estábamos colgados, porque tampoco teníamos medidores! El patio de la Escuela era todo lo que la circundaba, hasta el paso de vehículos. Como divisoria teníamos nada más que una alambrada, por donde entraban los perros, los chanchos, los animales... ¡todos querían asistir a clases! Tenía que dejar a los chiquillos en la sala y partir a prepararles el desayuno, que consistía en una leche con chocolate o la alimentación que en ese tiempo daba la JUNJI... No teníamos manipuladoras en ese tiempo y los profesores se encargaban de prepararles la alimentación a los niños, en forma conjunta con los apoderados. Las señoras se ofrecían para hacer el almuerzo, voluntariamente... En invierno, cuando llovía, ya como a las diez ya no se podía hacer clases, porque la mitad de la sala estaba totalmente inundada...

163

La 'fundación' de la Escuela Blest Gana se debió, pues, a la gestión y al trabajo colectivo de los pobladores mismos, de los profesores, de algunas instituciones privadas locales, de las apoderadas que colaboraban en la "manipulación de alimentos" y, también, del Estado. La Escuela surgió casi del mismo modo como habían surgido las mediaguas de los pobladores: con el mismo aspecto exterior de campamento, de emergencia, de pobreza. Como si fuera más una 'obra privada' decidida y ejecutada por la baja sociedad civil del sur de Rancagua, que una 'obra pública' decretada y ejecutada por el Estado. Fue fundada hacia 1968, pero diez o doce años después —como muestran los testimonios anotados arriba— su mimetismo con la población popular a la que servía seguía siendo casi total. A treinta años de su fundación, la Escuela muestra progresos importantes, pero sin perder mucho de ese mimetismo. Otros testimonios, grabados a fines de 1998, así lo demuestran:

—Nosotros tenemos ahora harto apoyo —dice la señora Zulema Meneses, actual Directora del establecimiento—, sobre todo de la Corporación, y en cuanto a recursos. Esta es una escuela muy chica, con muchos problemas, y hay bastante deterioro, pero la Corporación siempre está pendiente del Colegio, siempre nos está ayudando. Por ejemplo: hace poquito no más cambiaron todo el techo del primer pabellón, le pusieron zinc, porque el pizarreño lo quebraban las piedras que lanzan los chiquillos... Nosotros estamos trabajando aquí con tercera jornada, sacando primero

y Segundo Medio. Para el próximo año queremos que la gente eleve su calidad de vida mediante la educación, queremos que saquen, los que tienen cuarto básico, el quinto y sexto; los otros, séptimo y octavo, y los otros Primero Medio y seguir con toda la enseñanza media... Vamos a hacer campaña casa por casa... Mientras más estudien, más elevada su calidad de vida... Así que en eso estamos empeñados ahora, no importa lo que nos cueste en sacrificios...

—Yo llegué al sector este año, 1998 —dice Norma Carrasco, profesora del Colegio Blest Gana— y desde el principio me impresionó harto, harto, harto, porque el tipo de niño aquí es muy diferente al de otros sectores: son muy carentes de cariño, de interés, de preocupación. O sea: es un sector completamente desposeído. Son niños que realmente necesitan mucha dedicación, mucho apoyo, entregarse mucho a ellos... Los niños llegan, abandonan después... ¡qué sé yo! Yo tengo alumnos de doce y trece años en cuarto básico, y son niños que han abandonado y después retoman otra vez.

—Una cosa muy triste es que ellos tienen poca proyección hacia el estudio —agrega Amelia Donoso, también profesora del Blest Gana—, a salir de este medio. Hay aquí una sociedad limitada en la que ellos han vivido día a día... De repente tienen comida, pero después pasan a lo mejor un mes a medias y esperando que venga el tiempo de verano en que hay más posibilidades de trabajo. Por eso ellos son busca-vidas: se van a la ribera del río, buscan botellas, tarros, latas, cartones, etc. y así van saliendo adelante. Ellos no se sienten como gente de Rancagua, sino como una comunidad aparte y les hace falta como un sentido de pertenencia... Pero no se ve ese nivel de pobreza triste, esa pobreza sucia... No, no se ve eso, todo se ve realmente muy digno... Yo creo, sin embargo, que ha ido cambiando un poco la mentalidad, porque en este último octavo, un gran número de niños del curso se presentó a dar exámenes de admisión y todos quedaron donde se presentaron.

164

Después de treinta años de trabajo, el Colegio Blest Gana *sigue*, pues, intentando perseverantemente “elevar la calidad de vida” —como dijo su actual directora, la señora Zulema— de los pobladores de la Dintrans. A ese efecto, ha mejorado la planta física del establecimiento, ha aumentado el número de profesores y de cursos ofrecidos, abarcando ahora a niños de Kinder, jóvenes y adultos. No obstante los intentos realizados y el “costo en sacrificios” de apoderados y profesores, el objetivo estratégico de elevar la calidad de vida de esa comunidad popular no ha sido alcanzado plenamente: la población Dintrans *sigue* afectada casi por los mismos problemas que tuvo en sus orígenes. ¿Cuál ha sido y es, por tanto, el rol efectivo y real que este establecimiento ha jugado en el desarrollo de la comunidad popular que vive en esa Población?

El Colegio Jean Piaget —del Sector Poniente—, aunque tuvo un origen distinto, se encuentra, al término de *siete* décadas de trabajo, ante una situación parecida. El colegio fue fundado, según su directora actual, en 1928, con el nombre de Escuela Superior n° 5, que en el año 1969 se trasladó a su actual ubicación en la población Lourdes y próxima a la San Francisco, donde empezó a educar también varones. En 1978 fue denominada Escuela F-26 y en 1986, por iniciativa de la Municipalidad, fue rebautizada con su nombre actual: Colegio Jean Piaget.

—De la Población misma podría decir que para el Censo de 1992 teníamos 6.415 habitantes —informa la directora, María Teresa Saravia— con 52 por ciento en rango de pobreza neta. Nuestros alumnos son de nivel socioeconómico y cultural deprimido, su lenguaje oral y escrito y su autoestima son deficitarios. En este momento el Colegio tiene casi quinientos alumnos distribuidos en 17 cursos, de Kinder a Octavo Básico. Cuenta con un jardín familiar y un plantel docente de 25 profesores, personal administrativo y dos auxiliares... El Colegio tendría a esta altura 71 años de antigüedad...

El Jean Piaget, al igual que el Blest Gana, ofrece cursos de recuperación para adultos. El primero tenía, a fines de 1998, 46 alumnos en ese tipo de cursos.

—La realidad del Colegio alarma mucho —continúa doña María Teresa— porque yo tengo acá un alto porcentaje de alumnos con problemas socioeconómicos graves... Año a año la situación se ha ido deteriorando, en vez de mejorar. El diagnóstico de los alumnos ha sido como más cruel, año a año... El niño se ve enfrentado a más problemas... Tenemos una Escuela muy particular, ¿no?, porque es una escuela, que aparte de tener la función de educar, es una escuela como guardadora de niños. El apoderado nos confía sus niños para cubrir todo lo que son sus necesidades básicas: la parte del afecto, alimentación, vestuario, útiles escolares, etc.; entonces nuestros niños tienen características diferentes a los de otros colegios, donde la misión es exclusivamente entregar conocimientos, formación de valores, hábitos, etc. Acá el Colegio tiene que preocuparse más allá de eso: del aspecto personal y social, incluso de la salud del niño (las consultas al médico, al dentista, al oculista), que todo eso lo ofrece el Programa de la Junta de Auxilio Escolar... Aquí muchos trabajos tienen que ser encauzados a solucionar necesidades de sus casas, como por ejemplo: confeccionar un lustrín, una banca, hacer una lámpara, buscar actividades para que ellos puedan aprender, también, un oficio. Las niñas aprenden educación para el hogar, repostería, a poner la mesa, a seleccionar los alimentos más nutritivos... Cuando salen de octavo, la mayoría de los niños sigue estudiando: Primero Medio, Segundo... pero por Segundo o Tercero Medio algunos ya desertan, por razones de trabajo la mayoría de las veces... A la Educación Superior son pocos los que pasan. Nosotros tratamos de derivarlos hacia escuelas de tipo técnico-agrícola o profesional... Yo encuentro que es una lucha constante el tratar de sacarlos adelante, por parte del colegio y por parte del hogar. Sí: cuesta mucho... ¡uf! con algunos niños tú a veces te sientes derrotada. Así, el trabajo de nosotros en el colegio no lo hace cualquiera...

El Jean Piaget, como dice su actual directora resumiendo las siete décadas de vida de ese colegio, es una escuela “que aparte de tener la función de educar, es una escuela como guardadora de niños”, que debe “cubrir todo lo que son sus necesidades básicas” y debe preocuparse de mucho más que de la mera entrega de conocimientos y de la clásica formación de hábitos: debe ocuparse “de todo lo personal y social” de los niños; es decir: debe identificarse con el problema específico de una determinada comunidad popular, sumarse a la lucha que ésta da para remontar la desventaja estructural con la que parten sus niños, etc. Es, pues, como dice la señora María Teresa Saravia, “una escuela muy particular ¿no?”.

Aquí se plantea el mismo problema que ronda la sacrificada labor de los profesores del Blest Gana: ¿hasta dónde la educación es capaz, por sí sola, de elevar la calidad de vida de una comunidad popular? ¿Cuál es el rol real de la educación cuando los otros agentes de desarrollo social *no* trabajan eficientemente, al punto de que la calidad de vida permanece estancada en el mismo nivel que hace tres, cinco o siete décadas atrás, pese al esfuerzo denodado de los profesores? ¿Cómo es posible que una Escuela formal, bien tenida y dirigida —como la Jean Piaget— siga, al cabo de más de medio siglo, lidiando contra la *misma* muralla? ¿Cómo es posible que sus profesoras digan que en esa “lucha constante” se sienten a menudo “derrotadas”? ¿Qué es, exactamente, aquí, educar? ¿Para qué sirve, aquí, la educación formal?

Marcela Díaz, que ingresó como profesora al Jean Piaget en 1983, confirma la visión de la señora María Teresa:

—El Jean Piaget es un colegio bien especial. Un colegio con características de bastante deprivación social. Bueno, nosotros trabajamos mucho con niños deprivados socialmente, que tienen trastornos de aprendizaje... Hay un porcentaje de alumnos que vienen de hogares institucionalizados: el Hogar de Menores, el Hogar de Cristo... Otro porcentaje son niños de familias anucleares: la mayoría vive con su madre y con un conviviente; a veces, incluso viven con personas ajenas, que pueden ser familiares o bien personas que los cuidan, no necesariamente familiares. Por las características del colegio, el trabajo es bastante; no te diré complicado, pero sí requiere fortaleza de parte de los docentes. De hecho, para mí, al principio, esta realidad fue bastante fuerte.

Un colegio “especial” requiere de “fortaleza” docente. ¿Cómo se expresa, pedagógicamente, esa fortaleza? En primer lugar —como dicen María Teresa y Marcela— esforzándose por llenar, de algún modo, “la parte afectiva” y “la parte social” del niño. Y esto no es fácil.

—No vamos a decir que uno reemplaza a la familia —dice Marcela— pero sí la Escuela es como el segundo hogar del niño... Tú empiezas a formarlo desde Kinder. En qué sentido: en que, no sé, tenga una personalidad armónica en la parte afectiva, que pueda autocontrolarse, que respete órdenes de los adultos, que respete normas, y que aprenda a convivir con otros niños de su misma edad... Y tú tienes que afianzar mucho la parte afectiva, pero con mucho mucho tino, porque algo tan sencillo como celebrar el Día del Padre puede ser muy complicado porque de repente no existe el padre. Así, si le van a hacer un regalito al papá, que sea al tío que más quieren, al hermano mayor, el que los cuida... Son niños que tienen una carencia afectiva muy grande. Muchos viven en hacinamiento... Eso se nota en que no saben respetarse: si juegan son muy bruscos para jugar, tienden al golpe... Es toda una carencia afectiva muy grande y, por lo mismo, se te apegan mucho; entonces uno tiene que, como profesora, tratar de manejarlos de tal manera que el niño sea independiente, que no dependa tanto de ti... Porque la educación, en el fondo, te capacita para la vida... Con los padres el ideal es que uno trabaje mucho con los apoderados, pero lo que pasa es que esto también es una situación sensible. Me explico: la mayoría de los apoderados son personas de muy bajo nivel cultural,

entonces tú tienes que tratarlos en forma muy, muy delicada, con muchas pinzas; no es llegar e ingresar el apoderado a la sala y que te apoye... Hay muchos padres que se han desligado de su rol de padre; me refiero a que, para que una educación sea realmente provechosa, tiene que haber una educación familiar detrás, porque el niño está cinco horas en el colegio, pero el resto de las horas está en su casa... Los papás pasan fuera muchas horas, entonces se pierde ese vínculo. Pero yo creo que lo que más te puede frustrar es el hecho de haber dado un año completo por un niño y que de repente te lo lleven; que se lo lleven a otro colegio; eso te marca. Y se lo llevan porque el colegio no tiene buena fama. Hablemos las cosas por su nombre: muchos apoderados dicen para qué tener a los niños en 'hogares de menores'. Pero es que nuestra labor es social. Imagínate, si no hubiera un colegio que acoja a este tipo de niños, estos niños no tendrían educación, así de simple. Esto para mí es muy frustrante y me amarga mucho. Yo les digo a los apoderados: '¿Para qué me trae al niño, si después va a estar pensando en llevárselo?'... Otra cosa que es frustrante, y aquí no puedes ir contra la corriente, es la pobreza.

Marcela lo deja claro: la labor educativa del Jean Piaget es, básicamente, *social*: debe 'paliar' la parte afectiva, la parte social, y encima de eso, "formar" a los niños en una serie de actitudes y valores 'ideales' que la sociedad demanda como necesarios y válidos. Debe, en este sentido, intentar cubrir déficit de afecto, déficit de desarrollo social y —lo que es más infructuoso— déficit de pobreza. Es decir: déficit que han sido generados, de un modo u otro, por 'otros' agentes y factores de desarrollo social. Debe, en suma, luchar contra una realidad que tiende a deshacer e inutilizar no sólo el trabajo que, por función específica, le corresponde (educar), como también aquel trabajo adicional, de sobrecarga, que rebasa su tarea funcional: el del desarrollo 'integral' de una comunidad local endémicamente pobre. Colegios como el Blest Gana y el Jean Piaget son, por eso, caballeros andantes que han sido lanzados a la tarea de luchar contra los molinos de viento de una pobreza endémica que persiste por más de setenta años; andanza que —por utópica y por quijotesca— concluye en el descrédito propio de toda épica caballesca: los colegios Blest Gana y Jean Piaget tienen, precisamente por la tarea que cumplen, "*mala fama*". Como dice Marcela:

—Mira, en el fondo, está el rótulo de colegio periférico, de colegio de condiciones difíciles, donde el apoderado prefiere no llevar a su hijo porque es un colegio malo. Como si los docentes no fueran los mismos aquí que en la quebrada del ají... Hay como un estancamiento al respecto. Ahora el colegio Simón Bolívar se da el lujo de seleccionar a sus alumnos y nosotros, como tenemos mala matrícula, tenemos que aceptarlos a todos. Todo esto ha mellado el prestigio del colegio. Bueno... es de esperar que algún día la cosa mejore, porque es fundamental que así sea. Imagínate, si estos niños son los hombres y mujeres del futuro, y si están con esa tranca social y esa abulia cultural, la verdad es que va a ser tremendo... Se perciben como bien deprivados, fijate. Pasa, por ejemplo, cuando hay desfiles, que de repente hay que conseguirles de la corbata para abajo, de repente andan chicocas sin calzones; y no es broma, no tienen ni cuadros. Entonces se ven como muy deficitarios en comparación con el resto. Ellos mismos se sienten inferiores, se sienten



No vamos a decir que reemplazamos a la familia, pero sí que la escuela es como el segundo hogar del niño.

como el niño diferencial, como el niño limítrofe... tú le dices a un niño 'límitrofe' y tú le estás diciendo: 'tú eres tonto, nunca vas a aprender'...

Los colegios "diferenciales" (o sea: de los pobres endémicos) no lo gran, pues, borrar la 'diferencia'. Su ciclo de vida gira al interior de la misma marginalidad a la que combaten. Forman parte de ella.

¿Tiende la actual Reforma a modificar esta situación? ¿Se logrará esta vez borrar esa persistente 'diferencia'?

—Yo creo que la reforma está recién rescatando nuestra labor —dice Marcela, que es educadora de párvulos—, porque en realidad lo que la reforma plantea es el mismo trabajo que siempre se ha hecho en la educación preescolar: trabajo en grupos, búsqueda común de criterios, compartir experiencias y actividades. Es lo que nosotros hacemos. Ahora, nosotros no participamos en la reforma, aunque sí, indirectamente, en jornadas de reflexión con respecto a la reforma. Pero yo creo que ahí entraríamos en un tema coyuntural, porque la verdad es que, para hacer un cambio, tiene que haber un cambio total. O sea: no basta solamente con que el colegio tenga computadores. Lo que se necesita es un crecimiento de adentro hacia afuera: profesional, tener una infraestructura mejor, que sea más agradable para el niño. Pero yo no me siento ajena a la reforma, porque es la labor que uno hace de años y que ahora se ha reivindicado. Se comprendió que es la mejor forma de aprender.

—Mira, dada la característica de este colegio —afirma la señora María Teresa—, en cuanto a la familia, a los niños, la reforma sería como bienvenida ¿ah?; una, porque si dentro de la reforma se contempla ampliar la jornada escolar, para las madres va a ser una mayor solución y una mayor posibilidad para que ellas se integren a la vida de trabajo si los niños van a permanecer más horas en el colegio. En lo curricular también nos parece positivo, porque no todos nuestros niños van a la enseñanza media ni a la Superior, entonces es importante que puedan aprender un oficio en el cual puedan ellos ganar su dinero y desenvolverse en la vida de forma útil.

—El cambio más positivo es que se hace una instrucción más aterrizada; o sea: antes teníamos que entregar unos contenidos muy así presionados por el tiempo. Había que enseñar el sustantivo, el adjetivo, el verbo y el adverbio y ahora eso se hace trabajando más en los ambientes naturales, en lo que se llama el contexto de la vida normal. Todo es ahora más contextualizado... aprovechando las instancias de la vida, de la misma vida que ellos pasan...

—Yo creo que los profesores siempre estamos asequibles a todos los cambios —dice Zulema Meneses, directora del Blest Gana—; es decir: yo creo que cambian algunos términos no más, porque con la experiencia que yo tengo (o sea, a veces, de repente) es lo mismo. Ahora la reforma educacional es un vuelco en 180 grados, porque lo que ahora se pretende es que el niño elabore su propio aprendizaje, y esto es lo bueno, lo rico. Así es como más rico, hay como una comunicación directa con los niños... Es el trabajo grupal de los niños, antes era un trabajo individual. Cuando uno agrupa a los niños, hasta la disciplina se arregla y el que tiene menos capacidad aprende del que tiene más. Pero uno, la experiencia la va matizando con la parte técnica, porque si uno no tuviera experiencia y el Ministerio no aportara o no perfeccionara

mucho, la cosa estaría coja en esa parte. Y al revés, con mucha experiencia y sin lo otro tampoco andaría. Todo es un conjunto.

La Reforma es vista por las profesoras del Blest Gana y del Jean Piaget, en términos generales, como positiva. En un sentido 'técnico' (de aprendizaje), por un lado, y en un sentido 'social' (más tiempo libre para las madres), por otro. De cualquier modo, las profesoras no parecen muy impresionadas: técnicamente, la auto-elaboración del aprendizaje en grupo es una práctica tradicional en la educación preescolar y, socialmente, el mayor tiempo libre para las madres no resuelve de por sí la baja oferta de empleos y la precariedad de los empleos accesibles a esas mismas madres. No hay duda de que la Reforma apunta más que nada a perfeccionar las "formas de conocer", pero no parece tener impacto alguno en la crisis que, desde el lado de la familia y de los padres, inutiliza y hace infructuoso el trabajo (sacrificado y además reformado) de las escuelas que son 'de' las comunidades populares. ¿Podrá la reforma eliminar la "mala fama" del Blest Gana y del Jean Piaget? ¿Podrá la reforma educacional resolver los problemas sociales (extra-escolares) que otras agencias y estructuras (no-reformadas) siguen produciendo?

Los profesores como sujetos y actores sociales en la comunidad marginal

170

Ser profesora o profesor de una escuela 'diferencial', de esas que son parte orgánica de una comunidad popular, no es una opción fácil y, generalmente, no es, tampoco, conveniente. No es fácil porque es una profesión sacrificada, cuya práctica requiere de una enorme dosis de altruismo, y no es 'conveniente' porque, desde tiempos inmemoriales, ha sido en Chile una profesión que no produce buenos ingresos ni permite el enriquecimiento de nadie.

—En mi casa me apoyaron cuando quise ser parvularia —dice Marcela, del Jean Piaget— pero la verdad es que hasta por ahí no más, porque querían que yo estudiara otra cosa, porque siempre en mi casa me dijeron: 'pero... ¡profesora! vas a ganar muy poco, es muy sacrificado'. Y para mí, bueno, también fue una experiencia terrible; o sea, yo te digo... yo nunca pensé que tenía vocación. Yo nunca había pensado ser educadora de párvulos. No porque no me gustara el tema, sino porque yo estaba metida en otras cosas... Yo, que había estudiado en colegios súper lindos, de repente llegas a un colegio en que el patio es de tierra, las salas se llueven, los niños andan con piojos, todo ese tipo de cosas. Pero eso mismo, en el fondo, o te va dando más vocación, o te dices: 'no, esto no es para mí'. Todavía mis papás esperan que yo cambie de rumbo. De hecho, estoy estudiando otra cosa, estoy en segundo año de Ingeniería, pero la idea no es dejar esto. La idea es seguir porque... no sé, me siento docente. Viendo la educación, no es como: '¡ay, que me carga!'; no, para nada. O sea: me encanta lo que hago. Me gusta esto. La vocación social siempre la he tenido.

—La verdad de las cosas —cuenta doña Zulema Meneses, directora del Blest Gana— es que yo nunca pensé en ser profesora... ¡nunca! Lo que a mí me gustaba en ese tiempo era entrar a la Escuela de Carabineros, porque mi padre era militar... pero un señor amigo le contó a mi ma-

dre que todas las chiquillas que iban para allá tenían que lustrarles las botas a los otros de más alto rango, y mi madre dijo: '¡no, mi hija no está para eso!', y no me dejó ir. Ella me torció lo que a mí me gustaba... Entonces yo salí de la enseñanza media... no podía ir a la Universidad y a ninguna parte, entonces me consiguieron un reemplazo en educación. Ya, me fui a hacer un reemplazo en el Colegio Carlos Miranda. Yo no sabía hacer clases, empecé así como a golpes a trabajar con los niños... Pero después empezaron a contratar profesores sin título y me contrataron y me fui a Graneros. Mi madre me fue a dejar al lugar, que era de campo campo, y me acuerdo que nos tuvimos que ir en un tractor para adentro, y cuando ella volvió también la trajeron en un tractor. Y a mí me dieron ganas de seguirla y venirme con ella, pero me quedé ahí, porque yo tenía que trabajar. Tenía apenas 18 años. Allí no había luz, tuve que alumbrarme con una vela, y no había agua potable, ni baño, ni ninguna comodidad... Bueno, ahí lloraba casi todas las noches, ¡qué sé yo!, era terrible...

Ser profesora/or de un colegio popular o marginal es, al parecer, una experiencia "terrible" que, sin embargo, ejerce una extraña fascinación sobre todas las que, llorando y todo, persisten en la tarea. Tanto como para convertirse en una 'adicción' imposible de abandonar. Como una especie de locura quijotesca. Sobre todo si, siendo ya una profesión económica y socialmente devaluada, los nuevos tiempos traen para ella ¡todavía! una situación aún peor.

—Antes, éramos como una autoridad —dice María Cristina, profesora del Blest Gana—, pero ahora la hemos ido perdiendo. No sabría decirte cuál es la razón, pero el hecho es que la hemos ido perdiendo. Hay muchos que dicen que el asunto es económico, que estamos menoscabados, porque económicamente no somos nada. Cualquiera persona gana a veces el doble de lo que ganamos nosotros y no tienen ni siquiera título. Yo creo que hemos ido bajando el estatus que tenemos... 'No les podemos pagar más', dice el Gobierno, pero todos suben, menos nosotros. Así que en nuestros hogares andamos siempre al día, uno no está holgada para educar a nuestros propios hijos. Tenemos que trabajar en tres o cuatro colegios a veces para poder seguir adelante...

Los profesores en general parecen haber perdido la "autoridad" y el prestigio del que llegaron a gozar durante el apogeo del Estado Docente (1954-1973, principalmente), pero hoy, en las escuelas de tipo 'diferencial' (populares), las profesoras/es sienten que, a pesar de eso, la necesidad imperiosa de *multiplicar* su índice de 'altruismo' y de total entrega vocacional a la tarea ha aumentado geométricamente. Ser profesora en un colegio de ese tipo requiere no sólo de una preparación técnica importante sino, sobre todo, de una vocación social definida, de una elevada ética solidaria y de una inagotable capacidad de querer a la gran masa de niños que llegan hasta ella con graves déficit afectivos y de otro tipo. Ser profesora en un colegio 'de pobres y excluidos' equivale a darlo casi todo (con descuido de lo propio, como se verá) para cumplir humanamente bien una misión que, pese a todo, no podrá, a fin de cuentas, tener éxito total. Se requiere tener un temple especial (casi un fanatismo) para cumplir bien una función social que en el fondo consiste —como se dijo— en 'humanizar la marginalidad' en beneficio de la paz y estabilidad generales del siste-

ma que, precisamente, produce esa marginalidad. Sobre este punto los testimonios abundan y concuerdan del modo más absoluto. Como dice María Cristina:

—Aquí en el colegio no es que seamos viejas... tenemos la cara de viejas, pero no somos viejas... aquí todas las personas, desde las más antiguas a las más nuevas, tienen ese carisma; o sea: están como justo para este sector. Son personas con alma, con entusiasmo, con imaginación. Hay una lolita entre nosotros que recién llegó, tiene 19 años y ¡uf! se ha conquistado a todo el mundo. Es como gente especial la que ha llegado aquí, porque, en realidad, acá tiene que ser gente especial. No puede ser cualquier profesor. Hay profes que no han durado una semana. Por eso el grupo que 'queda' aquí es especial... Nosotros vibramos con los niños, con todo lo de ellos. Si hay que llorar, lloramos con ellos; si hay que reír, reímos con ellos. Así es en la Básica... Mi opinión, claro, es la de una profesora fanática, no más...

—Es una tarea un poco ingrata para nosotros, una tarea silenciosa y solitaria —dice la directora del Jean Piaget— porque es un trabajo duro. Nosotros tenemos una asignación de desempeño en condiciones difíciles, pues se subentiende que el trabajo del profesor, aparte de educador, es un trabajo más amplio. Es un trabajo de persona a persona... Cuesta mucho, a veces, modificar ciertas conductas de los niños, y a veces se logra, pero con un desgaste enorme de parte de los profesores. O sea: el profesor que viene a trabajar acá tiene que tener un perfil muy especial. Tiene que tener, realmente, vocación; que sienta realmente amor por los niños, porque estos niños están con una carencia de afecto pero terrible. Porque a veces se logran más cosas por el lado del afecto, del amor y la comunicación que por el lado de la obligación. Entonces el perfil del colega tiene que ser un perfil muy especial: con características notorias de lo que es su 'llegada' al niño... Yo te digo: tengo gente que ha trabajado muchos años aquí y gente que llega y no alcanza a estar la semana y se tiene que ir... Hay mucho desgaste entre los profesores, lo que se ha manifestado en que hay muchas licencias médicas por síndrome angustioso, por síndrome ansioso y depresivo, porque al quehacer mismo del colegio se suma toda la gama de problemas personales de los propios profesores. Entonces, de repente, no se tiene la fortaleza para enfrentarse día a día con las dificultades de los niños...

172

Oyendo a la señora María Teresa se llega a la conclusión de que la función de la profesora/or de los colegios Blest Gana y Jean Piaget es, sobre todo, ser un 'dador profesional' de afecto y cariño en medio de "condiciones difíciles" y como quiera que sea la situación personal privada de ella o él. Ser capaz de 'dar afecto' durante 30 o 35 años a centenares o aun miles de niños con carencias afectivas (históricamente endémicas) implica, sin lugar a dudas, tener "un perfil muy especial". Ser una especie de 'adicto', quijote o, como dijo María Cristina: "una fanática de la educación". ¿Debe la sociedad global, el Estado o el Municipio exigir 'eso' a un profesional titulado? ¿A sabiendas de que el grupo social beneficiado por ese amor funcionario, como conjunto o clase social, no va a escapar de su situación marginal por el hecho de haber pasado por una escuela humanitaria, ni siquiera en la generación siguiente? La pregunta lleva a cuestionar la teoría

y la práctica de la educación humanizante de la marginalidad, pero, dado que la marginalidad persiste década tras década, ¿se puede cuestionar a los profesores que sientan solidaridad y amor por los niños persistentemente marginales? A la larga, el “perfil especial” de los seres humanos que asumen esa tarea docente, en la medida en que es indoblegable y auto-reproductivo, termina por lavar la imagen pública del sistema que produce la marginalidad, cubriéndola de una generosa pátina ‘privada’ de humanidad. La capacidad de amar de los profesores diferenciales puede llegar a ser tan inagotable como la necesidad de amar de sus propios alumnos; tanto así, que la función pedagógica puede convertirse en un sólo amasijo de ‘amor marginal’, del que se nutren todos.

—Yo considero que el trabajo que nosotros hacemos en educación es muy reconfortante —dice la señora María Teresa— y muy vitalizador. Tú te energizas con los niños, recibes tanto de ellos que encuentras que es tan poco lo que le entregas... ¡Qué importante es!, porque, a lo mejor, con la capacidad de sufrir, de desarrollarte como persona, tú, ante una dificultad menor de alguien, tienes las herramientas para ayudarlo. Así que, para mí, esto ha sido tan valioso. Yo considero que es importante el trabajo en una comunidad como ésta... He pensado de repente terminar, yo tengo ya 33 años de servicio. He pensado terminar mi vida profesional en un colegio a lo mejor más central, con un mejor estatus, pero siento que donde estoy realmente haciendo una labor es aquí. A lo mejor lo otro me va a satisfacer mi ego personal, como para decir: ‘mira, terminé mi carrera profesional en el Colegio Marcela Paz, en el Colegio República Argentina o uno del centro, con prestigio y todo lo demás’, ¡qué sé yo!, pero eso sólo es para mi ego y no para cumplir una función a la cual estoy destinada. Yo siento que aquí realmente estoy haciendo una labor y ésta es la que vale, realmente, porque en otros colegios... yo no menosprecio su trabajo ¿ah?, es un trabajo distinto, netamente curricular, con pocos problemas sociales y sin muchas posibilidades de ‘llegar’ como persona. Acá, en cambio, tu ‘llegas’ como persona; acá te buscan a veces no por problemas de escuela, sino por problemas personales.

La importancia que las relaciones afectivas extra-curriculares e interpersonales tienen para los profesores y para la comunidad local —admitido por ambas partes— es una prueba palpable de que la escuela marginal está integrada a la marginalidad y es parte orgánica de la sociedad civil popular a la que oficialmente sirve. A la larga, no es lo curricular, sino la virtud de “llegar” a lo más íntimo de la identidad interpersonal de la comunidad local lo que constituye el máximo orgullo profesional y máximo prestigio para todo ‘auténtico’ profesor. Y lo que, al final, gratifica con creces su sacrificada carrera, pese al pobrísimo ‘estatus’ social y económico de la misma. ¿Es que el profesor marginal, a fin de cuentas, se paga a sí mismo con el altruismo a toda prueba de su propio “perfil muy especial” y no con el reconocimiento total de la sociedad global a la que dice servir?

Lo anterior es corroborado por Norma Carrasco, profesora del Blest Gana:

—A mí me llevó a ser profesora el cariño por los niños. Me gustan los niños. Me encantan. Y poder hacer algo, o sea: la parte social que uno hace por los niños, más que entregar conocimientos, ¿no es cierto?, es la formación que uno puede darles. Así es más tu realización como profesional. O sea: tú sabes que los vas a amoldar, que tú los vas a besar, y uno sabe a veces que todo lo que podemos hacer es inútil, ¿no es cierto? pero si tú lo intentas de todos modos, la satisfacción es buena. Creo que esto es lo más importante de mi profesión. O sea: no la cantidad de conocimientos, sino la formación. Y yo nunca he trabajado en sectores bien constituidos; siempre he trabajado en sectores como éste. Claro que nunca tan difícil como éste, pero igual, o sea: igual tú les demuestras cariño, afecto, y ellos igual se entregan, se dan... Aquí es donde uno más se realiza, donde tú más haces... Todos los días, a cada rato, tú sientes esa retribución de afecto, el afecto que los niños te puedan dar y yo pienso que es lo que más recibe uno ahí...

La interacción afectiva que se produce entre niños marginales y profesores que se marginalizan ‘por amor’ es algo suficientemente valioso y gratificante como para hacer olvidar —cuando menos a los profesores— las dificultades materiales y de todo orden que se interponen en ese intercambio de afectos. Por momentos, las condiciones marginales del trabajo docente pueden ser, casi, peores que las que rodean a los propios niños, situación que los profesores —precisamente por su “perfil especial”— soportan con estoicismo y no poco humor. Esto fue evidente en el caso de aquellos que trabajaron en la primera etapa de vida del Colegio Blest Gana, de la población Dintrans, donde enfrentaron a menudo dificultades dramáticas, que ellos, a la larga, resumieron como “anécdotas simpáticas”. Cuenta el profesor Héctor Jara:

—Nosotros teníamos que trabajar hasta las 13:00, pero, para poder alcanzar el bus en la carretera, teníamos que irnos a las 12:30. Y una vez que nos retiramos a las 12:30 hacia la carretera llegó a visitar la Escuela el Director Provincial de Educación. Tuvimos que devolvernos para allá y ellos nos estaban esperando. Cuando llegamos nos recibió el Director Provincial, señor Martínez, y nos dijo: ‘Y ustedes, ¿por qué no están en su lugar de trabajo?’ Nosotros le dijimos: ‘¡Andábamos en las casitas!’ Ahí le explicamos que en la Escuela no teníamos baño y la única manera era venir a Rancagua a la casa de nosotros. Y él nos respondió, muy jocosamente: ‘Entonces vénganse hechos de la casa y no esperen a ir de aquí para allá... ¡desde mañana se van a venir hechos!’

—Lamentablemente nosotros no teníamos servicios higiénicos en la Escuela —confirma don Patricio Arratia, ex profesor del Blest Gana—, así que uno tenía que hacer todas sus necesidades en la mañana temprano y aguantarse hasta el mediodía... ¿Los niños? No, pues, los niños no iban a sus casas, si por algo pasaba un canalito detrás de la Escuela. El canal era el baño para ellos, allí había una especie de baño, que estaba montado sobre el canal... las necesidades de los niños se las llevaba el canal de desagüe, pero en el invierno, cuando no cerraban las compuertas del Cachapoal, prácticamente nosotros teníamos que abandonar el colegio por una semana o un mes, para que trataran de secar el agua de la población, porque toda la población se inundaba y lo primero que se inundaba era el colegio... Mira: yo vi que el ambiente no era el que yo quería como profesional. Yo buscaba otras cosas, pero me alegra, fijate que con haber empezado como profesor en un lugar de

difícil acceso ha sido bueno porque es ahí donde realmente se forman los verdaderos profesionales de la educación. Uno tiene que conocer las dificultades en el terreno mismo...

—En ese tiempo en que yo estuve era muy malo —dice doña Zalmira Villalobos, ex profesora del Blest Gana y actual directora de la Fundación de Damas—. Imagínate que no se preocuparon siquiera de que los profesores tuviéramos baño. Los niños tenían dos letrinas, pero los profesores, nada.

Al problema de los servicios higiénicos, los profesores del Blest Gana sumaron la dificultad no pequeña de trasladarse a un colegio apartado y a una población a la que no llegaba la locomoción pública, sino por excepción. Eso los obligaba a caminar, por calles de tierra, una distancia de casi dos kilómetros. Dijo don Enrique Maturana:

—Para llegar al colegio había que tomar una liebre, La Granja-Centenario, una línea que ya desapareció, que pasaba tarde, mal y nunca, así que no llegábamos nunca a la hora al colegio. Uno podía estar a las ocho allí esperando y pasaba a veces un cuarto para las nueve y llegábamos a las nueve y cuarto. El horario que nosotros teníamos era totalmente na' que ver con los horarios normales de una escuela común: funcionábamos de acuerdo a la locomoción, y para venirnos, era lo mismo: si la micro pasaba a las 12:00 ya sabíamos que no íbamos a tener micro o liebre hasta la 1:30, así que nos arrancábamos un poco antes... Yo en la mañana trabajaba en colegios particulares y me sentía un poco incómodo llegar a este colegio periférico. Yo venía de terno y corbata y en invierno con chaquetón, abrigadito, y encontrarme con una miseria tan grande y ver los niños con vestidos delgaditos o chombitas. Realmente, en cuanto podía me sacaba la corbata para sentirme un poco más camarada.

—Llegábamos siempre un poquito atrasados o muy adelantados, porque no tenía hora fija la micro que corría en esos tiempos —agrega don Héctor Jara—. Ahí contábamos con la comprensión del Director Provincial, porque como la Escuela no tenía agua, baño ni luz, ¿qué más podía hacer el personal? No se nos podía exigir más.

—En ese tiempo, cuando era joven —cuenta don Patricio Arratia—, yo iba en bicicleta, porque teníamos una micro que entraba en la mañana como a las 7:30 y otra en la tarde como a las 15:00 y después no había más. Yo recuerdo que esperaba al colega Héctor Jara en un determinado lugar y él me traía, o si no, tenía que hacer el recorrido a pie o en bicicleta. Un día yo llegué todo elegante con una bicicleta nueva de esas mini que habían antes y, claro, no quise llevar a nadie porque yo iba siempre apurado. Además llevaba mis cuadernos en el canastillo y no podía llevar a nadie, aunque los chicos me hacían dedo. Fue uno de ellos el que me dijo: 'va a ver lo que le va a pasar, profesor, por no



Cuando era joven, iba en bicicleta, porque teníamos una micro que entraba en la mañana, a las 7:30, y otra en la tarde, a las 15:00, y no había más.

llevarnos'. No pasó mucho tiempo, yo tenía mi bicicleta afuera y cuando llegó la hora de partir voy, junto mis libros, los pongo en el canastillo, monto en la bicicleta y no alcanzo a dar un par de vueltas cuando miro y veo que los neumáticos estaban cortados con cuchillo o navaja, un par de rayos rotos y tuve que partir con mi bicicleta al hombro. Tuve que esperar un tiempo para juntar el dinero suficiente y comprar otros neumáticos nuevos. Le habían sacado las luces, los frenos. La dejaron toda destartalá. Después, claro, comencé a llevar a los cabros... Tuve luego que empezar a jugar al papá y a la mamá con ellos.

Trabajar profesionalmente 'dando amor' para suplir las carencias afectivas de terceros es una faena absorbente que puede dejar en un segundo plano, a veces, el hogar propio y todos los afectos y deberes que lo constituyen. En el caso de las profesoras, esto es especialmente evidente.

—Es difícil llevarse bien —dice Norma Carrasco, de la Blest Gana—: uno tiene que tener un marido que realmente entienda y que esté también con uno compartiendo algunas de las actividades docentes... Eh... Yo tengo altos y bajos, como en todo matrimonio, en relación a mi trabajo, pero mi marido siempre me está ayudando y acompañando en las actividades de mi colegio. Pero de repente también reclama, de repente me dice: '¡Puchas! ¿cuándo te vai a dedicar a nosotros?' Y yo no tengo tiempo. Pero hay que tratar de equilibrar más o menos las dos cosas, hay que hacerlo en conjunto. Yo llego a mi casa y tengo que revisar trabajos o marcar, y les digo a mi marido y mi hijo y ellos lo hacen o me revisan los promedios de notas. Siempre están revisando promedios mientras yo hago otras cosas. Estoy tratando de integrarlos... Pero, de repente, hemos tenido diferencias, porque yo no puede hacer algo, o tengo un compromiso y en estos casos prima el colegio antes que mi familia. Sí, se da esto, yo pienso que se da: yo he dejado cosas de lado porque tengo que atender a mis pequeñitos, ¿entiende?, porque ellos ya son parte de uno y uno los encuentra más poseídos, como que necesitan más... ponte tú, este año yo nunca pude ir a la reunión de apoderados de mi hijo, porque no tengo el tiempo para hacerlo. Mi marido va a las reuniones, porque yo no puedo ir.

—Este es un trabajo que significa compartir el corazón —interviene Amelia Donoso, también del Blest Gana—, significa tener un corazón partido en dos, porque yo, naturalmente, amo mi casa, mi familia, mis quehaceres y yo también tengo muchas necesidades, pero a veces dejo todo eso pensando en veinte o treinta caritas que están acá y que van y esperan que lleve algo nuevo, que lleve algo interesante, que les aclare sus dudas o que sencillamente me siente en el suelo a escucharlos, porque ellos necesitan tiempo. Esto me ha significado problemas personales, no estar presente, en ocasiones, con mi familia, que no estuve en una licenciatura o en una presentación de alguno de los míos... Pero ha pasado el tiempo y mis hijos y mi esposo han sabido entender y reconocer mi trabajo. Y ahora ellos encuentran que es una bendición, una gracia del cielo que a mis años yo pueda seguir trabajando y trabajando donde hay un desafío, donde uno puede ir más allá de lo profesional, donde puede uno entregarse también como persona.

—Yo me siento bien —dice doña María Teresa—, yo vengo a clases y llego todos los días contenta. Es como llegar a mi casa, y aunque sé que voy a tener problemas, todo es aquí solucionable. Me encanta. Además que tú aprendes de ellos, aprendes a valorar tu vida, aprendes que tú,

a veces, consideras grandes cosas que son muy pequeñas, frente a los problemas de esta gente. Tus cosas parecen a veces ínfimas, diminutas. Aprendes así a salir de la burbuja de tu vida, y a mí me encanta lo que hago. Me encanta trabajar aquí con los niños.

Los profesores de los colegios marginales o “periféricos”, que tienen un “perfil muy especial”, ¿deben ese perfil, esa capacidad de “entregarse como persona”, a una “gracia o don del cielo”? No hay duda de que dedicar la vida a un trabajo como el de la docencia periférica implica tener dotes y dones especiales. Doña Zulema Meneses cree que, además, inciden en ellos otros factores. Por ejemplo: el hecho de que el profesor haya sido formado en una Universidad o en una Escuela Normal. A este respecto, dice:

—Yo siempre digo que soy una maestra a mucha honra. Siempre lo digo porque uno, como normalista, tiene una formación que, creo, es completa. Porque uno está pendiente de todo lo del chiquillo; por ejemplo: si trae su pañuelo, de revisarle las uñas. Yo separaba a los niños y a las niñas las revisaba desde el calzón para arriba y a los niños igual: todo. Pero ahora no: los profesores que salen de la Universidad no hacen eso, y los universitarios que yo he tenido a mi cargo, mientras menos trabajen, mejor para ellos. No digo todos, pero la gran mayoría. Yo he visto a muchos mirando el reloj para irse, cosa que no hace ninguna normalista. La normalista se preocupa de todo lo de los niños: uno tiene que sacarle los piojos; tiene que sonarlos, etc., pero los otros no. Ellos quieren trabajar poco y ganar mucho.

178

Se han formado algunas polémicas con algunos profesores porque ellos dicen: ‘a mí mientras más plata me paguen, mejor va a ser mi trabajo’. Yo les decía que no, porque cuando uno quiere y ama a los niños no importa lo que paguen. Ellos, para ganar más plata, trabajan en otros colegios, se buscan más horas...

Yo creo, que si los egresados de la Universidad empezaran ganando unos 230 mil pesos, ahí sí tendríamos profesionales comprometidos... actualmente la renta mínima del que empieza está en 120 mil pesos más o menos... A lo mejor se sienten apocados, porque, con cinco años de universidad y ganando tan poca plata con relación a otros profesionales universitarios... Además, los colegios subvencionados les pagan lo que quieren y los despiden cuando quieren. Ese es el problema.

El contraste, de un lado, entre la fortaleza ética que significa “entregarse como persona” a una tarea que es más social que instructiva, más de compasión humanitaria que palanca efectiva de desarrollo y, de otro lado, el no reconocimiento público a los profesionales que asumen esa tarea, ya no puede ser más evidente y patético.

¿Es que la sociedad global, al no reconocer la profundidad del problema social que ella misma genera, tampoco reconoce la tarea marginal de los que se suman de lleno en ese problema para intentar, al menos, humanizarlo? ¿Hay aquí, implícito, el no reconocimiento de una culpa, cuyo castigo tácito se extiende o aplica, precisamente, a los que sacrifican lo mejor de su vida para exculparla?

De cualquier modo, los que sí reconocen el valor de lo que los profesores marginales hacen, son los propios niños marginales. Cuando crecen. O son también los padres y apoderados.

Para los profesores, muchas veces, 'este' reconocimiento es suficiente. Porque no consiste en un diploma oficial o en un mayor estipendio, sino en una expresión humana, directa, de 'cariño'. O sea, un gesto que está dentro de lo que fueron las 'reglas marginales' del proceso educativo. Lo que basta para llenarlos de orgullo, puesto que es 'cariño' lo que ellos, también, y por sobre todo, entregaron:

—Bueno —dice don Héctor Jara— a mí me llegó el traslado a la Escuela 80, que estaba en la población Rancagua Sur, y tengo muy bonitos recuerdos de la despedida que me hicieron todos los apoderados y alumnos. Tanto fue así que recuerdo que muchas lágrimas corrieron por mis mejillas, porque gente tan humilde, tan tremendamente humilde, me hicieron regalos preciosos. Recuerdo a un alumno flaquito, chiquitito, y que ahora ya debe estar casado... Saúl Díaz se llamaba. Él me entregó un galvano en el que decía '*Al Maestro con Cariño*'. Así que eso me llenó de emoción, y siempre lo estoy recordando... Así que tengo muy bonitos recuerdos de toda la población Dintrans de Rancagua. Son momentos felices que viví en esa apartada población...

Capítulo VII

Sociedad civil popular y sistema político formal: ¿relaciones en transición?

Bases de la 'forma vecinal' de hacer política

La trayectoria histórica de los pobladores de los sectores sur y poniente de Rancagua tiene, según lo visto, como característica principal el desarrollo de varias tendencias significativas:

- 1) La aparición y consolidación de una *cultura social de autogestión y cogestión* en todos los actores vecinales (jóvenes, mujeres y hombres adultos), que puede entenderse como la validación de un incipiente 'protagonismo cívico' y de un sentido local de 'autonomía'.
- 2) La aparición y consolidación de una capacidad vecinal para co-gestionar planes de desarrollo local con *agencias no-típicamente estatistas*, tales como las ONG; las agencias de cooperación internacional; organismos como el Fosis (Fondo de Solidaridad e Inversión Social), Digeder (Dirección General de Deportes y Recreación), Fondart (Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura), etc. (que no ejecutan políticas públicas por 'administración', sino por 'licitación'); oficinas y departamentos descentralizados de los 'nuevos' municipios, etc.
- 3) Presencia activa de una *memoria social* focalizada en las luchas y realizaciones de las propias organizaciones y redes vecinales (sobre todo, respecto a sus 'hazañas' de los años 80), con exclusión creciente de los sucesos propios de la política nacional y del actuar 'típico' de los partidos políticos y, como consecuencia de todo lo anterior.
- 4) La progresiva instalación de una *forma vecinal de hacer política* que, junto con centrarse en problemas

locales, gira en torno a la capacidad gestonaria de los propios vecinos (o ciudadanos); lo cual dota a la sociedad civil popular con un contenido político propio que no sólo está más lleno de vida que la percepción vecinal de la política nacional, sino que, además, tiene mayor legitimidad práctica y una mayor concreción. Por eso, esta emergente forma de hacer política tiende a desalojar y tornar “desechable” los avatares de la política tradicional.

Como se vio, la mayor parte de las poblaciones estudiadas fueron construidas a partir de la iniciativa, gestión y trabajo de sus pobladores, tarea a la cual asociaron (o arrastraron) —tras un largo e insistente “catetear” (como dicen ellos)— a agencias de diverso tipo, tanto privadas como públicas. Sus testimonios (así como sus memorias y su orgullo) claramente así lo revelan. A tal grado que cabe pensar que, desde su perspectiva, las agencias estatales que han ejecutado políticas de desarrollo local no han sido para ellos otra cosa que meros ‘instrumentos utilitarios’, y no ‘poderes centrales’ que, en uso de sus prerrogativas constitucionales, planificaron y ejecutaron por sí y ante sí el progreso material y social del vecindario y la comunidad popular. La transformación (parcial o total) de los viejos poderes estatistas en un repertorio de agencias de tipo utilitario —cambio ocurrido *dentro* de la perspectiva vecinal— ha sido favorecido, además, por el abrupto y radical eclipse del Estado Social-Benefactor o Populista (desde 1973), y su reemplazo por los discursos de descentralización y participación difundidos por los “monitores todo terreno” que, en lo vecinal, han estado manejando los ‘segmentos’ resultantes del desmantelamiento de ese viejo Estado.

Con todo, ni las agencias de desarrollo, ni el consabido discurso de descentralización, ni los movedizos “monitores todo terreno” que administra el Municipio, son vistos por los ‘nuevos vecinos’, hoy, como poder público, ejecutores de Estado o avanzadillas de partido político. El eje central de la emergente ‘forma vecinal’ de hacer política no es, al parecer, ni el ahora fenecido Estado Populista, ni los sempiternos Partidos Políticos, ni las hoy domesticadas o neutralizadas Organizaciones No Gubernamentales, ni aun los conocidos “monitores del desarrollo local”, sino *los propios pobladores*, sus organizaciones, redes y, sobre todo, su emergente protagonismo cívico.

Lo anterior se expresa en la indiferencia y desconocimiento que ellos demuestran por las políticas de Estado, la fuerte crítica a los políticos en general, la autonomía frente a las ONG y el clientelismo más bien instrumental y oportunista que demuestran frente al Municipio. Los pobladores de hoy no se comportan como ‘masa seguidora’ bajo la autoridad o detrás de ciertos líderes de tipo populista, sino como una ‘asociación ciudadana’, algo laxa e incluso inorgánica, pero con memoria de lo que ellos han hecho, conciencia de lo que pueden hacer, y voluntad para obtener de ‘las agencias’ los recursos que necesitan para el desarrollo de su “equipamiento urbano” y la “seguridad” de su vida cotidiana. El viejo ideologismo político, partidario o caudillista parece dejar paso a un pragmatismo más bien

materialista, que se centra más en lograr una mejor 'calidad urbana de vida' que en producir cambios estructurales que mejoren los niveles del salario o el acceso a la educación superior. En este sentido, la simpatía popular tiende a valorar más a aquellos políticos, funcionarios o monitores que sintonizan mejor con el interés vecinal por lograr realizaciones concretas, materiales, que incrementen su calidad 'urbana' de vida.

¿Implica lo anterior un retorno al populismo de los 'pequeños favores' que fue característico de la política chilena desde 1900 hasta, más o menos, 1940? ¿O marca más bien el retorno de los 'movimientos cívicos' que impulsaron a comienzos de siglo las sociedades mutuales, mancomunales y el liderazgo sociocrático y comunalista de Luis Emilio Recabarren? ¿Estamos en presencia —cuando menos entre los sectores populares— de un fortalecimiento interno de la sociedad civil?

En cualquier caso, el descuelgue desde la política nacional de los políticos a la política autogestionaria de los pobladores se trasluce de un modo u otro en los testimonios que luego se anotan y que, sin duda, dejan a la vista la complejidad del proceso:

—Yo les digo: nosotras somos voluntarias —afirma una dirigente vecinal del Sector Poniente—, no ganamos ni un peso, somos voluntarias que no ganamos ni un centavo. Por esto hay aquí gente muy atrevida. Increíble. Y es porque este Sector ha ganado prestigio, porque éste es uno de los sectores que dice las cosas por su nombre. De frente. No nos importa que sea alcalde, gobernador... y no hablemos del intendente, porque no lo hemos visto nunca. Perdóneme, pero yo no lo he visto nunca. Prometió reunirse al menos una vez al año con las juntas vecinales, con todas, y nada ha pasado en cuatro años que lleva... En un Seminario le dijimos mil y una cosas al joven (espero en Dios que esté sano ahora, porque sufrió un accidente), y le dijimos todas las cosas. Antes era como que le habláramos a un sordo... Yo le dije al Secretario: 'O me dan la audiencia o si no, m'hijito', le dije yo, 'dígame al Intendente que me voy a ir a Santiago, porque realmente si no arreglan aquí las cosas, en Santiago se arreglarán'.

El protagonismo cívico popular es, pues, un "voluntariado", no un negocio ni una carrera profesional. Por ese tipo de gestión, los dirigentes vecinales "ganan prestigio" y la importancia necesaria para hablar de igual a igual a cualquier autoridad. Incluso como para 'reprenderla' o presionarla. Como para insinuar que representantes y funcionarios son sólo mandatarios ("m'hijitos") del pueblo. Mandatarios que, desafortunadamente, pierden el sentido de su rol o representación, desconociendo la 'paternidad' de sus mandantes, para hacer de la política una actividad entre "compadres". O sea, entre y para ellos mismos.

—Lo que pasa —interviene otra dirigente— es que a los cabros jóvenes les ponen trabas por esto y por lo otro; por eso, ¿cuándo van a salir adelante los cabros? Pasa que a los funcionarios los ponen en los cargos, ellos no se ponen, por eso te digo yo: hay mucho compadrazgo, porque los cargos son por compadrazgo, aunque la persona sea nula...

—Nosotros somos tontos utilizados, siempre.

El compadrazgo en que se transforma la política se ha extendido a las propias ONG, que también utilizan a los pobladores para manejar los proyectos de desarrollo en beneficio propio:

—A una le estrujan el cerebro, le sacan lo mejor y eso que uno entrega, ellos lo agarran [las ONG] y lo presentan; y eso que uno entrega, lo escriben y lo presentan.

¿No sería mejor que la gente hiciera por sí misma *todo*, que se preparara para sustituir a los políticos y a los profesionales que hacen de intermediarios pero para beneficiarse a sí mismos?

—Lo ideal sería que la Municipalidad gastara esos recursos que tiene en preparar bien a la gente, no para que la gente vote por ellos o para que trabaje en ella... sino que ¡ojo! deberían preparar gente para que sepa contabilidad (porque los tesoreros no tienen ni idea), oratoria (¿cuántos hay que no saben hablar?)... el secretario no sabe escuchar y escribe lo que se le antoja. La Municipalidad debe enseñar a llevar libros de actas... Pues si una buena secretaria hace un buen presidente y un buen directorio, es increíble lo que hace una tesorera buena. Una mala tesorera desprestigia a todo el directorio...

—Sí: uno tiene que ser primero social y después político; eso es lo que tenemos que hacer. Hacer las cosas bien hechas entonces así anda todo bien.

Es evidente: la política local se basa en “hacer las cosas bien hechas”, por sí mismo, con participación directa de los vecinos en la resolución de los problemas concretos que los afectan. Y esto es lo que se llama política ‘social’ (o participativa), no política ‘nacional’ (sólo de los políticos). La necesidad —hoy perentoria— de practicar este tipo ‘social’ de hacer política surge de que los gobiernos centrales —los dictatoriales tanto como los democráticos— “no nos están dando nada”. Porque los problemas de los más pobres, en muchos casos, se resuelven con gestos y decisiones específicas, concretas, caso a caso, no con estrategias generales que rinden pleiteía a la “globalización”.

—Mi hijo está estudiando Pedagogía —dice una pobladora del Sector Sur— y yo le digo: ‘Vas a ganar muy poco’, pero él me dice: ‘No importa, porque voy a educar personas’. Este país es más injusto, yo me acuerdo que Pinochet dijo: ‘Yo cuido a los ricos porque ellos son los que más dan’... Yo pienso que este gobierno piensa lo mismo, no nos están dando nada, incluso nos están cobrando la basura aquí en la población. A mi hermana le cobran Contribución y Basura... Aquí hay una persona que es alcohólica, la señora está enferma y todos los hijos son alcohólicos. ¡Si usted viera dónde vive esa pobre señora, en una mediagua toda chueca, que está pegada con cartón y tablas! Ella no tiene plata y el gobierno debería darle un subsidio... Necesitamos más trabajo para la juventud, para que no caigan en vicios. La ociosidad hace mal a los jóvenes...

El germen que hizo crecer la forma vecinal de hacer política no ha sido sólo la autogestión concreta de los pobres para resolver los problemas puntuales de la pobreza, sino también la mismísima represión, que hizo “retroceder” la democrática forma nacional-populista, masiva, de hacer política.

—Hoy día es al revés —interviene un dirigente del Sector Sur—: se dice que no hay que hacer política [partidaria]. Eso se sabe. Ustedes lo saben. Tienen que haberlo escuchado en algún lado y, no sé, yo viví cuando se hacía política y, sin embargo, había convivencia... Bueno, vino el Golpe y empezó el temor. Los rumores. Los que tenían un pensamiento especialmente de izquierda... era una tortura permanente y por mucho tiempo, yo creo. Entonces, ¿qué pasó? Eso mismo fue inhibiendo a la gente de participar en organizaciones. Aquí hubo detenidos... Entonces eso mismo hizo retroceder. Hubo 26 areneros detenidos, gente que, incluso, no tenía ni tendencia política... Esas personas quedaron marcadas, ya después no tuvieron la misma voluntad para participar, incluso en organizaciones deportivas. Quedaron marcados.

El eclipse de las políticas nacional-populistas y el permanente incentivo para que los pobres se preocupen de sí mismos ha producido un cierto alejamiento entre las autoridades y las bases vecinales. Allí donde la pobreza es más endémica, ese aislamiento exacerba la crítica al sistema global y la importancia relativa de las dirigencias vecinales.

—Aquí estamos como medio abandonados por las autoridades —dice otro dirigente del Sector Sur—, sobre todo de los políticos. Ellos se acuerdan sólo cuando hacen campañas. Las autoridades de aquí tampoco responden. Hay culpabilidades compartidas, porque uno va de la Municipalidad al Serviu, y del Serviu a la Municipalidad o al Ministerio de Obras Públicas, y así los problemas de aquí van para allá y para acá. Así se llevan. Y los pobladores dicen: ‘claro, aquí no se hace nada’, pero... ¡cómo no va haber algún avance si nosotros andamos haciendo todas las gestiones!

184

La base fundamental de la ‘forma vecinal’ de hacer política es, pues, el creciente protagonismo del “nosotros”; protagonismo que exige incentivar la auto-educación ciudadana, instrumentalizar en sentido práctico ‘cualquier’ agencia de desarrollo, y desechar o devaluar las viejas y gastadas fórmulas de la política partidaria o estatista o tradicional.

La política nacional: ¿una preocupación desechable?

La política nacional, en este contexto, es una preocupación más bien prescindible, desechable, carente de valor práctico y real. ¿Es esto despolitización o, por el contrario, re-politización? Lo cierto es que la interacción *social* que se produce al interior de las redes poblacionales tiene mucha más importancia real que las figuras de perfil caricaturesco que pululan en la política de nivel nacional.

—Mira —dice un dirigente juvenil del Sector Sur— yo no tengo ningún diccionario sobre política. No sé nada sobre política. Yo creo que aquí nadie está ligado a la política. Te puedo decir que cuando nos juntamos un grupo, ahora mismo, actualmente, no conversamos de política. Por decirte, conversamos que éste por acá, éste por allá, que ¡puta que la cagó! o ¡puta! habló esto, o ¡puta que es mentiroso el huevón!, pero lo que es de Partidos Políticos... que acá, que allá, cuál es su pensamiento, cuál es su ideología. ¡Nada! ¡Ninguna! Somos nulos en esa onda... Por los años que tiene la Población... los políticos venían para acá y yo recuerdo que decíamos ‘¡ah, llegó!’, y pasaban por las casas ‘¡hola,

hola, hola!’ y... nada más. Luego nunca más venían y todo quedaba igual. Yo te digo: por ser ahora, ya nadie cree en esa cuestión, por eso no es una cuestión de conversación. No es un tema importante, yo creo, acá. Digamos que nosotros nos juntamos en las noches con los chicos, conversamos y no se tocan esos temas. Nada. Aquí eso no es importante.

Lo que es importante se conversa en grupos, cara a cara, incluso, relajadamente. Lo importante son cosas concretas relativas a individuos concretos. Quien no es capaz de conversar cara a cara y de referirse a problemas específicos de gente con nombre y apellido, no entiende ni entenderá nunca lo que es o lo que será la ‘forma vecinal de hacer política’. La política de gran altura, lejana, de ausencia, abstracta, televisiva, no sirve.

—No sé, poh —dice una dirigente del Sector Poniente—, a mí, por ejemplo, nunca me ha visitado un alcalde. Yo con el Esteban conversábamos, pero porque yo iba para allá, donde él. Pero todos los políticos son rebuenos para golpearte tu puerta y decirte: ‘déme su voto’, pero a la hora de los quiubos ¡no pasa nada! Te dan soluciones parches, por ejemplo, a esa cuestión del Canal Petersen. Yo no soy dada a que me den soluciones parche. Yo prefiero esperar y que me den soluciones concretas... Imaginate aquí, tenemos la... ¿cómo se llama?... tenemos la Alameda, que llegó hasta ahí no más; el caballero va a remodelar la plaza, va a remodelar la Alameda pero p’allá p’arriba (cuando eso es nuevo, claro, y no tiene necesidad), y no termina la Alameda p’abajo, no pone iluminación. Entonces hay cosas que no me cuadran, no veo yo que quieran hacer algo por este sector... ¿Por qué no invierten aquí? Cosas que se le ocurren a él, porque las políticas que tiene de repente no son muy buenas... ¿Por qué no saca las poblaciones marginales que tenemos allá atrás? ¿Por qué no van a poner un campamento allá, al lado de los condominios de Machalí? ¿Por qué no? ¡No! Porque allá vive la gente linda, y no es que uno sea envidiosa, es que son cosas que se ven, son las ‘prioridades’. Y lo de aquí no es prioridad porque ellos no vienen a ver, no transitan por aquí, no viven en este sector... ¡Ojalá que le salga a la señora Irma Faúndez su alcantarillado y su pavimentación, porque me fascinaría! ¡Ojalá que algún día podamos ver este canal cerrado! Porque, ¡imagínate! ¿Quién va a ir a esa plaza que se hizo allí al lado de un canal abierto? Son cosas tirás de las mechas. Y todo a medias, ¿me entiende? ¿Y a quién se le ocurre hacer un complejo deportivo por allá metido en el infierno, por allá pa’entro?

El lenguaje pone de relieve no sólo la igualdad en que se sitúa el dirigente social frente a la autoridad, sino también su rol potencial de ‘fiscalizador’ (nótese el “porque yo iba donde él”, o las “cosas que no me cuadran”, o el “no veo yo”, o la crítica a las “prioridades”, etc.).

—Tengo algo que echar afuera, y que nunca lo he echado, y es que, por ejemplo, son tan inteligentes las autoridades de nuestro país que... ¿usted conoció el Estadio Eulogio Elizalde? En plena ciudad, en la Alameda, ¿qué es lo que hicieron con ese estadio? Lo destruyeron... Lo que más me duele a mí como deportista amateur fue la destrucción de ese estadio, que hoy no aporta nada. A lo mejor juegan... mire, en un gimnasio juegan 10 personas o 20, ¿cierto?, pero en una cancha juegan 22, y en el campeonato de los barrios se juegan tres partidos en la mañana y

tres en la tarde. Sáqueme la cuenta: 22 por 3 en la mañana y 22 por 3 en la tarde... Ya, claro, juegan todos esos... Y el baby es un deporte para matar el fútbol, nada más. Casi lo mismo está pasando con la Junta de Vecinos, que maneja la multicancha. Es lo mismo que están haciendo en todas partes: están matando el deporte.

Con todo, pese al protagonismo cívico y a la creciente crítica fiscalizadora que exhiben los dirigentes, la gestión popular tiende a recurrir a los fondos (y a las políticas) de origen institucional. En este sentido, pese a todo, el Municipio es hoy la institución a la que se recurre con más frecuencia y a la que se siente más cercana al diálogo directo, cara a cara. En cierto modo, la forma vecinal de hacer política incluye al Municipio como su contraparte más natural y orgánica.

—Cada familia aquí ha ido renovando nuestra población —dice una dirigente del Sector Poniente—, de a poco, trabajando, pero siempre asesorados por la Municipalidad. Nunca nos han dejado solos.

—Antes del terremoto —agrega otra dirigente del mismo Sector—, la Municipalidad venía para acá y nos traía quesos y mercadería. Nos ayudaba y nosotros felices porque nos estaba ayudando. Pero, aparte de eso, nada más. No teníamos ninguna información de nada. No sabíamos que podíamos postular al subsidio, nada de eso, nada. Eramos tan ignorantes, no sabíamos qué hacer... Yo tengo estudios humanistas, por eso uno dentro en el ambiente del Municipio y el Municipio debería ser como una casa de enseñanza...

—La Municipalidad ha estado mandando muchas cosas al Sector Poniente —declara un dirigente— y a otras Uniones Comunales. Está entregando mucho trabajo y yo creo que va a llegar el momento en que no van a dar abasto. Va a llegar un momento en que no van a poder hacer todo.

Si la 'forma vecinal de hacer política' se plantea en torno a problemas concretos de poblaciones y personas concretas, el Municipio —referente y socio directo de esa política— va a tener que trabajar en muchos frentes y problemas a la vez, donde va a encontrar muchos 'fiscalizadores' potenciales. Es evidente que el reconocimiento a la labor del Municipio actual existe, pero por parte de un socio que se plantea de igual a igual, que puede soltar rápidamente la frase: "pero, aparte de eso, nada más". Y esto impide que se reproduzca el viejo clientelismo o el mero seguimiento político incondicionado. Esta situación se da también con respecto a los funcionarios municipales que trabajan directamente en terreno (los "monitores"), en los sectores en que se ha dividido la ciudad.

—Ahora ha habido más actividad —dice una dirigente del Sector Poniente— porque nos llegaron estos grandes personajes que son los del CDC [Comités de Desarrollo Local] que, a decir verdad, andan en todas partes: son hormigones del sector de aquí. Tratan de sacar ideas, de hacer cosas. Yo pienso que ellos ni siquiera deben tener un minuto de tranquilidad... Pero ellos están todavía muy nuevecitos. Pero su trabajo es bonito. Uno siente que los 'chiquillos' están trabajando limpio. Son muchachos que se la están jugando todo... Ellos se pusieron la camiseta y la mojaron. Esa es la verdad de las cosas... El CDC de aquí está

trabajando bien y lo principal es que escuchan al dirigente cuando éste quiere decir algo. Esto es lo principal.

—No es que nosotros tengamos una rica relación con la Municipalidad de Rancagua —agrega otra dirigente—, lo que nosotros tenemos es una rica relación con los monitores, porque el alcalde es una persona inalcanzable... En los Diálogos Territoriales que los monitores hicieron aquí en el Sector él vino... Fueron bonitos esos diálogos, fíjate, pero no creo que haigan servido de mucho, porque hasta la fecha no veo que estén haciendo nada concreto aquí... Yo te digo que los monitores nos han ayudado mucho, se han entregado mucho, muchísimo a las poblaciones... pero nosotros no tenemos la ayuda principal que nosotros necesitamos de las autoridades de más arriba...

Es indudable que la Municipalidad ha captado lo que es la ‘forma vecinal’ de hacer política y ha instalado, en cada sector, un equipo de monitores (u “hormigones”) cuya tarea es trabajar cara a cara con la gente en problemas concretos, en calidad de ‘ojos y oídos’ del Municipio. O en calidad de “chiquillos” cuya tarea es “escuchar al dirigente cuando éste quiere decir algo”. A través de ellos se capta, conversando, todos y cada uno de los problemas concretos de los pobladores. Sin embargo, los dirigentes saben que las decisiones relevantes las toman, no los monitores que recorren el territorio escuchando y dialogando, sino las “autoridades de más arriba”: los alcaldes, gobernadores, etc. y por cierto, el Estado central. Lo anterior queda en evidencia, por ejemplo, en la licitación y distribución de los fondos destinados a los proyectos locales de desarrollo.

—Después, empecé a lanzar proyectos —dice un dirigente del Sector Poniente—, hice un proyecto para la Digeder, otro para la Junta de Vecinos, postulé al Fondart... Me fue mal, porque todo es puro pituto... Yo conversé con los viejos de la Conama [Comisión Nacional del Medio Ambiente] y no me dieron ni bola. ¿Por qué? Porque ellos tienen otras ideas, tienen proyectos más grandes, entonces a nivel poblacional quizás es como medio complicado hacer proyectos, y salen caros. Entonces tiran proyectos al lote... ¿cuántos faroles nuevos pusieron en la Alameda? Si tú podís cachar, es cualquier cantidad de plata, que en vez de distribuirse en proyectos a nivel poblacional, que sería el descueve, los tiran allí. Las platas, en cuanto a proyectos, están mal distribuidas... Por eso, el rol cumplido por la Municipalidad es malo, pésimo. Es decir: porque los proyectos están mal distribuidos. No hay como un fondo que se pueda destinar directamente a una población... Sin embargo, la relación con la Municipalidad es estrecha. Hemos logrado algunas cosas... Pero netamente con la Municipalidad, así, directamente, nada. Porque, claro, se priorizan otros proyectos, otras cosas... Aquí es uno el que tiene que trabajar y unir a la población. Todo es personal. La Municipalidad no da ideas... Yo he pensado en ir a Televisión Nacional y hacer una reclamo contra la Municipalidad, así, directamente. Yo soy cara dura.

Es un hecho que la política vecinal, en tanto articula al Municipio y a la Comunidad, gira concretamente en torno a los “proyectos de nivel poblacional”. Ata el problema concreto —generalmente de infraestructura urbana— y los fondos públicos con la gestión vecinal. El rol que juegan allí los “hormigones” de los CDC no es del todo claro. Es cierto que se mueven y,

sobre todo, escuchan; pero, ¿participan en la distribución de las platas asignadas a los proyectos? ¿Toman decisiones claves lo mismo que las “autoridades de más arriba”? ¿Son o serán los referentes estratégicos de la comunidad local? ¿Son portavoces o representantes autorizados de la comunidad, o actúan como un colchón amortiguador entre el protagonismo cívico de los pobladores (que cada vez tienen más “cara dura”) y las cada vez más fiscalizadas autoridades “de más arriba”?

El ‘nuevo’ municipio: ¿agente estatal o actor cívico local?

Es importante consignar, por tanto, lo que piensan los propios monitores ‘todo terreno’ que despliega el Municipio.

—Mira —dice uno de los monitores del Sector Poniente— yo creo que los pobladores de acá tienen un resentimiento muy marcado por esta suerte de abandono en que se encontraban por parte del Municipio. Ese resentimiento fue lo primero que recibimos cuando llegamos aquí, y nos marcó mucho. Es un resentimiento por una suerte de sensación de abandono... pero creo que las organizaciones locales han podido revertir un poco la situación. Antes era mucho más burocrático, no había un lazo tan directo, como ahora (con el CDC). Antes las quejas de los pobladores se demoraban cuatro, cinco o seis meses en ser tratadas... Al venir nosotros acá los problemas se pueden solucionar, digamos, en la mitad del tiempo... Y ahora no es sólo demanda, sino una construcción compartida, un trabajo compartido... Yo creo que la gente está como aprendiendo a tener la autogestión, incluso a través de instituciones que no son del Municipio, ya sea a través de la Gobernación, o del Fosis, o de la Intendencia (donde ellos también han llevado sus quejas)... Yo creo que la red territorial de organizaciones sociales se ha fortalecido con la incorporación del CDC, porque ellos tienen como más autonomía... antes no se consultaba y yo creo que por eso, de ahí nacían las quejas (‘hacen cosas que nosotros no queremos’)... Estamos en un proceso nuevo, está cambiando el ciclo del gobierno local, digamos, y ellos dicen ‘toda escoba nueva barre bien’, pero ven que hay una disposición distinta del Municipio, que ahora quiere conversar, sentir y acercarse; ahora se pueden hacer consultas por teléfono al CDC... Antes todas las quejas iban directamente al alcalde, todo iba al alcalde y el alcalde recibía todo y veía todo cómo se podía solucionar. En cambio, ahora llega todo a los CDC, y nosotros, si es necesario, hablamos con el alcalde, para que internamente la cosa funcione más rápido... A nosotros nos ha significado un trabajo mucho más abierto y expedito...

La creación de los CDC y la aparición de los “hormigones” es —de acuerdo a este testimonio— el resultado de una política de descentralización municipal que, de un lado, descongestiona la labor del alcalde, desburocratiza la tramitación de las quejas vecinales y presta más oído directo a lo que realmente quiere la comunidad. Las ventajas que esta política reporta para el funcionamiento del Municipio parecen obvias. Pero, a la inversa: ¿cuáles son las ventajas reales para el poblador? Desde luego: no necesita ir por sí mismo al edificio municipal, puede encontrar una suerte de ‘aliado’ en la tramitación de sus quejas y una suerte de ‘socio’ en la gestión de proyectos y soluciones en las restantes instituciones públicas

(es lo que la persona entrevistada llama, tal vez erróneamente, “tener autogestión”). Sin embargo, es evidente que la descongestión de los trámites mediante la instalación de múltiples ‘facilitadores de trámites’ no implica ni el aumento de los fondos disponibles para inversión social, ni debilita la tendencia de las “autoridades de arriba” a tomar decisiones en función de lo que les parece de ‘mayor’ importancia, ni aumenta, efectivamente, el ‘poder’ participativo de los pobladores (sólo aumenta sus oportunidades para ser oídos y ‘consultados’). Lo que es evidente es que ‘focaliza’ mejor la *misma* inversión en relación con demandas de mayor impacto ‘social’, por una mejor distribución de los funcionarios municipales. Es, en definitiva, un sistema de modernización y racionalización de las políticas de desarrollo social, y no un “empoderamiento” real de los pobladores.

—Cuando empezamos y les dijimos que nosotros éramos los encargados territoriales y que íbamos a empezar a ocuparnos de la comunidad, nos dijeron: ‘¡Puchas! ¡Se acordaron de nosotros, qué bueno que están acá!, pero fíjense que no les creemos...’ Hubo una resistencia muy fuerte, fuerte. Esto de ganarse la confianza de las organizaciones y, sobre todo, de los dirigentes, fue de mucha conversa, de muchas visitas a la casa, de mucho sentarnos en sus livings a conversar, o en el patio de sus casas, o en la puerta... para decirles quiénes éramos. Relacionaron mucho esto con los mormones, esto como ir a verlos a sus casas... Ahora, creo que la relación nuestra con los dirigentes no es mala, aunque hay varios dirigentes que se resisten y que son muy críticos. Y a veces sus críticas son como dañinas... Mira, nosotros no somos autónomos. Definitivamente, es el gobierno central el que determina en qué se invierte. Lo que sí nosotros podemos hacer es indicarle al Fosis, por ejemplo, dónde focalizar los próximos proyectos, dónde están las mayores necesidades, y el Fosis nos consulta a nosotros. Nosotros tenemos una amplia lista de necesidades de equipamiento urbano, pero también priorizamos de acuerdo a lo que la población dice. Nosotros, como CDC, nacimos y partimos con la promoción social, fortalecemos las organizaciones sociales para que salga el desarrollo urbano... La gente va a entender que ellos también son actores de los cambios que ocurren en su propio lugar, y de aquí nace la autogestión... Promovemos la demanda, pero si hablamos de la inversión, no la manejamos nosotros, y yo creo que ni el Municipio la maneja: se decide más arriba. Sólo el Fondeve [Fondo de Desarrollo Vecinal]... pero los recursos no son muchos... el presupuesto es re poco para el próximo año... Y como ellos ven que, para nosotros, el trabajo es netamente social y profesional, ellos tampoco mezclan la política de partido en relación al trabajo social... Pero con respecto al tema de la autonomía, estos grupos son nuevos todavía, están recién practicando la autogestión... ellos tienen el conocimiento de que existe un montón de instituciones, pero todavía tienden a ser muy paternalistas...

Se puede decir, considerando este testimonio, que la política social ‘nacional’ (estatal), al descentralizarse y adaptarse “social y técnicamente” a lo que escucha localmente de labios de los diversos sectores populares, fortalece de hecho el desarrollo de la ‘forma vecinal’ de hacer política, *sin* fortalecerse en el mismo grado a sí misma. Y al mismo tiempo, empuja la política vecinal a concentrarse en actividades co-gestionarias (en rigor, de

asociación con monitores) para el “equipamiento urbano”, *sin* desarrollar su autonomía, su poder de decisión, ni su proyección a los grandes problemas estructurales del modelo global (que golpean directamente a los sectores populares, como el sistema laboral, la educación superior mercantilizada, etc.).

De este modo, lo que constituye el orgullo de la política liberal de desarrollo social (la participación popular en el desarrollo local del equipamiento urbano), *debilita* en los pobladores su interés por la política nacional y *tampoco* desarrolla la ‘forma vecinal’ de la política como un poder soberano actuante en el seno de la política nacional, en el ámbito del Estado central. El resultado conjunto es una despolitización relativa (o bien, una re-politización en transición), cuyo efecto neto es producir, de una parte, el ‘ocultamiento’ de los grandes problemas nacionales a la política vecinal y, de otra, el ‘desinterés’ de las masas poblacionales respecto a la política nacional. No hay duda de que, en este sentido, el proceso político chileno, en términos de transición profunda, se ha estancado en un círculo vicioso que no parece beneficiar a nadie, como no sea a la mera supervivencia inercial del modelo vigente.

Los “diálogos territoriales” (que la Municipalidad de Rancagua organizó en 1998 con las organizaciones sociales de los sectores Poniente y Sur de la ciudad) dejaron en evidencia los problemas y los temas que preocupan centralmente a la política vecinal en dichos sectores. La revisión de las Actas —ya sistematizadas— muestra de modo nítido la naturaleza predominantemente ‘urbanista’ de esos temas y problemas: “higiene ambiental” (basurales, canales abiertos, caballerizas, etc.); “equipamiento comunitario” (áreas verdes, multicanchas, puentes, luminarias); “seguridad sectorial” (ruidos molestos, vigilancia policial, clandestinos); “drogadicción” (combate policial, judicial y vecinal a la droga); “caminos” (asfaltos, veredas, tránsito). Los “problemas sociales” que se consideraron relevantes aluden, genéricamente, sólo a la juventud y la tercera edad, mientras los que se refieren a la “participación” se reducen a cómo trabajar apropiadamente dentro de las Juntas de Vecinos y cómo elegir a sus dirigentes.

Es evidente que los “diálogos territoriales” constituyeron una actividad monitorial que complementó el trabajo de escucha de los “hormigones” y la información consultorial disponible para la toma de decisiones por parte de las “autoridades de más arriba”. Como se vio, los pobladores asistentes opinaron que fue una “experiencia bonita”, pero que aún no veían ningún resultado concreto de ella. La incredulidad de fondo por lo que hacen “estos chiquillos” (o “m’hijos”), pese al beneplácito general por su trabajo, parece, pues, mantenerse.

Es notorio que la política (nacional) de desarrollo social, tanto como la forma vecinal de hacer política, convergen y se enfrascan en un punto clave: ambas entienden desarrollo social, sobre todo, como *desarrollo urbanista*. Como si la calidad de vida pudiera mejorarse, sólo o principalmente, con veredas, áreas verdes, más luz en las calles, más policías patrullando los pasajes, camiones municipales retirando oportunamente la basura, multicanchas, juegos infantiles, etc. y no con empleos estables,

mejores salarios, casas sólidas y decentes, mejor acceso a la educación superior, participación efectiva en la toma de decisiones, etc. El desarrollo urbanista no resuelve, sin duda, el empleo precario que afecta a las parejas jóvenes que viven como allegadas y que cierra el futuro para cabros chicos y cabros jóvenes. No resuelve la raíz de los problemas que genera la violencia doméstica o la comisión de delitos contra las personas (que predominan en las comunas populares, según datos del Ministerio del Interior). No resuelven las dudas de los jóvenes ni su tendencia a buscar otros caminos. ¿Cómo no ser incrédulo ante la invitación a participar 'sólo' en el desarrollo urbanista de la población? ¿Cómo no considerar a los hormigones de los CDC sólo como "chiquillos" buena onda, que se mojan la camiseta, pero que no sustituyen a las "autoridades de más arriba"? ¿Cómo no incubar la sospecha de que ese tipo de desarrollo, pese a todas las buenas intenciones que lo rodean o inspiran, no es otra cosa, por momentos, que un paliativo, placebo o distractor frente a los verdaderos problemas que afectan hoy a la sociedad civil popular?

Las autoridades municipales, sin embargo, tienden a ser, en este sentido, optimistas. Lo son, acaso, por el hecho de que se mueven por buenas intenciones y por teorías y programas que se proponen, en principio, desarrollar el 'poder' de la ciudadanía popular. En un documento firmado por el plantel directivo de la Dirección de Desarrollo Comunitario (Dideco), de mayo de 1999, se dice, entre otras cosas:

Las instituciones, en este caso el Municipio, para promover un verdadero desarrollo, requieren salir al mundo vecinal y escuchar la opinión, la crítica, la propuesta... de la gente de los barrios, poblaciones y sectores... sin tanta formalidad, sin autoritarismo, en una concepción auténtica y verdadera de democracia, recordando que... la soberanía es de los ciudadanos y, por tanto, es su voluntad la que debe primar.

A ese efecto, la Dideco se propone eliminar el "componente de tipo paternalista" e instalar un tipo de gestión que desarrolle la "participación propositivo-activa" de los pobladores, capaz de producir un "acercamiento real entre el Municipio y la comunidad de base". A este efecto, se construyó una política basada en dos objetivos fundamentales: 1) "Impulsar la democratización de la Gestión Local mediante la aplicación de políticas que incorporen a la comunidad en la solución de sus propios problemas" y 2) "Impulsar un estilo de gobierno comunal participativo que genere en lo habitual espacios de consulta y participación con los habitantes de la comunidad". El texto deja traslucir que, más allá de ambos objetivos, hay, todavía, un proyecto de más largo alcance: que la práctica de la participación (en la forma en que la define el Municipio: "escuchando, consultando"), permitirá desarrollar un tipo de participación por la cual las personas "organicen y tomen el control de sus actividades" (es decir: 'decidiendo'). O sea: que puedan construir y ejercitar *poder* ("un diseño de intervención social que implica el ejercicio de instancias de poder por parte de la comunidad organizada"). Como dice el documento:

No se trata, por tanto, de una intervención a corto plazo; por el contrario: cuando estamos articulando nuestra propuesta... respetando la iden-

tividad de las comunidades, las poblaciones, los barrios, la comuna, entramos en una espiral de crecientes desafíos de participación, cuyo motor no es otro que la sinergia local: el capital social.

El desenvolvimiento a largo plazo del “capital social” de los ciudadanos rancagüinos por medio de incentivar su ‘consulta’ (se la define como ‘participación’ en las políticas de ‘desarrollo urbanista’) es un objetivo común a todos los planes esbozados por cada Oficina del Municipio. El Plan Comunal de la Dideco para el período 1999-2003, por ejemplo, se propone, como “línea estratégica”, los siguientes objetivos generales: 1) estimular los procesos colectivos de diálogo territorial y de mesas de conversación vecinal; 2) poner en marcha una política de descentralización de la gestión municipal fortaleciendo los seis CDC que se han creado; 3) crear y fortalecer los espacios de encuentro territorial entre la comunidad de base, la comunidad organizada y el gobierno local; 4) promover iniciativas de apoyo comunitario a las dinámicas familiares; 5) fomentar las prácticas deportivas y, 6) fortalecer la atención social descentralizada a la población más carenciada de la comuna.

No es difícil ver que la línea estratégica se operacionaliza, por de pronto, incentivando el “diálogo territorial” en dos planos: entre la comunidad y el Municipio, y entre los vecinos mismos. A este efecto se crean los CDC, se propone realizar acciones de diálogo promovidas por el Municipio, descentralizar la asistencia social a los más pobres y fomentar el apoyo vecinal organizado a la dinámica familiar privada. Esta forma de operacionalizar la “línea estratégica”, ¿constituye una *etapa* o es un fin en sí mismo que no se expresa en objetivos temporales? Si es una etapa preparatoria, de ‘apresto’ del capital social acumulado de forma espontánea por los propios pobladores, ¿cuál es la etapa siguiente? ¿Cómo se desarrolla ese capital social en el sentido de convertirse en ‘poder soberano’? ¿Cómo se logra que el capital social —hoy volcado al desarrollo urbanista del vecindario— se proyecte, como *poder*, a la política y desarrollo ‘nacionales’? ¿Cómo sacarlo de su encierro en el auto-referido desarrollo urbanista? ¿O no hay, en la “línea estratégica” planteada por el Municipio, segundas o terceras etapas? ¿Se trata, sólo, de un sistema técnico, de consultas ampliadas a la ciudadanía, para descongestionar la gestión municipal y focalizar mejor la inversión social? ¿O es que no es pertinente, hoy por hoy, pensar desde el Municipio de qué manera desarrollar como forma soberana de poder ciudadano lo que es hoy la prometedora pero aún larvaria ‘forma vecinal’ de hacer política?

Es interesante constatar que el Municipio local, sin embargo, es perfectamente consciente de los problemas económicos de fondo que afectan a la población rancagüina, especialmente a los sectores populares. Dentro del Plan de Desarrollo Comunal, por ejemplo, se constata que el sector agrícola tiende a expeler mano de obra y a disminuir su oferta de empleo (tradicionalmente era un activo empleador), mientras que el sector industrial y del comercio aumentan su oferta, pero no en igual proporción, razón por la cual la tasa de aumento de la oferta de empleo ha decrecido desde 1994. El ingreso medio de los habitantes de la zona está por debajo de la media

nacional (sólo alcanza al 71 por ciento). De ahí que el nuevo Plan de Desarrollo ponga especial énfasis en el “fomento productivo”, dentro de una concepción territorialmente integrada del desarrollo comunal. Sin embargo, la estrategia de fomento productivo se traza dentro de un plan general que se podría definir como plan maestro de desarrollo urbanístico de la zona. Y es de notar que los temas del empleo y la producción *no* aparecen como ‘ítemes participativos’ de rango estratégico en los diálogos y mesas de conversación territoriales. Tampoco aparecen como tema central en los planes de “desarrollo cultural”, pues la oficina pertinente define cultura de modo abstracto y en tributo directo a la Antropología:

... repertorio simbólico adscrito a obras y acciones que una comunidad, pueblo o ciudad realiza en cuanto miembro o participe de un proceso social común, tras el cual se sustentan y desarrollan los códigos de comunicación y estructura social.

No hay duda de que el desarrollo del ‘protagonismo cívico’ de los pobladores del sur y poniente de Rancagua —detectable en los diversos testimonios transcritos en este texto— ha encontrado en el Municipio un ‘acompañante’ que se preocupa y procura ‘llevar el paso’ según el ritmo marcado por los pobladores. Entre ambos actores se está tejiendo una ‘red de relaciones’ cambiante, una suerte de transición comunal que partió de una relación de tipo patriarcal y asistencialista, que ha seguido procurando ser “consultiva y dialogante” y *promete*—teóricamente, al menos— transformarse pronto en un proceso de desarrollo del “capital social” de la comunidad y del “poder soberano” de la ciudadanía comunal. ¿Se vive actualmente una ‘segunda’ etapa histórica, que prepara el camino para una ‘tercera’?

Como quiera que sea el diagnóstico, es de interés consignar lo que piensa la ciudadanía rancagüina, en tanto expresado en un Estudio de Opinión Pública que fue denominado “Percepciones sobre Rancagua”, de 1999.

Desde luego, es una ciudadanía que no tiene acceso a la Educación Superior (sólo 6.9 por ciento la terminan) y que, en mayoría aplastante (75.6 por ciento), vive de un trabajo precario o de “alta flexibilidad” (trabajador por cuenta propia, trabajador no calificado, empleado de oficina, vendedor de intangibles, profesional dependiente, dueña de casa, pensionado y cesante). Que está muy preocupada por la falta de trabajo, los bajos ingresos, las deudas, la precariedad de la salud y por su temor a la delincuencia. Tres son los problemas centrales, según la respuesta 14: “la falta de fuentes de trabajo” (20.9 por ciento), la “seguridad ciudadana” (12.8 por ciento) y el “nivel de endeudamiento de las personas” (11.3 por ciento); los tres juntos (sobre un total de 13 problemas posibles) totalizan 45 por ciento de las preocupaciones. En general, los rancagüinos están satisfechos o muy satisfechos con el sistema educacional (77.5 por ciento) de modo que no plantean reivindicaciones en este plano, sino, de nuevo, respecto a las “fuentes de trabajo” (26.3 por ciento en Pregunta 24) y a la “seguridad ciudadana” (19.2 por ciento). Significativamente, demuestran más “confianza” en las

grandes empresas que pueden ofrecer trabajo estable (El Teniente, Falabella, Súper Pollo) o la propia Municipalidad. Se demuestran contentos con los servicios eléctricos de iluminación de la ciudad, pero no así con el de “resguardo policial” (78.2 por ciento contra 29.1 por ciento). Respecto al tipo de organización o asociación a la que prefieren integrarse, los ciudadanos fueron claros: prefieren las de tipo privado y las que operan ‘en red’ (“comunidades cristianas”: 10.4 por ciento y “clubes deportivos”: 7.8 por ciento) y se apartan de las organizaciones formales de tipo tradicional (“partidos políticos”: 0.9 por ciento y “sindicatos”: 0.7 por ciento). La gran mayoría confesaba, al tiempo de realizado el Estudio de Opinión, desconocer la existencia y rol de los CDC. En general, no se sienten informados acerca de las estrategias y programas desarrollados por el Municipio, cuya acción visible sienten en dos ítemes principales: “áreas verdes y pavimentación” (64.9 por ciento entre ambos). No sienten que ha habido un aumento significativo de la “participación” y creen mucho más en el “líder natural del sector” que en las autoridades “de más arriba”. En general, califican bien al alcalde actual (votarían por él de nuevo), pero la mayoría (48.3 por ciento contra 43.8 por ciento) se identifica en una posición apolítica, en el preciso sentido de no-partidario.

194

En conjunto, la comunidad rancagüina está preocupada por un grave problema de ‘estabilidad laboral’ y por un insignificante acceso a la Educación Superior; prefiere las asociaciones vecinales de tipo horizontal y en red por sobre las de tipo formal; no tiene quejas del sistema educacional y tiende a ver al Municipio como un potencial aliado más que como un ‘gran actor’, más visible y real, en todo caso, en el plano del desarrollo urbanista que en el plano de los grandes problemas que de verdad preocupan a la población. Por ello, es una comunidad que, al no multiplicarse las entidades que inspiran gran ‘confianza’ (las grandes empresas que dan empleo estable), tiende a confiar más en sí misma y en sus líderes naturales que en líderes ‘de más arriba’. No hay duda de que el Municipio, en este sentido, está en una posición algo ambigua, porque hay expectativas sobre él (se le califica con una nota promedio 5) y aun significativos niveles de confianza, pero no es percibido como el conductor real de los procesos efectivos de desarrollo social y local.

¿Qué opina el alcalde actual, al respecto?

Señala que a partir de 1998 se inició la descentralización de la gestión municipal, mediante la instalación de los CDC. Con ello se pretende incentivar el desarrollo local, generando “soluciones barriales”, financiables sobre todo a través del Fondevé. A este fin

...se actúa por demanda; es decir: mediante una metodología participativa, a efecto de socializar en común cuáles son los problemas y jerarquizar por cuáles se parte en las soluciones... Pretendemos hacer ‘animación’, que significa que también se integrará la actividad cultural a la tarea de mejorar la calidad de vida, ampliando el equipamiento urbano, las plazas, áreas verdes, etc. Es una animación de tipo socio-cultural, que es nuestro objetivo para este año... Todo organizado a través de los CDC... Los pobladores de los sectores Poniente y Sur tienen una autoimagen

como que están un poco fuera de la ciudad, como marginados, porque físicamente están separados, especialmente los del lado sur. Este sector tiene los mayores niveles de pobreza e indigencia y por eso es que nosotros estamos preocupados y de ahí la importancia de instalar un CDC en ese sector... Allí tenemos que trabajar antropológicamente el tema del modo de vida; o sea: que la solución no consista en erradicar a la gente del río, sino en dejarla lo más cerca posible de su fuente productiva... Es una situación difícil. En este sentido, nosotros trabajamos en la promoción social de estos sectores y en el desarrollo comunitario. No estamos trabajando a nivel de los individuos y ni siquiera con la familia, sino con las organizaciones, a pesar de que la participación real en esas organizaciones, en Rancagua, es deficitaria... Muy poca gente se involucra con las Juntas de Vecinos... Procuramos trabajar con un componente técnico, no político, incorporando sociólogos, asistentes sociales, antropólogos, en fin... Interesa que la Municipalidad esté muy cerca de la gente, y utilizamos la modalidad del financiamiento compartido en la inversión micro-barrial. Lo que ven los pobladores es, entonces, personas que trabajan técnicamente y no políticamente. Si un político quiere tener aquí su inserción, bueno, tendrá que hacerlo por cuenta propia, pero no en forma institucional... Tenemos, en este sentido, un Pladeco [Plan de Desarrollo Comunal] al que queremos darle fiel cumplimiento, porque está en función de lo que opina la gente; es decir: cabildos que se han hecho ya en dos oportunidades... Aquí no se trabaja clientelísticamente, no con ese típico concepto latinoamericanista de que a la gente se le regala un zapato y después que vota, el otro, porque eso no es 'desarrollo'. Para el año 2000, el gran tema va a ser instalar el alcantarillado en el Sector Poniente y remodelar la Avenida Baquedano... y el Parque Cataluña en el Sector Sur, que tendrá nueve hectáreas... Pero cada vez hay más cesantía en la zona, lo que es ya un problema estructural. El sector pobre es cada vez más pobre y está mal, digamos. La media nacional de ingreso es de 227 mil pesos, y aquí estamos en 160 mil pesos... Rancagua es la segunda ciudad más endeudada del país... Hace un quinquenio habían 10 mil trabajadores de El Teniente y ahora hay 5 mil; entonces apareció gente con plata (por indemnizaciones) que partió muy bien y ahora, después de cinco años, está viviendo sólo de la jubilación, mientras la ciudad se llenó de vehículos... Estamos con muchas cosas que son complicadas: no hay universidades aquí, se nos va mucha mano de obra a otras partes... Calculamos que van a haber 9 mil familias nuevas de escasos recursos que van a estar en viviendas sociales... que no van a pagar contribuciones pero a las que hay que hacerles áreas verdes, equipamiento urbano, etc., porque no tienen, hay que retirarles la basura... Se va generando un empobrecimiento global y no hay centros comerciales, ni suficientes servicios... Queremos generar de 2 mil a 3 mil nuevos empleos industriales estables... ofrecer gratis terrenos a nuevos inversionistas... Claro, no alcanza a satisfacer el aumento de la fuerza de trabajo... Tratamos de inventar nuevos empleos, a falta de políticas sectoriales consistentes en materia de desarrollo económico.

Es evidente, en las palabras del alcalde, que la Municipalidad busca maximizar el rendimiento de la inversión social en los proyectos de desarrollo "micro-barrial", a cuyo efecto instala centros de escucha y diálogo para percibir 'democráticamente' cómo y dónde colocar mejor los fondos públicos destinados a ello. Con lo cual se echa a andar, simultáneamente,

un proceso de participación cívica creciente de la ciudadanía popular, cuyo fin último no se define con precisión. Pero también es evidente, en el testimonio arriba transcrito, que la sofisticación de las metodologías municipales no desconoce ni esconde los 'problemas mayores' de la situación económica regional y nacional, que se traducen en un crecimiento deficitario del empleo, en una mayor polarización del ingreso ("los pobres son más pobres"), en una multiplicación de las familias de escasos recursos que vivirán en viviendas sociales (que obligarán al Municipio a reincidir estructuralmente en su política de promover el 'desarrollo urbanista' de una ampliada 'pobreza laboral'), etc. Reincidencia inevitable —en la perspectiva del alcalde—, "a falta de políticas sectoriales consistentes en materia de desarrollo económico".

El desdoblamiento de la política en una 'forma vecinal' (que se adorne en el desarrollo puramente urbanista de la pobreza) y una 'forma nacional' (que mantiene el modelo económico sin generar políticas consistentes en el plano de la producción y el empleo) aparece, aquí, de nuevo. El fomento sistemático del primer tipo de 'desarrollo', ¿permite y fomenta el mantenimiento inercial del segundo? ¿Está aquí en juego la técnica del opio adormecedor? ¿O, por el contrario, llevará, en alguna hipotética segunda o tercera etapa de desarrollo, a transformar de raíz los juegos inerciales de la vieja política?

Es un dilema que tal vez los alcaldes, pero sobre todo las propias comunidades populares, deberán primero comprender, y luego resolver; en todo caso, lo deberán hacer soberanamente.

Conclusiones

A la luz de los testimonios entregados por los pobladores del sur y poniente de Rancagua, se pueden redondear las siguientes conclusiones de tipo general:

- 1) En la base de las comunidades que viven en esos sectores hay una *memoria fundante*—que hoy poseen los que fueron niños y jóvenes entre 1930 y 1965—, formada por un conjunto de recuerdos de signo claramente positivo acerca de los ‘fundadores’ de la población y respecto al territorio (abierto, rural), los juegos infantiles, las fiestas primaverales, los trámites burocráticos y esforzados trabajos colectivos, etc., que marcaron la etapa fundacional. Refleja además una época en que las condiciones del empleo eran más estables y las oportunidades de educarse más expeditas. Esta memoria positiva, de un pasado casi feliz (“todo tiempo pasado fue mejor”) no se encuentra, sin embargo, en todos los pobladores, sino, principalmente, en los que hoy ya son mujeres y hombres adultos, dueños de casa, padres de familia y vecinos con una reconocida trayectoria de protagonismo ‘cívico’. No hay duda de que el protagonismo cívico de estos pobladores se ha derivado, como consecuencia lógica, en gran parte, del signo positivo de esa memoria. Lo mismo que el tejido asociativo actual de las poblaciones, cuya deuda con la presencia sinérgica de esos recuerdos (o ‘capital social’ originario) es, sin duda, alta. En la memoria social de los sectores estudiados se configura, pues, una fase ‘heroica’, una suerte de ‘edad de oro’, que sobrevive como si fuera un monumento propio de identidad, pese a que las capas recordatorias que se han venido depositando después sobre ella no siempre han reforzado su signo positivo original.

- 2) Esos mismos niños y jóvenes 'de ayer', al crecer, trazaron una trayectoria de esfuerzo laboral y vecinal que, en ciertos aspectos (familia, sitio, casa y urbanización) fue exitosa, sobre todo por el enérgico despliegue autogestionario de ellos mismos. De este despliegue quedó un profundo recuerdo positivo que legitimó y legitima tanto su orgullo personal de 'fundadores' como la asertividad de sus actitudes y acciones 'cívicas'. Y es en torno a esto que se ha desarrollado también su sentido de respeto, autoridad y orden local. Sin embargo, en otros aspectos, esta generación no fue exitosa. Por ejemplo: no pudo producir los *cambios estructurales* (de nivel nacional) que habrían asegurado a sus hijos oportunidades estables de estudio y trabajo. El éxito en sus trabajos locales no se repitió en el plano mayor de los 'trabajos nacionales'. No pueden, por tanto, exhibir ante sus hijos un orgullo 'político' similar a su orgullo 'cívico' local. Y el hecho concreto es que, hoy, muchos de sus hijos se han convertido en "allegados" que saturan el patio interior de sus viviendas. Ciertamente es que este resultado no es de la exclusiva reponsabilidad de los 'fundadores'. Pero es también un hecho que la relación (más bien conflictiva) entre la generación de esos fundadores y la surgida en los 80 o 90 no está basada en los éxitos locales de sus propios padres, sino en sus fracasos nacionales. A los fundadores esto les parece injusto, porque los jóvenes en general, y los allegados en particular, parecen no conocer ni comprender ni apreciar la 'heroica' tarea emprendida por los fundadores para tener hoy lo que tienen en el lugar donde todos viven. Los nuevos estratos de la memoria social no traen, pues, un signo positivo, y es la razón por la que la memoria de los pobladores del sur y poniente de Rancagua no es hoy todo lo homogénea que pudo ser cuando los jóvenes de hoy "no eran más que niños".
- 3) Por su lado, los hijos de esos allegados (los "cabros chicos" de hoy) están recibiendo en carne propia el impacto de los problemas de empleo, estudio y vivienda que viven sus padres, pese a que habitan el fondo de la casa conquistada por sus abuelos. El orgullo de éstos no alcanza a resolver el problema 'nacional' que viven sus padres. De modo que ni los "cabros chicos" de hoy pueden repetir la 'infancia feliz' de sus abuelos, ni sus padres los trabajos 'fundantes' que tanto enorgullecieron a aquéllos. La memoria de muchos niños se está llenando, pues, con duras experiencias hogareñas de ausentismo de los padres, escasez de recursos, tensión psicológica, violencia intrafamiliar, soledad, etc. El desarrollo integral de los "cabros chicos" no tiene más protección que una pequeña cuota del éxito habitacional y vecinal cosechado por sus abuelos, y una cuota aún menor del pobre o ningún éxito educacional-laboral cosechado por sus padres. Esta crítica situación está forzando a los niños a *convertirse en 'fundadores' antes de tiempo*, puesto que casi no pueden apoyarse en lo que han fundado otros; los está llevando a convertir-

se, ya, en pequeños 'héroes': sea porque tienen que sorportar y absorber el tremendo impacto emocional de la crisis que los rodea, sea porque tienen que arriesgarse muy pronto a vivir la aventura de 'la calle', sea porque, a objeto de solidarizar con la crisis de sus padres, desertan del colegio para trabajar en cualquier cosa. El heroísmo forzado a que están abocados estos niños ha despertado la solidaridad refleja de varios actores y grupos vecinales, materializada en redes sociales interiores, de la misma población, que trabajan en el sentido de *rehumanizar* las relaciones que la crisis, dentro de las mismas familias, ha tendido a deshumanizar. Hay aquí un heroísmo y un esfuerzo autogestionario distinto al que fundó el orgullo de los primeros pobladores; una expresión diferente de un mismo 'capital social'. Lo que revela que la crisis, pese a sus efectos letales en los lazos privados de la convivencia, no ha destruido y probablemente no destruirá el poder social que los pobladores emplean para amparar y preservar los procesos básicos de la vida.

- 4) Por la misma situación, los "cabros jóvenes" viven, también, una realidad muy distinta a la experimentada por sus abuelos cuarenta años atrás: no pueden 'irse' fácilmente de la población, porque no tienen reales oportunidades educacionales ni encuentran empleos estables. Muchos de ellos se quedan viviendo, por tanto, en la misma población, y como allí no hallarán trabajo ni 'otras' posibilidades educativas, *sobran*. Llenan la calle, las esquinas, el 'espacio comunitario'. Los vecinos mayores (o fundadores de la población) se irritan frente a la amenaza de esa presencia callejera. Sienten que los jóvenes no respetan la comunidad fundada por ellos. Que, incluso, como que la tienen 'sitiada'. Por eso, llaman a la policía y reclaman mayor protección de parte de las autoridades, con lo cual buscan una suerte de alianza con los poderes externos a la población. La comunidad comienza, así, a vivir un conflicto interno, intergeneracional. Más aún: los jóvenes, sujetos a sospecha, no continúan desarrollando el mismo proyecto histórico de sus padres y tienden a interesarse en otras cosas. La sociedad civil popular pierde homogeneidad interior y, con ello, su unidad de acción. O sea: pierde *poder* propio. La crisis concluye por fragmentar las memorias: las ha, en cierto modo, centrifugado y dispersado en partículas diferentes unas de otras. Como obvio resultado, cada actor social se agarra a su propia experiencia, a sus propios recuerdos, lo que torna difícil unir todos los circuitos de la oralidad, de la memoria y de la opinión.
- 5) Con todo, pese a ese debilitamiento, la sociedad civil popular no pierde la madeja de sus 'redes sociales internas'. Al revés: como que, en esta situación crítica, esas redes se fortalecen: la de los "cabros chicos", la de los jóvenes que se toman las esquinas, las de las mujeres adultas que se mueven entre la base social y las agencias de donde provienen los recursos para el desarrollo 'urbanista' de la población, las de los hombres adultos (que, pese a todo, siguen

manteniendo su identidad y prestigio en torno a su 'vida de trabajo' y al trabajo social realizado por los 'clubes de barrio') y, no lo menos, la red semi-institucional de las profesoras que dan cariño compensatorio a los niños de estos sectores. La existencia de múltiples 'redes sociales' con un fuerte contenido identitario cada una, impide que la sociedad civil popular colapse, favoreciendo más bien su reorientación hacia *otro* tipo de desarrollo. Sobre todo, por el hecho de que cada actor (joven o viejo, masculino o femenino) demuestra ser profundamente *leal* a su red respectiva, más que a cualquier organización formal o política impuesta desde arriba o heredada del pasado.

- 200
- 6) La situación global hace que las comunidades populares del poniente y sur de Rancagua, aunque han hecho gala de un derroche de sinergia y autogestión individual, grupal y colectiva, no han logrado superar su precariedad, marginalidad y sus niveles de pobreza. Fundamentalmente, porque los 'factores estructurales' han fallado en sumarse cogestionada y solidariamente a ese derroche de protagonismo social. Se ha solucionado en parte el 'escenario urbano', pero no se han abierto las oportunidades de empleo y mayor educación. Tras medio siglo, las escuelas del sector se debaten entre la impotencia y el derroche altruista de darlo todo por, al menos, 'humanizar la marginalidad'. En este sentido, los profesores/as de estos establecimientos tienden a convertirse en un 'actor' más de esta sociedad civil popular, y menos en un funcionario burocrático del Estado Central. Por tanto, el dilema técnico de estas escuelas es, o se mantienen jugando este rol marginal, o trabajan derechamente para potenciar las capacidades autogestionarias locales hasta el grado en que puedan proponerse cambiar las variables estructurales que frenan su desarrollo y frustran sus esfuerzos.
- 7) La evidente presencia del *protagonismo popular* en la historia local y en la construcción de identidades autenticadas dentro de las redes respectivas, señala que aquí hay en marcha una 'transición ciudadana', en el sentido de que el modo vecinal de hacer política (cara a cara, participativamente, en red, en torno a problemas y soluciones concretas, con resultados visibles) no sólo parece haberse legitimado, sino también consolidado, al extremo de producir el 'desechamiento relativo' de la política nacional. Esta transición plantea dilemas estratégicos de corto y mediano plazo al Municipio, que deberá optar entre, por un lado, hacer uso de este cambio para dar mayor efectividad a la política liberal de desarrollo local; y, de otro, proyectar la transición ciudadana hacia objetivos nacionales, promoviendo así una etapa superior de desarrollo de la misma. Lo que en todo caso resulta evidente es que 'esta' transición, en tanto que popular y en tanto que 'por abajo', *no* es reversible. Lo cual hace necesario examinar el problema con detenimiento, sobre todo, por parte de los propios pobladores (o ciudadanos).



En el diseño de este libro se utilizaron las fuentes
Palatino y Óptima. Ambas fueron dise-
ñadas por Hermann Zapf para
la Stempel Foundry en
Frankfurt, en 1929
la primera y
en 1958 la
segunda.